Paige Toon

solo el amor puede doler así

Un secreto estremecedor.
Una historia de amor que cambia la vida.





Ninguno de los dos esperaba enamorarse, pero a veces la vida te sorprende con otros planes.

Cuando Wren descubre que su prometido está enamorado de otra persona, cree que su corazón nunca se recuperará de este desengaño.

Al otro lado del mundo, Anders perdió a su mujer hace cuatro años y todavía no ha podido superarlo.

Wren espera que pasar el verano con su padre y su familia en la granja que tienen en Indiana la ayude a sentirse mejor. Allí, entre campos de maíz y luciérnagas, se cruza con Anders y sus mundos vuelven a ponerse patas arriba.

Pero él esconde un secreto y si se deja llevar por lo que siente por Wren, habrá graves consecuencias para todos.

Alejarse le hará más daño de lo que se imagina. Pero, si se entera de la verdad, ¿cómo podría quedarse?

Paige Toon es autora de quince *best sellers* para público adulto y de tres novelas juveniles. Sus libros han vendido casi dos millones de ejemplares en todo el mundo. Escribe historias de amor conmovedoras, con personajes inolvidables e increíbles escenarios, en las que nos invita a la reflexión y nos inspira a creer en el poder del amor. Con sus novelas reímos, lloramos y sentimos que formamos parte de una nueva familia. Vive en Cambridgeshire con su esposo y sus dos hijos.

Paige Toon

solo el amor puede doler así





Para Greg, mi mejor amigo y el amor de mi vida

Prólogo

En días como este, en que las agujas de la catedral de piedra color crema parecen iluminadas contra el cielo azul intenso y hasta los pedernales negros de los muros derruidos de la abadía brillan bajo el sol como si los hubieran pulido, me encanta vivir en Bury St Edmunds.

Apenas estamos a principios de abril, pero es el día más cálido del año con diferencia, y me siento mucho mejor después de salir de la oficina. Acabo de terminar una llamada telefónica con una clienta que es una pesadilla: ella y las reformas de su casa bastan para que deje la arquitectura de por vida. La verdad es que necesito esta pausa para el café.

Camino entre las ruinas de la abadía buscando un muro bajo para sentarme y tomarme el café, cuando veo a mi prometido, Scott, sentado en un banco a la sombra de un abeto gigante. Antes de que llegue a saludarlo y me acerque, me doy cuenta de que está con Nadine.

Scott montó su propio negocio de paisajismo cuando nos mudamos aquí desde Londres hace un año, y Nadine comenzó a trabajar para él poco después, unos días antes de que me pidiera matrimonio en los rosedales de una casa señorial de la zona. Ella tiene veintinueve años, es alta y fuerte, de piel dorada y risa contagiosa. Me cayó bien en cuanto la conocí y cada vez que la he visto desde entonces, así que no sé muy bien por qué el saludo previsto se me queda atrapado en la garganta.

Mi pareja y su colega están a casi un metro de distancia el uno del otro, pero hay algo en su lenguaje corporal que me parece extraño. Scott está inclinado hacia delante con la camiseta blanca estirada sobre su ancha espalda y los antebrazos apoyados en los muslos.

Nadine tiene los brazos y las piernas cruzadas, la cara inclinada hacia la de Scott y su típica cola de caballo rubia, que rebota todo el tiempo, muestra ahora una inmovilidad casi sobrenatural. La posición inclinada de la cara de Scott es idéntica a la de Nadine, pero ninguno de los dos mira al otro. Tampoco hablan. Parecen congelados. Tensos.

Una ardilla corre por la pared de bordes irregulares a mi izquierda. Los pájaros cantan en los árboles de alrededor. Unos niños ríen en el patio del recreo. Y yo me quedo parada, observando, y una sensación de malestar se apodera de mí.

Hay distancia entre ellos. No están haciendo nada malo. Y sin embargo…

Siento que algo no está bien.

Entonces, de repente, Scott se gira y clava los ojos en Nadine. Hay una mirada extraña en su hermoso rostro, una expresión que no puedo descifrar. Siento el corazón en la garganta cuando veo que ella levanta con lentitud la barbilla y le devuelve la mirada. El encuentro de dos perfiles perfectos: las cejas gruesas y oscuras de Scott con los pómulos impecables de Nadine; la nariz recta masculina con la respingada femenina; dos pares de labios carnosos, graves y sin sonrisas.

Pasan los segundos y me sumo en la oscuridad. Paso de sentirme ligera y cálida a mareada y fría, y es horrible.

Siguen mirándose fijamente. Y no han intercambiado ni una palabra.

Me asusto cuando Scott se pone de pie de un salto y se aleja a grandes zancadas en dirección a la ciudad. Nadine lo observa hasta que se pierde de vista y entonces exhala con ruido, se encorva y se agarra la cabeza. Se queda así durante un minuto más o menos, luego se levanta y sigue lentamente a Scott.

Me doy cuenta de que estoy temblando.

¿Qué ha sido eso?

«¿Mi prometido tiene una aventura? Y, si no, ¿está pensando en tenerla?».

Un momento. Solo se han mirado. No han hecho nada malo. Nadine me cae bien y confío en Scott, pero da la impresión de que pasa algo entre ellos.

Mi madre siempre me ha dicho que confíe en mis instintos. Sin embargo, es difícil confiar en tus instintos cuando te están rompiendo el corazón.

Capítulo uno

Tres meses después

Nueva York estaba cubierta de nubes. Yo siempre he volado a Indianápolis vía Chicago, así que esperaba ver el famoso vacío verde de Central Park rodeado de rascacielos, pero cuando por fin se despeja el cielo, todo lo que revela es un *patchwork* de campos y granjas a la distancia debajo del avión.

Llevo viajando todo el día y, cuando aterrice, serán más de las cinco de la tarde, lo que equivale a las diez de la noche en el Reino Unido. Estoy destrozada, pero por suerte papá viene a recogerme al aeropuerto. Sé que mi agotamiento no se debe solo a la falta de sueño. Los últimos tres meses me han pasado factura.

***

Scott estaba sentado a la mesa de la cocina cuando llegué a casa del trabajo aquel día de abril, después de una tarde horrible presa de un vaivén de emociones. De repente me invadía un desasosiego salvaje y en seguida me convencía a mí misma de que la mirada que habían cruzado con Nadine no significaba nada. Pero, tan pronto como vi la cara de Scott, supe que mi intuición había sido correcta: había algo entre ellos, pero era una conexión emocional, más que un asunto físico.

Scott quiso hablar conmigo en cuanto crucé la puerta principal, lo que me desconcertó, ya que esperaba tener que exigir respuestas, no

que me las sirviera en bandeja. Y, cuando empezó a confesarme sus sentimientos, yo seguía pensando que planeaba pedirme perdón, algo que sé que le habría concedido. Nos íbamos a casar en diciembre y esperábamos intentar hacer un bebé en Año Nuevo. De ninguna manera iba a tirar por la borda nuestro hermoso futuro solo porque él hubiese desarrollado un estúpido enamoramiento.

Tal vez estaba siendo ingenua, pero me tomó un tiempo darme cuenta de que me estaba dejando.

Recuerdo los detalles de nuestra conversación con muchísima claridad. Incluso recuerdo que Scott todavía tenía un arco de suciedad bajo las uñas y que olía a barro, a aire fresco y a tierra de jardín. Scott me resultaba tan familiar y a la vez tan extraño… Nunca lo había visto tan desgarrado y atormentado.

—Te quiero, Wren —declaró mientras se agolpaban las lágrimas en sus pestañas castañas—. De algún modo, desearía no haberla conocido nunca, porque creo que tú y yo podríamos haber sido felices. Pero últimamente he empezado a preguntarme si realmente somos el uno para el otro.

Había tenido que conocer a Nadine y trabajar con ella casi todos los días para darse cuenta de lo bien que encajaban ellos, cómo congeniaban a otro nivel.

En ese momento, ni siquiera habían hablado de cómo se sentían. Nadine se había pedido unos días en el trabajo para ir con sus padres y Scott había intuido que ella quería distanciarse de él para aclarar sus ideas. Pero cuando ella había vuelto al trabajo ese día de abril y había presentado su renuncia, Scott se había dado cuenta de que no podía dejar que se fuera.

Le pregunté, entre lágrimas, si creía que ella era su alma gemela, y, cuando me miró a los ojos, su expresión lo decía todo.

Lo había leído en los libros, lo había visto en las películas: el protagonista que tiene una relación con alguien que no lo entiende. Encontrar el amor con alguien que sí lo hace. Nada puede interponerse en su camino. Todo el público está de su lado.

Nunca, ni en un millón de años, me hubiera imaginado que me pasaría a mí, que sería yo quien se interpusiera en el camino del amor

verdadero.

Me envolvió una sensación de agonía y de completa y absoluta impotencia cuando me di cuenta de la gravedad de nuestra situación. No podía hacer nada. No había lucha que ganar. Ya había perdido al amor de mi vida.

Scott y Nadine están juntos. Los he visto por la ciudad unas cuantas veces y siempre estoy en guardia por si me los encuentro, pero la gota que colmó el vaso llegó hace dos semanas, cuando estaba tomando algo en mi café favorito frente a la puerta de la abadía.

De repente, salieron de allí, de la mano y sonriendo. El sol reverberaba en el pelo rubio de Nadine mientras Scott la llevaba por la concurrida calle. Cuando entraron en la cafetería y me vieron sentada con mi madre, Scott se disculpó y retrocedió con rapidez, pero cuando pasó junto a la ventana, nuestras miradas se cruzaron; vi su rostro, sombrío y tenso, y me hizo sentir mal físicamente.

—Esta ciudad es demasiado pequeña para los dos, cariño —dijo mamá con pena mientras yo parpadeaba y contenía las lágrimas.

—¿Por qué tengo que ser yo la que se vaya? —pregunté en voz baja.

—Su negocio de paisajismo está aquí. No se irá a ninguna parte a corto plazo. Haz una escapada, Wren, aunque solo sea un par de semanas —imploró mamá—. Pon distancia entre vosotros y dale a tu corazón el tiempo que necesita para recuperarse.

Tenía razón. Necesitaba un descanso de casa, del trabajo, de Scott, de caminar por las mismas calles por las que solíamos pasear juntos, cuando él me tomaba de la mano a mí y era por mí que se ponía delante del tránsito.

Así que esa noche llamé a mi padre y le pregunté si podía ir de visita.

***

Papá está detrás de la cuerda cuando entro en la zona de llegadas, con su camisa a cuadros azul marino y rojo metida dentro de unos vaqueros.

Al verme, se le dibuja una amplia sonrisa en la cara y sus mejillas se

ven más redondas que la última vez que lo vi en Navidad. Él y su mujer, Sheryl, se fueron a París de vacaciones, así que Scott y yo tomamos el tren y pasamos algún tiempo con ellos. Este es mi primer viaje a América en dos años.

—¡Eh, tú! —me dice.

—Hola, papá.

Siento una oleada de calor cuando me rodea con los brazos. Respiro el olor familiar a jabón y detergente, y sé que será la última vez que nos demos un abrazo hasta que estemos en este mismo aeropuerto dentro de dos semanas, despidiéndonos. Siento un pinchazo al apartarme cuando me doy cuenta de esto.

Su pelo, notoriamente desaliñado, que antes era del mismo tono castaño que el mío, ahora está plagado de canas. Y, aunque los dos tenemos los ojos color avellana, es muy probable que ahí termine nuestro parecido.

Tampoco tengo mucho en común con mi madre, Robin, aparte del hecho de que a las dos nos pusieron nombre de pajarito: Wren es chochín en inglés y Robin es petirrojo. A mi madre le gusta la ropa suelta y los estampados llamativos. A mí, las faldas a medida y las camisas de colores oscuros. Sus rasgos son cálidos y abiertos, mientras que mi cara es más estrecha y… bueno, alguna vez la describí como «chupada», pero ella lo refutó con vehemencia, y me dijo que tenía una estructura ósea fina, como una aristócrata, lo que me hizo reír.

—¿Qué tal el vuelo? —pregunta papá con tono alegre mientras me quita la maleta.

—Bastante bien —respondo.

—¿Cansada?

—Un poco.

—Puedes dormir una siesta en el coche. Tardaremos un par de horas en llegar a nuestra nueva casa.

Mi media hermana, Bailey, que es seis años menor que yo, se casó a principios de año y se estableció en la ciudad natal de su marido en el sur de Indiana. Hace poco, papá y Sheryl se mudaron a esa misma ciudad para estar cerca de ellos.

Hay muchas cosas en esta situación que me hacen daño.

Mi padre es un marido y padre devoto, pero yo no he experimentado mucho ese aspecto de su personalidad. Yo sé que me quiere, pero nunca he sentido que estuviera presente para mí. En realidad, no me conoce. ¿Cómo podría, si vivimos a más de seis mil kilómetros uno de otro y pasamos juntos no más de un par de semanas al año?

Cuando salimos de la terminal del aeropuerto, siento que me envuelve el aire de julio como si me pusieran una cálida manta sobre los hombros. En poco tiempo, estamos en una autopista de tres carriles camino a Indianápolis. Estamos demasiado lejos de la ciudad para ver los rascacielos, pero los recuerdo de otros viajes que hice para ir de compras. Aquí el paisaje es mayormente llano y extenso, salpicado de enormes graneros rojos y silos.

—¿Cómo se está adaptando Bailey a la vida de casada? —pregunto, y trato de disimular un pequeño ataque de celos.

Nunca he considerado a mi hermosa media hermana una persona especialmente competitiva, así que estoy segura de que no pretendía adelantárseme cuando decidió casarse en Las Vegas, pero, habiéndose cancelado mi boda, el anillo que luce en el dedo me parece un poco mortificante.

—Está contenta —responde papá encogiéndose de hombros y baja el aire acondicionado ahora que el coche se ha refrescado.

—¿Te llevas bien con Casey?

Aún no conozco al flamante marido de Bailey. Nos invitaron a la boda a Scott y a mí, pero solo con una semana de antelación, e imaginamos que no esperaban que fuéramos. Bailey siempre ha sido impulsiva.

—Todo el mundo se lleva bien con Casey —responde papá—. Es un buen tipo.

—Qué bien.

No quiero que mi voz suene ahogada, pero papá me lanza una mirada incómoda.

—Lamento lo que pasó con Scott —dice—. Yo pensaba que él también era un buen tipo.

—Lo era —respondo en voz baja—. Supongo que lo sigue siendo.

Trago el nudo en la garganta y añado con despreocupación forzada:

—No eliges de quién te enamoras, ¿verdad?

Papá se aclara la garganta.

—Verdad.

Dejamos que eso flote entre nosotros durante un rato.

Mis padres se conocieron cuando eran veinteañeros y viajaban por Europa. Se enamoraron perdidamente y, cuando expiró el visado de papá, mamá se mudó a Phoenix, Arizona, para estar con él. En menos de un año ya estaban casados y conmigo en camino.

Fue un caso típico de «demasiado joven, demasiado pronto». Al menos, así me lo describió mi padre cuando, como adolescente resentida, traté de llegar al fondo de por qué se había sentido atraído con tanta facilidad hacia otra mujer, una profesora de la Universidad de Arizona donde papá trabajaba como jardinero.

Siempre ha sido un misterio para mí cómo alguien como Sheryl podría enamorarse de un hombre como papá; ella es nueve años mayor que él y mucho más sabia. Sí que entiendo la parte de la atracción: objetivamente hablando, mi padre era bastante atractivo y Sheryl, durante sus descansos, solía tomar el café en los jardines para poder charlar con él.

Más difícil de entender es cómo un romance entre una académica y un jardinero se convirtió en algo tan serio como para que estuvieran dispuestos a dejar a la mujer e hija de este devastadas.

Porque, cuando Sheryl se quedó embarazada de Bailey, papá las eligió a ellas en vez de a nosotras. Sheryl convenció a papá de que se mudara a Indiana para estar más cerca de su familia y encontró un puesto en la universidad en Bloomington. Mi desconsolada madre me llevó a casa, al Reino Unido, y Bailey creció con mi padre como si solo fuera suyo.

Este viaje no está exento de complicaciones emocionales…

***

Debo de haberme quedado dormida, porque no parece que llevemos dos horas viajando cuando papá me despierta.

—Estamos llegando a la ciudad —me dice—. Pensé que te gustaría verla.

Obligo a mis ojos doloridos y cansados a concentrarse en la vista que hay fuera de la ventanilla. Vamos por una carretera larga y recta y pasamos junto a cadenas de comida rápida y restaurantes: Taco Bell, KFC, Hardee's, Wendy's. Pasamos un lavadero de coches y un taller mecánico y luego la carretera se transforma en una calle residencial con intersecciones cada pocos cientos de metros. Algunas de las casas son de dos plantas, con buhardillas, techos de tejas rojas y ventanas en el sótano que se asoman por encima del césped bien cortado. Otras son *bungalows* de madera blanca con contraventanas pintadas de verde lima o azul celeste. Dejamos atrás una pequeña colina y del otro lado hay más de lo mismo antes de llegar a lo que papá dice que es el «centro histórico».

Hay una gran plaza alrededor de un juzgado central con una alta torre del reloj. El edificio emite un brillo blanco bajo la luz del sol y, cuando papá lo rodea con el coche, aparecen varias columnas dóricas.

—Allá a lo lejos se ve el bosque nacional Hoosier —dice papá cuando salimos del centro de la ciudad y atravesamos otro sector residencial donde muchas de las casas tienen pancartas rojas, blancas y azules colgando de sus porches; está claro que me he perdido las celebraciones del 4 de julio por solo una semana…

—Y Bailey y Casey viven por allí —añade papá, señalando por la ventanilla.

Hay un cartel al borde de la carretera que dice: «Wetherill Farm. Recolecte usted mismo» con una flecha que apunta en la dirección en la que nos dirigimos.

—¿Es tu casa? —pregunto.

—Sí —asiente con orgullo.

Debajo de la letra cursiva negra con relleno blanco hay ilustraciones de frutas y verduras. Reconozco melocotones, peras, manzanas, calabazas y sandías antes de dejarlo atrás.

—¿También tenéis sandías?

—Este año no —contesta papá mientras cruzamos un río revuelto sobre un viejo puente de hierro pintado de rojo óxido—. Solo

calabazas para Halloween. Los dueños anteriores cultivaban melones, pero pensamos que sería mejor darnos tiempo para familiarizarnos con los huertos primero. Esperemos que no nos metamos en problemas por publicidad engañosa —bromea.

Mamá se enfureció cuando le conté que papá y Sheryl había comprado una granja en la que los clientes podían recolectar directamente sus productos. Ella era recolectora de fruta en una granja de cítricos cuando vivíamos en Phoenix y ahora trabaja en un centro de jardinería, pero siempre le encantó estar al aire libre y en relación con la naturaleza, aunque el trabajo en sí no sea particularmente difícil.

Una vez me confesó que sintió que papá le había metido el dedo en la llaga cuando la dejó no solo por otra mujer, sino por una profesora. Y ahora Sheryl ha cambiado el mundo académico por lo que es básicamente el trabajo soñado de mamá. No es de extrañar que esté resentida.

Al otro lado del puente se extienden ante nosotros las vastas tierras de cultivo. Conducimos junto a un campo de algo verde y frondoso un tiempo y luego papá gira a la izquierda en un camino de tierra.

—Ya hemos llegado a casa —dice, y gira a la derecha casi de inmediato por un largo camino bordeado de árboles.

Hay un letrero idéntico al otro de «Wetherill Farm. Recolecte usted mismo» en el lateral cubierto de hierba y el camino se bifurca. Conduce a un granero de madera negra a la izquierda, más allá del cual hay campos de árboles frutales, y, al final de la bifurcación de la derecha, hay una casa de dos plantas construida con tableros de madera de color gris claro. El tercio izquierdo tiene una fachada con tejado a dos aguas y tres grandes ventanas y, a la derecha, hay tres buhardillas más, que sobresalen del tejado de pizarra gris, bajo el cual se extiende un largo porche. Los lechos con rosas que hay frente a la casa rebosan de flores de color naranja rosado y hay tres escalones de piedra que conducen a una puerta pintada de azul noche.

La puerta se abre cuando papá apaga el motor. Estiro la mano hacia la manija y salgo del coche para saludar a Sheryl.

—¡Wren! ¡Bienvenida! —exclama, bajando los escalones.

Una vez vi a Sheryl con los ojos muy abiertos de horror al encontrar un rebelde mechón gris entre sus exuberantes rizos oscuros como el chocolate, y nunca salía de casa sin maquillaje. Pero en los últimos años ha adoptado un aspecto más natural y, ahora, en lugar de una larga y brillante cabellera, lleva una media melena gris, y no usa cosméticos, ni siquiera su característico pintalabios rosa ciruela.

Su personalidad, estoy segura, no ha cambiado. Seguirá siendo tan audaz y obstinada como siempre y puedo adivinar, por la forma en que ha bajado los escalones, que todavía se da un aire de importancia. Pero a pesar de esta descripción, que es cualquier cosa menos favorable, no me desagrada. En muchos aspectos, la respeto, e incluso me refiero a ella como «dinámica» ante mis amigos; una etiqueta que siempre me hace sentir que soy desleal con mamá. Nos llevamos bien, pero nos ha llevado años llegar a este punto, y nuestra relación está lejos de ser perfecta.

—Hola, Sheryl.

Le doy un abrazo. Lo hago rápido porque no le gusta que la gente invada su espacio personal.

Mide casi metro ochenta, lo que la hace diez centímetros más alta que yo, y siempre ha sido envidiablemente más curvilínea y pechugona, ahora incluso más. Papá me dijo que ha estado horneando mucho desde que se retiró de su puesto en la universidad, lo que me hizo sonreír porque él siempre se ocupaba de la mayor parte de la comida. Nunca había imaginado a Sheryl como una chica de campo, pero la imagen es menos borrosa ahora que la tengo delante.

—Qué casa más bonita —le digo.

Sheryl sonríe y se pone las manos en la cadera, mirando hacia el primer piso.

—Nos encanta. Ven a verla por dentro. ¿O te enseño primero los huertos? No. Vamos adentro —decide antes de que papá o yo podamos decir algo—. Debes estar agotada.

El interior de la casa es muy tradicional. Las paredes están pintadas en tonos suaves de verde, gris y azul y hay detalles en blanco en los marcos de las ventanas, las cornisas y la barandilla. Reconozco la mayoría de los muebles: son antigüedades que heredó Sheryl de sus

padres cuando fallecieron. El suelo es de madera oscura pulida y está parcialmente cubierto por unas alfombras desgastadas, excepto en la cocina, donde es de terracota. Aquí huele a canela.

—Pastel de melocotón y canela —dice Sheryl con orgullo cuando miro los productos horneados en la encimera—. Lo hice especialmente para ti.

—Vaya… Gracias —respondo, emocionada.

El próximo fin de semana, la granja abrirá sus puertas a los clientes que quieran recoger melocotones. Las manzanas y las peras llegarán más adelante.

—¿Quieres un poco ahora o prefieres echar un vistazo arriba? —pregunta—. Subamos primero a dejar tu bolsa, así ves tu dormitorio.

Se va por el pasillo antes de que pueda contestar. Papá y yo sonreímos y seguimos sus pasos.

Ahora puedo soportar el autoritarismo de Sheryl, pero hubo un tiempo en que no estaba tan relajada. Cuando era más joven, ponía a Sheryl contra las cuerdas e intentaba marcar el territorio que ella había marcado tiempo atrás. Aquello no era divertido para nadie.

Desde entonces he aprendido que es mejor no entrar en conflicto con ella, y sin duda voy a tratar de cumplir con sus reglas durante las próximas dos semanas.

Dios sabe que no necesito más estrés en mi vida en este momento.

Capítulo dos

Me despierto temprano a la mañana siguiente, tras el milagro de haber dormido toda la noche. Me las arreglé para aguantar hasta las diez de la noche antes de quedarme dormida en la esponjosa cama de matrimonio que ya tenían Sheryl y papá en la habitación de invitados de su casa anterior.

Vivían en Bloomington, una bonita y vibrante ciudad universitaria a la que se mudaron antes de que naciera Bailey. Está una hora al norte, el punto medio entre aquí e Indianápolis, y tenían una casa de ladrillo pintada de color crema en una ordenada esquina de una urbanización llena de verde. Una vez los visité en otoño y los colores de los árboles que bordeaban las calles eran impresionantes.

Es lo que tiene Indiana: hace mucho frío o mucho calor, y las temperaturas extremas hacen que el otoño sea la estrella de las estaciones. Me gustaría volver en esa época del año, pero ahora estamos en pleno verano.

Bajo las persianas blancas de las dos buhardillas se cuela la luz de un amarillo pálido y, cuando miro el reloj de la mesita de noche, veo que aún no son las siete de la mañana.

Aquí también huele a canela, aunque una versión sintética, por cortesía del popurrí que hay en una de las repisas de la ventana. Me gusta el aroma, me recuerda a los centros comerciales y tiendas para el hogar: cálido y acogedor.

Mamá siempre decía que Phoenix olía a azahar. Decía que el aire del desierto estaba impregnado de ese aroma.

Yo solo tenía seis años cuando nos fuimos, así que mis recuerdos de Phoenix son vagos. Recuerdo los tres cactus altos y gordos de nuestro jardín trasero, la playa artificial con aspersores en la arena porque

hacía demasiado calor para caminar por ella y la piscina local, que tenía tanto cloro que se me ponía el pelo verde. Recuerdo las arenas del desierto barriendo las carreteras y Camelback Mountain desvaneciéndose en el horizonte más allá de unos lejanos *bungalows*. Recuerdo las inmensas capas multicolores del Gran Cañón y las aguas verdes y transparentes y los bordes rocosos del lago Powell. Recuerdo diminutos colibríes que revoloteaban como mariposas y perritos de la pradera a los que intenté alimentar con la mano sin lograrlo una sola vez. Y recuerdo a mi padre que me arropaba por la noche y me llamaba «pajarito»; el apodo que se le ocurrió cuando yo era pequeña y que hace tiempo dejó de usar.

También recuerdo las discusiones. Los gritos. Las lágrimas que se derramaron. Recuerdo las marcas en las mejillas de mi padre cuando me dio el beso de despedida y salió por la puerta principal por última vez.

Apago mi mente cuando llegan estas imágenes porque hay algunas cosas que prefiero olvidar.

***

Bailey llega mientras nos sentamos a desayunar, sin previo aviso ni invitación. Entra por la puerta principal y está en el pasillo antes de que nos demos cuenta de que ha llegado.

—¡Eyyyy! —grita como Fonzie, de la serie *Viviendo a tope*; solo que ella encarna una versión más alta, con más curvas, y más guapa. Ella es la miniyo de Sheryl y todo lo que yo no soy.

Me levanto de la mesa y, en apenas unos segundos, está encima de mí, vestida de trabajo con una elegante falda negra y una blusa blanca y oliendo a perfume de ylang-ylang.

—¡Me alegro tanto de verte! —grita, sacándome el aliento de los pulmones con la fuerza de su breve abrazo.

—Yo también —respondo.

Nuestro padre nos regala una sonrisa, aunque sus dos hoyuelos están ocultos tras la barba incipiente. Los ojos de Bailey son tan grandes, marrones y magníficamente expresivos que se ganó el apodo

de «Boo» cuando era más joven.

—¿Qué tal el vuelo? ¿Cómo estás? —pregunta Bailey, echándose el pelo castaño brillante por encima de un hombro.

De adolescente, el pelo le llegaba casi hasta la cintura en rizos ondulados, pero la última vez que la vi lo llevaba a la altura de la mandíbula.

Yo he tenido el mismo pelo lacio, marrón apagado, toda mi vida. Ni siquiera puedo llamarlo castaño o chocolate: es pura basura.

—Bien y bien —respondo—. ¿Y tú? ¿Cómo está Casey?

El nudo en el estómago me recuerda que no voy a seguir sus pasos por el pasillo de la iglesia en un futuro cercano.

—Genial. Oye, me preguntaba si podemos cenar más tarde.

Miro a papá y a Sheryl.

—Tú no —le dice Bailey a papá con el ceño fruncido, y él se queda inmóvil cuando iba a asentir. Ella se ríe de su expresión de disgusto—. Quiero a mi hermana mayor toda para mí. Es viernes por la noche, he pensado que podríamos ir al Dirk's.

—Supongo que Dirk es el nombre de un bar, no de una persona.

Miro a papá para ver si le parece bien que lo excluyamos, pero se encoge de hombros ante Sheryl y parece de buen humor.

—Las dos cosas. Dirk es el dueño del Dirk's. Es como ese bar al que fuimos la última vez en Bloomington. ¿Te acuerdas de aquella noche?

Sí que me acuerdo. Fue hace cinco años: ella tenía veintidós y yo veintiocho y las dos nos emborrachamos. Fue la mejor noche que habíamos pasado juntas, la primera vez que pude ver las posibilidades que teníamos no solo como hermanas, sino como amigas.

No es que no nos lleváramos bien antes de eso, pero era más difícil cuando yo era una adolescente y ella era una mocosa molesta que llevaba de cabeza a nuestro padre.

Por desgracia, nuestra última salida juntas fue también la última vez que nos vimos en persona, porque se mudó a la Costa Oeste poco después.

—Vendré a buscarte a las siete.

—¿Te parece bien? —Lo consulto con papá, preguntándome si será posible que Bailey y yo retomemos nuestra relación donde la dejamos.

Siento una pequeña oleada de optimismo al pensarlo, pero la duda la ahuyenta en seguida. Han pasado muchas cosas en los últimos cinco años; han pasado muchas cosas en los últimos cinco meses. La simple verdad es que apenas conozco a mi media hermana y ella apenas me conoce a mí.

—Por nosotros está bien —responde papá—. Tenemos mucho tiempo para ponernos al día.

—No sé cuánto voy a durar —le advierto a Bailey—. Voy a tener *jet lag*.

Si espera que yo sea el alma de la fiesta, se llevará una gran decepción.

—Sí, sí —me dice antes de mirar su reloj—. Tengo que irme. Llego tarde al trabajo. Hasta luego.

—Nos vemos.

Con besos en las mejillas de papá y Sheryl, Bailey, el torbellino, se va.

***

Mi media hermana vuelve a recogerme a las siete.

—¡Estás estupenda! —exclama.

Llevo un vestido negro ajustado, hasta la rodilla, sin mangas y con pedrería blanca alrededor de un escote en V. Es el tipo de prenda que elegiría para salir una noche en mi ciudad, pero, mirando a Bailey, que se ha quitado su ropa de trabajo y ahora lleva una falda vaquera y una camiseta blanca, me siento demasiado arreglada.

—Tú también. Pero ¿estás segura de que estoy bien con esto? —pregunto insegura.

—Por supuesto —me tranquiliza con firmeza—. Vamos, los viernes por la noche hay mucha gente. Tenemos que salir ya.

El Dirk’s está en el lado oeste de la plaza que ayer rodeamos con el coche, en el sótano de un edificio de tres plantas, con tejado plano y aspecto funcional; grandes ventanas rectangulares con marcos negros rompen la sencilla fachada de ladrillo rojo. Cuando entramos, suena el estribillo de *Fever*, de The Black Keys, y el volumen de la música sube

a medida que bajamos las escaleras y abrimos la puerta del local. Las paredes son de ladrillo rojo visto, con pósteres enmarcados de bandas de *rock*, desde los Rolling Stones hasta Kings of Leon.

Es un poco cutre y sucio, pero me gusta y, cuando *Fever* se transforma en *R U Mine*, de Arctic Monkeys, me gusta aún más.

Puede que no lo parezca, pero en el fondo soy un poco roquera. A Scott no le gustaba mucho la música. Si tenía opción, prefería tener la televisión encendida antes que la radio. Me pregunto qué prefiere Nadine.

No. No quiero pensar en Scott y Nadine esta noche. Dudo mucho que ellos estén pensando en mí.

—¿Qué quieres beber? —me pregunta Bailey cuando llegamos a la barra, entrecerrando los ojos para ver la fila de bebidas contra la pared.

Tomo una carta que hay tirada en el mostrador, decidida de repente a pasar un buen rato. Está pegajosa y ofrece una selección de hamburguesas, perritos calientes, patatas fritas cargadas y nachos. Le doy la vuelta buscando la lista de cócteles, pero el otro lado está en blanco.

Qué tonta soy. Este no es un sitio que sirva cócteles.

El camarero se materializa delante de nosotras. Lleva dilataciones en las orejas y el pelo rubio tan fino que se le ve el cuero cabelludo. No sonríe ni habla, solo pone dos posavasos de cartón en la barra frente a nosotras y saluda a Bailey con la cabeza.

—¡Hola, Dirk! —exclama ella con entusiasmo. La expresión de él permanece sin cambios. Bailey me mira a mí—. ¿Ron con cola?

—Claro.

Dirk se pone a trabajar y Bailey, riendo, me dice al oído:

—Es un imbécil, pero es parte de su encanto. Conseguiré que me sonría aunque sea lo último que haga.

La creo.

—¿Nos ponemos en aquella mesa? Ve, yo llevo las bebidas.

Varios pares de ojos me siguen mientras recorro la sala, haciendo que me arrepienta de mi elección de vestuario. Ojalá Bailey me hubiera dicho que me cambiara. Es mucho más extrovertida que yo. Ir

demasiado arreglada no le molestaría. Es una de las muchas muchas cosas en que somos diferentes.

Me siento entre una mesa en la que hay cuatro viejos motociclistas canosos, y otra con tres hombres de mediana edad con camisetas de colores primarios y gorras de béisbol. Bailey y yo parecemos las más jóvenes de este antro, y también somos las únicas mujeres, pero si esto le molesta no lo demuestra.

—¡Salud! —dice cuando llega.

—Salud. Y… Ey, felicidades por tu boda.

Para compensar mis inseguridades, sueno demasiado entusiasta, pero ella parece ignorar mi tono.

Se ríe.

—Mamá todavía está enfadada porque la privé de su única gran oportunidad de pavonearse como madre de la novia. Por lo menos avisé, aunque solo fuera con una semana de antelación.

—¿Por qué tenías tanta prisa? ¿Hay alguna razón? —pregunto dubitativa.

—*Nah* —responde, adivinando hacia dónde iban mis pensamientos con esa pregunta—. Queríamos casarnos sin complicaciones; ya tengo bastante follón de ese en el trabajo.

Bailey es organizadora de eventos.

—¿Cómo va el trabajo? Estás en el mismo lugar que Casey, ¿verdad?

—Sí, en el club de golf —dice Bailey y señala con el pulgar por encima del hombro—. Está en las afueras de la ciudad, a unos diez minutos en coche en esa dirección.

Casey es jugador profesional de golf. Conoció a Bailey en California cuando competía en un torneo que ella había ayudado a organizar. Nunca llegó a las grandes ligas y ahora se dedica a dar clases. Le ofrecieron un puesto aquí y, como sus padres y su hermano aún viven en esta ciudad, le gustó la idea de volver y echar raíces.

—¿Y te gusta? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—Está bien. Ya he hecho tres bodas y dos fiestas de jubilación, pero el trabajo no es muy variado. Me preocupa que de aquí a Navidad me

aburra como una ostra y entonces no sé qué voy a hacer. Si Casey y sus padres se salen con la suya, estaré embarazada para entonces.

—¿Eso es lo que quieres?

—Diablos, no, ¡soy demasiado joven para eso!

Se le ponen los ojos en modo «Boo» y no puedo evitar reírme.

—¿Cuántos años tiene Casey?

Bailey tiene veintisiete, pero había oído que él es un poco mayor.

—Treinta y cuatro. Está para el arrastre —bromea, sabiendo perfectamente que su marido es solo un año mayor que yo.

—¡Eh! —exclamo mientras mojo la punta del dedo en mi bebida y la salpico.

Se ríe a carcajadas y una burbuja de alegría estalla en mi pecho. Quizá sí podamos retomar las cosas donde las dejamos…

De hecho, cuanto más tiempo estamos sentadas charlando y bebiendo, más feliz y relajada me siento. Necesitaba un descanso de todo lo que estaba pasando en casa, pero también estoy contenta por esta oportunidad de estrechar lazos con mi media hermana. No sería tan fácil si estuviera Scott.

Pedimos un par de hamburguesas y más bebidas para bajarlas y Bailey se va al baño mientras yo vuelvo a la barra para la tercera ronda.

¿O es la cuarta? Ya he perdido la cuenta.

—*Ain't No Rest for the Wicked* de Cage the Elephant suena a todo volumen por los altavoces y casi canto con ellos porque me encanta esta canción; luego suena *Edge of Seventeen* de Stevie Nicks y no hay manera de que me quede quieta.

Dirk nos pasa las bebidas y juro que levanta una ceja cuando le sonrío. Por el rabillo del ojo, veo que han entrado por la puerta dos hombres altos y fornidos, pero entonces toda mi atención se dirige a tratar de no derramar nuestras bebidas mientras zigzagueo de vuelta a la mesa. Cuando por fin me siento y miro hacia la barra, me dan la espalda.

El de la derecha, con el pelo castaño desgreñado, vaqueros azules desteñidos y camiseta gris, es apenas un poco más alto y ancho que el de la izquierda. Su amigo lleva el pelo rubio oscuro descuidadamente

despeinado, unos vaqueros negros, botas y una camisa de cuadros con las mangas remangadas hasta los codos. Pone una mano en el hombro de su amigo.

—¿Wren?

Levanto la vista y veo que otro hombre ha llegado a nuestra mesa.

—¡Casey!

Me doy cuenta tarde y me pongo en pie de un salto.

Lo he visto en fotos, por supuesto, pero su pelo liso y negro antes era más largo y tenía bigote.

—Me alegro mucho de conocerte por fin —exclama Casey en mi oído y me da un fuerte abrazo.

—¡Yo también!

—¡Case! — grita Bailey cuando reaparece, lanzando sus brazos alrededor de él.

Solo mide unos centímetros más que ella.

Él se ríe y le palmea la espalda, con las mejillas sonrosadas. Bailey lo suelta y se deja caer en su asiento. Casey acerca una silla con mucho más control.

—¿Quieres una copa, Casey? ¿Te traigo una? —Estoy tratando de sonar sobria y no me sale.

—No, no, ya voy a la barra. —Aparta su silla de la mesa y hace una pausa—. ¿Estáis bien?

—Muy bien —dice Bailey, que levanta el vaso lleno y lo choca contra el mío mientras él se pone en pie.

—Le estoy dando una pésima primera impresión a tu nuevo marido —susurro, no tan bajo como hubiera querido.

—¡Qué va! Va a quererte mucho. Ya lo hace. Eres de mi familia. Y él me quiere. Mucho mucho.

—Me doy cuenta.

—Y yo lo quiero. —Pronuncia estas palabras con lentitud y deliberación.

—Parece adorable —agrego.

—¡Acabas de conocerlo! —exclama, golpea la mesa con la mano y me lanza una mirada acusadora. Sus facciones se relajan y asiente—. Pero tienes razón. Es muy muy adorable.

—¡Me alegra oír eso! —dice Casey mientras vuelve a sentarse.

Bailey y yo lo miramos boquiabiertas.

—¿Cómo has logrado que te atendieran tan rápido? —pregunta ella mientras él da un trago de su botella de cerveza.

—Dirk me la tenía preparada en la barra —contesta él con un chasquido de labios.

—Pero si Dirk es un estúpido —dice Bailey con auténtico desconcierto.

Casey se ríe y niega.

—No, no es mal tipo. Lo conozco desde siempre. Este es el primer lugar donde me emborraché legalmente y Dirk me llevó a casa para evitar que acabara en una cuneta.

—¿Cómo es que nunca he oído esa historia? —pregunta Bailey con el ceño fruncido.

—No lo sé —responde Casey encogiéndose de hombros.

—Creía que odiabas este lugar.

—No lo odio, pero no quiero venir aquí cada fin de semana.

—Cualquier sitio es mejor que el club de golf —dice Bailey con voz monótona.

Mis ojos han estado saltando de un lado a otro mientras ellos sostenían esta conversación, pero entonces mi media hermana parece recordar que estoy allí y me sonríe con entusiasmo.

—¡En fin! —exclama—. A Wren le encanta este lugar, ¿no es cierto, Wren?

—Sí, me gusta. La música es buena.

Los dos chicos de la barra se han dirigido a la mesa de billar. Bailey ve hacia donde se dirige mi atención y mira por encima de su hombro, observándolos. Se vuelve hacia mí y me sonríe con descaro, levantando una ceja.

—¿Qué? —le pregunto.

—¿Qué quieres decir con «Qué»?

—¿Qué quieres decir con qué quiero decir con «Qué»?

Se echa a reír.

—¿Cómo puedes decir eso sin tropezarte con las palabras?

—He tenido seis años más que tú para perfeccionar lo de hablar

borracha.

—Perfeccionar lo de hablar borracha —repite, poniendo acento inglés. No sé si el ceceo es intencionado, pero suena muy gracioso.

Casey parece desconcertado mientras las dos nos reímos a carcajadas totalmente ebrias.

—Perdón, Casey —le digo, cuando más o menos nos hemos calmado —. Te has quedado atrás. Creo que necesitas un chupito de tequila o algo.

—Me parece que os tendré que llevar a casa, chicas. Habéis dejado el coche en el aparcamiento, ¿verdad? —le pregunta a Bailey.

—Case, ¡no! —grita Bailey—. Podemos ir caminando.

—Vamos, Casey —le digo tratando de convencerlo—. Acompáñanos con unas copas. Es la mejor noche que he pasado en meses.

—¡Ajá! —Bailey parece encantada con mi declaración.

—Es verdad.

Sonríe mirando dentro de su copa, ajena al dolor que siento acerca de por qué hace tiempo que no salgo.

No me ha preguntado por Scott. Hemos hablado de trabajo y de nuestros padres y de temas livianos como la música y el cine, pero no se ha acercado al tema de mi exprometido.

Lo más probable es que sea mejor así. De todos modos, no quiero hablar de Scott esta noche, y no estoy segura de querer hablar de él con mi media hermana. Es evidente que las cosas van bien entre Bailey y Casey y no tengo ningún deseo de arruinar el ambiente.

Hay algunas mujeres más y gente joven, incluyendo algunos niños pijos que visten polos color pastel, pero los tipos de la mesa de billar llaman la atención. El más alto de los dos está mirando hacia aquí y es guapo de una manera rústica, una descripción que no creo que haya usado nunca para otro ser humano, pero que me parece muy acertada. Tiene un bronceado acentuado, una frente ancha y una mandíbula que se nota que es fuerte, a pesar de que está cubierta de una barba espesa y oscura; es como un modelo masculino cruzado con un hombre de las cavernas. Su amigo de pelo rubio oscuro y camisa a cuadros amarillos y negros todavía nos da la espalda.

La cabeza de Bailey obstruye por momentos mi campo visual,

mientras se balancea de un lado a otro en una impresionante ejecución del movimiento de baile de *Walk Like an Egyptian*.

—Tierra llamando a Wren. —Ella mira por encima del hombro antes de devolverme la mirada con una sonrisa.

—Lo siento —me disculpo, y busco mi bebida.

—Alguien sigue distrayéndose —canta—. O tal vez alguien busca una distracción.

Casi me atraganto.

—Ese es Jonas, ¿verdad?

Bailey mira con intensidad al modelo cavernícola, luego a Casey, que asiente.

—Si estás buscando una distracción, he oído que es bueno —añade.

—Bailey. —El tono de Casey suena un poco a reprimenda.

—Oh, venga, —responde ella, dándole una palmada en el brazo—. La última vez que lo vimos aquí me dijiste que se había acostado con la mitad de las mujeres de esta ciudad.

—Es una exageración —responde Casey—. Pero no imagino que tu hermana quiera ser otra muesca en su cinturón.

Me mira en busca de confirmación.

—No quiero ser otra muesca en el cinturón de nadie ahora, gracias.

Ni siquiera estoy segura de que me guste.

Si estuviera sobria, me daría cuenta.

—¿Quién es el amigo? —le pregunta Bailey a Casey.

—¿Puedes dejar de mirarlos, por favor? —le pide con razón.

Bailey hace una mueca de disgusto pero hace lo que le piden. Obstruye en parte mi campo visual, así que al menos puedo mirar sin que sea demasiado obvio.

—Es Anders —responde Casey a su pregunta—. Y no son amigos, son hermanos.

—Case conoce a todo el mundo en este pueblo —me dice Bailey en voz baja.

—Sé quién es quién —la corrige Casey—. Eso no significa que conozca a la gente como para ir a hablarles. Anders iba un curso por delante de mí en la escuela y Jonas es un par de años mayor que él.

Entonces tienen alrededor de treinta y cinco y treinta y siete años.

—¿Son de por aquí? —pregunto—. Los nombres suenan escandinavos.

—Toda la familia tiene nombres suecos desde hace varias generaciones. Se toman su herencia muy en serio. La granja Fredrickson ha ido pasando de una generación a otra desde hace unos doscientos años.

Hay un toque de reverencia en su tono.

—¿Son granjeros? —pregunto.

—Jonas sí —responde Casey—. Sus padres también. Anders vive en Indy. —Así llaman a Indianápolis—. Lo último que supe es que estaba trabajando para un equipo de IndyCar, que es algo muy *cool*.

Eso es *supercool*, es genial. Papá y Sheryl una vez nos llevaron a Bailey y a mí a las 500 millas de Indianápolis, una carrera de coches de más de ochocientos kilómetros de largo en torno a una pista de carreras ovalada. Se anuncia como «el mayor espectáculo en el mundo de las carreras» y forma parte de la Triple Corona del Automovilismo, junto con el Gran Premio de Mónaco y las 24 Horas de Le Mans, pero a mí me pareció un programa aburrido cuando papá me dijo que había comprado entradas. Una vez allí, sin embargo, me dejé llevar por la intensa emoción del alto octanaje.

—Hacía años que no veía a Anders —continúa Casey—. Aunque oí que perdió a su esposa hace unos años.

—¿Qué le pasó? —pregunta Bailey.

—Un accidente de coche, creo —responde Casey.

En ese momento, Anders camina por detrás de la mesa, se detiene y queda total y claramente expuesto a la vista.

Se me corta la respiración.

A diferencia de su hermano, no hay ni una pizca de cavernícola en él. Está bien afeitado, su piel tiene un bronceado dorado y tiene las cejas casi afiladas. Lleva la camisa de cuadros negros y color mostaza abierta sobre una camiseta negra desteñida, y me viene a la mente la frase «*cool* sin esfuerzo» mientras se inclina para preparar un tiro. Algunos mechones de su pelo rubio oscuro le caen sobre la línea de los ojos, pero no los aparta antes de golpear la bola. Oigo el ruido metálico de la bola que viaja en línea recta hasta uno de los agujeros

y, una fracción de segundo después, sus ojos se elevan y se cruzan con los míos.

El aire permanece en mis pulmones mientras él se endereza con lentitud y nos miramos fijamente. Mi corazón se agita. Y, a medida que pasan los segundos, la agitación se convierte en un galope que rebota contra mi caja torácica. Observo con detenimiento cómo sus ojos parecen oscurecerse. Entonces frunce el ceño, rompe el contacto y se pasa la mano por el pelo.

La sangre me sube a la cara y busco mi bebida. Siento como si me hubieran secuestrado el pulso. Por suerte, Bailey está ocupada hablando con Casey y no se da cuenta de lo entrecortada que se ha vuelto mi respiración.

Anders no vuelve a mirarme, al menos no que yo sepa. Sigo sintiendo que mi atención va hacia él, una atracción inexplicable que es imposible ignorar.

Al final, la única forma que tengo de distraerme es mover mi silla para que Bailey me tape completamente la vista.

Capítulo tres

—No seáis ridículos. La casa de papá y Sheryl está justo allí —exclamo, señalando al otro lado del río—. ¡Id a casa!

Bailey y su hilarante marido borracho me han acompañado hasta el puente, pero deberían haber dado media vuelta hace un par de minutos.

—Bueno, está bien —concede Bailey, lanzándose hacia delante y me abraza con tanta fuerza que tropiezo hacia atrás y casi me caigo—. Vendré a verte mañana —promete—. Podemos curarnos la resaca juntas.

—Mañana tienes que trabajar —le recuerda Casey, tambaleándose.

—No hasta el mediodía —responde Bailey—. Te veré por la mañana —me dice.

—Es un buen plan. —Le sonrío, ya con ganas de volver a verla.

Son las once de la noche, es decir, las cuatro de la madrugada en el Reino Unido, pero me siento extrañamente despierta y animada. Los únicos ruidos que oigo son el agua que corre bajo el puente, el roce de mis botas contra el asfalto y algún que otro coche zumbando a lo lejos.

Por mucho que haya disfrutado de la compañía de mi media hermana y su nuevo marido esta noche, me alegro de estar recorriendo este tramo final sola. Es agradable tener el espacio mental para estar con mis propios pensamientos durante un rato.

Cuando dejo atrás la última luz de la calle, el cielo nocturno se ilumina sobre mi cabeza. La luna llena brilla como una antorcha y ni una sola nube empaña el brillo de las estrellas. El aire huele a hierba recién cortada y, al bajar la mirada del cielo para contemplar el campo que se extiende ante mí, me quedo boquiabierta: pequeñas

luces sobrevuelan la hierba que llega hasta las rodillas, centelleando y parpadeando como polvo de hadas.

Luciérnagas. O «bichitos de luz», como las llama Sheryl.

Había visto alguna que otra en viajes anteriores a Indiana, pero nunca tantas juntas en un solo lugar. El espectáculo es mágico.

De repente, me entran ganas de estar entre ellas. Hay dos estrechos senderos frente a mí, labrados por las ruedas de un tractor, que son lo suficientemente anchos para que una persona camine por ellos.

Una brisa me levanta el pelo del cuello, húmedo de sudor. Una fracción de segundo después, oigo el susurro de los cultivos cuando el viento sopla a través de ellos.

Presa de un impulso, me pongo en marcha y me meto en uno de los caminos. La tierra está seca y quebradiza bajo mis botines y tiene una pendiente suave. No sé cuánto tiempo camino —diez, veinte minutos—, pero no estoy segura de que la sonrisa haya abandonado mi rostro ni un momento. Me hipnotizan las luciérnagas, el aire libre y la oscuridad, la luz de las estrellas y la luz de la luna. La sensación de libertad.

Ahora sí que soy «libre». Libre y soltera. Por primera vez desde nuestra ruptura, la idea de estar sola no me asusta. Me siento satisfecha, casi como era yo antes. Me recorre una sensación de euforia.

Salgo del campo de cultivo y me encuentro en una larga franja de hierba recién cortada, pero aquí la fragancia se mezcla con algo aún más dulce. Más adelante hay un campo de maíz y, contra el cielo iluminado por la luna, sobresalen hojas —o flores— de la parte superior de cada tallo de tres metros de altura. Camino hacia delante y me alejo del cultivo que llegaba a la altura de las rodillas y de las luciérnagas parpadeantes, y pronto me encuentro dentro de un bosque de maíz. Al cabo de un par de minutos, me detengo.

¿Qué demonios estoy haciendo? Podría perderme aquí. Siento un atisbo de pánico, me doy la vuelta y vuelvo por donde creo que he venido, pero no estoy segura de estar siguiendo la misma dirección.

El sonido muy intenso de un mosquito hace que me tense, hasta que me doy cuenta de que lo que estoy oyendo es una moto. Estoy segura

de que el pueblo está colina arriba, pero este ruido viene del otro lado y es cada vez más fuerte.

Corro hacia el ruido y emerjo del maíz en el momento exacto en que una ráfaga de luz atraviesa la franja de hierba a mi izquierda. Salto hacia atrás y me aprieto contra los tallos, pero es demasiado tarde. La luz me abrasa la cara y un hombre grita alarmado mientras el motor lanza un grito desesperado antes de enmudecer.

Abro los ojos y veo una masa oscura delante de mí. El faro me ha dejado medio ciega, así que no puedo distinguir mucho más.

—¿Qué demonios? —exclama el hombre con acento local mientras se despega de la moto y se pone en pie

—¿Estás bien? —le pregunto.

Debería haber aprovechado esta oportunidad para salir corriendo. Podría tratarse de un psicópata, pero estoy demasiado borracha como para sentir miedo.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta—. ¿Estás perdida?

—No —respondo a la defensiva—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Quién va en moto por el campo a estas horas?

—No es asunto tuyo.

—Entonces, no es asunto tuyo lo que yo hago aquí —replico y me siento bastante nerviosa por el sonido de su voz.

Es grave y profunda, pero no demasiado profunda. Tiene una riqueza que me recuerda la miel.

—Estás invadiendo una propiedad privada, así que, de hecho, sí es asunto mío.

Ay. Mis pensamientos dispersos se juntan de golpe.

—Bueno, voy de camino a casa, así que no te preocupes.

—¿Adónde vas? —me pregunta exasperado mientras con determinación avanzo por el camino por el que creo que he llegado.

Mis ojos aún no se han adaptado a la oscuridad; sigo viendo manchas.

—Tienes que subir a la carretera y girar a la izquierda si quieres volver a la ciudad —me dice.

Giro sobre mis pies, y me tropiezo un poco.

—¿Dónde está la carretera? No vuelvo a la ciudad pero sí necesito

encontrar el camino por el que he venido.

—Por ahí.

Es una silueta alta y oscura recortada contra el cielo iluminado por la luna, pero puedo distinguir el brazo largo que señala hacia una extensión de hierba.

—Sería mucho más rápido si voy campo a través —le discuto. Noto el ancho impresionante de sus hombros cuando baja el brazo.

Ojalá pudiera verle la cara. ¿Quién es este tipo?

—Si lo que quieres es ir pisoteando soja como si fueras un maldito elefante…

¿Soja? ¿Eso es lo que crecía en el campo de las luciérnagas? Espera, ¡qué grosero!

—No la estoy pisoteando, ¡hay un sendero!

—No es un sendero para personas, es para los tractores.

—Oh, da igual. A ver si te caes de tu pedestal. O de la moto. O de lo que sea a lo que estés subido. En realidad, de la moto, ya te has caído, ¿no?

Se me escapa una risita de borracha cuando me lo imagino estrellándose. No es muy gracioso, pero. . .

Dios, sí es gracioso.

—Estás borracha.

—No estoy tan borracha.

—No era una pregunta.

—Me *ensobriesco* a cada minuto que pasa. ¿*Ensobriesco*? —pregunto en voz alta, sin esperar respuesta porque estoy hablando sola—. ¿Esto es una palabra?

—Ay, por favor —murmura—. ¿Adónde vas?

Recoge su motocicleta caída cuando paso a su lado.

—Arriba y a la izquierda —le contesto—, como me indicó el hombre GPS.

—No, quiero decir, ¿dónde te alojas? Intuyo que estás muy lejos de casa.

—Mi padre vive por ahí.

Señalo al otro lado del campo mientras se enciende la luz de la moto e ilumina la extensión de hierba.

—No, *mi* padre vive ahí, así que lo dudo.

—Entonces por ahí —digo mientas ajusto la dirección del brazo.

—¿Eres la hija de Ralph? Oh, claro que sí. Mi madre dijo que venía su hija de Inglaterra. ¿Eres tú?

—Soy yo.

—En ese caso, sería más rápido que fueras cuesta abajo y doblaras a la derecha por el camino de la granja.

Suspiro con dramatismo, me doy la vuelta y grito de fastidio al verme cegada de nuevo por su faro.

—No hace falta que me sigas —le digo cuando me doy cuenta de que eso es exactamente lo que piensa hacer—. Vuelve a lo que sea que estuvieras haciendo aquí en la oscuridad.

—Lo último que necesito es que te rompas un tobillo. Mi madre me mataría.

—Pareces un poco mayor para preocuparte por lo que piense tu madre —digo con sequedad.

—Nadie es demasiado mayor para preocuparse por lo que piense su madre.

—Así que esta es tu tierra, ¿no? ¿Qué eres? ¿Granjero?

—No, mi hermano es el granjero.

Me paro en seco.

—¡Cuidado! —grita y casi me atropella.

Me giro y me vuelvo a quedar ciega.

—Por el amor de Dios —grito, protegiéndome los ojos—. ¡Vería mejor a la luz de la luna!

Él suelta una carcajada y yo aparto la cara. Se me acelera el corazón cuando me doy cuenta de con quién estoy hablando.

—Eres Anders, ¿verdad? —Y, antes de que pueda responder, añado—: ¿Y tu hermano es Jonas?

—Sí —responde tras una leve vacilación, preguntándose cómo lo sé.

Tengo un *flashback* de nuestro prolongado contacto visual y me siento muy nerviosa, a pesar de las unidades de alcohol que se supone que deberían estar amortiguando mis sentidos.

—¿Me vas a decir cómo te llamas?

—Wren.

Recuerdo, entonces, que primero desvió la mirada y estoy bastante segura de que no me miró de nuevo, ni siquiera cuando salió del bar. Me avergüenza admitir que estaba mirándolo cuando se fue para ver si lo hacía, y al final cedí al inexplicable dolor que había sentido desde el momento en que me había atrapado con la mirada.

Me armo contra él, contra su desaire.

—Ahora en serio, no hace falta que me sigas.

—No quiero que te pierdas, ¿vale?

Me burlo.

—No me perderé. Soy arquitecta. Tengo un excelente sentido de la orientación.

Suelta una risita baja que se esconde bajo mi caja torácica.

—¿En serio? —dice, hace una pausa y luego exhala con lo que parece resignación—. Deja que te lleve a casa.

Vuelvo en mí y suelto una sonora carcajada.

—Debe de ser una broma. No, gracias. He visto cómo conduces esa cosa.

De ninguna manera voy a ser la damisela en peligro de un hombre cualquiera.

—Si he perdido el control es porque has salido del maíz como una aparición —dice.

—Da igual, no me arriesgaré.

—No seas idiota: sube.

—Ni hablar. Prefiero caminar, y te prometo que no iré pisoteando tus preciosos cultivos de soja como un gran maldito elefante.

Estúpido.

—Gira a la derecha aquí —me indica cuando salimos al camino de la granja. La luz de su moto ilumina una enorme estructura roja.

—Ya lo sé —le respondo.

—Claro que lo sabes. Eres arquitecta y tienes un excelente sentido de la orientación.

Le regalo una mirada.

Me mata no poder distinguir ninguno de sus rasgos faciales.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en la ciudad? —pregunta con tono despreocupado mientras camina a mi lado, llevando la moto por el

manillar.

—Qué, ¿ahora vamos a hablar de trivialidades? —le respondo con incredulidad.

—No somos animales —me responde.

—No, pero no me parece que seas el tipo de persona que tiene conversaciones triviales.

—Es una conclusión interesante sobre alguien a quien acabas de conocer.

—Entonces, ¿te gusta hablar de cosas sin importancia?

—No, lo odio, pero solo te he preguntado cuánto tiempo te vas a quedar aquí, no cuál es tu color favorito o si tienes mascotas. Dios, me lo estás poniendo muy difícil…

Sonrío para mis adentros.

—Dos semanas, negro y ya no tengo, pero antes tenía una gata que se llamaba Zaha.

—¿Por Zaha Hadid?

—Sí. —Es una de mis arquitectas favoritas.

—A mí me gustan más los perros.

—Pues no podemos ser amigos —susurro con solemnidad.

Estoy bromeando, me encantan los perros.

—No podemos ser amigos desde el momento en que me has hecho perder el control de la moto. Y el negro no es un color.

—Vaya, ¿vamos a discutir sobre eso?

—No hay discusión posible. Es un hecho.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres un incordio? No respondas —añado al mismo tiempo que él responde «Sí».

La carcajada que sigue me da vértigo.

—Si quieres librarte de mí, lo único que tienes que hacer es subirte a la parte trasera de mi moto y te llevaré a casa enseguida.

En su voz percibo que se estaba divirtiendo.

—De ninguna manera. Jamás.

Estamos de vuelta a la granja Wetherill antes de que me dé cuenta.

—Bueno, ha sido un paseo muy refrescante, gracias —le digo con dulzura mientras me paro al final del camino, protegiéndome los ojos porque la maldita luz me apunta a la cara otra vez.

—De nada, Wren —responde en voz baja y burlona—. Me alegro mucho de haberte atropellado.

—¡Ja! Ha faltado poco. La próxima vez.

—Lamentablemente, es poco probable que tenga el placer.

—No seas tan pesimista. Voy a estar por aquí un par de semanas, ¿recuerdas?

—Y yo me habré ido el domingo, así que dudo que volvamos a vernos.

Hasta el momento, sus palabras se han entrelazado en una sonrisa mientras las decía, pero tengo la extraña sensación de que ahora su expresión es más seria.

Se hace el silencio. Su luz sigue apuntando a mi cara y de repente me parece injusto que él pueda ver mi expresión y yo no la suya.

Y entonces la luz se desvía y parpadeo en la oscuridad mientras lo oigo dar la vuelta a la moto.

Abro la boca y la vuelvo a cerrar cuando se pone en marcha en la dirección por la que hemos venido. Después de hablar sin parar durante todo el camino, me confunde el hecho de que ninguno de los dos haya encontrado las palabras para despedirse.

Capítulo cuatro

—¡Buenos días! —grita Sheryl desde la cocina.

No tengo fuerza para responder a un volumen que ella pueda oír. La madera pulida de la barandilla se me pega a las palmas apenas sudorosas mientras voy bajando con cautela los escalones que chirrían, y me encojo ante el asalto a mis oídos. Llego al final y tengo que tomarme un momento. Me pregunto con toda seriedad si voy a vomitar.

—¿Os divertisteis anoche? —pregunta Sheryl con una mirada cómplice desde la cocina. Asiento con lentitud y continúo mi camino hacia ella.

—¿Dónde está papá? —digo con una voz que suena ronca.

—En el huerto, recogiendo melocotones.

—¿Ya?

—Viene una tormenta y ha pensado que sería mejor sacar algunos de los más maduros.

—Voy a ir a saludarlo.

—¿Quieres llevarte una taza de té o de café?

Digo que no con la cabeza lo más lento que puedo.

—Bueno, pero llévale una a tu padre.

Sheryl aleja una silla de la mesa para que yo me siente.

Me siento, con el estómago revuelto, mientras ella saca una bandeja y la llena con una taza de café negro humeante, un vaso de agua, un plato de galletas dulces y saladas, además de un plátano.

Le doy las gracias por lo que, según puedo ver es, en parte, una cura para la resaca, y recojo la bandeja.

Lo de anoche parece surrealista. Hubo momentos en los que me sentí feliz sin Scott. Y luego vino ese paseo por los campos de

luciérnagas y mi encuentro con Anders.

Mientras sostengo la bandeja en una mano y abro la puerta con la otra, me pregunto qué demonios me pasó por la cabeza para escabullirme por campos oscuros en medio de la noche. No es de extrañar que Anders se cayera de la moto al verme: una mujer de cara blanca vestida toda de negro, apareciendo del maíz con la luna llena sobre su cabeza. Me divierte la imagen y me río cuando salgo a la terraza.

El cielo azul claro de ayer ha sido invadido por nubes de aspecto amenazador, y, mientras me abro camino hacia los huertos, me vienen a la mente otros fragmentos de nuestro encuentro. El recuerdo de la risa de Anders me hace sentir como si alguien hubiera tirado una vitamina efervescente en mi torrente sanguíneo. Pero luego recuerdo que probablemente no lo vuelva a ver y a mis sentimientos gaseosos se los lleva una ola de soledad.

Es una sensación con la que estoy muy familiarizada. Lo de anoche fue una distracción, una pausa del hecho de extrañar a Scott, pero estaré pensando en él de nuevo muy pronto, estoy segura.

Encuentro a papá en el huerto más cercano, subido a una escalera. Las frondosas ramas de los melocotoneros cuelgan con el peso de las enormes esferas anaranjadas que penden de ellas. Parecen millares de puestas de sol en miniatura.

—Hola, papá. Te he traído café.

—¡Genial!

Hay una caja de madera cerca, así que la muevo con el pie con suavidad y le doy la vuelta antes de colocar la bandeja sobre esta mesa improvisada.

Papá, mientras tanto, baja la escalera, con una mano aferrada a los peldaños y la otra a una cesta de mimbre. Tiene una ramita alojada en su cabello despeinado.

—Ten cuidado con la escalera —le advierto.

Aunque papá antes era jardinero, fue promovido a coordinador de servicios estudiantiles mientras estuvo en la Universidad de Indiana Bloomington, y en los últimos años ha pasado más tiempo sentado detrás de un escritorio que trabajando expuesto a los elementos.

—Siempre —responde con una sonrisa. Apoya la cesta en el suelo y gime mientras se endereza. Los botones de la camisa a cuadros azules y negros se tensan cuando se estira hacia atrás.

Los cuadrados del estampado me recuerdan a Anders y su camisa de cuadros grandes, negros y mostaza, con las mangas arremangadas hasta los codos, y abierta sobre una camiseta negra un poco descolorida, sus vaqueros negros y las botas de ante… Aunque mi padre jamás se pondría un atuendo como ese.

—Así que se avecina una tormenta, ¿eh? —pregunto, tratando de alejar mis pensamientos de Anders mientras pelo el plátano.

—Parece que sí —responde papá, escudriñando el cielo y rodeando la taza de café con la mano—. Truenos y relámpagos, y todas esas cosas aterradoras.

—Eso es lo que solía decir mamá.

—Ya lo sé —responde sin mirarme a los ojos mientras toma un sorbo de su café. Deja la taza en la bandeja, da la vuelta a otro par de cajas y me hace un gesto para que tome asiento—. ¿Qué tal la noche con Bailey?

—Bien. Aunque hoy me siento un poco mal.

—¿Bebisteis mucho? —pregunta papá, imaginando que mi malestar es consecuencia únicamente de la resaca.

—Bastante.

Papá hace una mueca y sacude la cabeza, y la caja cruje.

—¿Quién es la mala influencia aquí?

No sé si de verdad quiere una respuesta o si me está tomando el pelo, pero me deja pensando.

—Lo más probable es que las dos seamos igual de malas —concluyo, y trato de recordar si Bailey y yo congeniamos de verdad solo cuando estamos bajo la influencia del alcohol.

Ella es extrovertida por naturaleza, supersociable, y yo soy de salir de mi caparazón cuando he bebido un poco, así que no me sorprendería.

Papá empieza a mordisquear una galleta con aire satisfecho. Todavía tiene esa ramita en el pelo.

—Conocí a tus vecinos granjeros —le digo—. Bueno, a uno de ellos.

Estaban en el Dirk's.

—¿Patrik y Peggy estaban en el bar de Dirk? —pregunta papá sorprendido.

—No, Anders y Jonas.

—Ah. Bueno, Anders no trabaja en la granja —me dice, algo que ya sé—, pero Jonas sí. Se está haciendo cargo de algunas de las cosas de sus padres.

—¿Patrick y Peggy?

—Sí.

—Pensaba que todos tenían nombres suecos.

—Sí, bueno, Peggy se casó con uno de la familia y es Patrik sin la «c».

—Ah. Arranco esa letra de la ortografía del nombre, pues.

—No hemos coincidido mucho con Patrik y Jonas, pero Peggy es una señora muy agradable —dice papá—. Ha intentado que vayamos a la iglesia un par de veces, pero ya conoces a Sheryl.

—La conozco. Es atea hasta la médula.

—Peggy no nos dijo que fuera a venir Anders —reflexiona papá—. Trabaja para un equipo de IndyCar, ¿sabes?

—Sí, Casey me lo contó.

—Me gustaría conocerlo.

—¿Todavía no lo conoces?

—No. Peggy alguna vez nos ha comentado que nunca viene durante la temporada de carreras, pero es evidente que eso no es del todo cierto si ahora está aquí. Se va a Toronto la semana que viene, así que debe estar muy ocupado en el trabajo.

Papá es aficionado al automovilismo desde que tengo uso de razón, así que no me sorprende que conozca la agenda de carreras de Anders.

—Ha venido el fin de semana nada más —le digo.

—Tal vez podemos invitarlos a tomar algo más tarde.

—Me parece bien —respondo, y me pregunto si puede percibir la vacilación en la voz que me causa un caleidoscopio de mariposas en el estómago.

***

Cuando volvemos a casa, Sheryl nos comunica que en la radio han advertido que se acerca un tornado. La verdad es que afuera se ha puesto todo oscuro.

El granizo llega antes que la lluvia y yo, de pie junto a la ventana del salón, contemplo atónita los cubitos redondos de hielo blanco que caen desde el cielo y dejan el césped casi tan blanco como la nieve. El ruido que hacen al chocar contra el tejado es como el de cien mil martillos. Es estridente, y la lluvia que cae poco después es casi igual de ensordecedora. En el cielo se ve el destello de relámpagos lejanos, seguidos de truenos que retumban en las paredes. Estoy atenta a los relámpagos con forma de tenedor y me pregunto si el grueso de la tormenta ya nos ha alcanzado.

—Espero que Bailey haya llegado bien al trabajo —dice papá con preocupación a mi lado.

Miro el reloj. Son las doce y media. Ya es tarde. No va a venir para que nos repongamos juntas de la resaca. No es la primera vez que Bailey improvisa una decisión y hace una promesa que no va a cumplir. Pero ella me puso de buen humor anoche y le estoy agradecida por eso. Tal vez basta con que nos divirtamos juntas de vez en cuando y no abrazar grandes expectativas de construir lazos de hermandad. Es poco probable que nos acerquemos mucho más en las próximas dos semanas, a pesar de mi optimismo inicial, ahora que no estaba Scott.

—La llamo —decide papá, sacando su teléfono del bolsillo mientras sale de la habitación.

Los celos me punzan. Casi nunca me llama a mí.

«Bailey vive cerca», pienso. «Está en la misma zona horaria. Es fácil y cómodo llamarla».

Pero no se puede negar que papá y Bailey tienen una relación mucho más cercana que él y yo. Ella nunca dudaría en arrancarle una ramita del pelo.

Papá vuelve un par de minutos después, cuando la lluvia ya ha disminuido.

—Está trabajando con Casey —dice aliviado—. El club de golf tiene un sótano.

Me giro para mirarlo bien.

—¿En serio piensas que pueda haber un tornado?

—Estas son las condiciones climáticas en las que suelen aparecer —murmura, rascándose la barba incipiente.

De repente, se tensa y abre mucho los ojos.

—¿Qué?

Levanta la mano para hacerme callar. Y entonces lo oigo: un quejido agudo que viene del exterior.

—Es la sirena del tornado. ¡Sheryl! —grita papá mientras sube las escaleras.

—¡Sí, la he oído! ¡Ya voy! —responde ella.

—¿Qué ocurre? —pregunto, con un aleteo de pánico mientras la sirena de alarma de la ciudad sigue sonando.

—Al sótano —responde Sheryl—. Llama a Bailey, díselo.

Papá saca su teléfono de nuevo y me empuja hacia la puerta y luego escaleras abajo.

«¿Por qué tenemos que informar a Bailey de todos nuestros movimientos?», me pregunto, mientras papá se apresura a ponerla al tanto.

La respuesta, me doy cuenta, es para que los servicios de emergencia sepan dónde encontrarnos si nuestra casa es arrasada.

El terror me clava los pies en el suelo por un momento. He visto *Twister*. Está pasando lo mismo.

Nunca he vivido una alerta de tornado. Sheryl tuvo algunos encuentros cercanos en Oklahoma, donde creció; un estado que está justo en el callejón de los tornados. Su padre trasladó a la familia a Indianápolis por trabajo cuando ella era adolescente y allí también tuvo un par de incidentes, e incluso con Papá en Bloomington. Pero, de alguna manera, la idea de una alarma de tornado en una ciudad poblada me parece menos aterradora que escucharla aquí en medio de la nada. Me siento muy vulnerable.

Alguien da fuertes golpes a la puerta. Papá se apresura y la abre de golpe, y aparece una mujer mayor con un impermeable rosa brillante. Le chorrea la capucha.

—Rápido —dice—. Venid a nuestro refugio.

—Gracias, Peggy —dice papá lleno de alivio—. Coge tu abrigo, Wren. ¡Vamos!

Tan pronto como me pongo la capucha de mi abrigo gris sobre la cabeza, el viento me la quita de nuevo. Las hojas son arrancadas de los árboles y mi pelo castaño de media melena se agita alrededor de mi cara como si yo fuera Medusa con la cabeza llena de serpientes.

Peggy se desliza al volante de su Gator, un pequeño utilitario verde; hay espacio para dos personas más en el asiento delantero junto a ella y, antes de que pueda asimilar que voy a tener que subirme a la caja trasera, oigo un sonido demasiado familiar.

Una moto blanca y amarilla salpicada de barro avanza rugiendo por nuestro camino de entrada, y expulsa una cascada de agua de lluvia para todos lados mientras derrapa y se detiene. Doy un salto hacia atrás, pero es demasiado tarde: estoy empapada de las rodillas para abajo. Llevo una falda, pero los calcetines bajo los botines están chorreando.

—Sube —me ordena el conductor, con la cara medio oculta por la capucha verde oscuro de su impermeable.

Sheryl y papá ya están trepando al asiento delantero del Gator.

El corazón se me sale de la caja torácica. Dudo, mirando el espacio en la caja del vehículo. La sirena sigue sonando a lo lejos.

Peggy se pone en marcha y veo la cara pálida de papá, llena de ansiedad, que mira hacia atrás, gritando palabras que se lleva el viento.

—¡Wren! —grita Anders, porque, aunque su cara esté oculta, es él, por supuesto.

—Maldita sea —murmuro, y mis mariposas entran en un frenesí cuando subo la pierna por encima de la parte trasera de su moto.

No es una máquina bestial, no como las que se ven en la carretera, pero el asiento azul marino es más alto de lo que parece y la lluvia que lo recubre se filtra a través de la tela de mi falda.

Apenas he puesto las manos en la cintura de Anders cuando la moto da un bandazo y casi me lanza volando hacia atrás. No tengo dónde poner los pies, así que me agarro a él con fuerza, demasiado conmocionada y sin aliento como para gritar mientras él avanza por el

camino de tierra y salpica agua y barro a nuestro paso. El cielo está oscuro y las nubes tienen un tinte verdoso y espeluznante.

Más adelante se vislumbra el granero rojo que vi anoche, pero Anders gira a la derecha mucho antes de que lo alcancemos, y toma un pequeño camino de tierra entre la granja y un campo de maíz.

La casa tiene el mismo estilo y color del granero, y eso es todo lo que tengo tiempo de ver.

—Ve —ordena Anders, y señala con la cabeza hacia donde está papá mientras nos detenemos en la parte trasera de la casa.

Papá y Sheryl ya se han bajado del Gator, y Sheryl corre por el césped empapado detrás de Peggy mientras papá me hace señas desesperadas. Peggy y Sheryl llegan a un montículo a unos cinco metros de distancia, que tiene una puerta de metal en uno de los laterales, en un ángulo de cuarenta y cinco grados. La abren y queda expuesto un túnel oscuro y la cara de un hombre que no reconozco y que extiende la mano para ayudar a Sheryl.

Me bajo de la moto. Peggy nos mira ansiosa, pero Anders no se baja.

—¿Vienes?

Se me acelera el pulso.

Él niega con la cabeza.

—Todavía no.

—¿Por qué no? —pregunto alarmada.

—Tengo que encontrar a mi hermano.

—¡Anders! —Peggy lanza un grito mientras él acelera el motor y se va.

Me invade un sentimiento de terror al verlo alejarse.

¿Dónde está su hermano?

Capítulo cinco

—Patrik, Peggy, esta es mi hija, Wren.

Papá nos presenta cuando estamos a salvo en el vientre del refugio contra tormentas con la puerta cerrada detrás de nosotros.

El aire es denso y sofocante y parece que un tren de carga pasara silbando sobre nuestras cabezas. Nadie querría sufrir de claustrofobia en esta situación.

—Gracias por acogernos —digo sin aliento mientras Patrik desliza los pestillos de la puerta. Lo hace con lentitud, con una mano, porque la otra la lleva enyesada y sujeta con un cabestrillo. Me hace un gesto estoico con la cabeza mientras baja cojeando los escalones. Sheryl me dijo que se había caído la semana pasada y que se había roto un brazo y dos costillas. Al parecer, la agricultura es una de las profesiones con mayor índice de muertes y accidentes graves. Me enteré de esto después de que papá y Sheryl firmaran la escritura de su propiedad.

Patrik es alto y delgado, con el tono de piel de Jonas y rasgos faciales anchos. Apuesto a que alguna vez fue un hombre gigante, pero que su estatura ha disminuido con la edad. Debe tener más de ochenta años, y Peggy parece unos pocos años más joven. ¿Todavía trabajan? Seguro que no. Pero papá me ha dicho que Jonas se estaba haciendo cargo de algunas de las cosas de la granja, no que ya estuviera a cargo de todo.

—Faltaría más, querida —responde Peggy a mi agradecimiento. Se quita el abrigo rosa y deja al descubierto su pelo blanco hasta los hombros. Me ofrece una sonrisa temblorosa, pero es evidente que está muy preocupada por sus hijos.

Yo también, y eso que apenas conozco a Anders, y menos a Jonas. Intento distraerme de lo que está pasando, observando nuestro

entorno: estamos en un refugio subterráneo de unos tres metros por cuatro, con las paredes, el suelo y el techo de hormigón. Hay un sofá de dos plazas de color púrpura muy desgastado y descolorido contra una pared y algunas cajas alineadas contra otra. A la derecha de la puerta hay una cómoda.

Peggy enciende una luz y se ilumina una segunda habitación más pequeña al fondo.

—Esto sí que es un buen refugio contra tormentas —dice Sheryl con asombro.

Una vez me habló del refugio pequeño y oscuro de su familia en Oklahoma. No había electricidad y tenía goteras, y una vez, cuando su padre y su hermana mayor sacaron el agua que se había acumulado, hasta encontraron una serpiente.

—Nuestra familia lleva aquí mucho tiempo —responde Peggy con ironía, y saca una radio de uno de los contenedores y la enciende—. Hemos tenido una buena dosis de mal tiempo, y hemos tenido ocasión para hacerlo más cómodo a lo largo de los años. Los niños solían jugar aquí.

Palidece, como si recordara que aún están fuera.

—¿Queréis agua? —nos pregunta con voz débil. Saca unas botellas y nos da una a Sheryl y a mí. Señala con la cabeza hacia la segunda habitación, donde hay cuatro sillas de madera y una pequeña mesa, sobre la que hay una pila de viejos juegos de mesa. Las imágenes de las cajas están descoloridas y arañadas y el cartón, roto por los bordes.

Papá se queda con Patrik junto a la puerta. Patrik murmura una respuesta a algo que le ha dicho papá, pero deduzco que no es muy charlatán.

—¿Alguna vez ha pasado un tornado justo en medio de la granja? —pregunto nerviosa mientras abro mi botella.

Este refugio parece muy robusto y seguro, y está claro que fue construido lejos de otras estructuras para que no quedara enterrado debajo de los escombros. Será por eso también que la puerta está en ángulo: así, si cae encima algún resto, lo más probable es que resbale.

Pero ¿qué pasaría si el viento arrancara la puerta de cuajo? ¿Y si nos succiona hacia el ojo de la tormenta?

No puedo creer que Anders y Jonas sigan ahí afuera.

—Una vez, un tornado se abrió camino a través de un par de campos —responde Peggy a mi pregunta, apartando un par de sillas de la mesa.

Sheryl toma asiento como una manera de agradecer el gesto. Yo permanezco de pie. Estoy demasiado inquieta para quedarme sentada.

—No fue un buen año para nosotros —continúa Peggy—. Pero la casa aguantó. Espero que los Fredrickson sigan teniendo suerte.

Un golpe repentino en la puerta de metal hace que mi atención apunte en esa dirección. Patrik sube las escaleras con sorprendente agilidad y se apresura a abrir los pestillos y la puerta. Se ve un cielo sucio lleno de escombros voladores y aparece la cara de Jonas.

—¡Entra ya, hijo! —grita Patrik, y lo arrastra al interior.

Miro detrás de él y veo a Anders. Me invade una ola de alivio cuando lo veo entrar detrás de su hermano y cerrar la puerta para que no entre el viento.

Jonas parece todavía más alto y ancho en este espacio reducido. Está empapado y la camiseta mojada se le pega a la piel y acentúa todos los surcos y líneas de su figura.

—¿En qué demonios estabas pensando? —le grita Patrik de repente, haciéndome saltar.

Anders está todavía en la parte superior de las escaleras, deslizando los pestillos.

—¿Dónde estabas? —grita Patrik, que continúa su diatriba contra su hijo mayor—. No puedo permitir que desaparezcas todo el tiempo, chico.

¿Chico? ¡Tiene como treinta y siete años! Y hasta aquí llega mi idea de que Patrik no es muy conversador. Puede ser un tipo viejo, pero parece que sigue siendo el patriarca de su familia.

Papá pasa con rapidez a la habitación de al lado y yo me quedo con aprensión a un lado del arco de la puerta.

—Ahora ya estamos aquí, papá —responde Jonas con un tono mordaz.

Si es una advertencia, Patrik la oye y le hace caso porque se aparta, pasando a mi lado para sentarse malhumorado a la mesa. Anders baja

las escaleras y se dirige hacia la cómoda. Se echa la capucha hacia atrás y se desabrocha el impermeable empapado, antes de lanzarlo hacia un gancho de la pared del que queda colgando.

—Ah —dice Jonas cuando me ve—. Hola.

Parece ligeramente sorprendido.

—Hola —le contesto—. Soy Wren.

—Hola, Wren.

Anders me mira por encima del hombro con dureza, y en ese momento dejo de respirar. Para mi gran frustración, ha tenido el rostro envuelto en la oscuridad desde que lo vi en el bar, pero ahora me doy cuenta de que mi memoria me había fallado: es aún más guapo, alto y fornido de lo que recordaba, con el pelo rubio oscuro despejado de la cara. Pero ahora tiene sus afiladas cejas apretadas y la fuerte mandíbula está rígida por la tensión.

Tengo la sensación de que la tormenta absorbe todo el aire de la habitación cuando abre bruscamente un cajón y saca una toalla, antes de girar la cintura y lanzársela a su hermano. A continuación, se apoya en la cómoda, y sus hombros suben y bajan al ritmo de la respiración agitada.

Este no es el mismo hombre que conocí anoche; este hombre está completamente sobrio y furioso.

A Jonas, que atrapa la toalla con una mano, parece que no le afecta en lo más mínimo el mal humor de su hermano mientras se seca el pelo oscuro y desordenado, y se desploma en el sofá, entre una nube de polvo que sale volando a su alrededor.

Anders se da la vuelta y pasa junto a él hacia la esquina de la habitación, cerca de donde estoy yo. No da signos de percibir mi presencia ni da muestras de alegrarse de volver a verme, al contrario. Desliza la espalda por la pared hacia el suelo hasta sentarse con las piernas recogidas y las muñecas apoyadas en las rodillas. Apoya la cabeza contra el muro de hormigón y sus ojos apuntan al frente. Incluso desde este ángulo puedo ver la sombra de su mandíbula apretada y desencajada. Y entonces me doy cuenta de que me he equivocado: no creo que esté enfadado, sino alterado.

Papá y los demás, que están sentados a la mesa, empiezan a hablar,

en voz baja y vacilante al principio, y luego poco a poco a un volumen más normal. Sheryl está estudiando los juegos de mesa; algunos no los había visto desde que era niña. Abre cajas, saca fichas y se las pasa a papá. Peggy hace algún comentario que otro y Patrik habla una o dos veces, pero las voces suenan tensas.

Jonas, en el sofá, se mueve para apoyar la cabeza contra el cojín del respaldo y cruza los brazos sobre los ojos, una acción que hace que sus bíceps se abulten y su pecho llene su camiseta mojada. Puedo ver por qué las mujeres se sienten atraídas por él, y muchas lo están según Bailey y Casey, pero a mí no me gusta. Sabía que, una vez sobria, me daría cuenta: hay algo demasiado rústico y masculino en él para mi gusto.

Tardo en percatarme de que soy la única que sigue de pie.

Papá no me pregunta si estoy bien. Y tampoco estoy segura de que mamá lo hiciera si estuviera aquí. Scott especuló una vez que su falta de atención hacia mí, que es lo que percibo a veces, no es porque no les importe, sino porque se sienten seguros sabiendo que estoy bien. Me ven capaz y competente, el tipo de persona que sale adelante. Y no sienten la necesidad de verificar que yo esté bien.

Papá es diferente con Bailey, siempre lo ha sido. Pero no es porque ella sea menos capaz y competente que yo, porque ella es mucho de ambas cosas. Tal vez es porque ella agradece más su ayuda. Ella agradece su cuidado y atención, y tal vez eso hace que sea más fácil quererla.

Yo soy más cerrada que Bailey. Tuve que ser así para protegerme.

De repente extraño tanto a Scott que me duele. Si estuviera aquí, estaría rompiendo el hielo… Es bueno para hablar con desconocidos; mejor que yo, en todo caso.

Observo el espacio en el sofá junto a Jonas con muchas ganas de sentarme. Parece cómodo, aunque un poco polvoriento, pero la verdad es que yo también estoy sucia. Estiro una pierna y la giro de un lado a otro, escudriñando el barro que me mancha la piel.

La cabeza de Anders se inclina hacia mí, o al menos hacia mis piernas. Su atención me pone nerviosa. Deja escapar un suspiro, vuelve a apartar la mirada y se frota la mandíbula. La tensión que

tenía en los hombros parece haber disminuido un poco cuando vuelve a poner la mano en la rodilla.

Llevada por un impulso, paso junto a Anders y tomo asiento sobre el contenedor que está más cerca de él.

—Las cosas que eres capaz de hacer con tal de que me suba a tu moto —digo en voz baja y seca.

Suelta una carcajada y me mira de reojo mientras dibuja una sonrisa torcida con la comisura de los labios. Se amplía el nerviosismo de mi estómago y me recorre la piel. Me doy cuenta de que tiene los ojos verdes; del verde claro y fresco de un lago de montaña. Pero hay algo más en ellos, algo extraño y fuera de lugar. Antes de que pueda mirarlo bien, ese toque de color ha desaparecido.

Lleva otra camisa a cuadros, que cuelga abierta sobre una camiseta blanca. Es similar a la que llevaba ayer, con el negro y el gris oscuro como colores dominantes, pero con partes de un gris claro en lugar del amarillo mostaza.

—¿Tengo algo en la camisa? —me pregunta, levantando el brazo y mirándose el codo.

Cuando me pesca examinando su ropa, me ruborizo al instante.

—No. Me gusta. —Cuando lo reconozco, se intensifica el calor que siento en la cara—. Me gusta el detalle —añado estúpidamente logrando evitar dar más explicaciones; aunque, en realidad, el detalle lo es todo en mi trabajo.

Enfrente, Jonas levanta los brazos y nos mira desde la sombra.

—A mí también me gusta tu camisa —le dice a Anders—. Me parece preciosa, cálida y seca.

Anders le devuelve una mirada poco impresionada y se levanta, quitándose la camisa. Se la lanza al pecho a su hermano, pero con mucha menos agresividad que antes.

—Ahí tienes, grandullón.

Pasa junto a mí para buscar una botella de agua y me quedo helada al sentirlo muy cerca. Sus brazos están bronceados y tiene los músculos muy marcados.

—Gracias —responde Jonas con una sonrisa, y se pone de pie con lentitud mientras Anders vuelve a sentarse. Se sube la camiseta roja

empapada, se la pasa sobre el pecho, y las manos golpean el techo cuando se la quita.

No me atraen especialmente los cuerpos muy trabajados, pero nadie lo va a creer si me pesca mirando el suyo, así que dejo de hacerlo en el acto.

Hay una mancha de humedad en el cojín del sofá en donde ha estado sentado con los vaqueros mojados. Peggy se da cuenta cuando entra en la habitación.

—¿Por qué no has puesto una toalla? —le pregunta secamente a Jonas.

—Nunca te ha importado una mierda el estado del sofá —dice Jonas mientras termina de abrocharse la camisa.

—Cuida las palabras —lo reprende Peggy—. Tenemos invitados —añade lanzándome una mirada.

—Sí, bienvenida a nuestra humilde morada —dice Jonas, y se sienta en la toalla que su madre ha tendido en el sofá. La camisa de su hermano le aprieta el pecho—. ¿Te gusta lo que hemos hecho aquí?

La mayoría de la gente odiaría este lugar; pero yo, que creo que el Southbank Centre es una obra maestra de la arquitectura, no me opongo en absoluto a un poco de hormigón en bruto.

—Tiene cierto atractivo —respondo con frialdad mientras paso la mano por la superficie lisa de la pared—. Soy una gran admiradora del movimiento brutalista.

No lo digo totalmente en serio, es decir… a mí me gusta la arquitectura brutalista, pero no andaría por ahí diciéndolo en un contexto como este, así que me hace gracia que Anders se ría.

Dirijo mis ojos hacia él para intentar captar su sonrisa y lo consigo. Tiene los dientes seductoramente imperfectos; son blancos y limpios, pero no están del todo alineados.

A Scott le interesaban muy poco el arte y la arquitectura. Todavía recuerdo haberle sugerido visitar la Tate Modern la mañana siguiente de nuestra primera noche juntos y como él puso mala cara y reservó entradas para el London Eye.

Anders abre su botella de agua y una sonrisa le revolotea la comisura de los labios mientras bebe. Me cuesta mucho desviar mi

atención.

Peggy toma asiento junto a Jonas.

—¿Todo bien por aquí? —le pregunta con cautela, y tengo la extraña sensación de que estaba esperando a que se despejara el ambiente antes de entrar en la habitación.

—Todo bien, mamá —responde Jonas.

Ella estira el brazo y le da unas palmaditas en la rodilla; hay algo en el gesto que me tranquiliza. Sé que antes estaba preocupada por él, pero ¿lo está todavía? En todo caso, es evidente que está preocupada. Todos deben estarlo. Esta granja es su medio de vida. Si hay un tornado ahí afuera haciéndola pedazos, ¿qué será de ellos?

—Wren es arquitecta —explica Peggy a sus hijos, y me hace un gesto con la cabeza. Siento que está tratando de distraerlos de lo que está pasando en el exterior.

—¿En serio? —Anders suena inocente mientras me lanza una mirada de reojo, levanta una ceja y le sigue la corriente a su madre en sus intentos por mejorar el clima reinante.

—¿Ya os conocíais? —pregunta Jonas con suspicacia.

—La he traído en moto —responde Anders mientras estira sus largas piernas y las cruza sobre los tobillos.

—¿Y habéis tenido tiempo de hablar? —insiste Jonas, que no se cree la explicación.

Es evidente que conoce a su hermano lo suficiente como para darse cuenta de cuándo lo está embaucando.

—Nos encontramos anoche cuando volvía a casa —revelo—. Pasé por uno de vuestros campos.

—Me cagué de miedo —gruñe Anders—. Parecía salida de *Los chicos del maíz*.

Se me escapa una carcajada.

—¿Qué estabas haciendo? ¿Acortando camino a través de los campos? —pregunta Jonas con una sonrisa, desconcertado.

—En realidad no me di cuenta de que estaba invadiendo propiedad privada. Lo siento.

Él deshace mis disculpas con un gesto de la mano.

—Lo que pasa es que la gente que anda por los campos en esta zona

o son sus dueños o se están escapando de la cárcel… —dice.

Todos nos desternillamos de risa.

—No lo haré nunca más —prometo.

—Puedes pasar por donde quieras —dice Peggy con firmeza—. ¿No es cierto? —Se lo pregunta a Jonas, no a Anders.

—Por mí no hay problema —responde Jonas.

Anders se levanta y busca la radio que está a mi lado, baja el volumen y acerca la oreja a la puerta.

—¿Cómo crees que van las cosas por ahí arriba? —pregunta Peggy.

—Me parece que la sirena se ha detenido —dice él, que vuelve a apoyar la radio y sube la escalera—. El viento también ha amainado.

Abre el pestillo de seguridad y abre la puerta de golpe mientras yo me siento más erguida.

—Diría que ya estamos a salvo. —Abre la puerta del todo y sale.

Jonas se agacha y junta las manos entre sus rodillas, y la sonrisa que mostraba antes no aparece por ninguna parte. Peggy le dice algo en voz baja, con expresión preocupada, mientras los demás se ponen en pie. Peggy y Jonas no parecen querer levantarse, así que es mi turno y subo detrás de Anders.

—La casa sigue ahí —observo con alivio.

Anders asiente con seriedad y se gira para observar el tejado del granero, que parece intacto desde este ángulo. Hay restos de árboles esparcidos por todo el lugar, pero esa es la única señal de que han soplado fuertes vientos. Si un tornado ha tocado tierra, no parece haber pasado por aquí.

Patrik es el siguiente en salir del refugio, con expresión sombría.

—Voy a comprobar si hay daños —le dice Anders.

Patrik responde con un movimiento brusco de cabeza.

—¿Quieres que te lleve a casa primero? —me pregunta Anders.

El corazón me da un vuelco cuando me doy cuenta de que el extraño destello de color que vislumbré antes es un defecto en su ojo derecho: una pequeña mancha de color marrón anaranjado en el ángulo inferior izquierdo del iris.

—O puedes ir caminando, claro —añade, rascándose una ceja.

Vuelvo en mí y me doy cuenta de que he tardado demasiado en

aceptar.

—Sí, mejor. No volveré a subirme a esa cosa en un futuro cercano.

Su boca esboza una sonrisa burlona.

—Pues muy bien, entonces, Wren. Supongo que ya nos veremos.

Me distraigo cuando papá y Sheryl salen del refugio, y expresan en voz muy alta su alivio por estar de nuevo al aire libre. Cuando vuelvo a mirar a Anders, ya se está alejando. La imagen tiene la extraña capacidad de aquietar mis mariposas.

Capítulo seis

Al día siguiente, papá, Sheryl y yo nos ponemos los impermeables y nos aventuramos por los huertos para ver cuánta fruta caída se puede salvar. Sheryl quiere hacer puré con los melocotones para hacer Bellinis, una bebida que probó por primera vez en el Bar Harry de Venecia hace diez años. El dueño del bar inventó el cóctel y Sheryl quiere ver si puede recrearlo.

Ya he superado la resaca, así que me apunto a la idea con entusiasmo.

—Me pregunto si Anders ya estará de camino a Indy —dice papá, dándole la vuelta a un melocotón en la mano y examinándolo para ver si tiene magulladuras.

Yo también me lo he estado preguntando. Me resulta difícil sacarme a la intrigante familia Fredrickson de la cabeza, especialmente a Anders, con sus extraños ojos verdes. Me molesta que nuestro último encuentro haya terminado tan de golpe.

—Tendrás ocasión de hablar con él la próxima vez que venga a la ciudad —responde Sheryl impaciente mientras se abalanza para recoger dos melocotones del suelo.

No es la primera vez que papá expresa su decepción por el hecho de que la tormenta haya arruinado sus planes de invitar a la familia a tomar algo. Invitó a Peggy cuando nos íbamos del refugio, pero ella se negó con tristeza, diciendo que estarían demasiado abocados a la misión de limpieza. Nos ofrecimos a ayudar, pero dijo que no. Creo que estaba muy interesada en que nos fuéramos y los dejáramos ocuparse de sus cosas.

Nos enteramos de que el tornado tocó tierra a pocos kilómetros al sur de aquí, y se abrió camino a través de un bosque y algunos

campos. Por fortuna, no se perdieron vidas, ni se destruyeron casas o granjas, pero la tormenta causó daños menores a algunas propiedades, y vimos un montón de escombros desperdigados en nuestro camino de vuelta a la casa de papá y Sheryl.

Sheryl me contó que en Indiana se producen unos veinte tornados al año, sobre todo en los meses de primavera y verano, así que creo que la próxima vez vendré de visita en pleno invierno.

—Había mucha tensión en ese refugio —continúa papá—. No hubiera quedado bien sacar una conversación con Anders sobre automovilismo, aunque estuve tentado.

—¿Crees que vino a su casa por el accidente de Patrik? —le pregunto, recordando que papá dijo que Anders nunca viene durante la temporada de carreras.

—Quizá —responde papá—. No puedo dejar de pensar en Patrik atacando a Jonas. Nunca había pensado que fuera capaz de enfadarse tanto.

—Ah, yo sí —responde Sheryl sin darle mucha importancia—. No dejes que te engañe su edad: es un hombre con el que hay que tener cuidado.

¿Qué fue lo que gritó Patrik? «No puedo permitir que desaparezcas todo el tiempo, chico».

Había algo en Jonas que parecía un poco… raro. ¿Por qué Anders sintió la necesidad de ir a buscarlo? ¿Y por qué estaba tan molesto cuando llegó al refugio?

Jonas se quedó sentado en ese sofá durante una eternidad con la cara enterrada entre los brazos y apenas dijo dos palabras cuando al fin salió del refugio y se alejó por el corral.

Al ver un melocotón especialmente gordo en una rama sobre mi cabeza, me estiro para arrancarlo, pero tengo que tirar más fuerte de lo que esperaba y mi esfuerzo hace caer una cascada de gotas de lluvia que me hacen estremecer mientras el agua corre por el interior de mi abrigo.

—Aún no están maduros, Wren. Quédate con los que están en el suelo —me ordena Sheryl.

Pongo los ojos en blanco con disimulo ante su actitud mandona y

ella suelta un «uf» y se endereza, estirando la espalda.

—Si te duele la espalda, deberías dejar que papá y yo hagamos esto —le digo, consciente de que esto la enfadará, y aun así no logro cerrar la boca.

—No seas ridícula, estoy bien. —Como era predecible, Sheryl rechaza mi comentario con el ceño fruncido y se agacha para recoger otro melocotón.

Estoy en el borde del huerto, cerca del granero, cuando veo una lona mugrienta cubriendo algo voluminoso. Cuando le da el viento, se levanta una esquina y brilla un pálido destello plateado.

—¿Qué es eso? —le pregunto a papá.

—Una caravana —responde—. Venía con la granja.

—No será un Airstream, ¿no? —Es de color aluminio y parece tener esa forma.

—Creo que sí —responde papá—. No he tenido mucho tiempo para investigar.

Un torbellino de emoción me recorre el cuerpo.

—¿Puedo?

—Claro —papá asiente alentador—. ¿Sabes mucho acerca de estos vehículos?

—Un poco. Son un clásico del diseño. Siempre he querido uno.

—No sé en qué estado estará, pero es todo tuyo si lo quieres.

Me río.

—Ojalá pudiera llevármelo al Reino Unido.

—Podrías usarlo cuando vengas de visita —me propone papá—. Podrías hacer un viaje de una costa a la otra de Estados Unidos o algo así. Alguna vez has dicho que te gustaría…

—Me encantaría hacerlo algún día, sí —respondo.

En realidad era algo que había hablado con Scott y que queríamos hacer juntos.

Papá y Sheryl van adentro mientras yo voy a mirarlo más de cerca.

El aire está cargado de humedad y los árboles todavía se están sacudiendo las lluvias anteriores, así que evito pasar por debajo de las ramas mientras me dirijo hacia la caravana cubierta con la lona. Es más pequeña de lo que pensaba y está rodeada por lo que parece una

gran cantidad de basura: cajas y palés de madera y maquinaria agrícola oxidada. Es más fácil acceder a la esquina de la lona que ha levantado el viento, así que muevo algunas cajas a un lado antes de levantar la funda.

Guau. No hay dudas: es un Airstream; lo dice aquí en una alargada insignia plateada rectangular, con letras mayúsculas descoloridas. Me pregunto cuántos años tiene. Parece antiguo, pero no puedo estar segura hasta que lo examine bien.

Sigo moviendo cajas y palés y otros cachivaches hasta que puedo ver el punto en que la lona se sujeta al vehículo. La cuerda está resbaladiza por la mugre y mis uñas quedan cubiertas con una sustancia viscosa verde y negra cuando logro soltar la lona. Repito el proceso en el otro extremo de la caravana antes de sacar un pañuelo de uno de los bolsillos de mi vestido para limpiarme las puntas de los dedos. Hay más palés apoyados contra el lateral, así que los muevo, uno por uno, y luego espío debajo de la lona, con la esperanza de que este sea el lugar donde está la puerta. Lo es. Está justo delante de mí y en una placa a su derecha, escrito en letras cursivas y plateadas, veo el nombre del modelo: Bambi.

Mi corazón salta de emoción. He oído hablar de este modelo. Creo que Airstream fabrica una versión moderna, pero lo que tengo enfrente de mí es definitivamente viejo. Saco el teléfono de mi otro bolsillo, hago una búsqueda rápida en Google y descubro que Airstream lanzó el modelo Bambi en 1961. Con sus casi cinco metros, es uno de los más pequeños que han hecho, pero ese tamaño debe referirse a la longitud total, incluyendo el enganche, porque el cuerpo en sí es diminuto.

Meto el teléfono de nuevo en el bolsillo, tiro de la lona y siento que cede un poco. Tras comprobar que no hay nada más apoyado contra ella, me coloco a un lado y doy otro tirón con más fuerza. Despacio, la lona se desliza hacia mí y deja caer una lluvia de agua sucia. Me salpica, pero estoy demasiado llena de expectativas para que esto me desaliente. De todos modos, ya tenía pensado poner a lavar este vestido.

El Bambi es pequeño y su forma es perfecta, aunque el color de

aluminio ha quedado disimulado por el polvo y los años. Es de un solo eje, por lo que un extremo se apoya sobre un soporte fijado al enganche. Hay dos tanques de propano oxidados encima del gancho, frente a un viejo neumático de repuesto. En este extremo, también hay una gran ventana rectangular y, cuando me pongo de puntillas y miro hacia dentro, puedo ver otras dos ventanas rectangulares más grandes en el lado que da a la pared negra del granero. Me quedo ahí parada y miro, absorbiéndolo todo. Tiene luces indicadoras en forma de lágrima y llantas plateadas en forma de cúpula. La puerta es arqueada y se curva hacia adentro para seguir la línea redondeada del cuerpo, y tiene un pequeño porche arqueado a juego sobre la puerta para que la lluvia no caiga por los costados y penetre en el interior. La carrocería de metal está un poco abollada, pero la belleza general del objeto es innegable. El Bambi es una obra de arte.

Camino hacia la puerta y trato de abrirla. No se mueve. Maldición.

Entro para preguntarle a papá si sabe dónde puede estar la llave y lo encuentro en el sofá, viendo la televisión.

—Revisa el cajón del escritorio en la oficina —me dice distraído.

La oficina es una pequeña habitación contigua a la cocina y el escritorio tiene seis cajones en total, tres a cada lado. Comienzo por el de la parte superior izquierda, y veo artículos de librería, papelería y objetos varios antes de llegar al cajón de más abajo. Ahí no hay llaves visibles, pero siento un olor viejo y familiar y me detengo a observar el álbum de fotos.

Es un poco más ancho que un A4 y es marrón con un borde decorativo dorado. Mamá y yo tenemos uno idéntico a este en casa que contiene fotos de cuando yo era bebé y hasta que tenía unos tres años. Hasta huele igual. Siempre me he preguntado si es así como olía nuestro hogar en Phoenix.

Levanto el álbum con delicadeza y lo abro. Hay una hoja muy delgada de papel al principio y, a continuación, en la letra de mi madre, las palabras: «Familia Elmont».

Las mismas palabras aparecen en el álbum que tenemos en casa, aunque ese tiene señalada la fecha, un lapso de tres años. Aquí está indicado solo un año, el año que cumplí cuatro. Hay un guion al lado,

como si el álbum nunca se hubiera terminado, y cuando paso las páginas y llego al final, veo que las últimas seis están vacías.

Vuelvo al inicio y examino las dos primeras fotos, protegidas por un papel vegetal amarillento. La que está arriba me muestra con un traje de baño verde lima y de pie en el césped de nuestra vieja casa en Phoenix. El aspersor está encendido y estoy riendo, con los brazos extendidos y la barbilla goteando, atrapada bajo la pulverización.

Detrás de mí están los tres cactus gordos que recuerdo con tanta nitidez y, en la distancia, se eleva Camelback Mountain por detrás de los tejados marrones de los *bungalows* del otro lado de la calle. El cielo es azul pálido y mi larga sombra se proyecta sobre la silenciosa hierba verde.

Debajo de esta fotografía hay una de nuestra casa, bajita y de color crema, con un techo de tejas rojas y toldo rojo que hace juego sobre las ventanas. Tiene un arco que conduce a un porche y a la puerta. El césped ocupa el ancho de la casa y lo bordea una zanja cubierta de grava que alberga los cactus y otros arbustos. Las piedrecitas blancas eran demasiado afiladas para caminar sobre ellas, pero todas las otras parcelas en el barrio tenían estas piedrecitas en lugar de césped.

Mamá me dijo una vez que éramos la única familia de la zona que tenía césped —ella quería que le recordara a Inglaterra— y cada noche se encendían los aspersores para mantenerlo vivo. Saqué el máximo provecho de esas duchas exteriores.

Recuerdo la sensación de esa hierba bajo los pies, áspera y espinosa, a diferencia del césped suave y exuberante de casa o del que está plantado frente a este lugar.

Doy la vuelta a la página y encuentro una foto de papá y yo en la playa artificial de Phoenix. Él está de pie a mi lado con un traje de baño de un naranja brillante. Tiene un bronceado de color marrón nuez y los mechones húmedos de su largo cabello se le pegan a las mejillas. Hay una fila de rocas falsas que sobresalen del agua azul pálido detrás de nosotros y que parecen la espalda espinosa de un estegosaurio, y detrás de ellas se ve una gran laguna salpicada de gente flotando en colchonetas inflables. Más lejos todavía hay una playa de arena blanca y una fila de palmeras altas y delgadas. Toda la

escena resulta dolorosamente familiar.

Otra fotografía me muestra trepada a una pared de piedra luciendo un vestido rojo mientras detrás de mí se despliegan las capas de color naranja cremoso y amarillo del Gran Cañón. En otra, estoy sentada sobre los hombros de papá junto a un árbol de Josué, con sus características ramas onduladas, y, en otra, estoy de pie frente a un cactus gigante delante de un restaurante en Rawhide. Recuerdo los portavelas de colores chillones que había sobre las mesas de madera del exterior de ese restaurante. O, al menos, creo que lo hago. No estoy del todo segura de si estoy reviviendo recuerdos o si es que ya había visto estas fotos antes.

Realmente tuvimos buenos momentos como familia, ¿no? ¿Cómo es que salió todo mal? ¿Qué tenía Sheryl que papá no podía vivir sin ella? Ella es tan diferente de mi madre… Mamá no es ambiciosa ni tiene una educación especialmente buena, pero es cálida y espontánea. Cariñosa. ¿Por qué no era suficiente para papá?

Estas fotografías muestran muchos de nuestros momentos felices. ¿Hubo muchos malos momentos que no recuerdo?

Tal vez mis padres no eran el uno para el otro. Pero, en teoría, tenía más sentido que estuvieran juntos un jardinero y una recolectora de frutas que un jardinero y una profesora.

Por alguna razón pienso en Scott y Nadine.

—¿Ha habido suerte? —me pregunta papá desde la puerta y doy un respingo. Como un acto reflejo cierro el álbum con fuerza.

Sonríe y hace un gesto con la cabeza cuando lo ve, sin advertir mi cara de culpa porque me ha sorprendido fisgoneando.

—Lo encontré en una caja cuando estábamos vaciando la casa en Bloomington.

—Mamá tiene uno idéntico, solo que contiene fotos de años anteriores.

—Ella se quería quedar con este también, pero me negué.

—¿Por qué? —Me acaba de decir que lo encontró en una caja, así que no debe ser tan importante para él.

—Tu madre tenía los negativos e iba a revelar copias. Pero imagino que nunca lo hizo, ¿no?

—No que yo sepa —contesto en voz baja.

—Está claro que no lo hizo.

«Tal vez era una tarea demasiado dolorosa que le recordaba el tiempo antes de que nos abandonaras». No expreso mis pensamientos en voz alta. Creo que nunca voy a poder darle sentido al rechazo de mi padre y no tenemos el tipo de relación en la que nos hablamos abiertamente.

Yo era mucho más comunicativa cuando era adolescente, mucho más dispuesta a hablar si sentía que algo era injusto. Respondía enseguida a la infinidad de pequeños rechazos a los que me enfrentaba cada vez que venía de visita —desde Sheryl, que me reprendía por tonterías, hasta papá, que no castigaba a Bailey cuando se portaba mal conmigo—. Pero hace mucho que dejé de pelear por el tiempo y la atención de mi padre. Actualmente, prefiero aceptar la situación como lo que es: Sheryl y Bailey son sus prioridades y yo estoy muy abajo en su lista.

Soy más fuerte de lo que solía ser, no porque pelee, sino porque no lo hago. Esa es la forma en que hago frente al problema, la forma en que me aseguro de que las cosas no me hagan tanto daño como antes. Aunque eso no quiere decir que aún no duelan un poco.

—¿Puedo llevármelo arriba? —le pregunto a papá sobre el álbum de fotos.

—Claro que sí. ¿Has encontrado la llave de la caravana?

—Todavía no.

—Mira en el cajón del medio a la derecha —me indica.

Abro el cajón en cuestión y encuentro un montón de llaves. No sabría por dónde empezar, pero, por suerte, viene papá a ayudarme. Lo revuelve un poco todo y descarta algunas hasta que por fin saca un llavero de aspecto endeble del que penden dos pequeñas llaves.

—Diría que son estas. —Me las pasa.

—Gracias

Me llevo el álbum de fotos a la planta superior, lo coloco cuidadosamente sobre mi mesita de noche y apoyo mi mano sobre él como si fuera un ser vivo al que adoro.

Tengo que parpadear para despejar mi visión antes de volver abajo.

Capítulo siete

—¡Wren!

Sheryl me está llamando.

Bajo de Bambi y tomo una gratificante bocanada de aire fresco.

Así llamo ahora al Airstream; un nombre tan bonito no necesita un artículo.

—¿Podrías llevar esto a los Fredrickson? —me pregunta Sheryl cuando aparezco a un lado del granero. Tiene en la mano una botella de lo que parece un vino espumoso y un frasco del puré de melocotón que ha hecho antes.

—¿Un regalo de agradecimiento? —le pregunto al acercarme.

—*Sip*.

—¿Me cambio primero?

Me miro el vestido de color gris oscuro todo salpicado y sucio.

Niega con desdén.

—Son granjeros. No les importará lo que lleves puesto.

—Eso suena un poco a prejuicio.

—Lo que quiero decir es que están acostumbrados a ensuciarse las manos. ¡Es algo bueno! —exclama.

«Lo que tú digas…».

Tomo la botella y el frasco y en ese momento me doy cuenta de que es muy probable que Anders ya esté de regreso a Indianápolis.

«Aunque no es que me importe lo que piense de mi apariencia», me miento a mí misma.

***

Estaba llena de ilusión cuando abrí el Airstream, pero en seguida bajé

a la Tierra. Apesta a moho y humedad. Sus antiguos dueños colocaron una alfombra que ahora está rodeada de un moho negro y tiene los bordes levantados. Cuando levanté una esquina, encontré baldosas podridas debajo. Todavía tiene los accesorios originales, pero están en malas condiciones. Las polillas han atacado las cortinas, los ratones han destrozado los cojines de un amarillo descolorido y alguna otra alimaña ha estado carcomiendo la madera.

Estoy destrozada. Es un trabajo de restauración demasiado grande para que lo haga en el poco tiempo que estaré aquí, pero no me decido a volver a poner la lona encima.

Una de las cosas buenas de la caravana es que tiene una puerta dentro de otra puerta: hay una puerta exterior de metal sólido y una malla interior que no deja entrar a los insectos, así que dejo la puerta exterior abierta para que se ventile el interior.

***

La granja Fredrickson está a menos de un kilómetro de distancia, y está separada de la propiedad de papá y Sheryl por su huerto de calabazas y un campo. Aunque lo que queda más cerca es la casa, lo primero que aparece a la vista en la distancia es el enorme granero rojo, porque la vivienda queda disimulada detrás de los altos tallos de maíz junto a los que estoy caminando.

El granero es una muestra extraordinaria de arquitectura histórica. Está pintado en un rojo intenso y construido casi en su totalidad de madera con un techo a cuatro aguas. Creo que aquí llaman techos holandeses a este tipo de techos: son de forma simétrica, con dos pendientes quebradas a cada lado del techo para dar mayor altura y espacio de almacenamiento.

Al final del campo de maíz, se extiende el camino estrecho que tomó Anders ayer para llegar al refugio y que termina en una cerca blanca que también corre junto al camino principal. Detrás de esta valla hay un área con césped y la granja.

Ayer noté que la casa reproduce el diseño del granero, pero solo ahora puedo tomarme tiempo para examinarla. Es roja, como el

granero, pero mucho más pequeña y decorada. Las ventanas, con su borde blanco, quiebran la fachada de pizarra y tiene una buhardilla central a dos aguas construida sobre el techo de tejas de terracota. Las ventanas son rectangulares y simétricas, pero, por debajo de la línea del techo, a los lados y en la parte superior de la buhardilla, hay pequeñas ventanas en forma triangular.

Abro la verja, comienzo a caminar por el jardín y me doy cuenta de que hay un BMW gris oscuro con el maletero abierto detenido en el camino de entrada, hacia la izquierda de la casa. Subo los tres escalones hasta la puerta principal y estiro el brazo para tocar el timbre, pero me detengo cuando oigo el sonido de voces airadas que vienen del lateral de la casa.

—¡Estás siendo un estúpido! —exclama Patrik, y una puerta lateral se abre y se cierra, y hace un ruido metálico—. ¡Hay millones de formas distintas de quitarse la vida en una granja!

—Sí, bueno, pero esta es la más sencilla —responde Anders mientras aparece en mi campo visual.

—Mira, haz lo que te dé la gana —ladra Patrik, y la puerta lateral se cierra con un nuevo golpe que hace que Anders se encoja del susto.

Mueve la cabeza resignado y coloca tres rifles largos o escopetas —no lo sé con exactitud, pero son armas, eso seguro— en el maletero y lo cierra. Luego me ve en el pórtico de la entrada y se queda helado.

—He traído esto para tus padres —digo aturdida, y levanto la botella y el frasco.

—¡Mamá! —grita—. ¡Wren está aquí!

Oigo unos pasos que se acercan por detrás de la puerta principal y Peggy la abre con una sonrisa un poco agitada en el rostro.

—¡Hola, Wren! —Su tono está impregnado de calidez, pero es evidente que está muy nerviosa.

—¡Hola! Quería daros esto de parte de Sheryl y de mi padre. ¡Y también de mi parte, claro! —Le paso el puré de melocotón—. No estoy segura de si os gusta el Bellini, pero si añades puré de melocotón a este vino espumoso, tendrás un buen cóctel. Se supone que debe usarse Prosecco, pero no sé si lo venden en el pueblo y esta era la única botella que teníamos en la despensa. Es un regalito de

agradecimiento por salvarnos ayer.

Me sale muy verborreico.

—Bueno, al final resultó que no necesitabais que os salváramos. El tornado no pasó cerca.

Me río nerviosa.

—Podríamos no haber tenido tanta suerte.

Miro hacia mi izquierda y veo que Anders sigue allí de pie, observándonos.

—De todos modos, ¡gracias de nuevo! —le digo con un tono demasiado alegre—. ¡Será mejor que vaya a casa para la cena!

Me alejo apresurada por las escaleras y por el camino del jardín.

—Anders podría acercarte —me dice Peggy—. Justo está por salir.

—¡No, no, está bien! —contesto—. Me encanta caminar.

Miro por encima del hombro justo a tiempo para verlo pasándose la mano por el pelo y mirándome con fijeza. Hay desconcierto en su mirada.

Me doy la vuelta y cruzo la puerta.

No sé por qué he reaccionado así. ¿Ha sido por verlo con todas esas armas? ¿O ha sido por verlo a él y punto?

Cada vez que nos despedimos, o, más exactamente, que no nos despedimos, me imagino que será la última vez, pero entonces vuelve a aparecer y me siento nerviosa y descentrada.

No me he alejado más de unos cincuenta metros cuando oigo un coche que avanza con lentitud detrás de mí. Comienza a avanzarme, y luego frena.

—¿Estás bien? —pregunta Anders.

Casi pego un salto cuando oigo su voz tan cerca de mí. Se me había olvidado que el lado del conductor es a la izquierda en Estados Unidos y esperaba que me hablara desde el otro lado del coche.

—Sí que estás tensa —dice, pegado a mí.

—¿Tú crees? —respondo con sarcasmo. Le dirijo una mirada y en seguida aparto los ojos de nuevo, debería mirar por dónde piso.

—Estás empezando a crearme un complejo, ¿sabes?

Levanta el brazo izquierdo y se huele la axila. Luego apoya el codo en el borde de la ventanilla.

Entrecierro los ojos y le pregunto directamente:

—¿Por qué tienes todas esas armas?

Se rasca la barbilla y mira el camino.

—Los granjeros tienen armas —dice, con tono resignado—. La *gente* tiene armas.

—Sé que es así, pero ¿por qué hay tantas en el maletero de tu coche?

—Me las llevo a casa.

—¿A Indianápolis?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tengo… —comienza la frase como si me lo fuera a decir, pero se interrumpe—. Es complicado —dice al fin.

—¿Estás preocupado por Jonas?

El coche se detiene, pero a mi cerebro le lleva un momento darse cuenta, así que tengo que retroceder un par de pasos.

—¿Por qué lo dices?

Se ve superalarmado a través de la ventana abierta, y se me aflojan las piernas cuando le devuelvo la mirada y percibo una vez más esa extraña mancha de un marrón anaranjado en su ojo. Marrón no, ámbar.

—Es solo una intuición —digo apresuradamente—. Pero tu madre parecía preocupada por él durante la tormenta y tu padre estaba muy molesto cuando desapareció. Todo eso es comprensible, considerando lo que estaba pasando, claro, pero no pude evitar preguntarme si iba todo bien con él.

Suspira.

—Mi hermano no… Bueno, no parece él últimamente —admite con pesadumbre—. Mi madre me llamó porque estaba preocupada.

Así que esa es la razón por la que ha venido a su casa durante la temporada de carreras: Jonas.

—¿Tienes miedo de que se haga daño a sí mismo? —pregunto, vacilante.

¿Por eso se lleva las armas?

—Espero que no. Pero no es un riesgo que esté dispuesto a correr.

—Traga y mira a través del parabrisas, y de repente se ve vulnerable —. Me siento mal por irme.

—¿No puedes quedarte? —le pregunto con dulzura, y siento que mi corazón está con él.

—No si quiero conservar mi trabajo.

—Lo siento mucho, Anders.

Le presiono el codo con la mano, por instinto.

—Debería irme. —Retira el brazo, lo mete en el coche y luego me mira; su mirada recorre mi vestido gris oscuro. Se le juntan las cejas y yo recuerdo en qué estado estoy un poco tarde—. Parece como si Jackson Pollock te hubiera atacado con una lata de pintura verde —acota.

Me río y él responde con una sonrisa que me hace sentir como si hubiera salido el sol después de un largo y frío invierno.

¿Sabría Scott quién es Jackson Pollock?

—Cuídate —dice él.

—Tú también.

Y, así de rápido, es invierno otra vez.

Capítulo ocho

Vuelvo a casa de papá y Sheryl y encuentro el coche de Bailey en el camino de entrada. Solo llega un día y medio tarde.

No estoy de humor para su charla animada esta noche. Querría poder decir que solo estoy fastidiada porque tengo hambre y no ayuda el aroma de la cena que pasa flotando a través de las grietas en la puerta, pero la verdad es que me siento desganada desde que Anders se ha ido con el coche. Con decisión lo saco de mi mente y toco el timbre, irritada porque he olvidado la llave. Bailey viene a abrirme.

—¡Hola! —exclama, con una sonrisa amplia y brillante.

—Hola. —No logro que mi respuesta suene aunque sea un poco entusiasta.

—He oído que mamá estaba haciendo carne asada y no me he podido resistir —dice mientras cruzo el umbral y cierro la puerta detrás de mí.

—¿Está Casey?

—Todavía está en el trabajo —me dice por encima del hombro mientras lidera el camino de vuelta a la cocina.

—¿En serio? ¿Tan tarde?

—Clases particulares. Tiene que adaptarse a los clientes.

—¡Wren! ¡Si que has tardado! —dice Sheryl con tono molesto.

—No creo que hubiera podido llegar mucho antes —murmuro.

—¿Puedes llevarlas a la mesa? —Sheryl señala con la cabeza unas bandejas con patatas, zanahorias y guisantes asados.

Papá y Bailey están viendo qué botella de vino van a abrir y siento como si hubiera entrado en una cena familiar, la cena familiar de otra persona. Trato de ignorar esta sensación mientras llevo los platos al comedor contiguo.

Hay cuatro lugares en la mesa. Aunque se puede extender para que se sienten ocho —recuerdo esto de cenas pasadas—, ahora mismo está configurada para seis y dos de las sillas se han retirado de la mesa y están contra una pared.

Desde mi llegada, yo me he sentado a la izquierda de papá y Sheryl se ha sentado frente a mí, con papá entre nosotras dos en la cabecera de la mesa, pero ahora hay un cuarto lugar en el otro extremo, enfrente de él.

Pongo las verduras en los salvamanteles que ya están sobre la mesa y dudo, pues afloran viejas inseguridades en mí.

—Toma asiento, Wren —ordena Sheryl, que aparece con un pollo asado.

Llegan papá y Bailey, que sigue parloteando, abre una botella de vino tinto y comienza a servirlo en las copas de vino de papá y Sheryl.

Me quedo vacilando al final de la mesa.

—¿Wren? —pregunta Bailey, mostrando la botella.

—Claro —contesto, y retiro la silla enfrente de papá.

Ella sirve vino en mi vaso vacío y va a sentarse a la izquierda de papá.

Aunque hay buen espacio entre las sillas a lo largo de la mesa, la brecha entre yo, por un lado, y Sheryl y Bailey, por otro, es mucho más grande que la brecha entre ellas y papá.

Me invade un sentimiento de soledad, de que me las tengo que arreglar por mi cuenta, de que estoy separada de esta parte de mi familia, como si no fuera, de hecho, parte de ella.

No puedo evitar meterme dentro después de sentir esto. No estoy segura de si alguien se da cuenta, pues Bailey y Sheryl siguen conversando, como siempre.

***

Sheryl y papá tienen su gran inauguración el sábado, así que paso los días que siguen ayudando a preparar la granja para los primeros clientes.

Los dueños anteriores tenían una tienda dentro del granero negro e

iba todo incluido en la venta, desde la caja registradora hasta la balanza para pesar la fruta e incluso la gran pila de cestas de mimbre que los clientes utilizan para llevar sus productos del árbol al granero.

Me dispongo a limpiar a fondo el interior del granero, así que barro el suelo, quito las telarañas de las paredes de madera, paso el plumero por el polvo y lavo los estantes y encimeras. Limpio las cestas y también ataco la caja registradora con una esponja y desinfectante.

Es jueves y llevo aquí una semana. No parece que estas vayan a ser las vacaciones más relajantes de toda mi vida, pero me gusta estar ocupada y llegar a la noche con los músculos doloridos y los ojos cansados. Espero que todo este trabajo duro me ayude a desconectar por la noche, porque, desde el domingo, me quedo despierta en la cama pensando en Scott sin poder evitarlo.

Después de nuestra cena, le pregunté a Bailey si planeaba llevarse las sobras a casa para Casey y ella comentó que yo sería una mejor esposa que ella. En ese momento, Sheryl se dio cuenta de que yo había hecho una mueca de dolor y reprendió a Bailey por ser tan insensible, pero le tomó un momento a mi media hermana darse cuenta de por qué me había ofendido. Cuando se le encendió la lamparita, se disculpó, pero esa noche el dolor de haber perdido a Scott fue renovado y crudo.

La última vez que estuve en Estados Unidos, él vino conmigo y nunca me había sentido menos sola. Él estaba de mi lado, en mi equipo, y me apretaba la rodilla o levantaba una ceja con disimulo cada vez que Sheryl me volvía loca. Fue durante esas vacaciones cuando me di cuenta de que era alguien con quien podía pasar el resto de mi vida, alguien en quien podía confiar. Todavía estoy procesando la idea de que nunca más estará conmigo cuando venga a visitar a esta parte de mi familia.

Y luego, ayer, recibí una llamada de nuestra florista para que pagara el depósito de las flores de la boda. Scott me prometió que se encargaría de cancelarlo todo y yo acepté la oferta, pensando que a él le dolería menos que a mí. Le pasé la carpeta con toda la planificación de la boda, pero se me olvidó añadir los datos de contacto de la florista. Tener que soportar su compasión cuando supo que la boda se

había cancelado fue como sufrir un golpe físico.

He pasado por delante de esa florería en Bury St Edmunds innumerables veces. Antes de que me fuera, tenía un gran cubo con girasoles apoyado en el suelo frente a la tienda. El recuerdo de esos girasoles me trae un *flashback* de nuestras vacaciones en caravana por Francia, España y Portugal el verano pasado: Scott y yo estábamos en Francia y conducíamos junto a un campo de girasoles. Todas las flores del campo estaban mirando hacia el mismo lado a excepción de una, que miraba hacia nosotros, y me di cuenta de ello en el mismo momento que Scott, que se volvió hacia mí, soltando el volante un par de segundos para hacer un gesto teatral con las manos. Su imitación de la flor me hizo morir de risa.

Ahora también estoy sonriendo, pero luego recuerdo que es Nadine la que hoy puede reírse de sus chistes, y no yo.

Capítulo nueve

A la mañana siguiente, tengo una idea: poner banderitas y tiras de luces dentro del granero. A papá y a Sheryl les encanta la sugerencia, pero están ocupados preparando comida para la inauguración de mañana, así que, con el coche de papá y su tarjeta de crédito a mi disposición, me dirijo a la ciudad.

Al este de la plaza, en una zona de la ciudad en la que aún no me había aventurado, me sorprende gratamente encontrar un par de tiendas locales y una cafetería muy acogedora, así como una tienda de artículos de fiesta. Cuando llevo la mano a la manija de la puerta para salir del coche, me quedo atónita porque veo a Jonas sentado en el polvoriento camión negro que está estacionado a mi lado. He ido con los ojos abiertos desde que Anders admitió que estaba preocupado por él, pero esta es la primera vez que lo he visto en toda la semana.

Me quedo quieta un momento. Está mirando el supermercado que está al lado de la tienda de artículos de fiesta y, cuando me fijo, me doy cuenta de que en su campo visual hay una mujer que está a punto de pagar en el mostrador. Ella tiene aproximadamente su misma edad, treinta y tantos, y es atractiva. Lleva el cabello oscuro atado en un moño alto y desordenado, y sostiene de la mano a un niño pequeño y de pelo rizado.

Vuelvo mi atención a Jonas; se ve destrozado. Me pregunto si debería ir y preguntarle si está bien cuando enciende el motor, da marcha atrás, se mete en la carretera y se dirige de nuevo hacia la granja.

Vaya, eso ha sido muy raro. Raro de narices, pero no es asunto mío.

La tienda de artículos de fiesta no me defrauda y vuelvo a Wetherill con muchas tiras de luces y banderitas. El diseño es un poco

demasiado de «cocina campestre» para mi gusto personal, con mucha variedad de estampados —desde flores hasta lunares— todos en colores pastel, pero quedará bien en el interior del granero; así que, con una larga escalera y una grapadora, me pongo a colocarlos en las paredes.

—¡Qué bien queda! —exclama papá cuando entra al granero más tarde.

—Gracias. Ya casi he terminado —le digo, colocando la última cinta —. No creo que esto sea lo suficientemente fuerte para las tiras de luces —afirmo, mientras bajo la escalera y le alcanzo la pistola de grapas.

Él mira hacia arriba, hacia el techo alto.

—¿Planeas cruzarlas desde las vigas?

—Eso es lo que había pensado, pero ¿qué opinas?

—Quedará bien. Voy a buscar unos clavos y un martillo.

Me subo al mostrador y espero a que regrese mientras miro cómo se balancean las banderitas por la brisa que llega a través de las grandes puertas dobles del granero. Hoy refresca más que ayer.

Mi teléfono comienza a vibrar en mi bolsillo y me quedo perpleja cuando veo el nombre de mi jefe, Graham, en el identificador de llamadas. Espero que no me llame por el trabajo de Beale…

Yo trabajaba antes en un estudio joven y muy *cool* en Clerkenwell y los proyectos que coordinaba eran interesantes y variados: la decoración de interiores de un apartamento junto al río, por ejemplo, o la conversión de un viejo almacén en un bar-restaurante.

Mi práctica profesional en Bury St Edmunds es, en comparación, bastante prosaica.

Después de pasar diez meses trabajando en los aburridos detalles del tejado de una escuela y en los horarios de las puertas de un hospital, le rogué a mi jefe que me asignara un trabajo residencial. Así fue cómo, a principios de este año, me asignó el proyecto de renovación y ampliación de la casa Beale. Pero Lucinda Beale es una cliente encaramada en un lugar de poder total y sin la menor imaginación. Descarta todas mis sugerencias de diseño y me trata como un lacayo que está a su disposición. Odio trabajar con ella.

Ya le han otorgado el permiso para las obras y, según los planes, estas deben comenzar una semana después de que yo regrese. Estoy absolutamente aterrorizada. Ella hará cambios a diestra y siniestra, lo que provocará un sinfín de disputas contractuales. Será una pesadilla total y no tengo a nadie a quien culpar, más que a mí misma, porque pedí un trabajo residencial.

Me encanta ser arquitecta y que me paguen por diseñar obras de arte en las que viven y trabajan personas, pero la arquitectura tiene sus desventajas, como cualquier otra profesión…

Atiendo la llamada de Graham.

—Hola, Graham,

—¡Hola, Wren! —responde—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Estoy muy bien. Escucha, siento mucho molestarte en vacaciones, pero ha surgido algo y pensé que debería consultarlo contigo.

—Dime.

—Freddie se ha estado ocupando de un par de cosas de la obra de la señora Beale mientras has estado fuera y ella se ha encariñado con él.

No me sorprende. Es muy típico de Lucinda Beale adular a un arquitecto hombre, buen chico, joven y todavía un poco verde antes que someterse a mí, una mujer más experimentada.

—A ver, no sé cómo decírtelo… —continúa Graham—. El caso es que ella pregunta si puede ser él el arquitecto de la obra y hacerse cargo de dirigir el trabajo.

—¡¿Cómo?! ¿Qué demonios…?

—Obviamente, puedo decirle que Freddie no está disponible, pero me dio la impresión de que no estabas muy contenta con ella.

Me da vergüenza. No se equivoca, pero no me había dado cuenta de que estaba siendo tan transparente.

—Reconozco que me resulta un poco difícil trabajar con ella.

—¿Entonces no te importaría que Freddie se hiciera cargo del proyecto? —pregunta con un tono esperanzado, ante la posibilidad de una solución fácil.

Me importaría, sí, pero más por principios.

—¿Y qué haría en lugar de esto? —pregunto, tratando de

convencerme a mí misma de que es una salida positiva, porque la señora Beale se hubiera convertido en el mismísimo diablo al empezar el trabajo en su casa.

—Bueno, ahora que Raj se ha ido, podrías hacer los planos y pliegos de licitación de la ampliación de la Escuela Primaria de Heathfield —sugiere Graham—. Y después necesitaríamos el paquete de planos de construcción.

Se me hunde el corazón. Es exactamente el tipo de cosas de las que estaba tratando de alejarme. No hay absolutamente ningún diseño involucrado, solo un montón de tediosos dibujos técnicos que lo muestran todo, desde detalles de techos y ventanas hasta tuberías de alcantarillado y cada toma de corriente y cada interruptor que tendrá que poner un electricista. Los planos de licitación llegarán a cinco contratistas que harán un presupuesto y presentarán sus cotizaciones, y luego voy a tener que entrar en más detalles aún con el contratista que gane la licitación. Esto me mantendrá ocupada dos o tres meses, o incluso más tiempo.

Papá vuelve al granero con las herramientas que necesitamos.

—Sheryl casi ha terminado en la cocina, así que te ayudaré a colocar estas cosas.

Sacudo el teléfono para mostrarle que estoy en una llamada y él esboza una disculpa.

—Piénsalo —dice Graham—. Puedes darme tu respuesta el lunes.

—De acuerdo, gracias —respondo.

—¿Todo bien? —pregunta papá mientras yo suspiro y guardo el teléfono.

—Sí, bien.

Salto del mostrador.

—¿Estás seguro de que tienes tiempo para ayudarme?

—Claro que sí. Esta idea tuya es genial —dice papá con una sonrisa mientras colocamos la primera tira de luces—. Se nota que eres diseñadora.

Su elogio me avergüenza. Cualquiera puede colgar luces y banderitas.

—¿Cómo va el trabajo? —me pregunta.

Estoy a punto de evadir la situación y decirle que está bien, que es mi respuesta habitual cada vez que me pregunta algo personal, pero esta vez me freno. Estoy a medio camino de mis vacaciones y no hemos hablado de nada significativo. Rara vez lo hacemos. Sabía que estaría ocupado con la granja cuando elegí estas fechas y no me importaba, pero me voy a casa en una semana y quién sabe cuándo nos volveremos a ver. ¿Estoy destinada a tener una relación superficial con mi padre? ¿Es eso lo que quiero?

Pienso en Bailey y en cómo ella es más abierta y receptiva hacia su cuidado y sus atenciones. Tal vez yo podría ser un poco más así.

Llevada por un impulso, me abro acerca de mi trabajo. Le digo lo mucho que echo de menos mi antigua práctica y cuán atrapada y poco inspirada me he estado sintiendo últimamente.

—No es de extrañar que te hayas sentido poco inspirada —dice, martillando un clavo—. Has sufrido mucho.

—Ya me sentía poco inspirada antes de eso —confieso.

—No estarás pensando en un cambio de carrera, ¿no? Parece que a mucha gente se le ocurre eso estos días.

—No después de siete años de preparación. —Por no hablar de los préstamos estudiantiles que estaré pagando hasta que cumpla los setenta—. No voy a desperdiciar todo eso a corto plazo, no.

—Recuerdo cuando dibujabas todo el tiempo —dice papá con una sonrisa, y me pasa el martillo antes de bajar la escalera—. Siempre estabas haciendo garabatos en tu cuaderno. Mientras otros niños dibujaban ponis, tú dibujabas casas.

Llega al final de la escalera y se da la vuelta para mirarme.

—¿Recuerdas cuando nuestros vecinos de Bloomington trajeron esa bolsa llena de piezas de Lego? Te sentabas durante horas todos los días y construías casas y tiendas e incluso un hotel de tres pisos —dice con asombro—. Tenías tan solo ocho años… Siempre supe que cuando fueras mayor ibas a hacer algo creativo.

Le sonrío mientras agarro un par de clavos de la caja y subo la escalera. Nos hemos estado turnando.

—Te diré algo: si ese jefe tuyo no se da cuenta de la suerte que tiene, deberías vengarte de él y conseguir otro trabajo.

Resoplo y sostengo el clavo firme mientras lo golpeo con el martillo, con suavidad al principio, luego con más determinación.

—No es que estén lloviendo del cielo trabajos de arquitectura en estudios *cool*. No donde vivo, al menos.

—¿Y no podrías mudarte a otro lugar? ¿Y si haces un cambio de escenario?

—Estoy justo en medio de un cambio de escenario, papá. Necesitaba alejarme porque me encontraba todo el tiempo con Scott y su nueva novia. Pero a pesar de que él vive en la misma ciudad que yo, me gusta donde nos instalamos. Todavía no estoy lista para hacer las maletas y mudarme. Me sentiría demasiado amargada, como si me hubiera visto obligada a irme cuando fue él quien me dejó a mí.

Papá emite un sonido compasivo mientras me pasa las luces. Engancho el cable sobre el clavo, y lo ajusto para que cuelgue a la misma altura que el último par de tiras que hemos colocado.

—Estos dibujos que te han pedido que hicieras. ¿Tendrías que ir muchas veces a la obra? —pregunta papá.

—No, para nada. Tenemos todas las evaluaciones y un montón de fotos.

— ¿Podrías hacer este trabajo desde cualquier lugar? —pregunta mientras bajo la escalera.

Me vuelvo hacia él y me meto el pelo detrás de las orejas.

—Teóricamente, sí.

—¿Por qué no le preguntas a tu jefe si puedes quedarte aquí todo el verano? Dos semanas no son suficientes para un verdadero descanso.

Miro sus ojos color avellana, de la misma tonalidad que los míos, y me doy cuenta de que es probable que Graham acceda si le hago la propuesta. Podría hacer los dibujos de forma remota sin ningún problema y eso suavizaría el golpe recibido al saber que Lucinda Beale me ha sacado del proyecto.

Pero ¿lo dice en serio papá? ¿Le gustaría que me quedara? La idea de pasar el verano aquí en Indiana es muy tentadora, pero luego la realidad se impone.

—No quisiera invadir tu espacio —digo con torpeza, levantando la escalera.

No solo su espacio, sino el de Sheryl. Especialmente el de Sheryl.

—No estarías invadiendo nada —afirma mientras me sigue al rincón más alejado del granero. Irradia algo así como una energía nerviosa—. ¡Eres mi hija! Tal vez un poco más de tiempo lejos hará que te sientas inspirada otra vez. Podrías conseguir un cuaderno nuevo, hacer algunos bocetos. Por lo menos, podrías abordar esos dibujos en un entorno agradable.

Sigue hablando mientras subo la escalera.

—Podríamos poner un escritorio arriba, frente a una de las ventanas de tu buhardilla para que tuvieras una vista sobre los campos de cultivo.

¿Volvería a ver a Anders? Me reprendo por preguntarme. No necesito que otro hombre ocupe mi espacio mental.

Pero tendría tiempo para renovar el Airstream y ese pensamiento me llena de alegría. Olvidé cerrarlo cuando volví de la granja de los Fredrickson el domingo, pero incluso con toda esa ventilación extra, todavía apestaba a la mañana siguiente. Qué no daría para arrancar todo lo que está podrido y empezar de nuevo…

Mamá estaría bien. Tiene un nuevo novio, Keith, y las cosas parecen ir bien entre ellos. Estoy segura de que diría que está bien que me tome más tiempo.

—Creo que sería mejor que hablaras con Sheryl antes de hacer promesas —le digo mientras vuelvo a bajar la escalera.

Se desanima un poco y me siento culpable por no haber sido más entusiasta. Un poco más impulsiva. Un poco más como Bailey.

Pero no quiero hacerme ilusiones a menos que sepa que Sheryl está del todo de acuerdo con la idea, y hay muchas probabilidades de que no lo esté. Una vez me quedé un mes cuando era más joven y la tensión en la casa resultó insoportable después de solo dos semanas, así que después de eso acorté la longitud de mis visitas.

—Haz los honores. —Señalo hacia la toma de corriente.

—De ninguna manera. Hazlo tú —responde papá.

Me acerco a la pared y me detengo un momento, con la mano en el interruptor.

—¿Te imaginas si no se encienden? —pregunto con una sonrisa.

—No nos mantengas en suspense.

Enciendo el interruptor y el granero se ilumina con el cálido resplandor de doscientas bombillas que zigzaguean por encima de nuestras cabezas. El efecto es hermoso.

Miro a papá y lo veo observándolo todo con asombro. Las luces se reflejan en sus ojos, y me embarga el impulso repentino de ir a darle un abrazo.

¿De verdad le gustaría que me quedara con él durante el verano?

—A Sheryl le va a encantar esto —dice—. Voy a buscarla.

Me quedo donde estoy mientras él sale corriendo del granero.

Capítulo diez

El día de la inauguración nos toma a todos por sorpresa, pues viene mucha más gente del pueblo de lo esperado y el evento tiene un hermoso aire de fiesta de verano. Suena la música en el granero y los niños juegan alrededor.

Bailey y Casey se unen al festejo, así como los padres de Casey y su hermano, que son todos tan geniales como Casey. Peggy y Patrik también se suman, pero no hay señales de Jonas. Escucho a Peggy decirle a alguien que Anders está en una carrera en Toronto, pero no les aclara el paradero de su hijo mayor. Cuando hablamos, me pregunta si he vuelto a pasear alrededor de su propiedad y le digo que no me he atrevido por miedo a que uno de sus chicos me regañe. Se ríe asegurándome que puedo pasear por donde quiera, y prometo aceptar la oferta.

***

Más tarde esa noche, hago exactamente lo prometido, cuando disminuye el calor del sol y la temperatura ya es más soportable. Avanzo por el camino apartando la mirada cuando paso la granja Fredrickson por si alguien está junto a una ventana. No quiero invadir su privacidad, pero me preocupo menos cuando llego al granero de los Fredrickson y ahí sí aprovecho para observar el entorno.

Detrás del granero hay dos cobertizos de acero gigantes y la puerta del primero está abierta. Cerca de la entrada se ve un gran tractor verde. A la derecha hay dos grandes silos plateados con tapas cónicas que me recuerdan a la cabeza del hombre de hojalata de *El mago de Oz*, sacando los rasgos faciales.

También hay una especie de depósito de chatarra más adelante, pero mi atención se dirige hacia una línea de árboles en la parte inferior de la colina y una serpiente plateada de agua. El camino de tierra desaparece entre la hierba y yo sigo caminando, con ganas de mirar más de cerca.

Pronto encuentro que lo que pensé que podría ser un arroyo es en realidad un pequeño río que corre paralelo a la carretera principal donde termina el camino. El agua corre con libertad.

La orilla es rocosa y me subo a una piedra, para echar un vistazo más de cerca al agua. ¿Es profunda como para ir a nadar? Sonrío cuando descubro una cuerda, vieja y deshilachada, que cuelga de una rama gruesa. Apuesto a que Anders y Jonas jugaban a colgarse de ella cuando eran más jóvenes.

La idea de darse un baño aquí en un día caluroso es atractiva. Me dan ganas de quitarme los zapatos y nadar un rato y lo estoy contemplando seriamente cuando oigo que una ramita se rompe detrás de mí. Sorprendida, miro sobre mi hombro y veo un hombre alto y corpulento de pie entre las sombras.

Mi corazón salta a mi garganta en el mismo momento que dice:

—No te resbales.

Pero estoy tan aterrorizada que me pasa exactamente eso. Mi grito resuena a través de las copas de los árboles mientras me deslizo de la roca y caigo al río.

Jonas se ríe de mí.

—¡Aah, qué frío! —exclamo, manoteando hacia la orilla. El agua solo me llega hasta la cintura, pero se me ha empapado la mitad superior del cuerpo por el chapoteo de mi caída.

—¿Estás bien? —pregunta Jonas con los ojos muy abiertos, mientras trepa sobre las rocas y llega al borde del agua.

—¡Me has asustado! —le grito.

Debo parecer una rata ahogada, con el pelo castaño colgando lánguido por debajo de mi mandíbula en mechas húmedas.

—Perdóname. —Extiende la mano y parece compungido, pero me doy cuenta de que está haciendo un esfuerzo por no reírse—. He pensado que sería peor si no decía nada y después me veías y te

asustabas.

—La verdad es que no creo que hubiera una manera inteligente de encararlo —murmuro, y tomo su mano.

Me saca del agua de un tirón como si yo no pesara nada. Doy saltitos sobre una roca para calentarme y mis zapatillas, que ya no son blancas, hacen ruido a agua.

Jonas las mira y se ríe.

—Me alegra divertirte —digo pareciendo enfadada.

Estoy bromeando, porque la situación es muy divertida, pero, en lugar de hacerlo reír más como pensé que haría, mi comentario lo deja reflexionando.

El sonido de una llamada interrumpe nuestro momento incómodo. Él suspira y saca su teléfono del bolsillo trasero. La pantalla se ilumina con una imagen de Anders haciendo una mueca graciosa. Jonas la mira y yo también. Se ve más joven en la foto, quizás de unos veinte años.

—¿No vas a contestar? —pregunto.

Niega con la cabeza y se mete el teléfono en el bolsillo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He ido a dar un paseo. Tu madre dijo que podía, ¿recuerdas? Te lo dijo a ti cuando estábamos en el refugio. Espero que no te moleste.

—Tranquila, no me importa —responde con soltura, y su teléfono comienza a sonar de nuevo. Suspira y esta vez responde con lo que suena como «Yola».

—*¡Te he llamado como un millón de veces, tío!* —oigo que le dice Anders, retándolo.

—¿Qué pasa?

—*¿Dónde estabas?*

—¿Tú no tenías una carrera?

—*¡La tengo! ¿Por qué no has contestado?*

—Había salido.

—*¿Adónde?*

—He ido a dar un paseo. Y resulta que me he encontrado con Wren.

Jonas me mira, y levanta una ceja.

Hay silencio al otro lado de la línea.

—*¿Wren?* —pregunta Anders al fin.

—Sí. Está justo aquí.

—*Pásamela.*

Se me retuerce el estómago cuando Jonas me ofrece su teléfono.

—Quiere hablar contigo —me dice.

Me llevo el dispositivo a la oreja, indecisa.

—Hola.

—¿Qué haces con mi hermano? —quiere saber Anders.

¿Está enfadado? ¿Por qué?

—Nada. Nos hemos encontrado en el río —sueno como si estuviera a la defensiva.

Jonas se aparta de debajo de los árboles, pero yo me quedo donde estoy, temblando con mi ropa mojada en la orilla rocosa.

—¿Qué estaba haciendo él ahí?

—No lo sé.

—¿Llevaba algo consigo? ¿Está bien?

Entonces me doy cuenta de que no está enfadado. Me he equivocado de nuevo. Está preocupado.

—Está bien, creo.

Veo como Jonas se detiene en el borde de un campo. Es fangoso, y la vegetación apenas asoma a través del suelo.

—¿Cuál es tu número? —Anders me devuelve la atención a él—. ¿Podemos hablar más tarde, cuando estés sola?

—Mmm, sí. Supongo que sí. —Le paso mis datos de contacto y mi corazón acelera el paso.

—Te estoy llamando para que tengas el mío. Llámame cuando puedas.

Termina la llamada y unos segundos después siento que me zumba el teléfono en el bolsillo. Se detiene de nuevo casi de inmediato. Por suerte, es resistente al agua.

Me abro camino chapoteando hasta donde está Jonas.

—¿Estás bien? —le digo, y lo miro. Es tan alto, una locura.

Asiente con la cabeza, mirando al campo. Lleva una camiseta de un amarillo descolorido que está rasgada en el hombro y unos vaqueros tan sucios que parece que no han visto el interior de una lavadora en

meses. Su pelo castaño se ha separado en ondas bien marcadas, de la forma en que lo hace cuando no ha sido sometido a champú en un tiempo. Definitivamente, más hombre de las cavernas que modelo.

—Tu hermano se preocupa por ti —digo mientras le devuelvo el teléfono.

—Ojalá no lo hiciera.

Tiene una voz muy profunda; es varias notas más baja que la de su hermano y su acento del medio oeste es más fuerte.

—¿No debería?

Él no dice nada, y se guarda el dispositivo. No es una respuesta tranquilizadora.

Suspiro y me miro la ropa.

—Bueno, supongo que será mejor que me vaya a casa.

—¿Quieres mi camiseta?

—No, gracias, estaré bien.

Aprecio el ofrecimiento, pero la temperatura ya es algo mejor aquí, lejos de la sombra de los árboles. De todos modos, sería muy raro que se quitara la camiseta y se fuera a casa semidesnudo.

—Te llevaré cuando lleguemos a la granja —dice.

—Eso sería genial, gracias. No en una moto, espero.

Él resopla.

—Había olvidado que mi hermano te llevó en la suya.

—Era eso o un tornado.

Cuando el recuerdo de Anders vuelve a mí, mi estómago recibe la embestida de una ráfaga de nervios. Quiere que lo llame. Y yo que pensaba que ya no sabría nada de él…

—¿Hubo algún daño en la granja después de la tormenta? — pregunto mientras emprendemos la marcha.

—Nada malo, al menos no a la propiedad, pero parece hemos perdido un maizal. —Hace un gesto cuando oye el ruido que hace mi calzado empapado—. Deberías quitarte eso. Te saldrá una ampolla

Tiene razón. Espera mientras me tambaleo, tirando de mis zapatos y calcetines mojados, uno tras otro.

—¿Qué campo de maíz era? —pregunto mientras retomamos la marcha.

—El que estaba al lado del camino, entre nuestra granja y la vuestra.

—¿Por qué dices que lo habéis perdido? —Yo no he visto ningún tallo caído al pasar por ahí.

—El granizo dañó las espigas.

—¿Qué son las espigas? Perdón, no sé nada de agricultura, pero me interesa.

—Son las flores que brotan de la parte superior de los tallos. —Señala el campo de maíz en la distancia—. El polen cae sobre las espigas de maíz y poliniza las barbas. Sin espigas no habría granos de maíz. Por suerte, el granizo fue muy localizado, así que se saltó los otros campos.

—¿Y entonces? ¿Qué haréis? ¿Lo sacaréis y plantaréis otra cosa?

Niega con la cabeza.

—Es demasiado tarde para eso. Lo dejaremos y lo cosecharemos con el resto de los campos.

—¡Podrías hacer un laberinto con las gramíneas! —exclamo.

Él me mira y frunce su ceño pesado. Tiene los ojos de un azul muy oscuro.

—¿Con qué?

—Un laberinto de maíz —repito con una sonrisa, balanceando mis zapatillas en mis manos y esperando que se sequen un poco.

Disfruto la sensación de la tierra bajo mis pies. Hace mucho tiempo que no camino sin zapatos ni calcetines.

—Ah, claro, el maíz es una gramínea. —Por fin entiende lo que estoy diciendo.

—Eso es.

—Sí, puedo imaginar a mi padre entusiasmado con la idea. —Su tono es tan árido como las arenas del desierto en Phoenix, pero no me inmuto.

—Piénsalo. La gente podría venir a Wetherill a elegir sus calabazas y luego visitar vuestro laberinto de gramíneas. O laberinto de maíz, como lo quieras llamar.

Resopla y un momento después dice:

—Me adelanto y voy a buscar el Gator.

Supongo que no le ha gustado mucho la idea del laberinto.

***

Me pongo un albornoz blanco y esponjoso después de la ducha, vuelvo al dormitorio con mi teléfono y me siento en el borde de la cama. Estoy agitada y nerviosa.

Anders responde en el segundo timbre.

—Hola, Wren.

Al oír su voz callada y profunda, mis nervios parecen calmarse.

—Hola.

—¿Estás en tu casa?

—Sí

—¿Jonas te ha acompañado?

—Me ha traído en el Gator. ¿Por qué?

—Solo preguntaba. —Su tono es más suave que antes y de repente puedo verlo, claro como el día, dentro de mi mente, alisándose el pelo con la mano y mirándome con fijeza mientras me alejaba y cruzaba la puerta de casa de sus padres.

—Gracias por llamar —dice—. Estaba preocupado.

Me abrazo la cintura con el brazo libre.

—Parecía estar bien.

—¿Qué hacía en el río? —se pregunta en voz alta—. ¿Tenía algo encima?

—No que yo haya visto. —Ya ha preguntado eso antes—. ¿En qué tipo de cosa estás pensando?

—No lo sé, una cuerda…

La sensación de nerviosismo y ligereza que ha ido creciendo en el interior de mi pecho se ve remplazada de golpe por un bloque de hielo.

—¿Hablas en serio? —pregunto.

—Lo siento, no quería asustarte.

—No, no, está bien. ¿En serio crees que podría hacer algo así?

Me imagino el columpio de cuerda atado a la rama y lo cambio por una soga; la imagen mental me llena de horror.

—Espero que no, pero nunca se sabe a ciencia cierta lo que está pasando dentro de la cabeza de otra persona.

—Cuando lo he visto, parecía estar bien, en serio —digo, para tranquilizarlo a él y a mí también—. Hemos estado hablando de agricultura.

—Actúa muy bien frente a extraños.

—¿Está deprimido?

—Sin duda.

—¿Sabes por qué?

—Por un montón de razones. Se siente aislado, atrapado, abrumado, fuera de control… Si ese tornado hubiera pasado por la granja… Ni siquiera quiero pensar en las consecuencias de algo así. Solo la limpieza de los escombros ya supuso mucho trabajo extra. Si no llegamos a quitarlos de los campos, hubiesen podido dañar el equipo agrícola durante la cosecha.

—Me ha dicho que habíais perdido un maizal por culpa del granizo y que el río se desbordó hace un mes y arruinó parte de la soja. —Lo mencionó de camino a casa.

—Sí. ¿Te imaginas qué devastador fue para él trabajar tantas horas cosechando trigo, sembrar y abonar los campos, lavar la cosechadora y los cabezales y guardarlo todo, con la idea de que ya había terminado la parte más dura antes del verano, y luego tener que sacarlo todo de nuevo para replantar cuarenta acres? Es mucho trabajo, y eso sin tener en cuenta la pérdida económica. —Parece muy apenado por su hermano.

—No me sorprende que se sienta abrumado en este momento —murmuro.

Anders debe sentirse abrumado también, e indefenso y fuera de control, especialmente si no puede escaparse del trabajo para venir y apoyar a su familia.

—Sí, no es de extrañar que la depresión sea tan común entre los agricultores. Pero la mayoría son demasiado tercos para pedir ayuda, mi hermano incluido.

—¿Siempre quiso ser agricultor? —Me echo para atrás en la cama hasta que me recuesto un poco sobre las almohadas.

—Cuando éramos pequeños le gustaba mucho. Siempre estaba dispuesto a involucrarse y a hacer cosas en la granja. Incluso cuando perdió un trozo de dedo, volvió al trabajo en un par de días.

— ¿Cómo se lo hizo? —pregunto con alarma.

—Se lo cortó con un taladro de barrena.

—¿Qué es eso?

—Es una herramienta en forma de espiral que se utiliza para perforar el suelo. Estábamos poniendo una valla.

—¿Estábamos?

—Yo lo estaba ayudando.

—¿Qué edad tenías?

—Diez. Él tenía doce.

—¿¡Diez y doce!?

—Sí. Se le quedó la manga atrapada. Por suerte, yo estaba ahí para apagar la maldita cosa o probablemente habría perdido la mano entera.

—¿Y dónde estaban tus padres? —Mi tono mostraba más impresión con cada pregunta.

—No sabían lo que estábamos haciendo —responde con despreocupación—. A Jonas se le había metido en la cabeza que quería patos, así que decidió montar primero el corral y después preguntar a nuestros padres.

Mi sonrisa es repentina y mi corazón se expande cuando los imagino a ellos de niños, trazando una meta.

—Espero que os dejaran tener patos después de todo.

—No, pero dijeron que podríamos tener un perro.

—Ay.

Me gusta. No puedo negarlo. Me gusta Jonas también, pero Anders tiene algo que me atrae a otro nivel. Es mucho más mi tipo, un poco más cultivado y sin esa masculinidad robusta de su hermano. Cada vez que hablamos, me siento un poco más despierta, un poco más viva.

Es mejor que no nos volvamos a cruzar mientras esté aquí, porque mi corazón no podría tolerar otra turbulencia en este momento, y un enamoramiento no correspondido, o incluso una aventura de vacaciones, no me haría ningún bien.

La línea se ha quedado en silencio. Oigo la respiración larga y lenta de Anders.

Me viene un pensamiento, algo que siento que debo mencionar.

—Anders —digo con cautela—. Hay un trozo de cuerda colgando de una rama junto al río.

—Sí, es un columpio. Solíamos jugar con él de niños.

—¿Quieres que… no sé… que trepe de alguna manera y la corte?

—¿Cómo se te ocurre que podrías hacerlo? —dice con tono divertido—. ¿Saltarías sobre la rama como un pajarito?

Dejo salir un resoplido.

—Estoy bromeando. Lo siento. Si hubiera querido tomar ese camino, no se molestaría con esa vieja cuerda, usaría una nueva.

El estómago me da un vuelco cuando la imagen se va instalando en mi cabeza.

—Mierda —murmura Anders, sin ningún resquicio de broma.

—Mi padre solía llamarme pajarito —le digo, aferrándome al primer cambio de tema que se me ocurre.

—¿Qué? —Todavía está sumergido en sus pensamientos oscuros.

—Te has burlado de mí y me has dicho si saltaría sobre la rama como un pajarito. Así me llamaba mi padre cuando era pequeña: pajarito.

—¿Ya no lo hace?

—No desde que mis padres se separaron.

—¿Cuándo fue eso?

—Tenía unos cinco o seis años. Él se fue cuando Sheryl quedó embarazada de mi media hermana.

—¿Es la que estaba contigo en el bar esa noche?

—Sí, esa era Bailey.

—Reconocí al tipo que estaba con vosotras.

Creía que apenas nos había mirado.

—Es su marido, Casey.

—Creo que fuimos a la misma escuela.

—Así es —le confirmo.

—¿Y cómo estás tan segura?

Vaya, me han pillado.

—Casey os mencionó a ti y a Jonas —digo, en un intento por explicarle cómo es que me enteré de cosas que tienen que ver con él sin que se note que había estado preguntado—. Nos dijo que tu familia era propietaria de la granja que está al lado de la de nuestro padre.

—Ah. Así es como supiste quiénes éramos. —Oigo que alguien toca a la puerta en la distancia, y unos gritos lejanos—. Un momento. ¡Ya voy!

Anders responde, cubriendo el receptor.

—¿Te tienes que ir? —No quiero que termine la conversación.

—Sí, he dicho a los chicos que iría con ellos a tomar una cerveza.

—¿Tus compañeros de equipo? ¿Vais a celebrar o a consolaros?

—A celebrar —responde—. Hemos ganado.

—Felicidades.

—Ah, gracias. Y gracias… Gracias por llamarme. Te lo agradezco.

—Cuando quieras.

—¿Cuándo te vas a tu casa?

—El jueves. —Ya no se ha vuelto a hablar del tema de que me quede. O papá no se lo ha planteado a Sheryl o ella ya ha descartado la idea.

—Bueno, pues que tengas un buen viaje —dice—. Tal vez te vea la próxima vez que vengas.

—Tal vez.

Pero sabiendo lo que sé sobre su ocupada agenda de carreras y lo difícil que es para mí tener tiempo para venir, lo más probable es que no nos volvamos a ver.

Capítulo once

En cuanto cuelgo, la puerta se abre de golpe.

—¿No sabes llamar? —le ladro a Bailey. Es una pregunta estúpida; Bailey nunca llama a la puerta—. ¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Casey ha salido con su hermano y estaba aburrida. ¿Con quién estabas hablando? —Entra con una sonrisa pícara.

—¿Estabas escuchando en la puerta? —La fulmino con la mirada.

—No mucho. No quería interrumpir. He pensado que estarías hablando con Scott. —Por fin lo menciona.

—No es algo probable —murmuro, y me ajusto el albornoz alrededor del pecho.

—Entonces, ¿quién era?

—¡Deja de ser tan entrometida! —la reprendo, y me alejo de la cama. Creo que ya debería vestirme.

—¡Wren! —exclama y me da un empujón en el hombro que me hace caer de espaldas sobre el colchón—. ¿Por qué no eres más divertida?

—¿Perdón? —respondo indignada, medio riéndome mientras me vuelvo a sentar.

Esta es la Bailey que conozco de mi adolescencia.

Me empuja de nuevo hacia atrás.

—¡Basta, para ya!

—Vamos, ¡dímelo!

—¡No! ¡Vete a la mierda!

—Maldita sea, qué pesada eres —estalla, dejándose caer sobre el colchón a mi lado.

—¿Yo soy la pesada? —le pregunto con incredulidad, y me siento otra vez. Siento como si hubiéramos retrocedido en el tiempo.

—Sí, sí, ya sé que siempre has pensado que soy un grano en el culo.

Lanza una mirada al techo mientras yo me levanto y voy a la cómoda. No lo niego, porque es verdad. O al menos, solía serlo.

Saco algo de ropa limpia, con la intención de ir al baño a cambiarme, pero cuando me doy la vuelta, Bailey parece herida. Entonces ve el álbum de fotos en mi mesita de noche y se emociona.

—Me acuerdo de esto —exclama mientras se lo lleva al regazo y lo abre—. Lo miraba todo el tiempo.

—¿En serio? —pregunto sorprendida, deteniéndome en la puerta.

—Sí. Me encantaban estas fotos tuyas.

—¿De verdad?

—Sí —repite con insistencia, pasando la página—. Mamá solía poner caras cada vez que me veía con el álbum, así con los labios fruncidos y los ojos apretados. —Sonríe ante la descripción y continúa mirando fotos—. Lo escondí debajo de la cama durante un tiempo hasta que ella lo encontró y lo guardó en algún sitio.

—Papá me dijo que lo había encontrado en una caja.

—Eso parece muy probable. Mamá estaba muy celosa.

Me indigno.

—¿Cómo podía estar celosa? ¡Nos dejó por ella! —«Y por ti», añado en silencio dentro de mi cabeza.

Bailey se encoge de hombros.

—Los celos no siempre son racionales. Estoy segura de que ella también sentía mucha culpa que no habrá sabido cómo canalizar.

—No puedo creer que lo escondiera —refunfuño tirando mi ropa sobre la cama y tomando el álbum de las manos Bailey—. Creo que nunca había visto estas fotos.

Bailey frunce el ceño.

—Eso es terrible. ¿Recuerdas algo del divorcio de tus padres?

—Sí, bastante.

—¿Cómo fue?

—Un infierno.

Me mira fijamente, con sus grandes ojos marrones.

—¿Estás resentida con nosotras por ello?

Es la pregunta más directa y personal que me ha hecho nunca. Y no sé por qué me la hace ahora. Parece como si viniera de la nada, pero

al mismo tiempo no puedo creer que hayamos llegado a esta edad sin hablar de esto.

¿Vamos a hablar de esto ahora? Ella sigue mirándome, con una mirada abierta e inquebrantable.

—Sí —respondo.

Sus hombros se hunden. Se examina las uñas girándolas de un lado a otro. Son cortas, limadas en un arco suave y pintadas de rosa coral. El color contrasta con su piel bronceada.

—Me lo imaginaba.

—Aunque sé que no tiene sentido. —Empujo la ropa a un lado y me siento en la cama, con la rodilla levantada para estar de cara a ella—. Tú no tienes ninguna culpa.

Suspira.

—No puedo imaginar lo que debe haber sido para ti subirte a un avión, sola, y volar hasta aquí para ver a papá. Siempre pensé en ti como mi valiente superhermana. Quería caerte bien, pero apenas me soportabas.

—Eso no es verdad —le contesto frunciendo el ceño y lidiando con esta sincera confesión. Su honestidad tiene un efecto dominó y me encuentro a mí misma queriendo abrirme también—. Eras tierna, casi todo el tiempo. Yo solo… Bueno, estaba celosa. Tú tenías a papá y a tu madre. Yo tenía a mi madre y casi nada de papá. Me sentía como una extraña. Todavía me siento así.

Ella retrocede.

—¿En serio? ¡No puede ser!

—Sí —digo y mi voz suena pequeña—. Cosas como que te sentaras al lado de papá en la mesa la semana pasada me hacen sentir excluida.

No puedo creer que haya confesado esto y, en cuanto sus ojos se abren de par en par, me arrepiento.

—¡Pero fuiste tú la que se sentó ahí, Wren! ¡Puse ese mantel para mí!

—¿De verdad?

—Sí.

Bueno, ahora sí que estoy sorprendida.

Rebobino y trato de recordar cómo llegué a estar sentada al final de

la mesa en vez de al lado de papá como había estado los días anteriores. Estaba tan segura de que el lugar del extremo de la mesa, apartado, era para mí… ¿Sería culpa mía? ¿Estoy tan acostumbrada a decirme a mí misma que voy segunda que luego cumplo mi propia profecía?

—A papá le encanta que vengas de visita —dice Bailey—. A *mí* me encanta que vengas. ¡Y a mi madre también!

—Oh, vamos, no. No le encanta —no puedo evitar interrumpir—. Lo tolera, pero que le guste, y ya no digo que le encante, es una exageración.

—Ay, Dios mío, ¡estás muy equivocada! —exclama Bailey—. No tienes ni idea de lo estresada que se ponía, preocupada por lo que pensarías de ella. ¡Estaba desesperada por caerte bien! Deberías haberla visto, limpiando la casa como una loca, quitando el polvo de cada centímetro, y poniendo flores frescas en tu habitación. Nunca me puso flores frescas a mí.

En ese momento, las dos miramos el florerito de rosas apoyado en la cómoda. Las había dado por sentadas y apenas registraba su existencia, pero ahora caigo en la cuenta: Sheryl las puso ahí. Sheryl salió a su jardín, eligió cinco capullos de rosa perfectos, los cortó y los puso en el florero. Para mí.

—Pero siempre me siento como una visita —digo con desconcierto y a mi cabeza le cuesta procesar lo que está diciendo Bailey.

—*Eres* una visita —responde Bailey—. Porque nunca estás aquí el tiempo suficiente. Daría cualquier cosa porque pudieras pasar más tiempo con nosotros.

—Ojalá pudiera quedarme más tiempo. Me encantaría quedarme aquí unas semanas más, pero, ya sabes, el trabajo. —Me contengo de contarle la sugerencia de papá.

—Ni siquiera te gusta tu trabajo actual.

Hablamos de esto en el Dirk’s.

—Sí, pero no puedo dejarlo. Tengo que pagar el alquiler. Y no puedo mudarme hasta que venza el contrato. Ni siquiera quiero mudarme a otro lado, pero no puedo enfrentarme a tener un compañero de piso, todavía.

—Maldito Scott —murmura.

—Sí. Maldito Scott —confirmo.

—Siento que fuera tan cretino contigo —murmura Bailey.

Le sonrío, aunque se me saltan las lágrimas.

—Al menos me sigue ayudando a pagar el alquiler.

—Es lo menos que puede hacer.

Asiento con la cabeza.

—Es probable que aún se sienta culpable.

—¿Me vas a contar qué pasó? —pregunta seria.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí. Quería preguntarte por él la primera noche que salimos, pero no quería que te sintieras mal.

—No te preocupes, en ese momento tampoco quería hablar de él.

Me escucha con compasión y empatía mientras le cuento sobre ese día en el parque y la conversación que tuvimos después Scott y yo.

—Me dijo que a veces sentía que yo lo despreciaba. —Arrugo la nariz, porque me da vergüenza admitir esta parte.

—¿Lo despreciabas?

—No, claro que no. Pero tengo la sensación de que Nadine lo admira, y tal vez él necesita más de eso. Yo no era de prenderme de cada una de sus palabras ni buscaba su opinión todo el tiempo. Quizás nunca lo miré con adoración tampoco. Éramos iguales y pensaba que eso era bueno.

—Pero, ¿erais realmente iguales? —pregunta Bailey con astucia entrecerrando los ojos.

—En cuanto al sueldo, estábamos bastante a la par. —La arquitectura realmente no se paga tan bien teniendo en cuenta los siete años de formación que se necesitan para estar plenamente cualificado—. Pero se sentía intimidado por el hecho de que yo fuera arquitecta. —En cuanto a las profesiones, la mía puede parecer un poco abrumadora—. No lo sé. Tal vez me puse un poco intolerante cuando sentí que no entendía las presiones que yo sufría. Y tal vez me puse un poco condescendiente cuando le acusé de no entenderlo.

—No creo. Solo es un imbécil inseguro —responde Bailey.

No puedo evitar reírme.

—Ya basta de hablar de Scott —decido de repente.

—Está bien, hablaremos de otra cosa —acepta—. ¿Con quién hablabas por teléfono?

Busco una almohada y la golpeo con ella.

Ella la aparta, impertérrita.

—Por favor, déjame vivir a través de ti —me suplica—. He estado con Casey durante cuatro años. Estoy aburrida.

—No, no estás aburrida.

—Sí, me aburro.

Me pongo de lado con la cabeza apoyada en la mano.

—¿Las cosas no van bien entre vosotros?

—Sí, va todo bien —responde mordiéndose una uña.

—No hagas eso, te vas a estropear la manicura —le digo.

Obedece, se saca el dedo de la boca y se tumba a mi lado, de modo que quedamos frente a frente. Siento chispitas de felicidad dentro de mí. Me he sentido tan bien hablando así, a un nivel más profundo… Como con papá, con mi hermana solo he tenido una relación superficial, pero me doy cuenta de que me gustaría cambiar eso.

—¡Wren! ¡Bailey! —nos llama Sheryl desde las escaleras.

—¿Sí? —gritamos al unísono, estirando las cabezas hacia la puerta como un par de suricatas sincronizadas.

—¿Alguien quiere tomar algo? —pregunta Sheryl.

Bailey y yo nos miramos y sonreímos.

—¡Sí! —gritamos al mismo tiempo y nos reímos mientras nos levantamos de la cama.

—Esta conversación continuará —advierto y recojo mi ropa, porque todavía me tengo que vestir.

Ella asiente.

—Lo que tú digas, hermanita, lo que tú digas.

Capítulo doce

El lunes por la mañana, muy temprano, antes de levantarme de la cama, llamo a mi jefe y le digo que me parece perfecto que mi colega Freddie se haga cargo de la casa Beale y que me ocuparé de los planos de licitación para la escuela primaria. Graham está encantado con la noticia. Entonces, sin pensarlo demasiado, le pregunto si podría trabajar a distancia.

—No veo por qué no —responde—. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Estás pensando en quedarte allí más tiempo?

—Aún no estoy segura, pero me encantaría tener esa posibilidad.

—Es una idea estupenda. Puedo enviarte por correo electrónico todo lo que necesites.

—Muchas gracias.

—Me alegro de que hayamos encontrado una solución.

No menciono la llamada en el desayuno, pero después de la conversación del sábado por la noche con Bailey y de la acogedora velada que siguió, en la que nos encontramos los cuatro quedándonos despiertos y charlando hasta tarde, me siento un poco más inclinada a preguntarle a Sheryl si le importaría que prolongara mi estancia. Decido plantearlo esta noche si papá no saca el tema antes.

***

Esa tarde en la que Sheryl me busca estoy en Bambi.

—¿Me he perdido algún cliente? —le pregunto.

Me he estado turnando con papá y Sheryl para atender a la gente. No esperan que los ayude, pero me divierte jugar a vender. Podemos oír a los coches que bajan por el camino y, si eso no pasa, los clientes

pueden tocar un timbre que suena en la casa, así nadie tiene que pasar horas a solas en el granero.

—No, no —dice y niega con la cabeza.

Lleva un peto azul sobre una camiseta roja. Es un atuendo que no le había visto antes de este verano, pero que Sheryl se ha puesto un par de veces desde mi llegada. Hay un poco de harina en la tela y motas de masa en su corta melena gris. Antes estaba haciendo un pastel.

—Me preguntaba qué estarías haciendo.

Pone las manos en las caderas y le echa una mirada a todos los trastos que he sacado del Airstream.

—Siento el desorden. Estoy en plena tarea. Quiero mover algunas de estas cosas a la parte trasera del granero, fuera de la vista, pero muchas de ellas son demasiado pesadas.

—Puedo echarte una mano si quieres.

—¿En serio?

—Por supuesto. También podemos traer a tu padre. De hecho, tal vez Jonas podría traer su tractor para esto. —Señala con la cabeza hacia la maquinaria agrícola oxidada—. Tal vez encuentre un nuevo uso a algunas piezas.

No me gustaría cargarlo con esto en este momento, sabiendo lo que sé.

—Realmente te debe encantar el Airstream si estás dispuesta a hacer todo este esfuerzo —sugiere Sheryl.

—Me encanta. Parece mentira que estuviera escondido debajo de una lona. Sin embargo, no creo que pueda avanzar mucho en los próximos días. —Indirecta, Indirecta—. ¿Va todo bien? ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? —le pregunto.

Se muestra repentinamente incómoda y tengo la sensación de que quiere decirme algo.

Oh, no, ¿qué he hecho mal?

—Ralph me dijo que te gustaría quedarte un poco más.

Aquí está…

Me encojo de hombros con indiferencia, pero se me aprieta el corazón al ver su cara de dolor.

—No necesito quedarme, yo…

—Espera, me *gustaría* que te quedaras. *Nos* gustaría que te quedaras. —La miro sorprendida—. Aquí siempre eres bienvenida.

Incluso después de todo lo que dijo Bailey, tengo mis dudas sobre esto, y no me ayuda la forma en que aparta la mirada.

—Mi jefe me ha confirmado que puedo trabajar de forma remota —admito vacilante—. Pero no quisiera abusar. Quiero decir, si cambiara el vuelo, me quedaría solo una o dos semanas más.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras —me dice con firmeza—. Lo digo en serio, Wren.

No debo parecer convencida, pero su expresión tampoco es convincente, y si es tan difícil para ella…

—Me di cuenta de que encontraste tu viejo álbum de fotos —dice de repente—. Bailey me recordó que me lo llevé, que lo puse en una caja. Y que no lo habías visto en todos estos años.

Se me contrae el estómago.

—Lo siento, cariño —murmura Sheryl.

Me doy cuenta, un poco tarde, de que, aunque la emoción que estoy viendo en su rostro es sin duda de incomodidad, no es incomodidad ante la idea de que me quede: siente vergüenza.

—Fue un error por mi parte —continúa—. Lo había olvidado, pero eso no es excusa. Lo siento.

Estoy tan sorprendida por sus disculpas que me mareo.

—No pasa nada —murmuro.

—Sí, sí pasa. Va a hacer falta algo más que una simple disculpa para compensar ese y todos los otros errores que cometí cuando eras más joven. Pero espero poder compensar algunos de ellos ahora. —Me mira a los ojos y, esta vez, me sostiene la mirada.

De repente, parpadeo y se me saltan las lágrimas.

—Ven aquí —dice con voz ronca, y de repente estoy en sus brazos y Sheryl me abraza; nada menos que Sheryl me consuela, como lo haría mi madre. Es la primera vez que busca un contacto físico conmigo, un contacto físico real, sustancioso.

—Por favor, quédate —me murmura al oído—. Me gustaría que te quedaras.

Asiento con la cabeza contra su hombro y mi voz sale apagada

cuando respondo:

—A mí también me gustaría. Gracias.

Capítulo trece

La luz es pálida y gris y debe ser muy temprano, pero me siento completamente desvelada. Es viernes y debería haber vuelto a Bury St Edmunds, pero no lo hice. Todavía estoy aquí en el sur de Indiana, sonriéndole al techo.

Bailey quiere ir al bar de Dirk más tarde; se puso muy contenta cuando le dije que me quedaba. Probablemente me espera otra noche muy larga, pero no hay ninguna posibilidad de que me vuelva a dormir. ¿Qué hora es?

Mientras busco mi teléfono para descubrirlo, veo un destello de luces rojas y azules que rebota en la pared blanca al final de las persianas. Mi corazón da un vuelco y salto de la cama. Abro la persiana justo a tiempo para ver una ambulancia en dirección a la granja Fredrickson. Toda mi alegría se la traga el temor cuando recuerdo las armas que se llevó Anders y la cuerda que él pensaba que su hermano podría haber llevado al río. Peggy le pidió a Anders que volviera a su casa por una razón. Todos tenían motivos para preocuparse.

Por favor, por favor, que esa ambulancia no sea para Jonas.

Las luces estaban parpadeando, pero no había ninguna sirena. ¿Es porque las carreteras son tranquilas? ¿O porque no hay necesidad de urgencia? ¿En qué clase de infierno podrían estar Anders y sus padres ahora mismo si esa ambulancia es para Jonas y ya es demasiado tarde?

Me resisto al impulso de ponerme algo de ropa y caminar hasta la granja. Lo que le haya pasado a esa familia no es asunto mío.

Al rato vuelve a pasar la ambulancia. Las luces aún titilan y la sirena sigue en silencio.

***

Las noticias llegan a las diez y media de la mañana después de una espera insoportable. La ambulancia era para Patrik: ha tenido un ataque al corazón a primera hora de la mañana, pero lo más probable es que se recupere por completo. Sheryl le ha hecho señas a Jonas para que se detuviera cuando llevaba una bolsa al hospital.

A pesar de que me preocupo por Patrik, siento alivio el resto del día.

***

A última hora de la tarde, voy a la granja Fredrickson con una cesta de melocotones y una tarjeta de parte de todos nosotros con deseos de pronta recuperación. Sheryl me ha pedido que lo deje en la puerta si nadie contestaba. Pero cuando llego allí, lo veo: Anders está sentado en los escalones frontales con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos.

Mi estómago hace piruetas.

Se me había ocurrido que tal vez hacía el viaje de dos horas desde Indy, pero no quería pensar demasiado en ello, porque me había convencido de que probablemente no volvería a verlo este verano, aunque fuera a quedarme más tiempo.

Cuando oye mis pasos, levanta despacio la mirada. Tiene una expresión sombría mientras me observa acercarme.

—Hola —le digo cuando llego hasta donde está.

Se le agrandan un poco los ojos, pero, aparte de eso, sus rasgos permanecen inalterados.

—Todavía estás aquí —apunta en voz baja, mirándome con sus ojos verdes imperfectos.

Asiento. Siento como si su mirada de alguna manera se hubiera metido en mi sangre y me entibia por dentro, me despierta. Me cuesta que me salga la voz.

—Siento mucho lo de tu padre. —Le extiendo los melocotones—.

Son para él.

Mira fijamente la cesta durante un par de segundos y luego estira la mano y la toma. Lo hace sin prisa, como si su cerebro tardara un rato en instruir a sus extremidades.

—Gracias —responde con una voz áspera, y la coloca en el umbral de la puerta detrás de él.

Hay una botella de cerveza abierta a su lado.

—¿Dónde está Jonas? —pregunto.

Le tiembla la sien mientras agarra la botella.

—No tengo ni idea —murmura—. En algún lugar, por ahí —dice mientras señala con la cabeza hacia los vastos campos verdes y toma varios tragos de cerveza.

—¿Y tu madre?

—En la cama. Ha estado despierta la mitad de la noche.

Dudo antes de preguntar:

—¿Quieres compañía?

No me gustaría dejarlo así.

No responde, no asiente ni hace ningún gesto, pero de repente encoge apenas sus anchos hombros y se desplaza un poco.

Me siento en el escalón junto a él, bastante nerviosa. El cielo está moteado en tonos de gris y blanco. Son solo las siete y faltan dos horas todavía para que se ponga el sol, pero la capa gruesa de nubes hace que parezca más tarde.

—¿No se suponía que volvías a tu casa ayer?

—Mi jefe me dijo que podía quedarme más tiempo y trabajar a distancia.

—¿No tienes nada más por lo que regresar?

—Mi madre está en el Reino Unido, pero está contenta de que me quede. —Me mira, desconcertado por la confesión—. No está contenta porque esté lejos. Solo quiere que me tome tiempo para mí. Acabo de salir de una relación —No estaba en mis planes entrar en detalles, pero, cuanto más digo, más siento que tengo que explicarme.

Anders asiente y levanta la botella para ver cuánta cerveza queda.

—¿Quieres una cerveza? —pregunta, se pone de pie y recoge la cesta.

Lleva una camiseta azul petróleo y sus vaqueros negros tienen polvo del escalón en el que ha estado sentado. Mi vestido negro sufrirá el mismo destino.

—Claro.

Suelta una exhalación mientras abre la puerta de malla y deja que se cierre detrás de él con un ruido fuerte. Me quedo allí sentada, nerviosa, hasta que regresa, me pasa una cerveza y se sienta otra vez. Freno el impulso de chocar mi botella contra la de él como dicta la costumbre; no es que sea una ocasión para brindar.

—Esto va a estresar a Jonas todavía más, ¿no? —murmuro con empatía.

Asiente y bebe un trago.

—¿Crees que tu familia podría plantearse vender la granja?

Aleja la botella de los labios, sonríe y me mira, y no es buen humor lo que veo en su cara.

—Perdóname si es una pregunta estúpida.

Niega con la cabeza y se saca una mancha de barro de los pantalones.

—No, no es estúpida. No si tenemos en cuenta el sentido común. Pero esta granja ha pasado de hijo mayor a hijo mayor desde que nuestros antepasados se mudaron aquí desde Suecia en 1851. A Jonas y a mí nos criaron sabiendo que teníamos que proteger el legado de la familia y tenemos el deber de protegerlo.

— ¿Es verdad que todos vuestros nombres son suecos?

—*Sip*. Toda la familia: la hermana de papá Ágata, mi abuelo Erik, su padre Aan. Y podría seguir.

Me doy la vuelta y miro hacia la casa roja y blanca.

—¿Tus ancestros construyeron esta casa?

—Y el granero —confirma, señalándolo con la barbilla—. Son réplicas de la granja que tenían en Suecia.

—¿Alguna vez has querido ser granjero?

—No es lo que más me apasione, pero lo haría si fuera necesario.

—¿En serio? ¿Renunciarías a tu trabajo? —Asiente—. Eres mecánico de un equipo de IndyCar, ¿verdad?

—No, soy ingeniero de pista.

—¡Oh! ¿Qué implica eso?

—Soy como el intérprete entre el piloto y el mecánico —responde y me mira para medir mi interés antes de continuar—. El piloto me da información acerca de cómo siente el coche y yo analizo todos los datos técnicos y determino los ajustes necesarios para asegurarnos de que el vehículo está configurado para su máximo rendimiento. Se lo transmito a los mecánicos y ellos aplican los cambios.

—Vaya, parece un trabajo muy importante. ¿Lo disfrutas?

—Me encanta.

—¿Y aun así lo abandonarías? —sigo preguntando, pues intento comprender.

—Si le pasara algo a Jonas, sí —suspira—. De todas formas, siento que debería estar en casa en estos momentos.

—No puedes abandonar el trabajo de tus sueños —digo con suavidad.

Se gira para mirarme y se ve tan devastado que me destroza el corazón.

—Mi familia se está desmoronando, Wren. Mi padre no debería estar trabajando a su edad, mamá tiene la presión por las nubes. Ya la tenía antes y Dios sabe lo que le está haciendo esto, y mi hermano… —Mueve la cabeza desolado y estoy a punto de estirar el brazo y colocarlo sobre sus hombros para consolarlo cuando me empieza a sonar el teléfono en el bolsillo.

Lo saco y maldigo dentro de mí al ver el nombre de Bailey en el identificador de llamadas.

—Lo siento mucho —le digo a Anders antes de responder.

—¡Ya voy! ¡Perdóname! —le digo a Bailey antes de que tenga tiempo de preguntarme dónde estoy —. ¡Estoy allí en cinco minutos!

—Nos vemos en Wetherill.

—Vale. ¡Lo siento! —Me disculpo de nuevo, termino la llamada y miro a Anders.

—Odio con el alma tener que irme, pero había quedado con mi hermana y llego tarde. Se suponía que debía encontrarme en el puente con ella a esta hora.

Asiente e inclina la botella hacia sus labios.

—¿Quieres venir al Dirk's con nosotras? —se me ocurre preguntarle, hipnotizada por su nuez, que sube y baja mientras drena la cerveza. Parpadeo cerca de su cara—. ¿No quieres salir de tu casa un rato?

—Creo que es mejor que busque a mi hermano.

—No en tu motocicleta, espero. —Miro la botella vacía que apoya a un lado.

—Solo he tomado dos.

—Aun así, ¿qué diría tu madre?

—Sabe que conozco estos cultivos como la palma de mi mano —responde, y hace bailar los ojos como respuesta a mi tono burlón.

Mientras me levanto y me sacudo el vestido, me viene un pensamiento.

—¿Eso es lo que estabas haciendo esa noche, cuando nos conocimos? ¿Buscabas a Jonas?

—*Sip*.

No puedo creer que me haya tomado tanto tiempo hacer dos más dos.

—Y ahí estaba yo, pensando que no eras más que el idiota del pueblo —me burlo.

Lleva las comisuras de los labios hacia atrás y yo siento como si hubiera una línea invisible que une el gesto a un gancho que está detrás de mi caja torácica.

—¿Quién dice que no lo soy?

Capítulo catorce

—¡Todavía estás en Estados Unidos! —grita Bailey. Ya me ha perdonado por llegar tarde. Me engancha el brazo con el suyo y me aprieta mientras caminamos.

No nos molestamos en conducir esta vez y ya casi llegamos: la plaza del pueblo está al final del camino.

—Eres mi amiga de bar. Mi nueva compañera de copas —dice con una risita.

—¿No tienes amigos de tu edad? —le pregunto. Su alegría me contagia y me ilumina.

—Hay una chica en el trabajo que me cae bien. Salimos un par de veces cuando nos mudamos aquí con Case, pero ahora está embarazada y ya no es divertida.

—¿Qué tal va el trabajo?

—Aburrido.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Me pone una cara graciosa.

—Nada. Esta es mi vida ahora —agrega con tono melodramático.

Frunzo el ceño.

—Eso no suena muy bien. ¿Has hablado con Casey de esto? ¿Él es feliz?

—Hasta el delirio. Le encanta estar en casa, y vivir cerca de su hermano y de su madre y su padre. No podía creer la suerte que tuvo cuando surgió un puesto en el club de golf.

—Pero si tú no quieres estar aquí…

—Me aguantaré. ¡No te pongas tan seria!

La conversación sigue sonando dentro de mi cabeza cuando llegamos al Dirk’s.

All My Favorite Songs de Weezer está sonando a todo volumen. Eso es lo primero que noto. Lo segundo es que Jonas está en el bar.

Tiro de la manga de Bailey.

—Espera.

—¿Qué pasa? —pregunta mientras la arrastro de vuelta a la escalera y saco el teléfono—. ¿Qué estás haciendo?

—Le envío un mensaje a Anders.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Por qué tienes el número de Anders? ¿Por qué le estás mandando un mensaje? ¡Tengo muchas preguntas!

—Lo he visto antes. Estaba preocupado por Jonas —respondo distraída mientras escribo «Jonas está en el Dirk's».

Espero que vea el mensaje. Quién sabe qué lejos estará ya, buscando a su hermano.

Levanto la vista del teléfono y veo a Bailey que me dirige una mirada inquisidora.

—¿Cómo conseguiste su número y por qué es asunto tuyo? ¿Y cómo conoces a Anders? ¿Y por qué te preocupa lo que haga Jonas? ¿Y era él con quien estabas hablando la otra noche? ¡¿Era él?!

—Cálmate. Fuimos a su refugio, ¿recuerdas? Y esta tarde le he llevado unos melocotones a Patrik. Anders estaba allí y nos hemos puesto a hablar.

—¿Por eso llegaste tarde?

—Sí, lo siento —repito—. Pero estaba preocupada por él y su familia. Ahora soy como su vecina, ¿recuerdas?

Su cara estalla en una sonrisa.

—¡No puedo creer que te hayas quedado!

—¡Lo sé! —Le sonrío esperando, pero también dudando, que ese sea el fin de la inquisición acerca de los hermanos Fredrickson.

—Ven, vayamos a tomar una copa.

Jonas sigue en el bar cuando entramos. Está encorvado, con los codos apoyados sobre la madera pegajosa de la barra y la cadera le cae hacia un lado como si estuviera muy relajado o muy borracho. Tengo una fuerte impresión de que es lo último.

—Ey —le digo, tocándole el brazo.

Levanta la cabeza de donde ha estado mirando y me observa con sus

ojos azules vidriosos. Creo que le lleva un momento ubicarme, pero al fin se le ajusta la cara en una sonrisa somnolienta y desequilibrada.

—¡Ey, Wren! —balbucea.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, bien. Estoy bien. —Se tambalea y apoya la mano en la barra para estabilizarse. Parece que está bebiendo *whisky*—. No te había reconocido sin la ropa mojada. Y tienes el pelo recogido.

Mueve el dedo en círculo con los ojos vagando alrededor de mi cara.

Nunca llevo el pelo recogido, pero descubrí hace poco que es lo suficiente largo como para meterlo en un moño.

La mayoría de la gente se corta el pelo cuando pasa por una ruptura. Yo, en cambio, decidí dejármelo largo. Todavía no me llega a los hombros, pero la longitud es una novedad.

—¿Qué es eso de la ropa mojada? —interrumpe Bailey haciendo rebotar sus ojos brillantes entre nosotros.

—Wren se cayó al río —responde Jonas, hundiendo su rostro en la mano y aplastando su mejilla en su sonrisa. Bailey se vuelve hacia mí, ojos en modo «Boo».

—Te lo contaré más tarde —respondo, y me dirijo ahora a Jonas—. Anders te estaba buscando.

Se ríe y levanta la cabeza.

—Anders siempre me está buscando.

—Se preocupa por ti —le recuerdo con ternura—. Te quiere.

Jonas busca su bebida y mira a Bailey.

—Eres la hija de Ralph y Sheryl, ¿no?

—Hola, sí, soy Bailey. —Ella sonríe y le extiende la mano.

A Jonas le toma un segundo responder y, cuando lo hace, la mano de mi hermana parece diminuta comparada con la de él.

Me sorprende que no se hayan conocido antes, pero, claro, Jonas no parece haber tenido una vida social muy intensa últimamente.

—¿Qué os pongo? —pregunta Dirk, materializándose frente a nosotros.

Jonas sigue estrechando la mano de Bailey y a ella parece no importarle.

—Lo de siempre —responde Bailey mientras Jonas al fin la suelta.

—¿Qué es lo de siempre?

Ella pone los ojos en blanco, luego se recompone.

—¡Dos ron con cola, por favor, Dirk! ¡Y lo que sea que esté tomando él! —No podía sonar más entusiasta.

Jonas se ríe dentro su copa, luego se termina los restos de su *whisky*. En ese momento, Anders entra por la puerta y mi estómago hace piruetas por segunda vez esta noche. Posa la mirada sobre nosotros y no parece sorprendido, así que deduzco que ha recibido mi mensaje.

—Hola, tú —dice en voz baja cuando se acerca. A mí me dedica un movimiento de cabeza como saludo, un «gracias por el mensaje».

—¡Hooolaaaa, hermanito! —responde Jonas con demasiado entusiasmo.

—Ven, vamos a casa. —Anders aprieta el hombro de su hermano.

—No me voy a casa —dice—. Bailey me ha invitado a una copa.

Anders mira a Bailey.

—Hoooolaa —responde ella, con una sonrisa coqueta.

—Hola, soy Anders.

Dirk pone nuestras bebidas sobre la barra.

—Quédate a tomar algo —le pido a Anders en voz baja para que nuestros hermanos no puedan oírnos. Bailey paga la ronda y Jonas mira hacia la barra. Está claro que Anders no va a lograr que su hermano se vaya pronto.

Suspira y levanta su barbilla hacia Dirk.

—¿Cerveza? —le pregunta este.

Anders asiente en respuesta.

Me dirijo a Jonas.

—Oye, siento lo de tu padre.

—Estoy demasiado borracho para preocuparme por eso —dice con un esbozo de sonrisa.

—Pareces un borracho feliz —reflexiona Bailey mientras Anders mete la mano en su bolsillo para sacar la billetera.

—*Soy* un borracho feliz —refuerza—. A diferencia de nuestro padre. Él no era un borracho feliz, ¿verdad, hermano?

Anders se pone rígido y lo mira mientras acerca la tarjeta de crédito al lector.

Mis entrañas se aprietan. ¿Qué significa eso?

—¿Alguien quiere jugar al billar? —pregunta Bailey.

—Claro —responde Jonas, alegre.

—Lo siento —murmura Anders con la cerveza en la mano caminando a mi lado mientras seguimos a Jonas y a Bailey a la mesa de billar.

—Pero si es genial. Te he invitado a unirte a nosotras antes, ¿recuerdas? Mientras Bailey sea feliz, yo seré feliz.

Y Bailey parece feliz. Se ve hermosa esta noche en pantalones cortos de algodón rojo y un top blanco. Es un atuendo simple, pero ella es tan bonita que podría ponerse una bolsa de patatas y aun así se vería impactante.

Yo llevo un vestido camisero negro, con las mangas largas arremangadas hasta los codos y mis zapatillas blancas, ahora secas y limpias. Es un conjunto más informal que el que usé la última vez vine al Dirk's, pero sigue siendo más elegante que lo que lleva la mayoría de los parroquianos.

Necesito ir de compras. Solo traje mi mejor ropa, como suele pasar cuando vas de vacaciones, pero mi guardarropa no está preparado para un verano largo y caluroso. En especial un verano largo y caluroso en bares mugrientos, que parece ser el destino que Bailey tiene en mente para mí.

Jonas termina de colocar las bolas mientras Bailey está de pie, poniéndole tiza a un taco.

—¿Nosotros contra ellos? —le pregunta Jonas.

Ella es alta, mide un metro ochenta, pero él la sobrepasa, con su pelo de color chocolate con leche que le cae hacia adelante alrededor de las sienes en ondas desordenadas. A pesar de su embriaguez, se ve más entero que la última vez que lo vi, junto al río.

—Suena bien —responde Bailey.

Anders le pasa tiza a otro taco, y parece resignado a su suerte.

Jonas saca una moneda del bolsillo.

—¿Cara o cruz? —Pasa la mirada de Anders a mí.

—Puedes empezar tú —responde Anders, serio.

—Anímate, hermano. —Jonas guarda la moneda y camina hasta el

final de la mesa.

—¿Quieres empezar tú? —le pregunta a Bailey antes de arrancar.

—No, adelante.

—Soy un desastre en el billar, lo siento —le digo a Anders mientras Jonas le pega a las bolas y las esparce por toda la mesa. Una entra.

Parece un poco surrealista que, dos semanas después de verlo por primera vez jugando en este bar, ahora sea su compañera de equipo.

—Tranquila, solo estamos matando el tiempo —murmura Anders.

Si estaba disfrutando de este giro de los acontecimientos, ahora ya no. Se ve tan a disgusto aquí.

—Os toca —nos dice Jonas.

Anders me hace un gesto respetuoso. Camino hacia la mesa y trato de pegarle a una bola rayada verde y me queda como a un palmo de la tronera.

Le hago una mueca y él levanta las cejas.

Le toca a Bailey. Sonríe cuando su bola azul va derechito al agujero y entra, y luego grita con fastidio cuando le sigue la blanca.

Anders tiene dos tiros. Mete una rayada amarilla en el primero y nada en los otros dos.

—¿Has perdido tu magia? —le pregunta Jonas.

Anders se encoge de hombros y agarra la cerveza que había dejado en el alféizar de la ventana alta.

Cada vez que Jonas o Bailey meten una bola, Anders iguala las cosas en el siguiente turno. Yo hago lo que puedo para golpear una de las nuestras cuando me toca.

—Sí que eres mala en el billar, sí —reflexiona Anders hacia final del juego.

—Sí, así que por favor date prisa y mete estas dos últimas porque necesito ir al baño.

Hemos estado tratando de embocar las dos últimas bolas durante un rato. Tengo la sensación de que Anders podría terminar el juego si quisiera, pero está tratando de alargar la partida el mayor tiempo posible.

Camina hacia el otro lado de la mesa, prepara el tiro y levanta la mirada. Me hierve la sangre cuando esos ojos verdes se clavan en los

míos. No podría mirar hacia otro lado aunque quisiera. Rompe el contacto visual y dispara la bola directamente hacia una tronera, al igual que lo hizo la primera vez que me atrapó mirándolo en este bar, y de repente recuerdo otro detalle de esa noche: Casey dijo que Anders estaba casado y que había perdido a su esposa en un accidente automovilístico.

—¡Maldita sea! —protesta Jonas cuando Anders entra la bola—. Hagamos otra ronda.

¿Cómo me pude olvidar de ese detalle?

Anders suspira.

—Entonces supongo que me toca ir a la barra. ¿Qué estás tomando? —me pregunta.

—Ron con cola, por favor —respondo distraídamente.

—¿Bailey? —pregunta Anders.

—Lo mismo, ¡gracias!

Me doy cuenta de que ya no trata de convencer a su hermano de que se vaya.

—¡Yo quiero un *whisky*! —grita Jonas.

Dirk ya está terminando de atender a Anders cuando vuelvo del baño, así que lo ayudo a llevar las bebidas.

—He dicho *whisky* —se queja Jonas cuando Anders le entrega una cerveza.

—Eres demasiado pesado para que te lleve a rastras a casa —responde Anders.

Jonas hace una mueca de disgusto y levanta su botella, preparándose para beber.

—Empezad vosotros —dice.

Le extiendo el taco a Anders, que niega con la cabeza.

—¿Quieres verme hacer el ridículo?

—¿Por qué dejar de hacerlo ahora? —Sonríe y cruza los brazos sobre el pecho. Los bíceps llenan las mangas de su camiseta.

Entrecierro los ojos.

—Pero apuesto a que no haces el ridículo a menudo —concede.

Me salen chispas de dentro porque tiene razón. Es muy raro que yo quede como una tonta. Por lo general soy dueña de mí misma. A

menos que esté borracha. Y en esos casos no puedo dar cuenta de mi comportamiento.

Golpeo la bola blanca con el taco lo más fuerte que puedo, pero apenas hace impacto en el triángulo de bolas de colores. Mientras entierro la cabeza en las manos con vergüenza, esos hermanos del demonio y *mi propia hermana* se ríen de mí.

—¿Cómo sabes jugar tan bien? —quiero saber, cuando Bailey golpea las bolas y las manda rebotando por toda la mesa.

—Me enseñó papá —responde, y juega de nuevo porque una de las bolas ha entrado.

Las burbujas felices de mi estómago estallan todas a la vez. Lo ha dicho con tanta despreocupación…

Veo que Anders me está mirando, pero ya no sonríe. Parpadeo, miro hacia otro lado, y busco mi bebida en una mesa cercana.

—Necesito ir al baño —dice Bailey tras las jugadas de Anders y Jonas.

—Yo también —dice Jonas, apoyando su taco contra la mesa—. ¡No hagáis trampa! —nos grita, y sigue a Bailey que sale casi corriendo por el bar.

Me obligo a una risa de la que no tengo ganas y me acerco a la mesa porque me toca a mí.

—¿Quieres que te ayude? —me pregunta Anders.

Le lanzo una mirada asesina antes de darme cuenta de que no está siendo sarcástico. Está parado entre dos carteles enmarcados, uno de Wolf Alice y el otro de Radiohead. De los altavoces se derrama *Blue Jeans* de Lana Del Rey, con su ritmo lento y sensual.

—Realmente no importa si sé jugar o no, ¿no es cierto? —respondo temblorosa—. Tú juegas bien por los dos.

Se encoge de hombros, se apoya contra la pared de ladrillos y cruza los pies a la altura de los tobillos. Es un gesto casual, pero sus ojos permanecen clavados en mí, con una mirada tranquila y cómplice.

De repente cambio de opinión.

—Está bien, muéstrame qué es lo que estoy haciendo mal.

Se aparta perezosamente de la pared y juro que la temperatura de la habitación se eleva cuando se acerca a mí.

—Pon tu mano izquierda sobre la mesa y sostén el taco con tu mano derecha a la altura de la cintura —me instruye con tranquilidad—. Relájate. Estás demasiado tensa. Ahora separa los dedos. —Señala con la cabeza hacia mi mano izquierda—. El pulgar hacia fuera. No, el puente tiene que ser más fuerte. No vas a poder tirar recto así. Mira.

Me aparto hacia un lado y él pone su mano izquierda sobre la mesa, mostrándome cómo crear un mejor apoyo para el taco.

—Deja que lo intente.

Me devuelve el taco.

—Tu codo es como una bisagra, tiene que permanecer más o menos en esta posición.

Siento una sacudida cuando me aprieta el codo para mostrarme cómo es.

Todavía puedo sentir el fantasma de su mano mientras practico y muevo el taco hacia adelante y hacia atrás. Esta vez, más o menos queda apuntando en la misma dirección.

—Si puedes pegarle aquí —dice Anders, inclinándose sobre la mesa e indicando un punto en el lado izquierdo de una bola amarilla—, irá directo hacia la tronera de la esquina.

—Entiendo de ángulos —le digo.

—Por supuesto que sí. Eres arquitecta —responde con una sonrisa burlona. Se me enredan los dedos de los pies mientras me río. Intento concentrarme y esta vez, cuando le pego, la pelota entra.

—¡Sí! —grito de alegría.

—¡Muy bien! —responde con afecto en la voz.

Estoy a punto de levantar la mano para chocar los cinco cuando nuestra atención se dirige hacia la barra: Bailey y Jonas están allí de pie, riendo, mientras Dirk vierte lo que parece ser tequila en dos vasos. Jonas nos lanza una mirada disimulada y luego la desvía mientras le dice algo al oído a Bailey. Ella nos dedica una mirada culpable, se encorva sobre la barra, y luego los dos se ríen con una actitud conspirativa mientras recogen sus bebidas y brindan sin tanto disimulo.

—Esos bastardos están bebiendo a nuestras espaldas —murmuro.

Bailey apoya su vaso y empieza a toser y Jonas le pone la mano en

el hombro, con tanta fuerza que casi la tira. Esto los hace reírse más.

A mi lado, Anders suspira.

—Creo que nos espera una larga noche.

Cruzamos miradas y él presiona los labios para reprimir una sonrisa.

No puedo decir que esté molesta. Me parece que a estos hermanos les viene muy bien desahogarse un poco.

Capítulo quince

Nos quedamos hasta que cierra el bar y Dirk nos echa.

—Tengo que ir a buscar la moto al aparcamiento —me dice Anders, y le pide a Jonas que lo espere.

—No estarás pensando en ir en moto a casa, ¿verdad? —pregunto alarmada mientras da la vuelta al edificio.

No me parece que vaya muy borracho, pero estoy bastante segura de que no se puede confiar en mí para ese tipo de apreciaciones.

—No, voy a caminar. No tiene autorizada la circulación, así que el solo hecho de que la use ya es bastante ilegal.

Nos detenemos de golpe ante el sonido de Jonas expulsando el contenido de sus tripas y, al mismo tiempo, oímos que se abre la puerta trasera del bar.

—Oh, espero que no acabes de vomitar en mi capó —dice Dirk enfadado, de pie, con una bolsa negra llena de basura en la mano y mirando con odio al mayor de los Fredrickson.

—Mierda —murmura Anders, porque Jonas ha vomitado por todo el capó de una gran camioneta roja, y por lo brillante y limpia que se ve, presiento que esta camioneta es el orgullo y alegría de Dirk.

—¡Te voy a abrir una lata de hostias en la cabeza! —le grita, con furia en el rostro mientras lanza la bolsa a un contenedor de basura.

—Lo limpiaremos —dice Anders con todo conciliador.

—¡Más os vale! —grita Dirk, y acompaña su amenaza con el dedo índice—. ¡O todos tendréis prohibida la entrada lo que queda de mes!

Tan pronto como se cierra la puerta detrás de él, Bailey y Jonas se miran y estallan en una carcajada. Solo queda una semana de julio, así que no se toman la amenaza muy en serio.

Anders me mira con una expresión de sufrimiento.

—¿Ha dicho «una lata de hostias»? —le pregunto con solemnidad.

Su cara dibuja una sonrisa sarcástica y, un momento después, los dos nos desternillamos de risa.

No me había reído así en mucho tiempo.

Hay una manguera junto a la puerta trasera, así que a Anders no le resulta demasiado difícil lavar el vómito de su hermano. Le ofrezco ayuda, pero me la niega con un gesto de la mano, y el autor del crimen no aparece por ninguna parte. Podemos oír su risa histérica a la vuelta de la esquina, a coro con la de mi hermana. El sonido de sus carcajadas rebota en las paredes de los edificios circundantes y el eco llega a donde estamos nosotros.

—¿Siempre ha sido así? —le pregunto divertida mientras Anders vuelve a enrollar la manguera—. ¿Siempre lo has cuidado?

Niega con la cabeza.

—Solía ser al revés. ¿Y tú y Bailey? Es un poco más joven que tú, ¿verdad?

—Sí, seis años. Pero no he tenido muchas oportunidades de cumplir el rol de hermana mayor protectora.

Me mira y asiente, y percibo una gran intensidad en las profundidades de sus ojos verdes. Cuando se pone así de serio, me noto rara por dentro, pero no siento mucho alivio cuando mira hacia otro lado.

Va a buscar la moto y partimos rumbo a casa. Anders lleva la moto del manillar y camina a mi lado. Bailey y Jonas van más adelante. Parece que se llevan bien. ¿Demasiado bien? ¿Debería preocuparme? ¿Debería Casey?

—¿Cuánto tiempo lleva casada Bailey? —pregunta Anders, leyendo mi mente.

—Unos cinco meses —le contesto, con creciente incomodidad—. Tu hermano no haría nada con una mujer casada, ¿verdad?

Casey dijo que Jonas tenía fama de tener sexo con cualquiera…

—Eso no lo ha detenido en el pasado.

Ay, mierda. Espero que Bailey no sea tan cruel o estúpida como para engañar a su marido, pero no se ha mostrado particularmente entusiasta sobre lo feliz y realizada que se siente. Si está buscando

inyectar alguna emoción en su vida…

Anders se encoge de hombros.

—No sé, tal vez es una línea que Jonas solo cruza con su ex.

—¿Su ex está casada?

Anders asiente.

—Era su novia cuando estábamos en el instituto. Jonas estaba locamente enamorado de ella y hasta pensaba que se casarían algún día, pero ella lo dejó por otro cuando entró en la universidad. Se casó con ese tipo y tuvo hijos con él, pero Jonas nunca lo ha superado.

—¿Así que tuvieron una aventura? —pregunto frunciendo el ceño.

—Se vieron algunas veces, pero ella le puso fin, supuestamente para bien, hace unos años. Jonas no ha tenido ninguna relación seria desde entonces. Todavía está colgado por ella.

—¿Vive por aquí cerca? —Por alguna razón pienso en la mujer del supermercado.

—Se mudó a la ciudad hace poco —responde Anders—. Creo que es en parte el motivo por el que Jonas ha estado mal, pero no me ha dicho nada. No se atrevería, no después de todo lo que le solté la última vez que sospeché que se estaban viendo. Lo último que sé de Heather lo supe por mamá.

—¿Así se llama? ¿Heather? —Asiente—. ¿Qué aspecto tiene?

—Pelo oscuro y largo, ojos azules… —dice, y me mira—. ¿Por qué?

—Vi a Jonas en la ciudad hace una semana —le cuento—. Estaba aparcado frente a una tienda de comestibles. Había una mujer de pelo oscuro dentro, pagando. Estaba con un niño pequeño.

—¿Qué edad tenía el niño?

—Unos dos años.

—Tiene tres hijos y ese podría ser el más pequeño.

En lugar de girar a la izquierda hacia el puente, Jonas y Bailey siguen todo recto. Me pregunto si Jonas es consciente de que la está acompañando a casa.

El barrio de Bailey y Casey está un venido a menos, pero su casa se ve brillante y nueva, con pintura blanca fresca y una puerta de color púrpura intenso.

Scott y yo planeábamos comprar una casa juntos, pero no podíamos

obtener una hipoteca hasta que él presentara las cuentas de dos años de su negocio, que era relativamente nuevo. Imagino que ya podrá comprar la casa con Nadine.

Esa idea no me hiere tanto como lo habría hecho hace solo un par de semanas. Supongo que, a fin de cuentas, me siento mejor estando lejos de él y de Bury St Edmunds.

Por otra parte, la compañía actual podría tener algo que ver con ello.

Bailey gira sobre sus pies y nos mira, sonriendo.

—Os diría que pasarais, pero… No, no puedo invitaros.

—¿Dónde está Casey? —pregunto y, lo confieso, es una pregunta estratégica.

—Con Brett. Seguro se han pasado toda la noche disparando a niños en la PlayStation.

—¿Quiénes son Casey y Brett? —interrumpe Jonas.

—El marido de Bailey y su hermano —contesto.

Jonas le pone mala cara a Bailey.

—¿Estás casada?

Misión cumplida.

—Sí, qué aburrido por mi parte, ¿verdad? —responde Bailey encogiéndose de hombros.

—Bueno, ¿nos vemos mañana después del trabajo? —le digo y me adelanto para darle un abrazo.

—Mañana no. Vamos a casa de los padres de Casey, pero pronto —dice, y mira a los hermanos por encima de mi hombro—. ¿Nos vemos?

—Sí —responde Jonas, y la saluda antes de darse la vuelta.

Bailey se dirige hacia la puerta de su casa, y me dirige una sonrisita por encima del hombro mientras entra y cierra la puerta.

No sé por qué siento pena por ella, pero así es.

***

El sábado por la tarde, me dirijo al granero para liberar a papá y tomar mi turno. Es un día perfecto. La temperatura es agradable y hay una brisa fresca y, como es fin de semana, hay bastante gente.

Acabo de terminar de pesar el botín de una familia cuando llega otra, un hombre y una mujer de unos treinta largos con tres niños pequeños. La madre me suena de algo y de repente me doy cuenta de que es la mujer que estaba mirando Jonas en el supermercado. ¿Esta es Heather?

Es muy hermosa de cerca, con ojos de un azul penetrante y largas pestañas oscuras que pueden o no ser naturales. Lleva apoyado en la cadera al niño que estaba con ella aquel día. Su cabeza está llena de hermosos rizos castaños y se acurruca en su hombro, mientras se chupa el pulgar.

Digo gracias y adiós a los otros clientes y sonrío a esta otra familia.

—¡Hola! ¿Habéis venido a recolectar melocotones?

Para mi sorpresa, la mujer se ríe.

El marido, si es su marido, me sonríe amable.

—Sí, por favor.

Supongo que ha sido una pregunta estúpida (¿por qué otro motivo habrían venido?), pero es la bienvenida que acostumbran a dar papá y Sheryl y la he adoptado porque pienso que es el tipo de cosas que diría un agricultor norteamericano simpático y amable.

Ensayo una sonrisa vacilante.

—¿Cuántas cestas queréis?

—Somos cinco, así que cinco —responde la mujer, tratándome de tonta por preguntar algo así.

Buenoooo… Coloco cinco cestas sobre el mostrador.

—Aquí tenéis.

—Deja eso, por favor, Jacob —le dice el padre a su hijo mayor, un niño de unos siete u ocho años que ha recogido uno de los frascos de vidrio con la mezcla para el Bellini. Su hermana, que tiene una edad intermedia entre los dos hermanos, lo imita.

—Evie, ¿puedes dejar eso, por favor? —le pide el padre, con la misma paciencia.

—Ya está bien —dice la mujer con brusquedad—. Ven y coge las cestas.

—¿Realmente necesitamos las cinco? —le pregunta el marido, y creo que es una observación muy razonable, porque yo me estaba

preguntando lo mismo.

—Tú ve y tráelas —ordena ella saliendo por la puerta abierta del granero.

—¡Evie! ¡Jacob! —los llama el hombre.

Los niños siguen jugando con los frascos de puré de melocotón y no lo han oído o han optado por ignorarla.

—¡Evie! ¡Jacob! —grita con la misma voz alegre—. ¡Venid a buscar una cesta!

Evie mira por encima del hombro y suelta el frasco. Exhalo con fuerza cuando cae al suelo, pero, por suerte, rebota.

Entonces, Jacob, que ha visto lo que ha hecho su hermana, lanza su propio frasco con fuerza a sus pies. No sé cómo es posible que no se haya roto en un millón de pedazos, pero, por el modo en que lo mira, todavía entero, tengo la sensación de que está desilusionado.

—¡Despacio! —dice el padre con tono alegre mientras sus hijos se acercan corriendo y cada uno le arrebata una cesta de las manos.

Lo miro fijamente, con curiosidad.

¿No va a regañar a sus hijos por tirar los frascos o, en el caso del niño, lanzar uno al suelo aposta? ¿No va a verificar que los frascos no estén rajados y ofrecerse a pagar por ellos si lo están? ¿No va a ponerlos en los estantes, por lo menos? ¿O a decir «lo siento»?

—¿Así que simplemente elegimos los que queremos y ya está? —pregunta mientras su hija lo arrastra hacia la puerta.

—Así es. Coged solo los que vais a pagar —explico mordiéndome la lengua.

—Entendido. Vamos, pues —dice mientras su hijo deja caer su cesta al suelo y sale corriendo del granero. Él se agacha para recogerla, y la suma al número ridículo de cestas que ya tiene encima.

Llevada por un impulso, saco mi teléfono y le mando un mensaje a Anders: «La mujer que puede o no ser Heather está aquí». Lo envío y me siento un poco antipática si no agrego algún otro comentario amable y entonces escribo: «¿Cómo está tu padre? Espero que Jonas no se sienta muy mal hoy».

Una vez que he devuelto los frascos, por fortuna intactos, a los estantes, me dirijo a la parte trasera del granero.

Con la ayuda de papá y Sheryl, esta semana casi he terminado de deshacerme de la basura que había alrededor de Bambi. Todavía quedan algunas piezas grandes de maquinaria agrícola, pero no impiden el acceso, así que he estado absorbida arrancando accesorios y baldosas húmedas y podridas. Creo que habrá que dejar completamente pelado el vehículo antes de poder determinar exactamente lo que se puede salvar. Los ratones se cuelan de alguna manera y, por el moho y la humedad acumulados, presiento que entra agua por algún lado.

No veo la hora de darle un buen lavado al exterior. Voy a tener que pasar mucho el cepillo para retirar las capas de mugre que se han juntado durante décadas, pero me muero de ganas de ver si el aluminio brilla una vez que esté limpio. Sin embargo, todavía no he pensado cómo voy a hacerlo para trepar al techo y lavarlo. «Vuela hasta arriba como un pajarito», me imagino que dice Anders burlándose de mí.

Al pensar en él, saco mi teléfono para ver si me ha contestado. Lo ha hecho.

«Mándame una foto».

«¡No! ¡Pareceré como una acosadora!», le respondo, sonriendo.

No me ha dicho cómo están su padre o Jonas, pero que no haya noticias es buena noticia, espero.

Le devuelvo mi atención a Bambi.

Todavía estoy vibrando por la emoción con solo pensar que estoy haciendo esto, que estoy renovando un Airstream antiguo. Scott habría matado a alguien para tener un Airstream, se volvería loco de alegría si estuviera aquí.

No siento la punzada de dolor que suele aparecer cuando pienso en él.

Debería decirle que me quedo en Indiana. Mamá ha accedido a ir a casa para regar las plantas y asegurarse de que todo esté bien, pero todavía no hemos acordado qué hacer con las cosas que compramos juntos. No me siento con derecho a ellas simplemente porque él me dejara. Le devolví el anillo de compromiso días después de que me dijera que se había enamorado de Nadine. Mi dedo anular lo extrañó

durante semanas, sintió su ausencia casi todo el tiempo.

Era hermoso, un solitario de diamantes tradicional, pero no era lo que yo hubiera elegido si él me hubiera preguntado, cosa que no hizo.

Quizás un día me den un anillo que me encante con toda mi alma. Y tal vez el hombre que me lo regale será tan perfecto para mí como yo para él. Eso espero.

Lo importante es que tengo esperanza.

***

Después de un rato, la familia termina de recoger melocotones, así que me dirijo de vuelta al granero.

—¿Dónde están las otras tres cestas? —le pregunto a la mujer cuando apoya dos sobre el mostrador.

—No lo sé —dice y se encoge de hombros—. En el huerto, en algún lado.

—¿Podrías traerlas de vuelta, por favor?

—Ya voy yo —se ofrece el hombre.

La mujer me mira mal mientras él sale corriendo del granero. Me gustaría darle el beneficio de la duda y pensar que está teniendo un mal día (no puede ser fácil con tres niños pequeños), pero no puedo evitar pensar que, si esta es Heather, me parece que Jonas tiene muy mal gusto. Puede conseguir algo mucho mejor que esto.

La imagen de él borracho y alegre, como estaba anoche, me levanta el ánimo. Me pregunto si es así normalmente, cuando la depresión no lo arrastra hacia abajo.

—¿Eres de por aquí? —le pregunto a Heather, mientras me pongo a pesar lo que han traído.

—Crecí aquí. Acabamos de mudarnos de vuelta.

—Ah, qué bien.

El hijo mayor empieza a jugar con los frascos del Bellini otra vez, así que ella se distrae de la conversación, y luego me distraigo yo con el sonido de una moto que se detiene en el aparcamiento…

Capítulo dieciséis

Anders entra en el granero después de que la familia se haya ido. He oído que cruzaba unas palabras con ellos afuera.

Parece sorprendido de verme de pie detrás del mostrador.

—¿Estás trabajando? ¿No se supone que estás de vacaciones?

—Es que ahora soy hija de un granjero —respondo con tono sarcástico, tratando de contener mi deleite al verlo de nuevo tan pronto.

—Ah, ya entiendo —dice divertido, y apoya una cesta vacía en el mostrador—. Papá me ha dicho que os diera las gracias por los melocotones.

Lleva puesta una camiseta blanca y pantalones cortos azul marino que le llegan un poquito más arriba de las rodillas. Tiene las piernas largas y bronceadas y debería, por favor, dejar de mirarlas, pero es la primera vez que lo veo sin vaqueros y es muy difícil.

—¿Cómo está? —le pregunto, apenas logro apartar la mirada.

—Bien. Los médicos dicen que podrían darle el alta el lunes.

—¡Genial!

—De todos modos, he pensado que sería mejor devolverte la cesta.

—Y jugar un poco al detective mientras lo haces… ¿Es Heather?

—Me temo que sí. Tan feliz de verme como yo a ella.

—¿No os lleváis bien?

—¿Te ha dado la impresión de que fuera alguien con quien llevarse bien?

—No puedo decir que sí —respondo con una sonrisa irónica, mientras doblo las manijas de la cesta de mimbre para sumarla a la pila, junto con las otras dos que por fin ha traído el marido de Heather. La quinta y última todavía está por ahí en alguna parte—.

Han dejado una de sus cestas en el huerto, junto con algunos melocotones a medio comer.

He visto a los niños devorándolos cuando me he vuelto a mirar.

—Probablemente debería ir a limpiar y a buscar la cesta perdida. —Un huerto rebosante de melocotones mordidos no queda muy bien y, como era de esperar, todos los que ha traído Heather a la tienda se veían impecables.

—¿Cómo está Jonas? —pregunto mientras salgo de detrás del mostrador.

—Con resaca.

—Ya me lo imagino. Pero ¿está bien aparte de eso?

—Sí, bastante bien —responde, encogiéndose de hombros, mientras paseamos juntos por el lateral del granero. Se frena en seco cuando ve a Bambi.

—No puede ser —exclama y mira con asombro—. Es el viejo Airstream de Bill y Eileen.

—¿Fueron los últimos dueños de este lugar?

—No, los dueños anteriores a los últimos. Siempre me he preguntado adónde habría ido a parar —dice, y pasa los dedos sobre el emblema—. Es original, ¿eh? Debe ser, ¿de qué año será…? ¿Principios de los sesenta?

—Sí, Airstream fabricó este modelo entre el 61 y el 63. Ahora hacen una versión moderna.

—No puedo creer que haya estado aquí todo este tiempo —dice con asombro, y lo frota con el pulgar y los dedos para quitar la tierra—. Qué desperdicio.

—Estaba bajo una lona. No está en muy buena forma, pero me entusiasma la idea de restaurarlo.

—¿Y luego qué? ¿Venderlo? —me lanza una mirada.

—No. ¡Quedármelo! Siempre he querido un Airstream.

—Yo también.

Le da la vuelta y acaricia con la mirada cada pulgada de la carrocería.

El defecto ámbar que tiene en el ojo llama aún más la atención a la luz del sol. Rara vez me cruza la mirada lo suficiente para que pueda

verlo bien.

—Estaba pensando en ti hace un rato —reconozco—. Quiero darle una buena limpieza y te imaginaba riéndote de mí mientras trataba de subir al techo.

—Como un pajarito —dice con una risita, adivinando a qué me refiero con ese comentario—. Tendríamos que llevarlo a mi propiedad. Tenemos una hidrolimpiadora de alta presión. Podría echarte una mano mañana, si quisieras.

—¿En serio? Sería increíble. El único problema es que los neumáticos están desinflados —le informo.

—Jonas puede pedir unos nuevos, si es que no los tiene en el taller.

—¿Taller?

—Trabaja en un taller mecánico en la ciudad.

—¿Además de trabajar como agricultor?

—Sí, no hay suficiente trabajo para que esté ocupado todo el tiempo, al menos con el tamaño de nuestra granja. Excepto durante la cosecha, claro. En ese momento sí hacen falta todas las manos. —Entonces hace un gesto con la cabeza en dirección a Bambi—. Esta cosa es muy pequeña, apuesto a que podríamos trasladarla en un tractor.

—¿Y Jonas querría ayudarnos?

—Seguro que sí, pero yo puedo traer el tractor. No es ninguna molestia.

—Sería fantástico, ¡gracias! Y algo que se preguntaban papá y Sheryl es si esta vieja maquinaria agrícola podría seros de alguna utilidad.

Camina alrededor del vehículo y examina las piezas con escepticismo.

—La verdad es que no, pero, si quieres deshacerte de esto, puedes dejarlo detrás del cobertizo.

—Ah, sí, un día que estaba dando un paseo vi que tenéis una verdadera chatarrería ahí atrás.

—¿Una chatarrería? ¡Es una pista de motocross!

Me hace reír el tono que pone de indignación burlona.

—¿Una qué?

—Un circuito para ir en moto y hacer saltos y acrobacias.

—Suena peligroso.

—Bueno, no es seguro —responde con una sonrisa—. Con Jonas la usábamos muy a menudo cuando éramos más jóvenes, pero ahora hace mucho que no lo hacemos. De hecho, he estado pensando en llevarlo allí y ver si se anima un poco.

—¿Es divertido?

—Muy divertido— dice con una sonrisa—. Te da una sensación de libertad muy grande y es algo que a Jonas le vendría muy bien en este momento.

—¿Siempre te han gustado las motos y los coches y esas cosas? —pregunto, conmovida por cómo protege a su hermano.

—Desde que tengo memoria.

—¿Siempre supiste lo que querías hacer?

—A ver… siempre me ha encantado ver carreras. Toda mi vida me han apasionado la IndyCar, la NASCAR y la Fórmula 1, pero me parece que nunca había imaginado que tendría la suerte de hacer de las carreras mi profesión —dice y se encoge de hombros—. Me iba muy bien en la escuela. Matemáticas y Física eran las asignaturas en las que me iba mejor. Y tenía un buen profesor de Física que me animó a pensar en grande: el señor Ryland, que era un fanático absoluto de los coches de carreras —dice con tono afectuoso—. ¿Y tú? ¿Cómo te metiste en la arquitectura?

Nos interrumpe papá, que aparece desde el lateral del granero.

—¡Hola! —Se pone muy contento al ver a Anders.

—Hola —responde Anders, mientras se acerca para darle la mano.

—¿Tenemos un cliente? —pregunto.

—No, me preguntaba si querías un café. ¿Anders? —pregunta papá con optimismo—. ¿Podemos tentarte?

Anders me mira antes de asentir con la cabeza a papá.

—Claro.

Qué bien que lo he hecho entrar en calor con algunas preguntas, porque el pobre no tiene idea de dónde se ha metido.

Capítulo diecisiete

—No puedo creer que estuvieras en la misma carrera —me dice Anders.

Acabamos de descubrir que los dos estuvimos en las 500 millas de Indianápolis durante el fin de semana en que Luis Castro obtuvo la primera de sus tres victorias consecutivas en el campeonato. Yo tenía solo unos dieciséis o diecisiete años, y esto fue mucho antes de que el piloto brasileño pasara a convertirse en cuádruple campeón del mundo de Fórmula 1.

A lo largo de los años, se me ha contagiado parte del entusiasmo de papá por las carreras, así que me resulta fascinante escuchar a Anders hablar del tema. En la última media hora, papá lo ha estado bombardeando con preguntas.

Ahora sé que hay dos pilotos en cada equipo y que Anders es el ingeniero de pista de uno de ellos. Su piloto, Ernie Williams, actualmente lidera el campeonato por unos pocos puntos. Anders no suele tomarse tiempo libre durante la temporada y mayo es un mes especialmente largo y agotador para él porque la Indy 500 se mete a presión en un calendario ya repleto de compromisos. Anders es uno de los últimos en abandonar la pista por la noche, y las carreras dobles de los fines de semana son las peores. Implica que muchas veces tiene que quedarse trabajando toda la noche para examinar datos en el ordenador y determinar los ajustes que deben aplicarse a la configuración del coche que participará en las siguientes carreras. En este momento debería estar a ocho horas de distancia, en Iowa, pues es uno de esos fines de semana de carreras dobles, y se siente culpable porque el ingeniero de pista suplente tiene que cubrirlo, pero volverá a Indianápolis para una carrera el próximo fin de semana, y estará en

Nashville el siguiente.

También me he enterado de que finalizó la carrera de Ingeniería en Deportes de Motor en la IUPUI y que comenzó haciendo prácticas en la Indy Lights, la categoría previa a la IndyCar, pero fue rápidamente ascendido y más tarde lo contrató uno de los mejores equipos de IndyCar.

Tengo la sensación de que ha escalado posiciones más rápido que la mayoría de sus colegas, y que es, con toda probabilidad, muy brillante.

Mi padre parece haber llegado a la misma conclusión, a juzgar por la forma en que está pendiente de cada palabra que dice. Yo misma me siento un poco deslumbrada, y será por eso por lo que estoy ahora de pie y llevando las tazas de café vacías a la cocina, y diciéndome que me tengo que calmar.

Oigo que Sheryl le pregunta algo a Anders y luego me doy la vuelta y veo que papá me ha seguido hasta la cocina.

—Dios —dice, moviendo la cabeza con asombro—. Qué tipo más interesante.

—Sí —digo y cometo el error de mirarlo y resulta evidente lo que pasa por su cabeza—. Ni lo pienses —murmuro, lo suficientemente bajo como para que Anders no pueda oírme desde su lugar en el sofá.

Se ríe en voz baja y levanta la mano abierta.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero no está nada mal para un romance de verano.

—¡Ayyyyyyy, papá, basta! —exclamo y las tazas hacen ruido cuando las meto en el fregadero—. No me interesa para nada…

Me quedo paralizada cuando oigo que alguien se aclara la garganta, me doy la vuelta y veo con horror que Anders está de pie en la puerta. Siento que me ruborizo en el acto y, a juzgar por su sonrisa tímida, está claro que ha escuchado nuestra conversación.

—Debería regresar ya —dice—. Pero gracias por la conversación.

—¡Por favor! El placer es todo nuestro. —Las palabras de papá le salen a borbotones de la boca mientras acompaña a Anders por el pasillo hasta la puerta principal—. Lo repetimos cuando quieras. Siento haber hecho tantas preguntas, pero me fascina lo que haces.

—Ha sido un placer —responde Anders, afable.

Estoy justo detrás de ellos, avergonzada.

—Te acompaño a buscar la moto —le digo a Anders, luego le dirijo a papá una mirada mordaz y le cierro la puerta en la cara.

Anders se ríe en voz baja mientras avanzamos por el camino hacia el aparcamiento que hay delante del granero.

—No pretendía sonar tan grosera. —Estoy mortificada pero desesperada por explicarle lo que ha oído—. Lo último que necesito es que mi padre se ponga a jugar al casamentero. Él sabe que mi cabeza no está en condiciones de encarar una relación, no después de que mi prometido me dejara por otra mujer, y… oh Dios, ¡no es que crea que tú estás interesado en mí! —digo atropelladamente, con las mejillas encendidas—. Estoy segura de que no es así.

Esto va de mal en peor, pero el hecho de que no muestre ninguna señal de estar ofendido dice mucho. No le gusto, me doy cuenta. Por eso no le importa si a mí me gusta o no.

—No, no estoy interesado en ti —confirma, y me dedica una sonrisa ladeada cuando nos acercamos a la moto.

No pensaba que estuviera interesado en mí, pero se me retuerce el estómago cuando escucho esa declaración, ante el hecho de que haya sentido que tenía que dejarlo bien claro.

Nos detenemos cada uno a un lado de la moto y apenas puedo mirarlo de tan humillada que me siento.

—Mi madre y yo tuvimos esta misma conversación después de la tormenta —confiesa, y levanto la mirada cuando percibo el tono en que lo dice. Ya no se está riendo—. Yo tampoco estoy en condiciones de empezar una relación.

Dudo antes de seguir.

—Casey me dijo que perdiste a tu esposa hace unos años, en un accidente de coche.

Suelta una larga exhalación.

—Fue hace cuatro años y cuatro meses, un accidente de *karting*.

Mi corazón se comprime.

—Lo siento mucho.

—Seré honesto contigo: estoy lejos de dejarla ir. Y me parece que tú

aún no has superado lo que sea que te hizo tu prometido —dice y luego hace una pausa, esperando mi confirmación, que le doy con un gesto de cabeza—. Pero si quieres un amigo…

—¿Incluso después de hacerte chocar con la moto? —le pregunto en voz baja, pues de algún modo encuentro la manera de bromear con él.

—Te perdono —susurra.

Cruzamos sonrisas, pero siento un vacío mientras lo veo subirse a la moto.

—Vendré con el tractor mañana. Te ayudaré a limpiar un poco tu precioso Airstream.

—Me encantaría. Gracias.

—Y todavía me falta saber cómo te metiste en la arquitectura.

—Ya te aburriré con eso en otro momento.

Se ríe, arranca el motor, y me saluda con la mano mientras gira hacia el camino de tierra.

Por mucho que lo intente el resto del día, no puedo dejar de repetir sus palabras dentro de mi cabeza: «Estoy lejos de dejarla ir».

Capítulo dieciocho

Anders se asegura de que yo esté disponible antes de aparecer a las cuatro de la tarde del día siguiente con Jonas en su polvoriento vehículo negro.

—Jonas los tenía en el taller —explica cuando mi cara se ilumina al ver los neumáticos en la caja de la camioneta—. Creo que son del tamaño correcto. He pensado que podíamos completar esta parte del trabajo y luego será superfácil remolcarlo hasta nuestra casa.

—Es increíble. Gracias —les digo a los dos mientras los sacan de la camioneta, tensando los músculos del brazo.

No he superado mi vergüenza de ayer, o la desconcertante sensación de decepción que me provocó el rechazo de Anders, pero hoy no está actuando raro, así que eso ayuda. Necesito pasar página.

—Un placer —responde Jonas, mientras se cuelga una gran bolsa negra del hombro y hace rodar uno de los neumáticos alrededor del granero. Anders hace rebotar el otro a través de la grava.

Como la caravana es de un solo eje, solo necesita dos neumáticos, aunque también tendré que reemplazar el de repuesto en algún momento.

—¿Habéis ido al hospital hoy?

—Fuimos hace un rato —responde Anders—. Papá está bien, pero ahora está durmiendo. Mamá quería quedarse con él.

—Me alegra saber que se está recuperando. ¿En qué puedo ayudaros? —pregunto, mientras Jonas saca un gato de la bolsa.

—Quédate ahí y regálanos tu belleza —dice.

—No hagas que «abra una lata de hostias en tu cabeza» —respondo entrecerrando los ojos.

Jonas lleva hacia atrás la cabeza y se ríe, con una carcajada grave y

profunda que le sale del estómago.

Cuando Anders se ríe, el sonido es más ligero. Lo siento en mi pecho, envolviendo mi corazón. Es imperioso que deje de pensar cosas como esta.

—Esa forma que tiene de decirlo, con ese acento inglés… —le dice a Anders una vez que se recuperan.

—No tiene precio —agrega Anders, y le brillan los ojos verdes.

Me pregunto por qué tardé en darme cuenta de que eran hermanos. Sí, Jonas es un poco más corpulento y musculoso, y los rasgos de Anders son más refinados, pero hay algo en su expresión que deja claro el parecido familiar.

—Os parecéis mucho cuando sonreís.

—Tú, en cambio, no te pareces en nada a tu hermana —observa Jonas.

—Bueno, solo somos medio hermanas —le recuerdo, pero duele oírlo decir eso.

Bailey y yo nos vemos diferentes. Ella es tan bonita y brillante y yo… soy inferior.

—Ahora en serio, ¿cómo puedo ayudar? —insisto.

—Es un trabajo para una sola persona —me asegura Anders, sonriendo.

—Sin embargo, los dos me honráis con vuestra presencia —respondo con dulzura— y estoy muy agradecida —añado rápidamente, tratando de parecer seria.

Yo compartía la camioneta con Scott y él se ocupaba de todo lo que era mantenimiento. Sé que debería haber sido más «¡Abajo el Patriarcado!» y aprender a hacer esas cosas, pero la verdad es que me parece *sexy* que un chico sepa todo lo que hay que hacer con un coche.

Mientras Anders lucha con una tuerca particularmente apretada, y los fuertes músculos de los brazos se tensan y flexionan, me recuerdo que solo quiere que seamos amigos.

Pero es un amigo muy *atractivo*. Y está bien si aprecio todos sus recursos, ¿verdad?

***

Ya son las siete cuando Jonas y Anders terminan de cambiar los neumáticos, de remolcar el Airstream hasta su granja y de ayudarme a cepillarlo y a lavarlo con la hidrolimpiadora. Los dos se han puesto manos a la obra y ha sido muy divertido, con un ping-pong de bromas que iban y venían. Mi ropa está húmeda y sucia y me duelen los brazos, pero siento mis entrañas tan efervescentes como la espuma que burbujea en el suelo polvoriento.

Hace poco leí algo acerca de la importancia de hacer cosas en la vida que te traigan alegría. Anders estaba en lo cierto cuando dijo que quería que Jonas volviera a la vieja pista de motocross. En lo personal, no he sentido mucha felicidad en mi vida últimamente, pero de pie aquí y mirando a Bambi, no me puedo borrar la sonrisa de la cara.

No brilla tanto como la mayoría de los Airstreams que he visto *online* (sin dudas el metal ha sufrido con los años) pero me gusta este acabado mate.

Peggy ha vuelto del hospital poco después de que yo llegara, con aspecto cansado pero gratamente sorprendida de vernos a los tres juntos, y me ha invitado a cenar. Ha insistido, en realidad. Yo no quería ser invasiva, sobre todo con todo lo que está pasando ahora, pero Anders me ha dedicado una mirada que dejaba claro que debía aceptar. Cuando ella se ha ido, me ha comentado que la ayudaría a distraerse.

Me siento demasiado sucia para sentarme a su mesa, pero el sol todavía calienta bastante, por lo que al menos mi vestido va a estar seco para cuando lleguemos a la casa.

—¿Cuándo vas a volver a Indy? —le pregunto a Anders mientras esperamos a que Jonas guarde la hidrolimpiadora

—El martes.

—¿Crees que volverás en algún momento del verano?

—Normalmente no lo haría, pero Jonas insiste en que me tome algún tiempo libre.

—Pensaba que era difícil tomarse un descanso durante la temporada de carreras.

—Lo es, pero veré qué puedo hacer.

Tengo la sensación de que movería montañas por su hermano. ¿Alguna vez estaremos tan unidas Bailey y yo? Seis años es una gran diferencia de edad, pero se nota menos ahora que somos mayores. Nunca pensé que tuviéramos suficiente en común para ser amigas además de hermanas, pero estos días no me ha intimidado tanto su personalidad extrovertida. Solía refugiarme dentro de mi caparazón cuando estaba con ella, pero ahora me siento más segura. Sin duda, todavía hay esperanza para nosotras.

Jonas vuelve a aparecer.

—Creo que nos merecemos una cerveza. ¿Quieres que remolque esto hasta tu casa antes?

Señala a Bambi con la cabeza.

—O podrías dejarlo en el taller toda la noche —sugiere Anders, haciendo un gesto hacia el primero de los dos grandes cobertizos, del que Jonas acaba de salir—. Podría traerlo de vuelta por la mañana.

—Eso sería genial. No hay prisa. De todos modos, mañana tengo trabajo.

—¿En qué estás trabajando? —me pregunta mientras caminamos hacia la granja.

—La ampliación de una escuela de primaria —respondo.

—Suena bien.

—La verdad es que no es muy emocionante.

—¿Por qué no?

—No incluye nada de diseño. Solo estoy haciendo una serie de dibujos técnicos, pero al menos puedo trabajar a distancia.

Hay un pequeño bosque a nuestra izquierda y entre los troncos se llega a ver una gran superficie de agua en la que reverbera el sol de la tarde.

—No sabía que teníais un lago —digo—. ¿Os bañáis mucho ahí?

—A veces —responde Jonas—. ¿Por qué? ¿Estás pensando en darte otro chapuzón accidental?

Le saco la lengua.

—La próxima vez, llevaré un traje de baño puesto.

—Deberías.

Yo estaba bromeando, pero creo que él habla en serio.

—Me voy a duchar. Dile a mamá que voy en un minuto —dice, yendo hacia el lago.

—¿Adónde va? —le pregunto a Anders confundida.

—A su casa —dice y señala una cabaña de troncos junto al agua.

—Ah, yo creía que vivía en la granja.

—¿Con mis padres? —resopla Anders—. No.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí la cabaña?

Por el tamaño, imagino que tiene un solo dormitorio.

—Unos quince años. La construyeron Jonas y papá con árboles del bosque.

—¿Y tú no los ayudaste?

Él niega con la cabeza.

—Yo estaba en la universidad.

—¿Jonas fue a la universidad?

—Sí, se formó en Agricultura. Pero siguió viviendo aquí, él solo iba a clase.

Anders me lleva al lado de la casa, abre una puerta de malla y la sostiene abierta para que yo pase. Entro y me encuentro en un lavadero. Hay una cama para perros de color gris tendida de lado en el suelo, cubierta con pelos de color arenoso.

—¿Tenéis un perro? —pregunto, mientras él cierra la puerta con un fuerte ruido metálico.

—Teníamos… Murió hace unas semanas.

—Oh, lo siento.

—Tenía catorce años, pero, sí, fue muy duro para Jonas. Iba a todas partes con él.

Qué mala época lleva Jonas, no es de extrañar que esté deprimido. De todos modos, hoy lo he visto bastante feliz, y el viernes por la noche también; aunque es cierto que había bebido bastante. Me pregunto si lo ayuda el hecho de que Anders esté aquí.

—Siempre he querido un perro —le digo, después de una pausa.

—Pensé que eras una amante de los gatos.

—*Nah*, solo te estaba tomando el pelo. Me gustan los gatos y los perros por igual.

Sonríe.

—¿Cómo llamarías a tu perro? —creo que ha recordado que el nombre de mi gata era por Zaha Hadid.

—Eames, creo.

—¿Por Charles o por Ray?

—Depende de si es niño o niña.

Se ríe y asiente. Me encanta que entienda mis referencias arquitectónicas.

—Sigue todo recto —me indica.

Salgo a la cocina en la parte trasera de la casa, donde Peggy está frente a una encimera, cortando judías. Se sobresalta al vernos.

—¡Anders! —lo regaña—. ¡Deberías haber entrado por la puerta principal! Esta no es manera de traer a un invitado a casa.

Él pone los ojos en banco y ella agarra un paño de cocina y se seca las manos. Tiene el pelo blanco recogido y atado con un moño.

—Voy a cambiarme de camisa —dice Anders, hablándole a su madre por encima del hombro mientras avanza por el pasillo—. Jonas estará aquí en un minuto.

Me quedo ahí parada, incómoda, y deseo poder ir a cambiarme o a tomar una ducha, como hace Anders.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunto a Peggy.

—No, ya he terminado aquí —responde, quitándose el delantal—. Espero que te guste el cordero.

—Sí. Huele fenomenal, pero me preocupa haberte dado demasiado trabajo.

Ella aleja mi preocupación con un gesto de la mano.

—Lo habría cocinado para los chicos de todos modos. ¿Qué te gustaría beber? Estaba pensando en abrir una botella de rosado.

—Eso suena genial. Lo siento, he venido con las manos vacías.

Va hasta el frigorífico, saca una botella y dice:

—Por cierto, me encantó la bebida de melocotón.

—¿El Bellini?

—Había olvidado cómo se llamaba, pero sí. Era delicioso.

—Te traeré más puré.

—¡No era una indirecta! Pero no diré que no si puedes traer un

poco.

—Claro que puedo —digo con una sonrisa mientras acepto la copa que me pasa y examino el entorno.

Las paredes de la cocina y el techo están completamente revestidas con madera de pino, el material del que también están hechas las alacenas y la encimera. Junto con las baldosas de terracota de un rojo anaranjado, el efecto general es un poco abrumador.

Veo una serie de grandes marcos de fotos que cuelgan en la pared del pasillo que me hacen girar la cabeza hacia ellas.

—¿Te importa si miro un poco?

—Adelante, cariño, siéntete como en tu casa.

Toda la planta baja (cada habitación que puedo ver, al menos, incluyendo la sala de estar contigua) exhibe el mismo revestimiento y el suelo está totalmente cubierto de baldosas, sobre las que se extienden alfombras con estampados oscuros colocadas a intervalos regulares.

Lo que daría por poner mis manos en este lugar y darle un poco de luz.

Remuevo el vino en mi copa por costumbre mientras examino las fotos de la familia. Los marcos son todos de forma ovalada y varían ligeramente en tamaño, pero cada uno está hecho de un material diferente, desde madera oscura pulida hasta metal chapado en oro.

En la cocina, Peggy desliza las judías cortadas hacia una sartén que está sobre el fuego, pero, una vez que termina, se me acerca.

—¿Quiénes son? —digo, mientras señalo con la cabeza a una pareja de aspecto melancólico en una fotografía en blanco y negro. Es muy vieja y muestra a un hombre de pie a la derecha de una mujer, que está sentada en un sillón de respaldo alto.

—Es el tatarabuelo de Patrik, Haller, y su esposa, Sigrid —explica Peggy, con su acento estadounidense con un dejo del medio oeste, pero pronuncia Haller como «Hah-ler» y suena escandinavo.

—¿Son los colonos originales? —pregunto con interés.

—Sí, lo son.

En otra fotografía en blanco y negro se ven un hombre y una mujer en la misma pose. Tengo que decir que es un poco espeluznante.

—Están sentados en la misma silla —me doy cuenta cuando la miro más de cerca.

—Sí —responde Peggy con una risita—. Ese es Henrik, el hijo de Haller, y su esposa Edna. —Se aleja un poco, siempre cerca de la pared—. Y aquí están Aan y Rose, y Erik con Mary.

Están todos fotografiados en la misma pose con la misma silla.

—Y aquí estamos nosotros —dice con tono alegre, mientras señala una foto de sí misma con su marido.

Es una fotografía en color, como las dos últimas, y no hay manera de ocultar el brillo en los ojos de Peggy, incluso cuando trata de mantenerse seria. Se ve muy joven, veintilargos, tal vez. Anders tiene los ojos verdes de la madre, me doy cuenta, y sus cejas pobladas.

—Todavía tenemos esa silla —dice mientras señala hacia la sala de estar y ahí, en un rincón, está el sillón rojo de respaldo alto.

—¡Me encanta! —digo con placer, y voy a echar un vistazo más de cerca.

La tela de la silla está descolorida y raída, pero el hecho de verla aquí me emociona.

Dirijo mi atención al resto de la habitación. Todas las superficies están cubiertas de adornos, antigüedades y marcos de fotos. Y cuanto más miro, más quiero borrar lo que dije antes acerca de meter mano en este interior. Hay más de ciento setenta años de historia en esta casa. Si dependiera de mí, tal vez la dejaría exactamente como está.

Por otra parte, una mano de pintura blanca haría maravillas.

Mi mirada va hacia una fotografía en un marco de plata y mi corazón pega un brinco cuando me doy cuenta de que es Anders el día de su boda.

—Esa es Laurie —dice Peggy, cuando ve lo que ha llamado mi atención.

Y ahora su esposa tiene un nombre.

—Anders me contó lo que pasó —le digo, en respuesta a su tono contenido.

Estudio la fotografía. Anders está devastadoramente guapo con un traje negro ajustado, camisa blanca y corbata negra delgada. Tiene el pelo más corto de lo que lo tiene ahora y mira a su esposa, Laurie, que

lo mira riendo. Ella lleva el pelo rubio recogido con aspecto despeinado con florecitas blancas entremezcladas. El vestido es de encaje blanco y sin mangas. Es absolutamente hermosa.

—Una de las peores cosas que le ha pasado a nuestra familia —murmura Peggy con la voz tensa por el dolor.

¿Una de cuántas? Ella debe leer mi mente, porque de repente parece avergonzada.

—¿Cómo está Patrik?

—Oh, está bien —responde minimizando el tema, y me hace pensar que no coloca el ataque cardíaco al mismo nivel de las otras tragedias que ha soportado esta familia.

De hecho, parece mucho más relajada y a gusto de lo que estaba en el refugio el día de la tormenta, más en línea con la descripción que hizo papá de una «señora muy agradable». Debe estar muy aliviada al saber que su marido va a estar bien.

—Creo que está disfrutando el descanso —añade con tono conspirativo sobre Patrik—. Son las mejores vacaciones que ha tenido en años.

—¿Y de quién es la culpa? —pregunta Anders en voz alta mientras baja las escaleras.

—Sí, sí, lo sé. Estoy trabajando en ello —le responde su madre.

Lanza una mirada al techo y me sonríe antes de regresar a la cocina.

Anders se ha cambiado y se ha puesto una camiseta negra. Tiene el pelo mojado y algunas hebras rubias muy oscuras caen sobre sus ojos verdes. Diminutas gotas de agua se aferran a los extremos y las miro con fijeza. Me sobresalto cuando él se pasa la mano por esos bucles caprichosos y los pone en su lugar.

—Te has duchado —susurro acusadoramente—. Siento que necesito lavarme.

—Estás bien —responde frunciendo el ceño, señalando con la cabeza hacia la cocina.

Huele a gel de ducha de cítricos, o quizás es el champú.

Una puerta se abre de golpe y vemos a Jonas, que entra caminando a la casa desde el lavadero.

—¿Dónde está mi cerveza? —exige saber.

—Está llegando. —Anders responde con tono de burla mientras se dirige al frigorífico. Primero saca el rosado y llena mi copa, luego la de su madre y, finalmente, saca un par de botellas de cerveza para Jonas y para él.

—Salud —dice Jonas con una sonrisa, lo que provoca que los cuatro levantemos nuestras bebidas y las choquemos.

Estamos comiendo en el comedor frente a una mesa de caoba de forma ovalada con manteles individuales blancos de aspecto antiguo. Jonas está en una cabecera y Peggy en la otra. Anders y yo estamos en el centro, uno frente al otro.

El vapor se eleva desde las bandejas que Peggy y Anders han puesto sobre la mesa: una pata de cordero deshuesada, reluciente con jugos suculentos, patatas asadas crujientes y doradas y judías con mantequilla y pimienta. Jonas ha traído un cuchillo y me imagino que todo el mundo está esperando que él corte la carne antes de servir las verduras, pero en lugar de cumplir la tarea, deja el cuchillo y me muestra la mano con la palma hacia arriba. Tardo un segundo darme cuenta de que Peggy está haciendo lo mismo a mi izquierda.

¡Oh, mierda, van a bendecir la mesa!

Nunca he estado en una mesa donde la gente bendiga la mesa y me siento completamente fuera de lugar. Pero mientras estoy allí sentada, sosteniendo la mano suave de Peggy y la de Jonas, callosa, y escuchando cómo el suave acento estadounidense de Peggy llena la habitación mientras da las gracias por nuestra buena salud, por la de Patrik, por mi presencia en su mesa, a algunas personas llamadas Ted y Kristie que les regalaron a Ramsay, así como por el propio Ramsay —y no me quiero imaginar lo que eso significa—, un extraño gozo llena mis entrañas.

No soy religiosa, pero hay algo bueno y reconfortante en esta cadena de manos que hemos formado, una sensación de unidad.

Peggy termina de hablar y nos soltamos las manos. Levanto la cabeza y veo a Anders mirándome a través de la mesa con una pequeña sonrisa en los labios.

Y a pesar de todo lo que nos dijimos ayer, experimento una punzada de tristeza porque no era suya la mano que he estado sosteniendo.

Capítulo diecinueve

Después de la cena, Anders me acompaña a casa.

—Es la primera vez que bendices la mesa, ¿eh? —me dice, con una mirada divertida y se le dibuja una inclinación en los labios.

—¿Soy tan fácil de leer?

—No especialmente.

Estamos un poco borrachos y la conversación es relajada y fácil.

—¿Quiénes son Ted y Kristie? —le pregunto, mientras nos detenemos a mirar el cielo. Está abarrotado de rayas de neón, como si un niño gigante lo hubiera atacado con marcadores fluorescentes violetas, rosas, azules y anaranjados.

—Amigos granjeros de mis padres —responde Anders.

—¿Y quién narices es Ramsay? —me atrevo a preguntar.

—Quién *era* Ramsay —me corrige, y me dirige una mirada intensa. La mancha ámbar que tiene en el ojo se ve más oscura en esta luz, y su iris es de un verde nublado—. Creo que ya lo sabes.

—Ay, no —me lamento, y me froto la cara con la mano mientras sigo caminando—. Nunca había probado comida que tuviera un nombre.

Su risa tenue me entibia la piel y me invade una sensación de blandura por dentro. Debería darme vergüenza que me haya convertido en el equivalente humano de un malvavisco asado, pero me gusta mucho este sentimiento.

—Pues es el mejor tipo de comida —dice, alcanzándome—. Si alguien quiere a un animal lo suficiente como para ponerle un nombre, es seguro que lo cuidó bien mientras estaba vivo. Ramsay tuvo una buena vida en la granja antes de llegar a tu plato, que es más de lo que se puede decir de cualquier cosa que compres en el

supermercado.

—Supongo que tienes razón.

—Sé que tengo razón.

Llegamos a mi puerta y Anders se vuelve hacia mí bajo las luces del porche. Su mirada se dirige a mi frente.

—Tienes un poco de tierra.

Levanta la mano como para quitarla y luego cambia de opinión y deja caer el brazo, pero todavía puedo sentir el zumbido de su «casi» roce.

—¿Dónde?

Mis dedos aterrizan en algo arenoso casi al mismo tiempo.

—¡Anders! —lo reprendo—. ¿Por qué no me lo has dicho antes? He estado allí sentada todo ese tiempo junto a tu madre con barro en la cara.

—Ella no lo habrá notado. Es la esposa de un granjero, ya ni siquiera ve la tierra.

—¿Se ha ido? —pregunto.

Él escanea mi frente y luego busca en el resto de mi cara, haciendo que mi sangre zumbe con electricidad cuando sus ojos se encuentran con los míos. Hace un pequeño gesto con la cabeza. Maldita sea, me gusta.

—Te veo mañana —dice de repente.

—¡Sí! Gracias de nuevo por tu ayuda con Bambi —le digo mientras se aleja.

—Ha sido un placer.

No vuelve a mirarme. Se da la vuelta y baja corriendo los escalones. No vuelve a mirar atrás; lo sé porque lo observo y espero hasta que ya está fuera de la vista.

***

Anders todavía está muy presente en mi cabeza al día siguiente. Estoy sentada frente a mi nuevo escritorio, en mi habitación, tratando de avanzar con el trabajo.

Mi jefe, Graham, me ha enviado los detalles de los dibujos que

tengo que hacer para la ampliación de la escuela de primaria y mientras los examino me doy cuenta de que el ingeniero de servicios debe haber pedido más espacio alrededor de la bomba de calor en la sala de máquinas porque mi predecesor, Raj, ha sacrificado un armario de servicio para hacer el lugar más grande.

Participé en la etapa inicial, cuando entrevistamos al personal para obtener su opinión, y el empleado de limpieza, Jerry, un tipo de cuarenta y tantos años con flequillo, pelo largo y mal aliento, estuvo parloteando durante casi una hora. Si no consigue su armario para escobas, se va a enfadar.

Trabajo para reconfigurar el diseño interno, sabiendo que, si robo espacio a las aulas, el profesorado y la dirección tampoco van a estar contentos. Es un acto de equilibrismo, pero lo resuelvo robando unos palmos de aquí y de allá.

Me encanta mi oficina temporal. He ido con papá a la ciudad esta mañana y no lo podía creer cuando hemos encontrado este escritorio en una pequeña tienda de muebles. Hemos entrado al lugar por un impulso (en realidad íbamos de camino a Walmart) y es simple pero elegante, con las patas con forma de horquilla de metal verde musgo y el tablero de abedul. Es lo suficientemente pequeño para encajar a la perfección bajo una de las ventanas empotradas, pero lo suficientemente grande para poner una lámpara de escritorio, mi ordenador y una bandeja.

Por suerte, nunca viajo a ningún lado sin mi MacBook Pro. De lo contrario, este plan de trabajo remoto no habría salido tan bien.

Y menciono la bandeja porque Sheryl acaba de traerme una con un café y una magdalena de melocotón, vainilla y almendras recién horneada y hay suficiente espacio para ella en la mesa.

Reviso mis correos y encuentro uno largo de mamá y otro de Sabrina, una amiga que se va a casar en octubre. Me envía a mí y a otras amigas sus planes para el fin de semana que se tomará a modo de despedida de soltera.

Sabrina y su prometido, Lance, son los únicos amigos mutuos que tenemos Scott y yo, y me he sentido un poco en el limbo con ellos desde que Scott rompió nuestro compromiso. Pero, hasta ahora,

Sabrina parece estar de mi lado y Lance, del de Scott.

No sé cuánto tiempo pueden durar las cosas así. Ellos no podrán excluir a Nadine para siempre si ella y Scott siguen siendo pareja. Y supongo que no le dirán a Scott que no puede llevarla a la boda. Puede que me sienta un poco mejor respecto a la ruptura, pero todavía no puedo imaginar ir sola y verlos a ellos dos juntos.

Hago clic en un correo de mi colega Freddie y descubro que se siente culpable por haberse hecho cargo de la reforma de Lucinda Beale. Quiere saber si me parece bien la decisión y le aseguro que sí. Puede que me molestara al principio, pero ahora, mientras miro las suaves ondulaciones del campo verde que se extiende hasta el horizonte y el cielo azul brumoso salpicado de nubes blancas regordetas, apenas puedo creer lo afortunada que soy.

A veces, pienso mientras engullo la magdalena, la vida te da cosas tan dulces como un melocotón.

***

Anders iba a traer a Bambi hoy, pero como la mañana sigue su curso y no sé nada de él, mis nervios empiezan a crisparse un poco.

Me siento atraída por él. Más de lo que puedo admitir. Y, después de la forma en que me miró anoche, no estoy del todo segura de que el sentimiento no sea un poco recíproco después de todo. Entonces, ¿por qué no se ha puesto en contacto conmigo como dijo que haría? Hago de tripas corazón y le escribo un mensaje.

«¿Sigue en pie lo de traerme a Bambi esta tarde?».

Responde en menos de un minuto.

«No. Ahora es nuestra».

«¡Ladrón!», le respondo, riendo.

«Jonas la llevará en una hora. Papá está en casa. Vuelvo a Indy en breve».

Mi estómago toca fondo.

«¿Hoy?». Pensaba que había dicho mañana.

«Sí». Eso es todo lo que dice, nada más, sin puntuación, nada.

Lucho contra las ganas de preguntarle cuándo va a volver y si es

que va a volver.

«Conduce con cuidado», es lo único que me sale.

No me responde.

***

Me lleva una semana dejar de sentirme apagada cuando pienso en él. Al principio, estoy furiosa conmigo misma por desarrollar un enamoramiento por alguien que fue tan lejos como para decirme que no estaba interesado en mí. Cómo terminé ilusionándome pensando que podría haber cambiado de opinión es algo que no comprendo.

Al menos ya no vuelvo a pensar en Scott. Paso los días trabajando sola en mi escritorio, las noches con papá y Sheryl, o Bailey y Casey, o a veces una combinación de los cuatro, y, cada vez que tengo tiempo libre, sigo con la restauración del Airstream.

Con el tiempo, mi melancolía se disuelve y vuelvo a sentirme afortunada por poder quedarme en Indiana durante el verano.

***

Es sábado, bien entrada la tarde. Estamos a finales de la primera semana de agosto y, mientras nos turnábamos para atender a los clientes, he estado ayudando a Sheryl en la cocina. O, mejor dicho, en esta ocasión, ella me ha estado ayudando a mí.

Después de cosechar una cantidad importante de ruibarbo e inspirada por los Bellinis, busqué en Google recetas de cócteles y encontré una que lleva jarabe de ruibarbo. Sheryl y yo hemos estado esterilizando frascos, lavando y cortando ruibarbos de dos palmos de largo e hirviéndolos en agua con azúcar, y nuestros esfuerzos han producido varias docenas de frascos de un jarabe rosa brillante que refulge bajo las luces de la cocina.

Papá, mientras tanto, ha estado viendo la carrera IndyCar en Nashville. Me ha llamado antes porque ha visto a Anders en la televisión y estaba exultante.

La cámara se ha apartado antes de que yo llegara, pero lo ha rebobinado para mí y, tengo que admitir que mi corazón ha dado un vuelco al verlo sentado en el puesto de cronometraje en la pista de boxes con unos auriculares negros y la cara muy seria.

Pensaba que habíamos acordado ser amigos, pero han pasado casi dos semanas sin que hayamos intercambiado una palabra. Y me recuerdo a mí misma que yo tampoco le he escrito.

Me he dado cuenta de que es algo que suelo hacer: emito juicios sobre la gente, doy por sentado que están pensando algo y a menudo me equivoco. Como ese malentendido que tuve con Bailey acera de los lugares en la mesa del comedor. Ella y Casey han venido a cenar varias veces en la última quincena. En la primera ocasión, ella hizo hincapié en que yo me sentara al lado de papá y me sentí un poco tonta, la verdad, como si hubiera exagerado y me hubiera comportado como una chiquilina. Pero ella insistió y, cuando superé mi malestar inicial, valoré que le importara. Me ayudó. Me sentí más como parte de la familia, y ni una sola vez me sentí excluida.

—¡Ahí está otra vez! —grita papá desde la sala—. ¡Wren!

—Ya voy —le respondo.

Ya está rebobinando y deteniéndose y, por impulso, saco el teléfono y tomo una foto de la pantalla del televisor.

Se la mando a Anders con el mensaje: «¡Mira! ¡Mi amigo sale por la tele!».

La carrera ya ha terminado en tiempo real. Papá ha tenido que poner pausa un par de veces para atender a clientes, pero, por lo que nos dijo Anders sobre los días de carrera, es posible que todavía esté en la pista. Dudo que me responda pronto. De hecho, no estoy segura de que vaya a obtener respuesta alguna…

Bailey viene después del trabajo y, cuando llega, preparo unos cócteles: una parte de jarabe de ruibarbo, una parte de vodka de vainilla y dos partes de limonada. Los tomamos afuera, en el porche, y papá y Sheryl nos dejan solas. Tienen un balancín de madera blanca y es mi lugar favorito, donde me gusta sentarme temprano por la mañana o en las noches más frescas, cuando puedo ver las últimas luciérnagas de la temporada bailando sobre la soja. Las plantas me

llegan hasta la cintura ahora y en ellas crecen pequeñas vainas verdes.

A veces, Jonas pasa en su tractor o el Gator u algún otro vehículo agrícola. Ayer lo vi rociando los campos con unos brazos mecánicos gigantes que se extendían a cada lado del tractor. Cuando esta mañana nos ha sobrevolado un aparato que fumigaba el maíz, lo he observado desde la ventana de mi dormitorio y lo he imaginado también allí arriba en la avioneta blanca. Dudo que estuviera allí, en realidad, pero me ha entretenido pensar en él zumbando por todos lados, tachando un montón de tareas de su lista. No puedo creer que también trabaje en un taller mecánico de la ciudad…

Me doy cuenta de que echo de menos a Jonas, y no solo a su hermano. Me gustó pasar tiempo con ambos cuando me ayudaron con Bambi y me apena que nuestros caminos no se hayan cruzado de nuevo.

Jonas todavía no me ha dado la factura por los neumáticos de Bambi, así que se me ocurre que podría pasar por su trabajo para saldar las cuentas y preguntarle si podría reemplazar el neumático de repuesto también, pero entonces pienso que tal vez quiere hacer la operación en negro… Quizás podría ir a la granja mañana para pagarle y ver cómo está.

Hoy ha cedido un poco el calor agobiante. Ayer la temperatura llegó a más de noventa grados, pero hoy está solo en ochenta. Llevo un mes en Indiana y ya he empezado a hablar en grados Fahrenheit, pero eso serían veintiséis en lugar de treinta y cinco grados centígrados. Miro de reojo a Bailey, que le da sorbos a su bebida.

—¿Vamos a dar un paseo? —le pregunto, llevada por un impulso.

Podríamos ir hasta la granja Fredrickson, pero desestimo la idea tan pronto como se me ocurre. Bailey no ha vuelto a mencionar a Jonas desde nuestra noche de borrachera en el Dirk’s y me pregunto si está tratando de sacárselo de la cabeza. Si es así, no quiero debilitar su resolución.

—¿En serio? —Bailey no está muy convencida, pero es una noche hermosa.

—¿Has visto el huerto de calabazas últimamente?

—¿El huerto de calabazas? —dice, y hace una mueca—. No.

—Vamos —insisto—. Las vides comenzaron a florecer hace unos días.

Salimos, avanzamos por el camino y pasamos por el granero negro en dirección al campo que linda con el maizal de los Fredrickson, el que fue golpeado por el granizo. El huerto de calabazas se extiende ante nosotras y las flores parecen estrellas de mar amarillas en un mar verde.

—Esto es genial —comenta Bailey entusiasmada.

Impasible ante la vista, se refiere al cóctel.

Tomo un sorbo.

—¿Casey no quería salir esta noche?

—*Nah*, Brett está en casa.

—Se llevan bien, ¿no?

—Demasiado bien. No me lo puedo sacar de encima.

—¿Quieres sacártelo de encima? —No sé muy bien si es diversión o fastidio lo que detecto en su tono seco.

—No, está bien. Aún no se ha aprovechado de nuestra hospitalidad. Lo sabrá cuando lo haga. —Sonríe, pero me pregunto si no es una fanfarronada.

No lleva mucho tiempo casada con Casey y, a diferencia de él, es nueva en la ciudad.

¿Casey le estará dando a su esposa el tiempo y atención que necesita? ¿Está haciendo lo suficiente para que ella se sienta bien aquí? Todavía no me siento cómoda haciéndole estas preguntas, porque presiento que se reiría de mi preocupación.

Al menos tiene a papá y a Sheryl cerca, así que no está completamente sola.

Y me tiene a mí también, por un tiempo al menos.

Un vehículo toma nuestro camino y, con un sobresalto, me doy cuenta de que Jonas está al volante. Cuando nos ve, clava los frenos y una nube de polvo blanco envuelve el camión negro, así como a mi hermana y a mí. Estamos riendo y tosiendo cuando baja la ventanilla. Parece que el destino ha intervenido y nos lo ha enviado. Si eso es algo bueno o malo, todavía está por saber.

—Señoras —dice con una sonrisa, y sus ojos me esquivan y van

directo a Bailey.

—¡Ey! —exclama mi hermana—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Dónde has estado? —le pregunto.

—En la Feria Estatal de Indiana. ¿Qué es eso? —pregunta, apuntando con un gesto de cabeza hacia nuestras bebidas rosadas.

—Pruébalo. —Bailey le pasa su vaso por la ventanilla.

Toma un sorbo y hace mueca.

—Caramba, qué dulce.

Se lo devuelve.

—¡Oh! ¿Puedes esperar un segundo? —le pregunto—. A tu madre le encantaría este cóctel. ¿Le llevarías un poco de jarabe de ruibarbo de mi parte?

—Ya se ha ido. Lo siento.

—¿Adónde? —le pregunto con sorpresa.

—A Wisconsin, a casa de la hermana de mi padre. Ella y papá van a pasar un tiempo con ella. Se han ido esta mañana.

—¡Oh, qué bien!

—Sí, unas vacaciones muy esperadas —parece contento—. Anders vuelve mañana. Chicas, deberíais venir y tiramos algo a la parrilla.

—¡Oh, qué bien! —responde Bailey.

Deduzco que con «tirar algo a la parrilla» se refiere a hacer una barbacoa, pero lo más importante: ¿Anders va a venir? ¿Cuánto tiempo se quedará?

No debería importarme. Sé que no debería importarme. Pero, mierda, me importa.

—¿A qué hora? —pregunta Bailey—. ¿Y qué llevamos?

—¿A las cuatro? Y nada… a vosotras.

Tan pronto como se ha alejado, me quiero morir porque he olvidado preguntarle sobre los neumáticos del Airstream. No importa, mañana le pago.

Cuando miro la cara de Bailey, veo que brilla.

¿Es feliz con Casey?

¿Se siente atraída por Jonas?

Espero que pronto me sienta lo suficientemente cómoda para

preguntárselo.

***

Para mi alivio, Anders responde a mi mensaje más tarde esa misma noche. Me envía solo un emoji de risa, pero es mejor que nada. Me he tomado cuatro cócteles de ruibarbo (nos hemos sentado en el porche hasta que han salido las estrellas) y tal vez, si estuviera sobria, dejaría nuestro intercambio ahí. Pero no lo estoy, por lo que escribo otro mensaje.

«He visto a Jonas hace un rato. ¡Habéis conseguido que vuestros padres se vayan de vacaciones!».

Espero un minuto y luego voy al baño a cepillarme los dientes. Cuando vuelvo a mi habitación, veo que ha respondido.

«*Sip*. Todavía no me lo puedo creer».

«Jonas nos ha invitado a Bailey y a mí a una barbacoa mañana. Espero que te parezca bien».

«Será un placer verte».

Con esfuerzo me privo de responder, pero ese maldito mensaje me mantiene despierta la mitad de la noche.

Capítulo veinte

Bailey llega cuando estoy terminando de prepararme.

—Estás muy guapa —dice, y me abraza con un solo brazo.

—Tú también.

Lleva puesta su falda vaquera y un top blanco de encaje con volantes.

—Esta es sin dudas la prenda más veraniega que tengo —digo de mi mono negro de Reiss—. Realmente necesito ir de compras.

—¿Y dónde vas a ir? —pregunta.

—No sé… ¿A Indianápolis? ¿A Bloomington?

—¡Voy contigo! —responde con entusiasmo—. Podríamos convertirlo en una escapada de fin de semana.

—Sería divertido. ¿Podrías tomarte unos días libres?

Al recordar su trabajo, su estado de ánimo cae en picado.

—En realidad es muy difícil. Tenemos una boda tras otra este agosto.

—¿No te gusta organizar bodas? —pregunto con preocupación.

—Sí, pero todos los eventos que organizo tienen lugar en el club de golf, así que resulta un poco repetitivo. Mi trabajo era mucho más variado cuando estaba en la agencia.

—¿Y no hay agencias de planificación de eventos por aquí?

Me dedica una sonrisa irónica.

—¿Tú qué crees? El club de golf es literalmente el único lugar donde la gente celebra grandes eventos. Las fiestas de cumpleaños, las fiestas de jubilación, los velatorios… ¡Todo en el club de golf! La gente de esta ciudad carece seriamente de imaginación.

—¿Y no podríamos ir de compras entre semana? —le digo, volviendo al tema de nuestra salida—. No importa cuándo dedique

horas al trabajo mientras lo haga.

—¡Entre semana sería genial! ¿Qué te parece este jueves? Si vamos a Bloomington, podría preguntarle a mi amiga Tyler si podemos alojarnos en su casa.

—¡Hagámoslo!

Es otro día caluroso, pero no hay mucha humedad, por lo que no es tan insoportable como la última semana. He estado esperando una tormenta, una que envíe rayos que atraviesen el cielo y lluvia que caiga con furia, pero no sé si ese tipo de clima dañaría los cultivos de Fredrickson, así que no lo deseo con mucha intensidad.

—¿Cómo te sientes respecto a Scott? —pregunta Bailey mientras nos dirigimos por el camino hacia la granja.

—Mejor —le respondo.

Le envié un mensaje la semana pasada para hacerle saber que me quedaba en Indiana.

«¡Es genial!», respondió, lo que, por alguna razón, me irritó muchísimo. «¿Necesitas que vaya a casa? ¿Qué pague alguna factura? ¿Qué riegue las plantas?».

«No, mamá se ocupa de ello».

«Perfecto. Avísame si quieres que me encargue de algo más».

Su entusiasmo me pareció condescendiente, pero cuando se lo dije a Bailey anoche, me convenció de que no lo era.

—Tenéis una historia en común, y tampoco es que os odiarais antes de separaros. Apuesto a que te echa de menos. Es más, estoy segura de que le encantaría que quedarais como amigos.

—Ni en sueños —murmuré.

En ese momento solo habíamos tomado dos copas, pero a medida que avanzaba la noche y las palabras de Bailey corrían por mi cabeza, empecé a pensar en lo mucho que le gustaría oír hablar de la restauración del Airstream.

Cuando le confesé a Bailey que estaba evaluando esa posibilidad, me sugirió que le enviara una foto de Bambi, para iniciar un diálogo más ameno.

No sé si alguna vez podremos ser amigos, ¿pero quizá podríamos llevarnos bien el uno con el otro? Todavía me lo estoy pensando.

El granero rojo se asoma en la distancia y luego el maizal a nuestra derecha se termina de golpe y deja ver la casa, alejada del camino. Se me pone la piel de gallina cuando veo el BMW de Anders aparcado en la entrada. Odio que me afecte tanto verlo de nuevo.

Cuando me caigo, tiendo a caerme fuerte, y lo último que necesito en este momento es tener sentimientos no correspondidos por un hombre que todavía sufre la pérdida de su esposa. Me doy una charla interna mientras avanzamos hacia la puerta principal y llamamos.

Nadie responde.

Llamo más fuerte.

Nada.

—¿Eso es música? —pregunta Bailey mientras saco el teléfono.

Inclino la cabeza y presto atención. Suena como Sam Fender.

Bailey retrocede por los escalones y gira a la derecha con la intención de rodear la casa. Verifico si tengo mensajes mientras la sigo y, efectivamente, hay uno de Anders.

«Estamos en la cabaña».

Sonrío y guardo el teléfono. ¡Vamos a conocer la casa del lago!

El camino de entrada se detiene frente a una superficie de césped descuidado. Hacia la derecha está el refugio contra tormentas, medio escondido por un lecho de rosas estratégicamente ubicado. La música suena cada vez más fuerte mientras cruzamos la hierba y nos acercamos al bosque. Debajo de nuestros pies, crujen ramitas y la luz del sol se derrama en motas a través de la cubierta de los árboles frondosos. Vemos brillar el lago entre los troncos altos y delgados, y a medida que nos acercamos más, sentimos el olor a humo de una barbacoa que nos trae una brisa ligera.

Jonas y Anders están sentados en tumbonas en un embarcadero sobre el agua y se ven muy relajados con sus botellas de cerveza en la mano y las piernas estiradas frente a ellos. Anders mira por encima de su hombro y nos ve y, cuando sus ojos se enganchan con los míos, mi corazón traicionero da un vuelco.

—¡Hola! —exclama Bailey.

—¡Ey! —responde Jonas, y él y Anders se ponen de pie.

Jonas se acerca a mitad de camino para saludarnos. Parece feliz,

satisfecho, y no sé si es la cerveza o el hecho de que tiene a su hermano en casa de nuevo, o si no es más que una actuación que ejecuta ante extraños, como Anders dijo una vez, pero es muy bueno verlo de buen humor.

Le da un abrazo a Bailey, seguido de uno para mí, y luego me lanza un brazo alrededor de los hombros y caminamos hacia Anders.

—Hola —le digo a Anders cuando Jonas me suelta—. ¿Te las has arreglado para tomarte un par de días libres, entonces?

—Sí —responde, cruzando los brazos sobre el pecho.

No hace ningún movimiento para abrazarnos y me doy cuenta de que no le gusta el contacto físico, al revés que a su hermano. De repente me pregunto si no será un poco como Sheryl, que protege su espacio personal. O quizás solo me está dejando claro que no está interesado en mí.

—Su jefe ha aceptado ser flexible el resto de la temporada —interrumpe Jonas, dándole una palmada a su hermano en la espalda.

—¡Qué bien! —exclamo, tratando de ignorar mi último pensamiento perturbador.

—Llevaba más de tres años sin unas vacaciones —dice Jonas con indiferencia—. Creo que es lo mínimo que podía hacer su equipo.

—¿No has hecho vacaciones en tres años? —le pregunto a Anders con alarma, decidida a que no me desmoralicen las paredes que parece haber erigido desde la última vez que lo vi—. ¿Por qué?

Duda y luego frunce el ceño a su hermano.

—Porque es un adicto al trabajo —responde Jonas por él.

Anders se encoge de hombros y la mancha ámbar de su ojo brilla bajo la luz del sol.

—Bueno, pues me alegro de que te tomes un descanso. Hemos traído cerveza y vino.

Le paso la bolsa térmica y desearía que este hombre inalcanzable no me resultara tan malditamente atractivo. Jonas me la quita de las manos.

—¿Qué queréis tomar?

—Vino, por favor.

Mira a Bailey.

—Lo mismo.

Se dirige a la cabaña.

—Tomad asiento —dice Anders, y señala con la cabeza hacia las tumbonas—. Voy a ver cómo van las costillas.

—Oooh, ¿eso es lo que vamos a comer? —dice Bailey.

—Sí. Deberían estar listas pronto. Jonas lleva rato ahumándolas.

Jonas vuelve a salir y ve a Anders cerca de la parrilla de carbón.

—¡Eh, tú! ¡Aléjate de ahí! —le grita—. Lleva esto a las chicas.

Anders vuelve donde estamos nosotras y pone los ojos en blanco.

—Tu hermano es un poco posesivo, ¿no? —le digo mientras me pasa una copa de vino.

—Sí. He tenido suerte de que no me clavara el termómetro para carne.

—¿Cómo?

Estalla en una carcajada, lo que nos hace reír a Bailey y a mí también, y luego viene Jonas y exige saber qué es tan gracioso.

La tensión ya se ha disipado para cuando todos nos calmamos.

—¿Eres gótica? —me pregunta Jonas, mientras comemos la deliciosa comida que ha preparado.

Ha servido las costillas de barbacoa ahumadas con mazorcas de maíz a la parrilla, ensalada de col casera y patatas asadas envueltas en papel de aluminio.

Hago una mueca y me miro el mono negro.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—¿Emo, entonces? ¿O es lo mismo? Solo te he visto con prendas negras.

—No, no es lo mismo. Emo viene de *emotional hardcore*, que es un tipo de música *punk rock* de la década de los noventa. Y gótico se asocia con el *rock* gótico, un género que surgió en los setenta.

—Intuyo que te han hecho esa pregunta antes —dice Anders divertido mientras coge su mazorca de maíz.

Sonrío más que aliviada al notar que se siente relajado otra vez en mi compañía.

—Sí, ya me lo habían preguntado. Y no, no soy gótica ni emo. Soy arquitecta y siempre vestimos de negro.

Anders casi se ahoga de la risa y me asusta lo ligero y nervioso que se vuelve mi corazón de repente.

Lo de «los arquitectos visten de negro» es una generalización extrema, pero se aplicaba a más de la mitad de mis colegas en mi estudio de Londres.

—No más negro después del jueves —me dice Bailey con tono cómplice.

—Nunca he dicho que no compraría nada negro —le respondo.

—¿Qué pasa el jueves? —nos pregunta Jonas.

—Vamos de compras a Bloomington —le dice Bailey.

—¡Vaya! ¡Pues vamos a estar todos en Bloomington el jueves! —dice Jonas.

—¿En serio? ¿Y eso? —le pregunto.

—Cosas de trabajo. Podemos ir juntos, si queréis.

—¿Pasaréis la noche allí? —pregunta Bailey.

—No, vamos y volvemos el mismo día.

—Ah, nosotras esperamos quedarnos con una amiga y salir el jueves por la noche.

—Hace años que no tenemos una noche de borrachera por allí —dice Jonas, y le patea el pie a Anders.

—¿Solíais ir mucho a Bloomington? —les pregunto.

—Sí, para ver bandas en el Bluebird, o para ir al club de la comedia que hay detrás de la pizzería Madre Osa.

—¡Me encanta la pizzería Madre Osa!

—¿La conoces?

—Iba cada vez que visitaba a papá y a Sheryl. Mi otro lugar favorito es La Cabaña Inglesa de Nick.

—Ah, La Cabaña Inglesa de Nick es genial —dice Anders, entusiasmado.

La Cabaña Inglesa de Nick está en la avenida Kirkwood, una célebre calle que sale del campus. Sheryl solía decir que la universidad de Bloomington tenía uno de los campus más bonitos de los Estados Unidos, junto con los de las Ivy Leagues, pero ella es una orgullosa indianesa, así que no estoy segura de si se puede confiar mucho en su palabra.

De todos modos, hay que admitir que es objetivamente hermoso, con sus edificios ornamentados de piedra caliza local, ventanas gruesas y profundas e incluso alguna torre. Tiene un aire inglés antiguo.

La Cabaña Inglesa de Nick, sin embargo, es tan inglesa como irlandés es el cercano León Irlandés. Pero al menos el León tiene alas de duende en la carta; nadie puede acusarlos de no haberse compenetrado en el espíritu de Irlanda.

—Dios, los stromboli de Nick… —gime Jonas—. El jueves vamos —le dice a Anders de manera categórica.

—¿Cómo puedes estar pensando en tu próxima comida mientras estás comiendo? —le pregunta su hermano.

Jonas se encoge de hombros y se chupa los dedos.

—La última vez que fuimos al bar de Nick, Scott creyó ver a John Mellencamp en el baño —le digo a Bailey.

Ella sonríe y asiente.

—Yo solía verlo por Bloomington a menudo. Vive en la ciudad de al lado.

—¿Cuándo fue eso? —me pregunta Anders.

—Hace un par de años.

—Lo siento, ¿quién es Scott? —pregunta Jonas, un poco desconcertado.

—El prometido de Wren —le dice Bailey—. Bueno, su exprometido.

Jonas está sorprendido. Mira a su hermano, pero Anders no reacciona porque ya sabía que estaba comprometida.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos? —me pregunta Anders con serenidad.

—Tres años.

Jonas mira a Anders de nuevo. Luego a mí. Luego a Bailey. Ella le sonríe. Él le devuelve la sonrisa.

—¿Dónde está tu marido hoy?

—Trabajando.

—¿A qué se dedica? —pregunta Jonas, y me alegra que formule la pregunta de un modo tan natural, como si no le importara que Bailey esté casada.

Espero que eso signifique que no está interesado en ella. No me gustaría pensar que es capaz de seducir a una mujer casada. Su apego a Heather es un poco más comprensible por su historia, claro, pero un *affaire* de cualquier tipo es deplorable, en mi opinión.

—Es profesor de golf —responde Bailey mientras yo trato de centrarme en la conversación que se produce a mi alrededor.

—¿De golf? —Jonas se echa para atrás—. ¿Es un pijo de esos?

—¡Para nada! —responde Bailey con una risa.

—Solía llevar un bigote muy extravagante y nada pijo —agrego yo.

—Ay, cómo echo de menos ese bigote —se lamenta Bailey.

He estado viendo un poco más a Casey en las últimas semanas y me cae muy muy bien. Creo que él y Bailey hacen una pareja impresionante. Él es amable y dulce, y ella es alegre y optimista cuando está con él. Pero, al mismo tiempo, él parece mantenerla con los pies en la tierra. Tengo la sensación de que nunca está enfadado ni es mezquino, y de verdad creo que la adora.

Y sin embargo… Bailey parece insatisfecha.

Tal vez es por su trabajo. Es muy difícil cuando uno de los miembros de una pareja es muy feliz y el otro se siente insatisfecho. Pero… ¿y si hay algo más? ¿Y si esta ciudad es demasiado pequeña para su gran personalidad?

Bailey y Casey han comprado una casa aquí. Toda su familia está aquí. A él le encanta su trabajo. Ha invertido dinero. Incluso papá y Sheryl se mudaron aquí para estar más cerca de ellos. Eso debe suponer mucha presión para mi hermana, demasiada como para ser feliz.

Capítulo veintiuno

En el coche de Bailey suena *American Girl* de Tom Petty y los Heartbreakers a todo volumen y cantamos el estribillo a pleno pulmón, con las ventanillas bajadas. El aire caliente se mete en el coche y nos revuelve el pelo.

Bloomington está a una hora al norte y cruzamos tierras de cultivo y pueblos pequeños antes de llegar. Viajamos separadas de Jonas y Anders. Ellos van por negocios, no por placer, por lo que no hemos hecho planes para encontrarnos, aunque tal vez nos toparemos con ellos.

Bailey y yo vamos a quedarnos en un piso del centro que pertenece a la amiga de Bailey, Tyler. Ella no está en casa estos días y le partió el alma que no pudiéramos vernos, pero le dijo a Bailey que le podíamos pedir la llave a su vecino y sentirnos como en casa.

Pasamos la tarde paseando y entrando y saliendo de las tiendas. La tercera vez que voy derechita hacia una prenda oscura, Bailey me arrastra hacia un sector con ropa más colorida, así que ahora soy la dueña no muy convencida de un par de vaqueros cortos, tres camisetas de diferentes colores, un vestido con estampado con flores grises, azules, blancas y amarillas que me aprieta en la cintura, me abraza el pecho y flota alrededor de mis rodillas, y un vestido negro y rojo del mismo estilo.

Bailey me ha convencido de que me comprara los vestidos porque, según ella, que me veía «impresionante». Yo no lo tenía nada claro, pero ha insistido tanto que no me he sentido con energía para discutírselo.

Ella se ha comprado un vestido amarillo de verano, un par de pantalones cortos blancos y un par de tops rayados.

Por la tarde, mientras damos una vuelta, nos encontramos frente a la peculiar fachada de La Cabaña Inglesa de Nick.

—Toma una foto y envíasela a Anders —sugiere Bailey.

Dudo, pero solo por un momento.

Él responde casi de inmediato: «¿¡Ya os estáis preparando para la noche?!».

«Todavía no, pero no falta mucho».

Bailey mira por encima de mi hombro.

—¡Pregúntale si están todavía en Bloomington!

«¿Seguís en la ciudad?».

«Sí. Jonas ya está listo para un stromboli de Nick, en realidad».

—¡Pregunta si podemos sumarnos! —me pide Bailey.

—No —respondo, mirando la pantalla de mi teléfono—. De ninguna manera me voy a mostrar tan interesada.

—¿Por qué no? —pregunta Bailey frunciendo el ceño.

—Porque no.

Y luego llega otro mensaje: «¿Nos vemos ahí?».

—¡Eso es una invitación! —sisea Bailey, golpeteando la pantalla con el dedo.

La miro contemplativa, y por fin reúno el coraje para soltarlo:

—¿A Casey no le importa que salgas con ellos?

Ella se mueve incómoda.

—Bueno, a ver, no estoy segura de que le encantara cuando le dije que iba para allá el domingo, pero tampoco se quejó. Y la verdad es que me caen muy bien, sobre todo Jonas. Es muy gracioso.

Dudo.

—Quieres decir como amigo, ¿verdad?

Le tengo miedo a la respuesta. Si Bailey termina haciendo lo mismo que hizo papá y tiene una aventura, no sé si podría perdonarla.

Ella me mira fijamente.

—Yo nunca engañaría a mi marido.

—Qué bien oírte decir eso —le digo con un tono de alivio.

—Oh, Wren —suspira con decepción—. Quisiera que me conocieras mejor.

Me embarga un sentimiento de vergüenza.

—Lo siento.

Ella me dedica una pequeña sonrisa.

—No pasa nada, yo también tengo mucho que aprender sobre ti. Pero nos estamos acercando, ¿no es cierto?

Le sonrío.

—Sí, es cierto.

—No tienes nada de qué preocuparte en cuanto a Jonas y a mí —me tranquiliza—. Quiero a Casey y seguro que has visto lo bien que estamos juntos.

Asiento.

—Hacéis una gran pareja. Pero ¿eres feliz con tu vida, Bailey? —pregunto—. ¿Casey se plantearía mudarse si no lo fueras? Siempre podría conseguir un trabajo en otro club de golf.

—No, Wren, no quiero renunciar a su ciudad natal todavía.

—Es solo… Es una ciudad tan pequeña. No hay mucha vida cultural. Y me preocupa que te aburras pronto.

—Ya estoy aburrida, pero necesito darle una oportunidad. Y hacer amigos ayudará. Casey puede tener sus dudas sobre Jonas por su reputación, pero le preocupa mucho más que yo sea feliz. Y Jonas me hace reír. Me cae bien Anders también, pero Jonas es tan mono…

—Sí. A mí también me caen muy bien los dos —confieso.

—¿Y? —dice y hace un gesto con la cabeza apuntando hacia mi teléfono.

Está bien. Queríamos ir allí de todos modos. Respondo al mensaje de texto de Anders: «Estaremos allí en una hora», y luego volvemos a casa de Tyler a dejar nuestras bolsas y a prepararnos.

***

El interior de La Cabaña Inglesa de Nick está cubierto de fotografías enmarcadas, recortes de periódicos y una plétora de objetos relacionados con la Universidad de Indiana. Un montón de gente famosa ha firmado las paredes, incluyendo a Barack Obama, que estuvo aquí en 2008. Todavía recuerdo lo devastados que estaban papá, Sheryl y Bailey porque no habían podido verlo.

Vemos a Jonas y a Anders sentados en un reservado de madera rojiza, acariciando sus vasos de cerveza.

Bailey avanza en silencio detrás de Jonas y le da un golpecito en el hombro. Su cara se ilumina al verla y salta a darle un abrazo de oso antes de hacer lo mismo conmigo.

Anders se queda donde está, pero se corre en el banco para hacer espacio. Me siento junto a él, y no hago ningún movimiento como para abrazarlo. Me estoy acostumbrando a sus maneras.

Hay bastante gente, pero no está lleno. La universidad no empieza hasta la próxima semana. En Estados Unidos, el verano se da por terminado a mediados de agosto, lo que me parece desalentador.

—¿Qué habéis hecho hoy? —pregunto, una vez que el camarero ha venido a pedirnos qué queríamos beber.

Jonas sonríe a Anders, quien se ríe en voz baja antes de explicárnoslo.

—Jonas ha estado hablando con algunos propietarios de tiendas para que compren su maíz para hacer palomitas.

—No sabía que cultivabais maíz para palomitas.

—Tampoco lo sabe nuestro padre —responde Anders, deslizándome una mirada de reojo.

—¿Qué?

—Planté un poco como experimento —agrega Jonas, sonriendo como un niño travieso—. No mucho, solo treinta acres, pero no se lo dije a papá porque… —se interrumpe.

—Porque a papá no le gustan los cambios —acota Anders.

Jonas asiente.

—Eso.

—Así que Jonas está más que contento de que nuestros padres se hayan ido un tiempo, porque el maíz para palomitas solo alcanza unos dos metros y era solo cuestión de tiempo antes de que papá pasara por el campo y notara que los tallos no eran tan altos como los demás.

—Eso es muy maquiavélico —dice Bailey, regodeándose.

—¿Esperas venderlo todo antes de decírselo? —le pregunto.

—Ese es el plan —responde Jonas—. También quiero llevarlo a las ferias de productores de la zona.

Recuerdo bien las ferias de Bloomington: hay *food trucks*, música en vivo y una infinidad de productores locales que venden de todo, desde frutas y verduras hasta flores frescas de intensos colores.

—¡Podríais hacer un cine al aire libre en la granja! —dice Bailey de repente—. O tal vez no al aire libre. Sería más sociable si las personas se bajaran de sus coches y se sentaran en el granero o bajo las estrellas. Podríais vender entradas.

Jonas se ríe y me mira desde el otro lado de la mesa.

—También podríamos hacer tu laberinto de maíz, Wren, y vendría gente de todas partes.

—Sigo pensando que es una idea brillante —murmuro, porque me doy cuenta de que me está tomando el pelo.

—¿De qué estáis hablando? —pregunta Anders.

—¿Sabes el campo que está entre nuestro terreno y el suyo? —explica Jonas—. Cuando le dije a Wren que lo perdimos por los daños que le había hecho el granizo, ella sugirió que hiciéramos un laberinto de gramíneas. Que la gente pudiera elegir sus calabazas en Wetherill antes de ir a nuestro laberinto para divertirse al más puro estilo campestre.

Anders no se ríe como su hermano.

Bailey da un golpe en la mesa.

—¡Me encanta esa idea!

—¿Qué? ¡No! —Jonas la desecha con desdén.

—¿Por qué no? —le pregunta Anders.

—¿Estás bromeando? —Jonas responde con asombro—. ¿Crees que a papá le gustaría algo así?

—Papá no está aquí —dice Anders con calma—. Digo yo que ya es hora de que agarres esa granja por los cuernos y hagas lo que quieras con ella.

Capítulo veintidós

A la mañana siguiente, Bailey y yo nos alejamos de la ciudad en dirección al sur, aparcamos el coche y caminamos hasta una cantera abandonada con la idea de nadar un rato. Me ponen nerviosa los carteles de advertencia que indican que está prohibido avanzar, pero no hay forma de detener a mi hermana.

—Venía aquí a menudo con mis amigos cuando era más joven —murmura, tumbada boca arriba en el agua con los ojos cerrados bajo la luz lacerante del sol—. Ahora la han llenado un poco porque la gente se tiraba desde el acantilado y era peligroso, pero era hermoso. De aquí salió la piedra para el Empire State.

—Suena paradisíaco. Mientras tanto, yo caminaba bajo la llovizna gris en dirección al centro de ocio Kingfisher de Sudbury.

Estoy flotando en la superficie, y observo a mi alrededor las paredes de piedra caliza que se adentran en el verde esmeralda del agua. Árboles frondosos se alinean en los bordes y algunos arbustos ralos se aferran a la piedra.

—¿Te entristeció irte de Estados Unidos? —pregunta Bailey de repente.

Dudo antes de responder con honestidad.

—Bueno, estaba triste en general.

—Lo siento. Yo solía vivir con miedo de que mamá y papá se separaran.

—Pero nunca te dieron motivos para que te preocuparas en ese sentido, ¿no?

—¿Estás de broma? —dice, mientras baja las piernas y asoma la cabeza fuera del agua—. ¡Discutían todo el tiempo!

—¿En serio?

—¡Todo el tiempo! —repite, y sus ojos me miran atónitos.

—Nunca discutían cuando yo estaba de visita.

—Oh, no, claro. Mostraban su mejor comportamiento en esas ocasiones —responde Bailey con tono irónico—. Ese era en parte el motivo por el que me encantaba que vinieras y odiaba cuando te ibas, porque entonces se dedicaban a recuperar el tiempo perdido.

—¿Y por qué discutían? —pregunto, disgustada ante de la idea de que Bailey haya sufrido por eso.

—Por cualquier cosa. Porque mamá pasaba demasiado tiempo en el trabajo. Porque papá desordenaba la casa. Porque mamá no era cariñosa o invitaba a demasiados amigos. Porque papá no cocinaba la cena como quería mamá. Porque mamá era el principal sostén de la familia…

—Nunca habría pensado que a papá le importara que tu madre ganara más que él.

—A papá no le importaba. A ella sí.

—¿No le gustaba que él ganara menos que ella?

—¡Qué va! ¡Le daba la lata sin parar! No lo respetaba por ese motivo; odiaba que le gustara su trabajo como jardinero y que estuviera feliz con lo que ganaba. Ella quería que él se esforzara más, que fuera ambicioso como ella. Lo presionó para que pidiera ese empleo en los servicios estudiantiles a pesar de que a él le encantaba trabajar en los jardines y, cuando lo consiguió, ella todavía no estaba satisfecha. Siempre lo menospreció por no tener una buena educación. De verdad creí que romperían, que ella se divorciaría y encontraría a alguien más adecuado, pero nunca lo hizo. Y, en algún momento, supongo que hizo las paces con sus demonios.

Estoy aturdida. No tenía ni idea de nada de esto.

—No habrían permanecido juntos si no fuera por mí —añade Bailey.

Solo ahora me doy cuenta de cómo fueron las cosas en realidad: Sheryl se quedó embarazada de Bailey por accidente.

Una mujer tan orgullosa como Sheryl no habría admitido que tener una aventura con un jardinero era un error de entrada y se habría empeñado en mostrarle a todo el mundo que papá era el amor de su vida, para así justificar la ruptura de un matrimonio. Me la imagino

esmerándose en que la relación funcionara, aunque, a puerta cerrada, no fuera feliz.

Pero han hecho que funcione. Sinceramente, no tengo la impresión de que estén representando ningún papel. No ahora, no para mí.

Sheryl tiene unos sesenta y cinco años. Está retirada. Y está mucho más relajada de lo que solía estar. Siento que ha hecho las paces tanto con la vida que ha dejado atrás como con la que tiene delante de ella.

Y me alegra.

Puede que, cuando era más joven, esperara que su relación se derrumbara, que Bailey se viera obligada a pasar por lo que yo había tenido que pasar y que papá se arrepintiera de habernos dejado a mamá y a mí. Era joven y sufría. Estaba resentida y celosa. Pero nunca debí haber deseado que otro pasara por lo que yo había pasado. De hecho, me duele que Bailey no haya tenido la infancia verdaderamente feliz que siempre imaginé que tuvo.

Capítulo veintitrés

Es lunes por la tarde y estoy de camino a la ciudad con la misión de comprar limas. Bailey y Casey vienen a cenar más tarde. Voy a preparar comida mexicana y me he dado cuenta tarde de que no teníamos suficiente jugo para margaritas. Podría haber tomado el coche de papá para ir a la tienda, pero tenía ganas de estirar las piernas, así que he optado por caminar; una decisión de la que me he arrepentido a los cinco minutos.

Es un día de un calor tórrido con vientos de cuarenta kilómetros por hora que me hacen sentir que estoy caminando dentro de un secador de pelo gigante. El polvo me golpea la cara y mis gafas de sol y se aferra a mis labios, y el pelo me azota las mejillas. Para cuando llego a la tienda de comestibles, tengo mucho calor, estoy sudorosa, sucia y sedienta.

Me acomodo las gafas de sol sobre la cabeza y me acerco a las puertas automáticas, lista para que me dé la bienvenida el aire acondicionado del interior. Pero se abren antes de que llegue y emerge una mujer de aspecto tenso que sostiene de la mano a un niño de pelo rizado que podía derribar el cielo con la fuerza de sus gritos.

—Oh, ¡hola! —le digo cuando me doy cuenta de que es Heather.

El niño de pelo rizado está tratando de llevarla de vuelta a la tienda al grito de «¡¡¡Lo quiero!!! ¡¡¡Lo quiero!!!», con una cara de un rojo brillante arrasada en lágrimas. Es como si su vida dependiera de que obtenga aquello en lo que ha puesto el ojo.

La expresión de Heather es asesina, pero ahora también se ve confundida.

—Lo siento, soy Wren —digo rápidamente, y tengo que levantar la voz para hacerme oír—. Mi padre y mi madrastra son los dueños de

Wetherill Farm.

Mueve la cabeza con impaciencia.

—¿Y?

—Estuviste allí recientemente, ¿recuerdas? Con tu familia, recogiendo melocotones. Solo te saludaba.

Ella me mira con incredulidad, pues le sorprende que yo la detenga en estas circunstancias o probablemente en cualquier otra.

—No importa. Te dejo tranquila —balbuceo.

Murmura algo en voz baja mientras arrastra al niño hasta un coche, y me ruborizo al entrar en la tienda de comestibles.

Las mujeres en el mostrador de la caja se ríen con tono cómplice y tengo la impresión de que están hablando de Heather, pero se enderezan cuando me ven y una de ellas esboza una bienvenida.

—¡Avísanos si necesitas ayuda con algo!

—Gracias, lo haré.

Es una tienda encantadora que vende no solo productos frescos, sino regalos locales hechos a mano como jabón, perfume, tarjetas, juguetes y joyas. Encuentro las limas rápidamente, pero me tomo mi tiempo recorriendo el establecimiento. Bebo de la botella de agua helada que he sacado de un frigorífico y dejo que el aire frío me refresque la sangre caliente mientras olfateo los jabones perfumados y pruebo el perfume.

Para cuando pago y me voy, mis entrañas han alcanzado una temperatura más soportable.

Por desgracia, a los cinco minutos de caminar, estoy acalorada e incómoda de nuevo. Me dirijo al puente cuando veo el Gator que avanza por el arcén en la distancia. Está casi a mi altura cuando salgo a la carretera y se me dibuja una sonrisa en la cara cuando veo a Anders al volante.

—¿Quieres que te lleve? —grita, deteniéndose.

—¡Sí, por favor! —Cruzo la calle corriendo, eufórica, y me meto en el asiento color crema a su lado—. ¿Qué estás haciendo?

—Estaba examinando el sorgo de Alepo que crece bajo de las torres de transmisión —dice, y señala con la cabeza hacia las torres eléctricas que se ven a la distancia, gigantes esqueléticos que aferran

cables con las manos extendidas—. No podemos pasar el pulverizador por debajo, así que tendré que hacerlo a mano una vez que el viento se calme un poco.

—¿El sorgo de Alepo es una hierba?

—Sí.

De repente, se pone rígido y me mira con los ojos muy abiertos, perturbado.

—¿Qué pasa? —pregunto con inquietud.

—¿Qué perfume llevas?

—Uno que había en la tienda de comestibles de la ciudad.

Laurie llevaba este perfume. Lo sé al instante. Se me seca la boca.

—Ahora mismo bajo —digo.

Estoy a punto de salir por la puerta abierta, desesperada por aliviarle el dolor, cuando sus dedos me aprietan la muñeca y me detiene. Casi igual de rápido, me suelta.

—No pasa nada —dice vacilante, y busca las llaves en el contacto.

Cuando me ha tocado, lo he sentido hasta los huesos.

Es imposible llegar a Wetherill lo suficientemente rápido. La sensación de su mano en mi piel persiste como si me hubiera marcado con un hierro caliente y no me gusta. ¿Cuántas más pruebas necesito para entender que Anders no ha superado la muerte de su esposa? El hecho de que todavía me afecte tanto me hace sentir sucia.

—Te recuerda a Laurie, ¿verdad? —le digo cuando salgo.

Él asiente, con una expresión de dolor.

—Mi madre se lo compraba.

—Voy directa adentro a quitármelo. Gracias por el viaje.

—Wren, espera. —Se ve mortificado.

Vacilo y me siento fatal.

—Tenemos ese neumático de repuesto para ti en casa. ¿Puedo traértelo?

—¿Estás seguro? Quiero decir, sería genial, pero solo si tienes tiempo.

El domingo pasado me acordé de preguntarle a Jonas qué le debía. Se resistió, pero finalmente me dio un precio por tres neumáticos que sonaba demasiado barato y se negó rotundamente a dejarme pagarle

el trabajo.

Asiente.

—Vuelvo en un rato.

—Gracias.

Entro, dejo las limas en la cocina y subo corriendo a tomar una ducha.

Anders ya está trabajando en el neumático de repuesto cuando vuelvo a salir. Él nota mi cabello recién lavado y hace una mueca.

—Perdona por lo de antes. Ha sido un poco raro —murmura.

—No tienes por qué disculparte.

He tenido tiempo de recomponerme tras ese necesario baño de realidad.

—No es necesario que te quedes si tienes que ir a algún lado —dice.

—Para nada. Pero ¿de verdad que estás bien para hacer esto? No puedo creer que estés cambiando otro neumático para mí. A mi edad ya debería saber cómo hacerlo.

Me mira.

—Supongo que tu padre no te enseñó.

Niego con la cabeza.

—Ni mi madre. Sabe menos de coches que yo.

—Puedo mostrarte cómo hacerlo, si quieres —se ofrece.

—¿Lo harías? Así dejaría de ser tan patética.

Me explica paso a paso lo que hace, y cuando el nuevo neumático de repuesto está asegurado de nuevo al enganche, voy dentro a buscar las llaves de Bambi. Anders quiere ver cómo ha progresado el trabajo en el interior.

Está sentado en el asiento delantero del Gator cuando regreso, con una pierna colgando de la puerta. Está hablando por teléfono, pero lo guarda cuando me ve.

Abro la puerta exterior del Airstream, empujo la de malla, y meto un pie adentro.

—La madera estaba completamente podrida —le explico mientras examina el interior.

De hecho, he llegado hasta el marco de metal en algunos lugares.

—Todavía tengo que sacar el armario, la cocina y el baño. Si es que

se le puede llamar baño. —Solo cabe un pequeño inodoro mugriento —. No creo que vaya a salvar nada, por desgracia.

Le llama la atención la sierra eléctrica de papá en la encimera de la cocina.

—¿Qué estás haciendo con *eso*?

—Papá me dio un montón de herramientas. No sé qué voy a necesitar todavía.

Me mira por encima del hombro, con sus facciones llenas de incredulidad.

—¿Te estás burlando de mí?

—Es eléctrica —respondo con una risita—. Ni que fuera una motosierra gigante corta miembros y traga-gasolina.

—¡Podrías hacerte mucho daño con esa cosa! —dice con la voz subida y en tono de alarma. —¿Te la dio tu padre?

—Sí.

Niega con la cabeza.

No puedo evitar que su reacción me parezca graciosa.

—Tiene un interruptor de seguridad. Me mostró cómo usarlo.

—Bien visto por su parte. —Aprieta los labios, y me lanza una mirada compungida—. Perdona, no quería ser grosero.

—No pasa nada. —Encojo los hombros en señal de que no tiene importancia y sonrío.

Él mira dentro de nuevo y escanea cada centímetro.

—Una sierra oscilante te iría mejor.

—Puede que ni siquiera necesite una sierra. Los armarios están sujetos con pernos y tornillos.

Se da la vuelta y me estudia un momento.

—¿Por qué no lo llevamos a la granja? Allí tenemos todas las herramientas que puedas necesitar y yo te puedo ayudar.

—Es muy amable de tu parte, pero…

—Déjame ayudarte —me interrumpe—. Quiero hacerlo. Me gustaría. De verdad.

—¿Estás seguro?

Necesito algo más convincente. Se supone que está aquí por su hermano, no por mí.

—Estoy muy muy seguro —insiste, y parece tan sincero que termino por acceder.

Capítulo veinticuatro

Paso las tardes siguientes en la granja de los Fredrickson, trabajando con Anders en la restauración del Airstream. Para el viernes, hemos hecho grandes progresos y me emociona pensar que pronto tendremos una caravana para estrenar.

Anders ha ido a buscarnos un par de cervezas y estoy de pie mirando a Bambi con la cabeza maquinando a toda marcha.

—Acabo de pensar algo loco —le digo cuando regresa, después de darle las gracias por la cerveza.

—¿Qué? —pregunta él.

—No es ético. Incluso podría ser inmoral. Hasta es posible que me odies por ello.

—Suéltalo ya.

—Hay muchos pueblos pequeños en Inglaterra y la mayoría no tiene ni una tienda. Hace unos años se me ocurrió la idea de equipar una furgoneta, convertirla en tienda y hacerla circular por los pueblos. Media hora aquí, media hora allí… Y entregar un horario a la gente para que supiera cuándo llegaría la tienda. Pensé que podría darle un nombre literal como La Tienda del Pueblo y ponerle un gran letrero. El caso es que me la imaginé con un mecanismo en la parte trasera para que la parte posterior de la furgoneta (que sería algo más que una simple puerta) se abriera y los revisteros, estantes con dulces y un montón de cosas quedaran al alcance de los niños, de los ancianos y de todo el mundo.

—Me gusta la idea —dice asintiendo. Me ha estado observando mientras hablaba todo este tiempo, con una pequeña sonrisa fija en los labios. De pronto las cejas se le disparan hacia arriba—. Espera, no estarás pensando en hacerlo con esto, ¿verdad?

—¿Te parece mal? —pregunto.

—¿Cortar en pedazos un Airstream antiguo? ¡Es depravado!

Me echo a reír.

—Tienes razón.

No pensaba convertir a Bambi en una tienda para ir de pueblo en pueblo, lo decía más en el sentido de abrirlo a los elementos. La vista desde la parte de atrás sería genial, y tal vez la cocina podría instalarse allí para que, si el clima lo permitiera, se pudiera cocinar afuera.

Anders mira fijamente el Airstream mientras explico mi idea, luego camina hacia la parte trasera, donde se detiene y se queda mirando un poco más. Voy y me acerco a él, tomando un sorbo de mi cerveza.

—No puedes cortarlo por la mitad por culpa de la ventana —dice.

—¿Y si toda la parte trasera se abriera desde un solo punto aquí? —sugiero, señalando una línea de remaches que divide la parte trasera curvada del cuerpo principal con forma de barril.

—Poner una bisagra en la brecha del panel… —dice pensativo, antes de negar con la cabeza—. El peso de la puerta lo tiraría para abajo.

Tiene razón, por supuesto.

—Pero podrías poner una rueda retráctil que bajara para soportar parte del peso —añade—. Habría que revisar el marco. Podría no ser lo suficientemente fuerte para aguantar las bisagras.

Saca su teléfono y escribe algo. Observo sobre su hombro y veo que está consultando la estructura interna de un Airstream de 1961 en Internet.

—Sí, los aros de aluminio no serían lo suficientemente fuertes —reflexiona—. Tendríamos que soldar una estructura de acero nueva al subchasis de acero.

Me mira.

Sonrío con entusiasmo.

Se ríe y guarda su teléfono.

He hecho muchos esfuerzos desde el incidente con el perfume de Laurie por llevar mis sentimientos por él hacia un territorio puramente platónico. Tengo la cabeza en su sitio, pero a mi corazón le está

tomando un tiempo ponerse al día. Su risa todavía me hace sentir como si alguien hubiera bombeado helio en mi cavidad torácica.

—Estaría fatal hacer eso, ¿no?

—Sí, pero al mismo tiempo suena tan bien… —responde—. Bueno, lo primero es lo primero. Terminemos de desnudarla.

—¿Cómo que desnudarla? Desnudar*lo* —lo corrijo.

—Desnudarlo, desnudarlo —se corrige, complaciéndome.

Esta semana, mientras Jonas estaba en el trabajo, ha estado limpiando los dos enormes silos plateados que hay junto al cobertizo. Eché un vistazo en el interior de uno de ellos y era como la Tardis, cavernoso, con el suelo de metal perforado y un sistema de aireación que hace circular el aire caliente a través del grano. Jonas acaba de llevar el último trigo del invierno al mercado (lo guardan en contenedores hasta que pueden venderlo a buen precio) y me cuesta creer que pronto las dos cabezas gigantes del Hombre de Hojalata estarán llenas de la soja y el maíz que él y su padre plantaron en mayo.

Cuando Jonas llega a casa, Anders lo llama. Y él escucha mientras su hermano le dice lo que estamos pensando hacer con el Airstream.

Estoy esperando que el horror se manifieste en su cara, pero este nunca llega. En su lugar, asiente y dice que puede pedir acero en el trabajo.

—Con una condición —añade con actitud desenfadada.

—¿Cuál? —pregunto.

—Que sirvamos palomitas de maíz y bebidas en él durante la noche de cine.

Mi cara se ilumina antes de que pueda determinar si se está burlando de mí.

—¿Estás hablando en serio? —me atrevo a preguntar.

Él sonríe.

—Me gusta la idea. Pero… —dice y se encoge de hombros—. No sabría ni por dónde empezar para organizar algo así.

—Bailey sí —le digo sin dudarlo—. Es lo que hace: ella organiza eventos.

—Sí, pero ¿qué pasa con los permisos para la película o lo que sea

que se necesite?

—No tendría ningún problema en resolverlo todo. De hecho, le encantaría el desafío. Sé que sí.

Bailey ya me ha dicho que no hay suficiente variedad en su trabajo y que le aburre organizar bodas y fiestas de jubilación en el club de golf. Le encantaría involucrarse en algo nuevo y emocionante. Tal vez esto es exactamente lo que necesita.

Jonas se gira para mirar el granero y toma un trago de su cerveza. Anders y yo cruzamos miradas optimistas.

—Supongo que no pasa nada por preguntarle qué le parece —dice Jonas.

—La llamo ahora mismo —contesto sacando mi teléfono.

—Dile que venga si puede. He traído hamburguesas —añade—. Estáis invitadas. Y dile también que traiga vuestros trajes de baño.

—¿En serio?

—Sí. Voy directo al lago.

A Bailey le encanta el plan, así que le pido que pase por Wetherill a buscar mi bikini cuando venga hacia aquí.

Tarda media hora en llegar, con su bolso de playa amarillo en la mano y una sonrisa igual de brillante.

Ha habido mucha humedad toda la semana y ha sido muy incómodo, así que, una vez que Jonas ha encendido las brasas, decidimos ir a nadar.

El aire está cargado de polvo y polen y hay insectos sobrevolando el agua cristalina, aunque se dispersan cuando Jonas corre y salta desde el final del embarcadero, y Anders lo sigue de cerca. Bailey los imita.

—¡Vamos, Wren! —grita por encima de su hombro.

Y luego grita cuando me tiro de bomba junto a ella, lo que me hace estallar en una carcajada porque sabía que ella no pensaba que fuera a hacerlo.

La temperatura del agua es perfecta, aunque podría estar más fría. Nado un poco y floto sobre mi espalda, mirando hacia las nubes esponjosas.

Bailey y Jonas empiezan a reírse de algo y yo levanto la cabeza para ver dónde están. Los veo en el embarcadero, bromeando. Pero Anders

está con el agua por la cintura, mirando a través del agua los campos de maíz más allá del lago.

Su piel es lisa y dorada y mis ojos se deslizan sobre el contorno de sus hombros y viajan hasta las tensas crestas de su abdomen. Echo un vistazo hacia su rostro y me siento muy aliviada de que no me haya descubierto mirándolo. Su frente está lisa, sin ninguna tensión. Esta expresión de paz en él es poco frecuente.

—Este lugar te sienta bien. —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensarlo mejor. No quería traerlo de vuelta a la realidad de golpe.

—¿Eh? —me dedica una mirada distraída mientras me pongo de rodillas y dejo que el agua me llegue hasta el cuello.

—Pareces feliz. —Él sonríe y asiente—. ¡Qué genial que Jonas esté pensando en hacer la noche de cine —susurro en voz alta.

—¡Ya ves! —susurra también, mirando a Jonas—. No puedo creer lo que ha cambiado. Está muy diferente a cuando mamá me llamó por primera vez.

—¿Por qué estaba tan preocupada tu madre?

—Estaba muy poco sociable y… triste, supongo. Y además estaba bebiendo más de la cuenta y cometía imprudencias en la granja, como si no le importara si se hacía daño. Pero sobre todo se preocupó cuando Jonas empezó a limpiar su cabaña. Había oído que podía ser una señal de que alguien está tratando de poner su vida en orden para no ser una carga después de haberse ido.

—Dios —murmuré, horrorizada.

—Sí. Ahora está mejor, pero quién sabe qué habría pasado si hubiera empeorado.

—Estoy segura de que lo ha ayudado que estés aquí.

—Ha sido bueno para mí también.

—¿Crees que ha ayudado que tus padres no estén? —pregunto con delicadeza mientras nos invade otro torrente de risas que proviene de Bailey y Jonas.

Anders los observa por un momento antes de asentir, casi resignado.

—Especialmente papá. Siempre ha sido muy controlador. Cuando éramos niños, solía beber mucho. A veces se enfadaba. No era

violento, pero podía ser intimidante. Jonas solía sacarme de casa para que no pensara en ello. Nos íbamos al río o saltábamos en nuestras motos y dábamos unas vueltas en el circuito de motocross hasta que estábamos seguros de que papá estaría desmayado en el sofá cuando llegáramos a casa. Al cabo de un tiempo, papá pudo controlar la bebida, pero todavía tiene poder sobre nosotros y nunca hemos estado muy unidos. Ya viste lo nervioso que se puso Jonas ante la idea de hacer cualquier cambio en la granja.

Asiento.

—Lo lamento.

Hago burbujas en el agua cuando exhalo de prisa, y me doy cuenta de que apenas he respirado mientras me decía todo esto.

—Me alegro de que Jonas haya podido pasar algo de tiempo aquí este verano sin que papá esté respirándole en la nuca. —Me mira—. ¿Tú te llevas bien con tu padre?

—Mejor que antes. Ha ayudado el hecho de que yo me quedara más tiempo por aquí.

Anoche, de hecho, papá y yo nos sentamos juntos en el porche. Quería saber cómo iba mi trabajo y mostró un genuino interés mientras se lo contaba, a pesar de que casi me quedé dormida con el sonido de mi propia voz.

—¿Cuándo te vas a casa? —pregunta Anders.

—He reservado un vuelo para principios de octubre porque tengo que ir a una boda, pero me iré antes si siento que me estoy aprovechando de la hospitalidad. ¿Qué hay de ti?

—Tengo que volver a Indy el próximo fin de semana, pero solo un par de días.

—¿Por trabajo?

—Voy a pasar por el taller mientras esté allí, pero voy por el cumpleaños de un amigo.

—Me gustaría visitar Indy de nuevo en algún momento.

—Ven, si quieres.

—No estaba tratando de invitarme —protesto, aunque me atraviesa una emoción.

—Ya lo sé.

—¡Ey! —nos grita Jonas—. ¡Moved el culo y venid antes de que organicemos toda esa maldita noche de cine sin vosotros!

—¿Es de eso de lo que estabais hablando? —les pregunto mientras avanzamos por el agua.

—De eso y de otras cosas. Bailey quiere convertir este lugar en un recinto para celebrar bodas —le dice Jonas a Anders—. Tendremos que pagar a alguien que le rompa las piernas a papá para que se quede en Wisconsin un poco más.

—¡Oh, cállate! —lo regaña Bailey—. Eso ha sido muy feo.

No sé si Jonas y Anders están tomando a Bailey en serio o solo la complacen, pero todos sonreímos mientras ella habla de fotografías de boda frente al granero rojo y en los campos de maíz, velas flotantes en el lago, una recepción dentro del granero con tiras de luces colgadas desde el techo, frascos con flores en cada mesa, una banda en vivo, y fardos de heno para que se sienten los invitados.

Me atrapa su descripción, y luego ella grita:

—¡Podrías incluso renovar tu cabaña y ofrecerla como la *suite* de luna de miel!

—¿Y dónde dormiría yo? —pregunta Jonas con el ceño fruncido.

—En la casa, idiota. Tus padres te la habrán dejado para entonces.

Mientras siguen hablando, me encuentro escaneando el borde del agua del otro lado del lago, donde los campos de maíz trepan por la colina en la distancia. Una idea está tomando forma en el interior mi mente.

Mañana podría ir a la ciudad y comprar un nuevo cuaderno.

Capítulo veinticinco

Me siento acalorada de pies a cabeza. Y no es debido a la temperatura exterior, ni es porque no lleve la ropa apropiada. De hecho, tengo puestos mis nuevos vaqueros cortos y mi camiseta blanca, así que no podría ir mejor vestida para el verano. No. Es porque estoy mirando a Anders mientras trabaja con una radial.

Lleva una visera con protectores de oídos incorporados y guantes de trabajo, y a su alrededor salen volando chispas con el brillo de cien bengalas. Está cortando el acero en trozos del tamaño que necesitamos. Más tarde, los soldará para hacer el marco de acero facetado al que atornillaremos las bisagras.

—¿Todos los ingenieros de carreras saben soldar? —le pregunté anoche.

—Solo los criados en granjas —respondió con una sonrisa.

El acero había llegado esa tarde, así que nos habíamos mudado a la mesa de la cocina para calcular los ángulos que necesitaríamos para construir la estructura interna.

—Papá debe tener una escuadra de cien años por aquí en alguna parte —musitó, pero, antes de que pudiera levantarse para ir a revisar los cajones de la oficina, saqué mi propia escuadra ajustable de mi mochila.

—Soy arquitecta, siempre llevo una escuadra —dije. Aún me divierte mucho hacerlo reír.

El otro día, me dio un poco de vértigo cuando escuché que Jonas había encargado el acero. Alterar un Airstream de los sesenta parecía un sacrilegio, pero luego consideré lo que hacen los arquitectos todo el tiempo con los edificios históricos: los adaptamos para ponerlos en uso y, mientras las adaptaciones sean sensatas y cualquier cambio sea

fácil de revertir, suele ser aceptable. Con esto en mente, y después de discutirlo con Anders, decidimos atornillar el marco de acero al subchasis en lugar de soldarlo, para que se pueda retirar con facilidad en el futuro. No estamos cortando ninguno de los paneles del Airstream, por lo que todo se puede volver a poner tal como estaba. Me siento mejor ahora que hemos tomado esa decisión.

Me vibra el teléfono, retiro mi atención de Anders y veo que ha llegado un mensaje.

«¡No puede ser! ¿Cómo es por dentro?».

Mi corazón pega un salto. Es Scott.

Finalmente me he rendido y le he enviado una foto de Bambi hace un rato, junto con el mensaje: «¡¿Te puedes creer que encontré esto bajo una lona en casa de mi padre?!».

No he encontrado un momento mejor para decírselo. Trabaja con Nadine y, por lo que sé, también vive con ella, así que era más que probable que estuvieran juntos cuando lo recibiera. Sospecho, sin embargo, que puede ser el tipo de chica que tolera que su novio siga siendo amigo de su ex. Con suerte, no dolerá poner a prueba esa teoría.

Escribo una respuesta: «Te mando una foto del “antes”». Adjunto una foto que tomé antes de empezar el trabajo. «Y esto es lo que estamos haciendo ahora». Le envío una que he sacado esta mañana.

«¡Buen trabajo! ¿Con qué vas a revestir el interior?».

«Contrachapado de abedul, creo».

«Bien. Fácil de curvar».

«Exacto».

«Por favor, sigue enviándome novedades».

Y luego aparece otro mensaje.

«Gracias por ponerte en contacto conmigo. Es bueno saber de ti».

Mis nervios se habían calmado en el transcurso de nuestro intercambio, pero ahora vuelven a crisparse.

«Lo mismo digo», respondo.

Miro la pantalla un largo rato, pero ese parece ser el final de nuestra sesión de mensajes de texto.

Mientras guardo el teléfono, trato de imaginar cómo sería si Scott y

yo siguiéramos juntos, si estuviera aquí ayudándome con la restauración del Airstream y estuviéramos planeando un viaje por Estados Unidos. Nos llevamos tan bien cuando nos fuimos de viaje por carretera el verano pasado…

Me viene un recuerdo de esas vacaciones. Acabábamos de entrar a un parque nacional en el norte de Portugal y habíamos decidido caminar hasta una cascada. La bajada por una pendiente para llegar a ella era un poco precaria, igual que el camino de rocas lisas y resbaladizas que sobresalían del río, pero valió la pena el esfuerzo para llegar a la gloriosa cascada blanca que caía sobre piedra caliza amarilla y se sumergía en una profunda laguna de un verde esmeralda.

Scott me retó a saltar directamente al agua, que estaba muy fría, pero yo quería tomármelo con lentitud y dejar que la sangre se ajustara a la temperatura. Entonces me paré sobre una gran roca que apenas asomaba del agua, mis pies resbalaron y de repente estaba metida hasta el cuello y jadeando. A Scott esto le pareció hilarante, y enseguida le pasó exactamente lo mismo y casi me muero de la risa.

El recuerdo me hace sonreír. Nos divertimos juntos. Pero cuando miro a Anders, que trabaja con empeño, no me puedo imaginar haciendo esta restauración con nadie más que con él.

Scott y yo lo pasamos bien, pero no encajamos a la perfección.

Me viene otro recuerdo de ese viaje. Estábamos bordeando la costa norte de España. Miré por la ventana y vi todos esos eucaliptos que se sucedían a lo largo de la carretera y estaban plantados en las orillas. Había tantos que pensé que debían ser una variedad autóctona, aunque siempre había dado por sentado que los eucaliptos venían de Australia. Scott me aseguró que era así y me explicó que las semillas de eucaliptos fueron traídas a Europa de Australia a finales del siglo XVIII, que el primer árbol se plantó en los invernaderos de Kew en Londres y el primero al aire libre, en un palacio en Italia. También me contó que los españoles estaban retirando muchos de esos árboles porque son altamente inflamables, con el riesgo de incendio que implica.

Dijo más. De hecho, enumeró nombres de exploradores y fechas

reales, pero ese era el núcleo de la exposición.

¿Fue una historia interesante? Sí.

¿Que a mí me interesara? No en especial.

Al principio sí, pero al poco tiempo mi mente se dispersó y no me obligué a concentrarme.

Y sé que no fue un hecho aislado.

Sin duda, hubo veces en las que no le mostré el respeto que se merecía.

No creo haberlo menospreciado, pero ¿lo habré hecho en algún momento? ¿Es posible que terminara siendo como era Sheryl con papá?

Es una idea difícil de digerir.

Recuerdo lo impresionada que estaba cuando Anders me dijo que era ingeniero de pista. Creía que ser mecánico para un equipo de carreras era genial, claro, pero me cautivó mucho que me dijera que era ingeniero.

Esta constatación me incomoda un poco.

Pero el hecho es que respeto a Anders. Lo respeto mucho. Y creo que él también me respeta.

Me parece, entonces, que Scott tenía razón. Se merece estar con alguien que lo respete. Tenía razón al preferir a Nadine antes que a mí. Él y yo no estábamos destinados a estar juntos y ahora puedo verlo. Pasé por alto nuestras diferencias intrínsecas porque quería casarme con un hombre decente y de confianza, alguien que estuviera de mi lado, alguien con quien pudiera estar segura.

Y no me equivoqué al confiar en él. No fue su culpa que se enamorase de Nadine. Al menos fue honesto conmigo acerca de sus sentimientos por ella en lugar de embarcarse en un romance clandestino como hizo mi padre.

Pero su rechazo todavía me duele.

Y el rechazo de papá también me duele.

Puede ser que nos estemos llevando mejor que nunca, y ahora sé que tal vez hubo momentos en que se arrepintió de su decisión de dejarnos a mamá y a mí, pero el hecho es que se fue. Nos dejó. Me dejó.

No era suficiente para él.

No soy suficiente.

¿Alguna vez seré suficiente? ¿Alguna vez seré perfecta para alguien?

Anders podría ser esa persona para mí, me doy cuenta.

Pero parece que yo estoy muy lejos de ser esa persona para él.

Me envuelve la tristeza y brotan lágrimas de mis ojos en el mismo momento en que se apaga el sonido de la radial.

—No deberías estar sentada aquí sin protección para los oídos —me advierte Anders.

El ruido era ensordecedor, pero no he podido reunir valor para alejarme.

Asiento y me levanto, agarrando mi mochila.

—¿Wren? —Ha notado mi expresión.

—¿Te importa si bajo al lago? —La voz me sale ronca y me tiembla el labio inferior.

—Por supuesto que no.

Me cuelgo la mochila del hombro y salgo del cobertizo.

Jonas está fuera, lavando el tractor. Anders me dijo que es obsesivo con lo de mantener la maquinaria de la granja limpia y le creí cuando vi lo brillante que es la enorme cosechadora.

Jonas levanta el pulverizador como si fuera a mojarme, pero luego ve mi cara y corta el agua.

—¿Qué pasa? —mira a Anders, que me ha seguido hasta fuera.

—Nada. —Niego con la cabeza y trato de pasar, pero me toma el brazo con suavidad.

—Ey —dice en voz baja.

—Estoy un poco triste por mi ex, eso es todo. —No explico nada más, pero no quiero que piense que esto tiene algo que ver con su hermano. Incluso si, en parte, sí está relacionado.

Se me escapan un par de lágrimas que ruedan por mis mejillas. Me las limpio sin demora y podría estar imaginándolo, pero juraría que Jonas le lanza una mirada acusadora a Anders.

Anders se acerca un poco más.

—¿Estás bien? —me pregunta. No está tan cerca como para tocarme.

Asiento con la cabeza y me quito la mochila para buscar un paquete de pañuelos que estoy casi segura que he dejado en mi escritorio en Wetherill.

Jonas hace un ruido de frustración mientras sigo buscando, y creo que está dirigido a Anders porque le lanza una mirada asesina que no estoy imaginando y luego me envuelve en sus brazos.

La combinación de presión detrás de mis ojos, el nudo en la garganta, la compasión y ahora alguien que me da un buen abrazo contenedor me desmorona. Estoy contra la pared del pecho de Jonas, entre sus brazos enormes, y no puedo evitar llorar.

Scott me abrazaba todo el tiempo y echo mucho de menos el contacto físico. Eso era otra cosa que él me daba. Mi padre ni siquiera se atreve a abrazarme más de dos veces al año.

—Ve y tráele un maldito pañuelo —le grita Jonas a Anders. Jonas murmura en mi oído mientras Anders se aleja—: Lamento que mi hermano sea un inútil emocional.

—No, no lo es —me alejo de su pecho y lo defiendo—. A ti te ha apoyado mucho.

—Sí, pero debería poder darle un abrazo a una amiga si esta lo necesita. Creo que siente que traiciona a Laurie solo por tocar a otra mujer. Me duele verlo.

Un momento, ¿qué? ¿Por eso Anders mantiene las distancias? Yo pensaba que era como Sheryl, protector de su espacio personal.

—Voy a ir a sentarme un rato junto al lago —digo, porque es lo único que se me ocurre—. Por favor, dile a Anders que no se preocupe por el pañuelo.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Gracias.

Cuando llego al embarcadero ya se me han secado los ojos. Me siento en una de las tumbonas y trato de ordenar mis pensamientos. La revelación de Jonas me ha confundido, aunque es obvio que Anders aún llora por Laurie.

Abro la mochila y saco el cuaderno de dibujo, decidida a hundirme en el trabajo.

Estoy tan metida en lo que estoy haciendo que casi salto del susto

cuando, media hora después, Anders se sube al embarcadero. Ni siquiera he oído sus pasos por el bosque.

—¿Vas a enseñarme lo que estás haciendo? —dice, y señala con la cabeza hacia el cuaderno.

Lo he apretado contra el pecho por instinto, pero es probable que ya sea tiempo de que supere mi timidez. Llevo trabajando en esto un par de días.

—Solo estoy jugando —digo, poniendo excusas—. Se me ocurrió cuando Bailey dijo lo de la *suite* de luna de miel.

—¿Puedo verlo?

Obviamente siente que me ha dejado sola demasiado tiempo. Lo he oído poner la radial en marcha de nuevo poco después de bajar hasta aquí.

Le muestro mi dibujo mientras acerca una silla.

—Vaya —dice en el momento en que pone los ojos en la primera imagen—. No sabía que pudieras dibujar así.

—Yo solía dibujar todo el tiempo —le digo mientras examina el dibujo a lápiz—. Pero hacía mucho tiempo que no me sentía inspirada.

—¿Así que esto iría alrededor del lago?

—Por allí. —Señalo hacia el otro extremo.

Pasa a la siguiente página en el cuaderno y la examina con la misma intensidad.

He diseñado una serie de cabañas de troncos sobre pilotes que abrazan el contorno del lago, pero los troncos se fijarían en sentido vertical para que cada uno de los edificios tomara una forma diferente. Me gusta la idea de que varíen, pero encajen en un todo coherente. Me los imagino pintados de negro.

—Como he dicho, solo estoy jugando. Pero si algún día queréis utilizar este lugar como recinto para bodas u otros eventos, creo que sería razonable ofrecer alojamiento.

—¿Cuánto podría costar algo así? —pregunta Anders.

—Lo más caro es la mano de obra, pero tú y Jonas podríais hacer la mayor parte. Podríais utilizar troncos del bosque, como hicieron él y tu padre cuando construyeron la cabaña, e instalar una bomba de

calor que se alimentara del lago. Esto proporcionaría refrigeración en verano y calefacción en invierno. Y las ventanas son todas de tamaños estándar, así que podríais comprarlas en cualquier tienda —añado, porque hay un montón.

Está sorprendido porque son de tamaños variados; hay algunas dispuestas en sentido horizontal y otras vertical, como una obra de arte de Mondrian. Las he diseñado para que se aprovecharan al máximo las vistas, tanto del lago como de los campos.

—¿Podemos enseñárselo a Jonas? —pregunta por fin.

—Claro.

—Y luego deberíamos hacer un plan para mañana.

—¿Para mañana?

—Vienes a Indy conmigo, ¿no?

—¿Voy?

—Pensaba que te apetecía. Yo conduzco.

No sé si está tratando de levantarme el ánimo, pero me encantará pasar un fin de semana en la ciudad. Y me alegra que se sienta cómodo conmigo como para invitarme, aunque ni se le cruce por la mente la idea de abrazarme.

Capítulo veintiséis

—Deberías ir al Mercado de Artes y Antigüedades de Midland mientras estés aquí. Te encantará. Está en una fábrica reformada. Es gigantesca y tiene un montón de cosas de mediados de siglo. A no ser que quieras pasar todo el día en el centro comercial, claro.

—Definitivamente no. Suena genial. ¿Dónde está?

—A poca distancia de mi piso. Te lo mostraré en un mapa. Hasta podrías encontrar algunos apliques de luz de pared de los años sesenta para el Airstream.

—¿Tú puedes venir? —miro a Anders en el asiento del conductor de su BMW.

—Será mejor que vaya directamente al taller una vez que te haya dejado.

La mayor parte de su equipo está en una carrera, pero Anders quiere ir a su oficina para imprimir algunos datos y ponerse al día.

Lo que empezó con él ofreciéndome llevarme a la ciudad y yo viendo en qué hotel podía pasar la noche, se ha convertido en él insistiendo en que use un cuarto disponible en su casa y me sume a una salida nocturna con sus amigos.

No sé si está en una misión para alegrarme o si Jonas lo ha hecho sentir culpable, pero parece bastante feliz con el plan.

Indianápolis es una ciudad cuadriculada con calles que se cruzan y que salen de una rotonda central llamada Monument Circle. La excepción a estas calles norte-sur-este-oeste son cuatro calles principales diagonales que comienzan a una manzana del centro y salen de la ciudad. Anders vive sobre la diagonal del nordeste: Massachusetts Avenue, o Mass Ave, como la llama él, y su *loft* está dentro de una fábrica de seda reformada. El edificio tiene cinco

plantas y es de ladrillo rojo, con enormes ventanas estilo Crittall. La chimenea original de la fábrica sigue allí; arranca a nivel del suelo y mide dos veces la altura de todo el edificio. También hay un tanque de agua plateado y redondo en la azotea que tiene la palabra «Seda» pintada en letras rojas.

—Esto es genial —digo con asombro—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Solo desde febrero —responde—. Toda esta zona estaba tapada por tres palmos de nieve el día de la mudanza

Me pregunto dónde vivía con Laurie.

Los pasillos que conducen a su apartamento son aburridos y poco inspiradores, pero en el interior, los techos son altos y la ventana ocupa prácticamente toda la pared de la sala de estar, aunque está separada del cuerpo principal del piso por puertas deslizantes y una terraza acristalada. La cocina está al lado de la puerta y es de planta abierta, con una barra americana.

—La habitación de huéspedes está por allí. —Anders señala a través de la sala de estar hacia una puerta a la izquierda.

Su habitación, veo, está subiendo unos escalones, a la vuelta de la cocina. Aparte de una pared divisoria que me llega hasta la cintura, está abierta al salón porque, supongo, necesita luz de la ventana gigante (no hay ninguna en su habitación).

Las paredes son blancas, el suelo es de madera con rayas negras y los muebles, en su mayoría modernos, tienen un aire escandinavo: sillas y sofás de cuero marrón y estilizadas mesitas auxiliares de madera.

Un momento.

—¿Eso es una silla Eames? —le pregunto con un deleite desenfrenado cuando veo la mecedora de fibra de vidrio amarilla en la terracita vidriada.

—*Sip*, la conseguí en ese mercado del que te he hablado.

—Estoy muy celosa.

Me gusta mucho mucho su estilo. Oh, Dios. ¿Por qué tiene que ser tan *cool*? ¿Por qué no me puede espantar de una vez por todas con una colección de muñequitos raros u osos de peluches en su cama?

¿A quién estoy engañando? Probablemente seguiría gustándome,

incluso en ese caso.

Cuando voy y dejo mis maletas en mi habitación, estoy como un flan. La luz del sol entra a raudales por la ventana sobre la cama doble, cubierta con una colcha blanca de un tramado cuadriculado. Contrasta bien con el muro de hormigón prefabricado que hay detrás de ella. Hay un baño privado que linda con la habitación de Anders, así que lo uso antes de dirigirme a la cocina.

—¿Quieres que te haga un café antes de irme? —pregunta Anders.

—No, gracias, estoy bien.

—Déjame que te muestre dónde estamos en un mapa.

Me ayuda a entender dónde nos encontramos, luego me da un juego de llaves y promete tratar de volver temprano para que podamos ir a Fountain Square para echar un vistazo antes de la fiesta de cumpleaños de su amigo.

Me encanta el Mercado de Artes y Antigüedades de Midland tanto como se imaginaba Anders. Ocupa dos plantas enteras de un almacén reformado con acabados en bruto en todas partes y podría pasar todo el día aquí sola.

Encuentro un par de luces de lectura de aluminio con pantallas de vidrio blanco que se verían fantásticas en la pared de Bambi. Los cables están amarillos por la edad, los interruptores apenas flojos y poner objetos de vidrio en un vehículo en movimiento es una mala idea, pero no puedo resistirme.

Después, deambulo por las calles, paso frente a cafeterías locales, vinotecas y restaurantes refinados con mesas en el frente, peluquerías y barberías, tiendas de *delicatessen* y *boutiques*, una galería y un museo. Hay un barrio histórico que se llama Lockerbie Square muy cerca del piso de Anders cuyas calles arboladas están flanqueadas por viejas casas de madera pintadas de colores bonitos: azul cielo, amarillo mostaza, verde pastel… y todas cuentan con una valla de estacas delante. No llego a ir al centro comercial Circle Centre. Hay tantas cosas interesantes para ver en esta parte de la ciudad que odio la idea de subirme a un taxi para ir de compras a un centro sin alma.

Llega el momento en que me dirijo de regreso al *loft* para prepararme y, una vez más, los nervios se multiplican en mi estómago.

Desearía no sentirme tan tensa. Me vendría muy bien un trago para relajarme.

He llevado varios paquetes de cervezas a la granja Fredrickson las últimas semanas, así que no me siento muy culpable cuando decido servirme una cerveza del frigorífico de Anders. De camino a su cocina, miro hacia su dormitorio y me llama la atención un portarretratos en su mesita de noche. Tiene una fotografía en color de Laurie que es difícil no ver porque el marco mide más de un palmo de ancho y tanto más de alto. Mi curiosidad me lleva justo hasta el pie de los escalones que dan a su dormitorio y estoy lo suficientemente cerca para distinguir los detalles de la fotografía. Ella tiene el pelo largo, rubio claro recogido en una coleta y está sonriendo a la cámara. No es una sonrisa expansiva como en la fotografía de la boda, sino que su expresión es suave y la mirada de sus ojos azules es amable. Tengo la extraña sensación de que me habría caído bien si la hubiera conocido.

No es de extrañar que Anders esté lejos de dejarla ir: ella es lo último que ve antes de dormirse por la noche y lo primero que ve cuando se despierta por la mañana. Debe echarla mucho de menos.

Cuando pienso en ello, la sensación de inquietud en mi estómago se tranquiliza. No me molesto en ir a buscar alcohol y, en cambio, me dirijo a mi habitación para terminar de prepararme.

***

Anders regresa sobre las seis, disculpándose por no haber podido llegar más temprano. Toma una ducha rápida y tiene el pelo rubio húmedo cuando reaparece. Se ha puesto una camisa de color gris carbón con botones a presión blancos, y la lleva sobre una camiseta blanca con vaqueros negros y unas botas de ante.

Yo he optado por volver a mi negro estándar, que me da seguridad. Llevo puesto el vestido ajustado, hasta la rodilla y sin mangas que usé la primera vez que fui al Dirk's, el que tiene cuentas blancas alrededor del escote en V.

Anders insiste en que no quiere beber mucho esta noche, así que le cuento lo que he hecho hoy mientras conduce hacia el sur hasta que

llegamos a otra calle diagonal, una que corre hacia el sureste de la ciudad. Cuanto más nos alejamos del centro de Indy, las construcciones se hacen más bajas y espaciadas. Se alternan con aparcamientos y son en su mayoría de ladrillo rojo, algunas con detalles ornamentados, cornisas decorativas y escaleras de incendios de metal negro, como las que se ven en las películas ambientadas en Nueva York. Hay algunas pinturas murales de estilo *funky* en las paredes exteriores de las tiendas y bloques de apartamentos y parece como si nos estuviéramos dirigiendo hacia un distrito más moderno.

—Ese es el Fountain Square Theatre Building —dice Anders, señalando hacia adelante con la cabeza—. Es hacia donde nos dirigimos.

El edificio en sí es grande y un poco sombrío, pero la antigua señalización que envuelve la planta baja rebosa de color.

—Eres muy guapa —dice Anders.

«¿Qué?».

Me giro para mirarlo, sorprendida, y veo que sonríe y señala por la ventana. Sigo la línea del dedo extendido hacia unas grandes letras blancas, fijadas a un lado de un edificio, que dicen: «Eres muy guapa».

Me río.

—Bueno, obviamente no estabas hablando de mí.

—¿Qué tiene eso de obvio? —responde.

—No estoy buscando un cumplido —le aseguro—. Sabes que no.

—¿Me tomas el pelo? —Suena vagamente incrédulo.

—*Nop*. Bailey es la guapa. —Cambio de tema—. ¿A qué hora empieza la fiesta?

Su amigo, Wilson, ha alquilado una bolera de *duckpins*, sea lo que sea esto (unos bolos más pequeños de lo normal, creo).

—A las ocho, pero siempre llega tarde. He pensado que primero podríamos ir a tomar algo a la azotea.

Rodea el edificio y pasa al lado del cartel de neón *vintage* más genial que he visto en mi vida. Se proyecta fuera del edificio y es azul y tiene forma de píldora. Lo envuelven unas líneas de neón blanco y tiene unas letras amarillas que dicen «Duckpin Bowling». Al lado hay un cartel que dice «Fountain Square Theatre» que tiene tantos focos

encendidos que no llamaría la atención en Las Vegas.

Hay dos boleras de *duckpins vintage* en el edificio y, una vez que hemos aparcado, Anders me lleva hasta la cuarta planta para mostrarme aquella a la que no iremos más tarde y que ha sido restaurada teniendo en cuenta su diseño original de 1930, con un café y una pista de madera de ocho carriles. El ambiente está inundado de luz gracias a una larga línea de ventanas en la pared cubierta de cal.

Continuamos hacia arriba y llegamos al jardín de la azotea. El paisaje circundante es completamente plano y la vista se extiende kilómetros a la redonda. En una esquina hay un cartel que dice «Fountain Square: de todo menos cuadrado» y debajo de él cuelga un gran reloj con el clásico logo rojo y blanco de Coca-Cola en el centro.

Nos sentamos a una mesa desde la que se ven los rascacielos de la ciudad en la distancia, y se acerca una camarera. Elijo un cóctel con ron y Anders opta por una cerveza baja en alcohol. La chica se aleja, y no puedo dejar de sonreír.

—Este es uno de los lugares con más personalidad en los que he estado. Quiero mudarme aquí.

Anders parece divertido.

—Solo estoy bromeando —le digo.

—¿Tienes pasaporte de Estados Unidos? —pregunta con interés.

Asiento. El mejor regalo que me dio papá.

—Nací aquí. En Phoenix.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Hasta los seis años. Mamá esperó que naciera Bailey antes de hacer las maletas y llevarnos al Reino Unido. Papá ya se había mudado a Indiana con Sheryl. Esa parte de mi vida parece un sueño cuando pienso en ella ahora.

Le hablo del *bungalow* de tejas rojas de mis padres en la base de Camelback Mountain, de las tormentas de arena, los cactus y los pueblos de *cowboys* y, mientras hablo, la camarera nos trae los cócteles.

—Me gustaría volver a Arizona algún día —le digo— para ver todas esas cosas que recuerdo, como el Gran Cañón y el lago Powell. Encontré un viejo álbum de fotos de mi padre hace poco y el agua era

muy verde y con grandes rocas alrededor. Quiero ver si estos lugares son tan bonitos como los recuerdo.

—Podrías hacer un viaje con Bambi.

—Me encantaría. Te diría que vinieras conmigo, pero no hay espacio para dos dormitorios.

Sonríe.

—Supongo que tendré que conseguirme mi propio Airstream.

—No, puedes tomar prestado a Bambi cuando quieras, lo digo en serio. Siento que es tan tuyo como mío.

—Oh, vaya. —Parece conmovido mientras levanta su cerveza.

—Scott y yo planeamos viajar por Estados Unidos una vez —le cuento.

Anders asiente, con su mirada fija en la mía. El sol se asoma desde detrás de una nube y le da de lleno en el rostro, iluminándole la mancha ámbar del ojo.

—Laurie y yo también queríamos hacerlo —dice levantando la mano para protegerse del sol. Es la primera vez que evoca por voluntad propia a su difunta esposa.

—¿Cuánto tiempo estuviste casado? —le pregunto con delicadeza.

Baja la mano, pero entrecierra los ojos por la luz.

—Un año y medio, antes del accidente, pero ya llevábamos un par de años juntos.

—¿Cómo os conocisteis?

Se echa hacia atrás en la silla.

—Ella trabajaba en el departamento de Relaciones Públicas del equipo e iba a la mayoría de las carreras.

—¿Dónde vivías antes de los *lofts* de seda?

—En Broad Ripple, a una media hora hacia el norte. También te gustaría, seguro.

—No te pediré que me lleves.

—No me importaría llevarte.

¿No le traería demasiados malos recuerdos? Eso es una buena señal.

—¿Estás mejor después de cómo te sentiste ayer? —me pregunta, juntando las cejas.

—Sí, lo siento, fue vergonzoso. —Me muevo en la silla y mi pierna

choca contra la suya.

—No, en absoluto. —Se endereza otra vez en la silla y apoya los codos en la mesa—. ¿Tu ex te molestó de alguna manera?

—No, no fue por nada que dijera él. Le envié algunas fotos de Bambi porque pensé que le gustaría ver lo que estábamos haciendo y tuvimos un bonito intercambio de mensajes, pero supongo que todavía estoy procesando algunas cosas.

Se le achinan los ojos de preocupación.

—¿Tuvo una aventura?

—No, pero se enamoró de una colega en el trabajo y se dio cuenta de que ella era la indicada. Y no yo.

—Es un idiota.

Me río, pero él apenas sonríe.

—¿A qué se dedica? —me pregunta mientras me tenso ante la enorme intensidad de su expresión.

Me hace sentir como si estuviera conectada a un enchufe cuando me mira así.

—Es paisajista. Dirige su propia empresa.

Asiente, con su mirada aún fija en la mía.

—Nadine, su nueva novia, trabaja con él. No es mala persona. Cuando se dio cuenta de que se había enamorado de él, trató de renunciar y alejarse. Creo que vi el momento en que Scott finalmente aceptó que estaba enamorado de ella y no podía dejarla ir.

Se lleva la botella hasta los labios, vuelve a bajarla y me dedica una extraña mirada.

Entonces le hablo de aquel día en el parque.

—Scott tenía una expresión de anhelo en el rostro cuando la miraba. Es difícil de explicar. Pero cuando se cruzaron las miradas y ninguno de ellos rompió el contacto, percibí que había una atracción entre ellos. Me descompuse —recuerdo con un estremecimiento.

—Lo siento —murmura Anders.

—No pasa nada, de verdad. Ahora puedo ver que no éramos uno para el otro. Creo que Scott, o tal vez Nadine, nos hizo un favor a los dos —le digo y sonrío—. Háblame de Wilson. ¿Es uno de tus compañeros de equipo?

—No, en realidad no —responde, y parece salir de su ensoñación—. Lo conocí en un bar de *blues* en vivo llamado Slippery Noodle. Es músico.

—¿De verdad? —digo recuperando la alegría.

—*Sip*. Ese es otro lugar que te encantaría. Es el bar más antiguo de Indiana. Dicen que está embrujado —añade, sonriendo—. Está a solo cinco minutos en coche de mi piso actual, pero solía ir allí todo el tiempo cuando era más joven. Wilson y yo conversábamos mucho en el bar. Hace años que somos amigos.

—Me muero por conocerlo.

Tomamos un trago más en la azotea antes de bajar hasta el sótano. El espacio está amueblado con auténtica parafernalia de los años cincuenta y sesenta, con baldosas a cuadros de color blanco y rojo en la sección de comedor, y taburetes y sillas de vinilo rojo. De las paredes penden letreros de neón y pósteres *vintage*, y hay muros de bloques de vidrio para dividir las distintas zonas.

Un montón de amigos de Anders ya están aquí y es un grupo muy interesante y ecléctico. Me presenta a artistas, músicos e incluso un arquitecto con ojos amables y barba hípster. Hay una mujer que lleva un vestido de lunares blancos y rojos de los años cincuenta y lo lleva tan bien, con el pelo rojo peinado hacia el costado en un estilo retro tan logrado, que le pregunto a Anders si se viste así todos los días. Me dice que sí.

Para cuando llega Wilson a bombo y platillo, ya me he tomado tres copas y he recorrido un buen trecho del camino hacia la borrachera. Wilson medirá un metro ochenta, es delgado y va vestido todo de negro con la excepción del cinturón plateado que luce alrededor de sus caderas estrechas. Tiene mechones negros gruesos que le llegan más allá de los omóplatos.

—¿Quién es ella? —le pregunta a Anders con brillo en sus ojos marrones.

—Es mi amiga, Wren —responde Anders.

Así es como me ha presentado a todos: «su amiga, Wren».

—Feliz cumpleaños —trino.

—Wren es arquitecta —le dice Anders, y se le dibuja una sonrisa

juguetona en los labios.

—¿Has conocido a Dean? —dice, y señala con la cabeza hacia el hípster de barba.

—Solo brevemente.

—¿De dónde eres?

—Inglaterra.

—Ya me doy cuenta. ¿De dónde de Inglaterra?

—De un lugar llamado Bury St Edmunds.

—Nunca he estado en Bury St Edmunds, Wren. ¿Cómo es?

Describo las ruinas de cuento de hadas y la arquitectura histórica, y entro en detalles acerca de un pequeño *pub* llamado Nutshell, que es uno de los más pequeños de Gran Bretaña y está abarrotado de cosas raras, incluyendo un gato momificado.

Anders parece tan fascinado como Wilson cuando me oye hablar de mi ciudad natal, pero deja que hable su amigo. Y creo que esto debe ser algo en lo que Wilson es muy bueno, pues hace muchas preguntas que hacen sentir cómoda a la gente. Pero, cuanto más me pregunta, más me doy cuenta de que así es él. Está realmente interesado en las personas, en las cosas. Y, a su vez, me encuentro haciéndole preguntas a él sobre su música, sobre los instrumentos que toca (parece que todos, aunque lo que más le gusta es la guitarra eléctrica).

Anders se queda un rato con nosotros antes de ir a buscar más bebidas y luego nos deja solos y se mezcla con sus amigos. Me doy cuenta un tiempo después de que, cuando ha llegado Wilson, le ha dado un abrazo y que ha apoyado el brazo con cariño alrededor de los hombros de Dean cuando nos presentaba, pero no es táctil con ninguna de las mujeres. Todavía parece decidido a dejar claro que no está disponible a pesar de que ya han pasado casi cuatro años y medio desde que perdió a su esposa.

Supongo que cada uno maneja el dolor de manera diferente, pero es muy triste pensar que ha mantenido las barreras alzadas durante tanto tiempo.

Después de un rato, la chica pelirroja con el vestido de los años cincuenta se acerca y Wilson nos presenta con todas las formalidades. Se llama Susan y es fotógrafa, pero también trabaja en una tienda de

discos en la misma calle e insiste en que vaya a visitarla alguna vez para que pueda mostrarme un disco de vinilo de una banda desconocida que descubrió hace poco en un mercado de antigüedades.

Dean se une al grupo y paso más tiempo hablando con él sobre arquitectura. Ha estado trabajando en una cafetería que se encuentra en un antiguo banco de mediados de siglo y acaba de terminar de diseñar una casa modernista baja con un techo saliente y gigantes puertas correderas de vidrio. Parecen el tipo de proyectos en los que yo mataría por trabajar. Y tal vez es por culpa del alcohol, o tal vez es por el síndrome de «el-césped-es-siempre-más-verde-en-el-jardín-del-vecino», pero me siento como si estuviera en una de las mejores salidas nocturnas de mi vida.

Aún no he encontrado mi tribu en Bury St Edmunds. Mi única amiga es Sabrina, pero ella y su prometido Lance se sienten intrínsecamente vinculados a Scott porque los conocimos mientras estábamos juntos. Todos mis otros amigos del trabajo y la universidad están en Londres o desparramados por todo el país. Me encantaría tener un gran grupo de amigos locales como este. Anders tiene suerte.

Wilson insiste en que haga equipo con él y uno de sus compañeros de banda, Davis, para nuestra primera partida de *duckpins*. Los carriles son más cortos que los de los bolos tradicionales y las bolas son más pequeñas, pero, en lo esencial, es el mismo concepto: golpear las cosas que están en el fondo de la pista.

Por supuesto, no acierto ni una. Estoy demasiado borracha.

—¿Qué estoy haciendo mal? —le pregunto a Anders.

—No puedo decírtelo, no estás en mi equipo —responde con una sonrisa socarrona.

Susan, una de las que sí está en su equipo, derriba todos los bolos menos uno en su tercer intento y él levanta los brazos y la felicita.

—¿A quién le importa si ganamos o perdemos? ¡Lo que cuenta es jugar! —exclama Wilson, poniendo acento inglés y proyectando su voz como un actor shakespeariano—. Pero estás torciendo el brazo a la altura del codo —me murmura al oído.

—¿Qué quieres decir? ¿Así?

—No, así. —Me agarra el brazo y lo sostiene más recto.

Trato de corregir el tiro, lanzo la bola por la pista de madera y derribo cada uno de esos malditos bolos. Estoy tan asombrada y luego tan eufórica que empiezo a pegar saltos en el lugar al grito de «¡SÍ!».

Wilson me choca los cinco, luego Davis también, entonces miro a Anders con toda la euforia y lo veo riendo con el rostro lleno de afecto. Me gusta mucho en ese momento y, como no rompe el contacto visual, yo tampoco lo hago.

Inclina la cabeza hacia un lado y se le oscurecen los ojos mientras su sonrisa se desvanece y se convierte en una pequeña mueca. Me siento como si fuera una mosca atrapada en la miel… No, un mosquito atrapado en ámbar, incapaz de despegarme de su firme mirada.

Su atención baja hasta mis labios y siento una inyección de adrenalina en el corazón cuando vuelve a subir los ojos al resto de mi cara. Recibo el calor abrasador que hay en ellos antes de que haga una mueca y mire hacia otro lado.

Se pone de pie de un salto y recoge una bola. Tardo un momento en darme cuenta de que simplemente le ha llegado el turno.

—Hora de darte una paliza —dice en un tono ligero y juguetón.

Me obligo a reír, pero ¿qué demonios? ¿Acabo de imaginar esa conexión entre nosotros? Él parece haber vuelto a la normalidad, pero yo apenas puedo hacer entrar aire en mis pulmones. Mi pulso está por las nubes, golpea bajo mi piel, y él no parece afectado en lo más mínimo.

Hago lo que puedo por seguirle la corriente, pero es difícil.

Nos quedamos un par de horas más después de terminar la partida, riendo, bebiendo, charlando y comiendo, hasta que finalmente damos por terminada la noche y Anders nos lleva a casa.

—¿Quieres una copa? —pregunta mientras abre la puerta.

—Lamento que no pudieras beber.

—No me ha importado. Estaba feliz.

—¿Lo estabas? —pregunto—. ¿Feliz?

—Mucho —responde con una sonrisa.

Dios mío, está tan sobrio.

—Por favor, ¿podrías emborracharte mucho ahora? —le pregunto, mientras me tambaleo camino a su sofá de cuero y caigo sobre él.

—Haré lo que pueda. ¿Qué quieres?

—Algo suave.

Me trae un agua con gas y un *whisky* helado para él, y luego se sienta en el sillón a mi derecha.

—Me he divertido mucho esta noche —le digo—. Me caen muy bien tus amigos.

—Me alegro. Tú también les has caído bien.

—Son todos tan interesantes…

—Tú eres interesante.

—Tú lo eres —le respondo, borracha.

Se ríe, niega con la cabeza, y se lleva la copa a los labios. Se detiene y luego baja la copa de nuevo.

—Eso que has dicho antes, eso de que Bailey es la guapa… ¿Tu padre nunca te dijo que lo eras de pequeña?

—No —contesto sin rodeos.

—¿Pero se lo dijo a Bailey?

—Supongo que sí. Mírala. No nos parecemos en nada.

Frunce el ceño.

—No estoy de acuerdo.

—Vamos, hasta Jonas comentó lo diferentes que somos las dos.

—Pues se equivoca. Tenéis los mismos ojos —dice—. No por el color, los tuyos son más bonitos, pero las dos tenéis los ojos almendrados.

«¿Más bonitos?». Niego con la cabeza, aunque mi corazón se eleva y se hincha.

—Mis ojos no tienen nada que ver con los de ella. Los suyos son grandes en plan Boo. —Es comprensible que lo confunda esta descripción.

—No sé qué significa eso, pero creo que las dos tenéis ojos grandes. Y las dos tenéis narices perfectamente rectas.

Le sonrío, contenta por el hecho de que es obvio que se ha tomado tiempo para considerarlo.

—¿Siempre os habéis llevado bien? —pregunta.

—No, para nada, no cuando éramos más jóvenes. No es que nos lleváramos mal, pero no estábamos muy unidas antes de este viaje.

—¿Por qué no?

—En parte debido a la diferencia de edad, en parte porque no hemos pasamos mucho tiempo juntas, y también porque somos simplemente diferentes. Ella es mucho más extrovertida que yo. Siempre me he sentido poco en comparación. Nos hemos unido este verano, pero en última instancia me he instalado en casa de su familia. Siempre sentiré que mi padre es más suyo que mío.

Frunce el entrecejo.

—Me apena que te sientas así. Cuando estuve en vuestra casa, me pareció muy evidente que tu padre te adora.

Suelto un suspiro.

—Mi padre ni siquiera puede abrazarme. Es decir, me abrazó cuando llegué y me abrazará cuando me vaya, pero este lado de mi familia no demuestra el afecto con el cuerpo. No conmigo, al menos. Creo que la única vez que Sheryl me ha abrazado fue hace un par de semanas cuando se disculpó por algo que hizo cuando yo era más joven.

Me tiene anclada con su atención, y me siento obligada a explicar con más detalle.

—Escondió el álbum de fotos del que te he hablado antes. A Bailey le gustaba mirarlo y Sheryl se lo quitó. Creo que se sentía amenazada por mí, por mi madre, por la historia de papá con nosotras. Nunca me dejó acercarme demasiado a ella, me hacía sentir como si fuera una molestia. Recuerdo una vez, cuando yo tenía unos ocho o nueve años, ella se hizo una permanente y tenía el pelo muy rizado y brillante. Me moría por tocarlo para ver cómo se sentía, pero cuando intenté tocarle uno de sus rizos, me apartó. No era buena conmigo cuando estaba creciendo.

—¿Crees que ese podría ser en parte el motivo por el que eres insegura?

—¿Soy insegura?

—Para alguien tan inteligente y talentosa como tú, creo eres bastante insegura.

Lo miro fijamente y mis entrañas revolotean mientras trato de darle sentido a sus palabras.

—Supongo que no ayuda que mi padre me abandonara. Y que luego lo hiciera Scott —añado con un ligero encogimiento de hombros

Esa es otra cosa que he tratado de tomar a la ligera y que él no encuentra graciosa. Su mirada es apremiante e intensa. Siento un calor que brilla sobre mi piel.

—Creo que debería ir a la cama. Estoy demasiado borracha para esta conversación — decido de repente.

Asiente, se inclina con lentitud hacia adelante y apoya los codos en las rodillas, con la copa en sus manos. Me observa mientras me pongo de pie. Soy hiperconsciente de su atención mientras voy y vuelvo a llenar el vaso con la botella del frigorífico. Vuelvo a cruzar el salón camino al dormitorio, y vacilo antes de girar para decir buenas noches. Él todavía me mira y, por alguna razón, no puedo hablar. Me quedo allí, inmóvil, esperando, pero sin saber qué espero.

—Eres muy guapa, Wren.

Lo dice con tanta serenidad, con tanta honestidad, que abro la boca y la vuelvo a cerrar.

Y me sostiene la mirada tanto tiempo que mis pensamientos se dispersan como los bolos de la bolera. Trato de desenredar nuestras miradas, pero estoy enterrada en miel otra vez, encerrada en ámbar. Algo dentro de mí comienza a desarmarse, a desplegarse hacia él. Me siento atraída en su dirección, pero cuando doy un solo paso, baja la mirada hacia su bebida.

—Buenas noches —dice.

Bebe de un trago el contenido del vaso y yo giro sobre mis talones para encerrarme en mi cuarto y tratar de dominar los latidos descontrolados de mi corazón.

***

En medio de la noche, me levanto para usar el baño y juro que puedo oír el sonido de una mujer riéndose al otro lado de la pared. Pero por la mañana, cuando me despierto, me pregunto si estaba soñando.

Capítulo veintisiete

Anders todavía está dormido cuando me aventuro fuera de mi habitación, con la necesidad urgente de buscar algún medicamento que alivie mi dolor de cabeza. Paso a hurtadillas frente a su dormitorio, haciendo un esfuerzo por apartar la mirada, y tomo el bolso del lugar en que lo dejé caer junto a la puerta anoche. Si no estuviera sufriendo tanto, no me atrevería a correr el riesgo de despertarlo. En silencio, lleno un vaso de agua del grifo, vuelvo a mi dormitorio y me meto en la cama.

Por mi mente pasa como un torbellino todo lo que ocurrió anoche, pero vuelve una y otra vez a «Eres muy guapa, Wren» y esa mirada en su cara.

Pensaba que no se sentía atraído por mí, pero ahora no estoy tan segura.

Me siento demasiado intranquila para volver a dormirme, así que al final me levanto y tomo una ducha. Para cuando resurjo, Anders ya está levantado, en la cocina.

—¡Hola! —exclamo, y voy a verlo.

—Ey —responde con voz ronca, sin mirarme.

Siento que se me hunde el estómago. Por favor, que las cosas no se pongan raras entre nosotros… Me repongo, decidida a no permitir que demos un paso atrás.

—¿Café? —pregunta mientras me siento frente a la barra de desayuno.

—Por favor. Lo de anoche fue muy divertido —digo, e inyecto calidez en el tono de mi voz, manteniéndolo ligero y amable—. Estaba muy borracha. Espero no haber dicho muchas estupideces. Tuve que venir a buscar Tylenol hace un rato. ¿Tú cómo estás?

—Bien. —Asiente y se rasca la nuca. Tiene el cuerpo inclinado hacia la máquina de café.

Lleva una camiseta gris arrugada e imagino que habrá dormido con ella puesta.

«Eres muy guapa, Wren».

Me armo de valor para hacer frente a los recuerdos que hacen que se me encoja el corazón.

—¿Has dormido bien? Pareces cansado —digo.

—Estoy un poco cansado. ¿Leche? ¿Azúcar?

—Sí, por favor. Dos. —Le pondría tres porque tengo resaca, pero me abstengo.

—¿Qué tal si salimos a desayunar? —sugiero—. No me vendría mal un buen desayuno grasiento. ¿Tienes que trabajar esta mañana?

—No. Aunque no me importaría volver a la granja más temprano que tarde.

—¿Ya estás harto de la gran ciudad? —le pregunto con una sonrisa.

Quizás está harto de mí. Oh.

Se encoge de hombros y me sonríe.

¿Estaba siendo amable anoche y nada más? ¿Es el tipo de cosas que le diría a cualquier amiga para que se sintiera mejor? Tengo miedo de haber estado leyendo demasiadas cosas en las miradas que hemos cruzado.

—Podemos irnos cuando quieras —digo—. Yo puedo volver en otro momento.

—Salgamos a desayunar —dice de repente—. Hay un lugar en la esquina que creo que te gustará.

Me gusta que sepa lo que me gusta.

Retengo el pensamiento hasta que desaparece. Necesito trabajar más en fortalecer mi mente.

***

Vamos a una cafetería que tiene ventanas gigantes en las dos paredes adyacentes a las calles. Adentro, está pintado de gris oscuro y tiene una mezcla de sillones y sofás para sentirse realmente cómodo. Libros

viejos y juegos de mesa bastante desgastados se apilan en los estantes del bar y tengo la sensación de que la gente puede pasar horas aquí.

Mientras nos sentamos, señalo un sillón que es del mismo estilo anticuado que el que tiene su familia en casa. Nos reímos juntos cuando imaginamos a su madre tratando de poner cara seria cuando imitaba a sus antepasados.

—¿Crees que Jonas estará en esa pared con su esposa algún día? —le pregunto.

—No sé dónde va a encontrar una esposa —responde con ironía—. Creo que dejó agotadas a todas las mujeres disponibles de la ciudad.

—Tal vez necesita venir y pasar algún tiempo aquí, y encontrar una buena chica de la ciudad para convertirla.

Sonríe.

—Podríamos intercambiarnos las vidas.

—A ti te encanta la granja, ¿no es cierto? —No es una pregunta. Estoy pensando en lo sereno que se veía cuando fuimos a nadar el fin de semana pasado.

—Sí, me encanta —dice, y mira con cara pensativa a los coches que pasan—. Jonas me puso mucha presión para ir a casa y le dije a mi jefe que mi familia me necesitaba, que mi hermano me necesitaba. Pero ahora me pregunto si Jonas me hizo ir a la granja más por mi bien que por el suyo. Creo que sabía que necesitaba tomarme un tiempo lejos de todo.

—Suena como si hubiera asumido el rol de hermano mayor otra vez. Está cuidándote, en lugar de cuidarlo tú a él. Así era como cuando erais más jóvenes, ¿verdad?

Asiente, chocando la cucharita con suavidad contra la enorme taza de café.

—Me gustaría poder quedarme para la cosecha. Jonas ha estado pensando en contratar a un peón. —Mi corazón da un vuelco ante la idea de que se vaya—. Quizás todavía tenga la oportunidad de ayudar un poco.

—Si vienes, ¿puedo dar un paseo en el tractor contigo? —pregunto con una sonrisa.

«Ligera y alegre, Wren. Ligera y alegre».

—Por supuesto —responde con otra.

***

Anders sigue ablandándose y, para cuando nos detenemos frente a Wetherill, parece que hemos vuelto a la normalidad. Me siento aliviada.

—Ve y dales un abrazo —me ordena mientras salgo del coche—. Te reto.

—Ya veremos. —Me doy la vuelta y agacho la cabeza para poder mirarlo por la puerta abierta—. Gracias de nuevo. Me lo he pasado genial.

—Yo también.

Me enderezo y cierro la puerta antes de que las cosas se pongan raras otra vez.

Hemos pasado la última parte del viaje hablando de mi familia y me ha convencido de que es muy probable que papá, y tal vez incluso Sheryl, hayan querido abrazarme en innumerables ocasiones, pero se hayan contenido porque no han querido sobrepasarse. El hecho es que, y Anders también está de acuerdo con esto, simplemente no me conocen tanto. No son conscientes de que me he mantenido distante con ellos porque no quería salir herida. Si quiero cambiar la narrativa, puedo, está bajo mi control. Pero lo más seguro es que yo tenga que dar el primer paso.

Miro por encima de mi hombro cuando llego a la puerta principal, aunque sé que Anders ya se ha ido hace tiempo.

Sheryl está en la cocina, trabajando con un pelador de frutas.

—Debería haber sabido que te encontraría aquí —bromeo—. Oh, ¿peras?

—¡Las primeras de la temporada! —canta.

—Justo a tiempo. Me estaba aburriendo un poco de los melocotones.

—Las manzanas ya están listas también —me dice.

Tiene el delantal y el pelo salpicados con masa.

—¿Dónde está papá?

—Afuera, en el granero. ¿Cómo ha ido tu fin de semana? Pensaba que llegarías después de cenar.

—¿He vuelto demasiado pronto? Espero que no te importe.

—Por supuesto que no. Te hemos echado de menos —dice para mi deleite—. ¿Lo has pasado bien?

—Sí, muy bien. —Mis ojos se precipitan hacia la mezcla de pastel en su peinado de pelo gris—. Tienes un poco… —digo señalando al norte de su sien derecha.

—¿Dónde? —Ella baja la cabeza y me acerca.

—Aquí.

—¿Me la puedes quitar? —me dice, un poco exasperada.

—Por supuesto, sí, lo siento. Creía que no te gustaba que la gente te tocara el pelo, ya sabes, que invadiera tu espacio personal.

—No me gusta que la gente invada mi espacio personal —responde, y sus ojos marrones se cruzan con los míos—, pero tú no eres «la gente», eres familia.

Me estiro y, para mi sorpresa, me empieza a picar la nariz cuando me concentro en quitar suavemente la mezcla de pastel. Siento la mirada de Sheryl sobre mí todo el tiempo.

—Esta es una de esas cosas, ¿no? —pregunta con tono serio—. Un error que cometí cuando eras más joven.

Se me hace un nudo en la garganta y asiento.

—¿Puedo abrazarte? —le pregunto llevada por un impulso y pensando en Anders.

—¡Por supuesto que puedes, cariño! —responde y su voz salta una octava mientras me abre los brazos.

—¿Qué está pasando aquí? —interrumpe papá, que acaba de entrar por la puerta principal y tiene los ojos muy abiertos por la sorpresa—. ¿Dónde está mi abrazo?

Me río y me muevo para apartarme de Sheryl, pero ella se aferra a mi cintura y abre el otro brazo para ensanchar el círculo.

Y no creo que sea porque quiera mantener el control o no le guste que la excluyan; creo que es porque aún no está lista para soltarme.

Capítulo veintiocho

—Bien, así se hace —le dice Jonas a Bailey, que acaba de meter la bola negra—. Creo que deberías divorciarte de ese tal Casey y casarte conmigo.

—Sí, claro, contigo, que eres un patán.

Jonas se ríe, junta las bolas para una segunda partida y a mí me hace sonreír su camaradería. Ahora estoy convencida de que su amistad es puramente platónica.

Es domingo por la noche, una semana después de nuestro viaje a Indianápolis, y los cuatro hemos ido al bar de Dirk a jugar unas partidas de billar.

Anders y yo hemos pasado todas las noches de la última semana trabajando en Bambi, además de todo el día de ayer y el de hoy, y eso se suma al trabajo que han estado haciendo él y Jonas para preparar la granja para la cosecha.

Estoy acostumbrada a llegar a su casa y encontrarlos acalorados, sudorosos y cubiertos de manchas de grasa y tierra. Han estado cargando combustible en los vehículos agrícolas, cambiando el aceite del motor, los filtros de aire y los neumáticos, y actualizando los *software*. Utilizan diferentes cabezales (piezas grandes de maquinaria que van en la parte delantera de la máquina) para cosechar diferentes cultivos y todas tienen muchas partes móviles, que podrían funcionar mal y dañar la cosecha, por lo que han sido rigurosos al revisarlo todo.

Pero antes, cuando he ido a verlos, estaban corriendo por el circuito de motocross detrás de los cobertizos, gritando de alegría como niños pequeños cada vez que pegaban un salto. Me ha llenado el corazón verlos tan contentos.

El maíz está empezando a cambiar. Se está poniendo dorado de punta a punta y las hojas verdes de la soja que plantaron antes ya tienen motas amarillas. Hasta nuestras calabazas se han inflado como globos. No puedo creer que ya vayamos a estar en septiembre en unos pocos días.

Anders y yo estamos a punto de terminar con Bambi. Esta tarde hemos vuelto a montar los paneles de la parte trasera y hemos fijado una junta de goma a la nueva puerta de atrás para que no entre el agua de lluvia. Vamos a hacer una prueba mañana con la hidrolimpiadora y después, una vez que sepamos que no hay filtraciones, colocaremos una capa de abedul en las paredes interiores y linóleo en el suelo.

Estamos muy contentos con cómo está quedando y hemos estado trabajando mucho, pero esta noche queríamos relajarnos y descansar. Bailey y Jonas también: hoy han terminado el anuncio para la noche de cine y lo han enviado al periódico local para que aparezca a finales de esta semana. Bailey está emocionada, pero Jonas parece nervioso. Todavía no le ha dicho a sus padres lo que tiene planeado.

Peggy y Patrik han decidido quedarse en Wisconsin un par de semanas más y creo que Jonas espera inocentemente que el primer evento de cine al aire libre que se celebra, ya no de la granja Fredrickson, sino en cualquier lugar de la ciudad, pase desapercibido para sus padres.

Pero, según Anders, es solo cuestión de tiempo, probablemente unos pocos días, antes de que alguno de sus amigos se lo mencione.

Anders espera que eso no haga que vuelvan antes.

Después de la burla inicial, Jonas ahora está de acuerdo con mi idea del laberinto, aunque dice que ni en sueños va a llamarlo «laberinto de gramíneas». También dice que puedo diseñarlo si quiero, así que he estado haciendo garabatos en mi cuaderno, y lo he dibujado de manera que comience y termine en el huerto de calabazas de nuestra propiedad.

Papá y Sheryl nos han permitido vender entradas para el laberinto desde el granero, lo que no solo liberará a Jonas y Anders de tener que estar a mano para dar la bienvenida a los clientes, sino que también

significa que la gente podrá parar en Wetherill para recoger productos. Todos ganamos. Papá hasta ha encargado una pancarta para colocar al otro lado del puente.

Después de nuestra charla, me di cuenta de que debería haberles dicho a papá y Sheryl que Patrik y Peggy no están enterados de todos estos planes, pero luego pensé que al menos pueden alegar desconocimiento si termina siendo un problema. Realmente espero que no pongan palos en las ruedas.

***

Me toca a mí y, por suerte, Jonas me ha dejado una bola cerca de un agujero. Le pego, pero no sé cómo logro que rebote contra el borde en lugar de embocarla.

Maldigo y le pongo cara de disculpa a Anders.

Me sonríe, me pone la mano en la nuca y me acerca.

—¿A quién le importa si ganamos o perdemos? ¡Lo que cuenta es jugar!

Es una brillante imitación de lo que dijo Wilson la semana pasada, pero estoy tan sorprendida por el contacto físico que ni siquiera me río.

Me suelta y me queda un calor abrasador en la nuca.

Me obligo a reír y luego voy a buscar mi bebida a una mesa cercana.

¿Cómo puede un toquecito entre amigos dejarme tan agitada?

Lo miro con disimulo mientras completa el siguiente tiro, y noto cómo se le alargan los músculos del brazo cuando extiende el cuerpo sobre la mesa, la forma en que entrecierra sus ojos verdes y se concentra. La camisa a cuadros blancos y negros está abierta y cuelga sobre la mesa y tiene la camiseta gris un poco subida, lo que revela un fragmento de piel bronceada por encima de la hebilla del cinturón. Me imagino deslizando las manos sobre su estómago plano, sintiendo que se le tensan los músculos bajo mis dedos, y me invade un sofocón.

No. Basta.

Rápidamente miro hacia la barra y tengo que mirar dos veces

cuando veo que Heather está ahí.

Miro a Jonas, pero no creo que la haya visto. Está con unas amigas. Miro a Anders que está al otro lado de la mesa y abro mucho los ojos.

—¿Qué? —dice.

Apunto con la cabeza hacia la barra.

Su expresión se ensombrece cuando la ve.

Jonas tiene el brazo alrededor de los hombros de Bailey y parece muy relajado. Anders se le acerca y le dice algo en voz baja algo al oído.

El cambio en el lenguaje corporal de Jonas es drástico. Se tensa y, dos segundos después, suelta a Bailey y se vuelve hacia la barra. Heather ya lo ha visto. Se ha puesto rígida, y la mano con su bebida ha quedado a medio camino hacia los labios. Luego se recupera y levanta la otra mano para saludarlo.

Jonas le devuelve un largo y significativo movimiento de cabeza a modo de saludo. Luego le da la espalda y se termina la bebida de un trago.

Caramba. Es evidente que todavía lo afecta mucho, a juzgar por esa reacción. La tensión entre ellos es palpable.

—¡Casey! —grita Bailey de repente, sacudiendo los brazos como una loca.

—¡Ey! —responde Casey, esquivando las mesas para llegar a ella.

Ella lanza los brazos alrededor de él.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Creía que ibas a ver a Brett esta noche!

—Lo he cancelado. He pensado que ya era hora de venir y pasar el rato con mi esposa y sus amigos. Hola, Wren —me dice con afecto, y me da un abrazo.

Lo abrazo contenta, encantada de verlo aquí.

Anders se acerca para que lo presente, y luego Bailey lleva a Casey hacia Jonas.

—Ey —dice Jonas, estrechando la mano de Casey.

Es simpático, pero se le ve preocupado.

Por desgracia, creo que va a recaer en los demás hacer que Casey se sienta bienvenido.

—¿Qué tal va con Fortnite? —le pregunto con una sonrisa—. ¿Has matado a algún niño últimamente?

Me río de su expresión tímida y le cuento a Anders que Bailey se enfadó con él la otra noche porque estaba a mitad de una partida y la cena estaba lista.

—Le dije que levantara el culo inmediatamente —interviene Bailey.

—Y Casey dijo… ¿Qué dijiste, Casey? —pregunto.

—Dije: «Si voy ahora, todos verán mi avatar allí parado y sabrán que mi mujer me ha llamado para cenar».

—Y yo dije —interrumpe Bailey—: «Todos verán tu avatar allí parado y creerán que tu mamá te ha dicho que fueras a la cama».

—¿Alguna vez has jugado a Fortnite? —le pregunta Casey a Anders mientras se ríe.

Anders niega con la cabeza.

—Ven a casa cuando quieras.

—No, no lo hagas —le digo—. Puede que nunca te vuelva a ver.

De repente, me doy cuenta de que Jonas ya no está con nosotros. Bailey lo nota también.

—¿Dónde está Jonas? —pregunta.

Las amigas de Heather están en la barra, pero ella ha desaparecido.

—No lo sé —respondo frunciendo el ceño—. Ha venido su ex. Quizás se ha ido a hablar con ella.

Casey invita a una ronda de bebidas y, después de esperar otros diez minutos, Anders lo invita a tomar el lugar de su hermano en la mesa de billar.

Creo que los dos estamos distraídos por lo que le ha pasado a Jonas. Solo Dios sabe dónde ha ido o qué está haciendo, pero creo que tenemos una idea bastante clara de con quién está.

Capítulo veintinueve

—Quizás debería ir a buscarlo —dice Anders después de que nos despidamos de Casey y Bailey mientras nos dirigimos hacia el puente.

Después de la desaparición de Jonas, solo nos hemos quedado una hora más.

—Voy contigo, si quieres.

Él se inclina hacia un lado.

—¿Estás dispuesta a montar la parte trasera de mi moto?

—*Sip*. Confío en ti.

—Vaya, eso es todo un avance —bromea.

—Podría cambiar de opinión cuando esté sobria.

Pero entonces me imagino envolviéndolo con los brazos y no creo que cambie de idea.

Ay, ¿qué me pasa? Apenas me toca y ya se me aflojan las rodillas.

—No puedo creer que vayamos a terminar con Bambi esta semana —le digo.

—¡Yo tampoco!

—Y entonces ya no tendré una excusa para venir a pasar la tarde contigo.

—No necesitas una excusa.

Vamos de mal en peor. Los esfuerzos que debo hacer para superar estos sentimientos son cada vez más grandes.

Caminamos en silencio durante un minuto. El sonido del río corre por debajo de nosotros mientras cruzamos el puente. Al otro lado, nos encontramos los campos que dibujan una suave pendiente ante nosotros y el cielo lleno de estrellas se despliega sobre nuestras cabezas.

—Espero que Jonas esté bien —le digo—. Heather realmente lo

afecta, ¿no?

—Como nadie que haya conocido.

—¿Qué ve en ella? —me desconcierta.

—No tengo ni idea —responde—. Hay algo de «trátame mal y te trataré bien», supongo. Ella siempre ha tenido algún tipo de control sobre él.

—De todos modos, ya parecía nervioso antes de que ella apareciera.

—Está estresado por papá y la granja.

—¿Qué crees que hará tu padre cuando se entere de lo que estáis planeando?

Se encoge de hombros.

—¿Quién sabe? Siempre ha sido impredecible. Con suerte, mamá lo hará entrar en razón. Ella parece ser la única persona que lo logra.

—¿Crees que tu madre os apoyará?

—Oh, sí, ella estará de nuestro lado, sin duda alguna. Cualquier cosa para hacer feliz a Jonas. Fue idea suya lo de tomarse estos días. Quería darle algo de tiempo sin que tuviera a papá encima, darle la oportunidad de imaginar un futuro en la granja y de hacerse cargo de ella. —Suelta un largo suspiro y sigue—: Cuando papá llegó a casa del hospital, ella puso sobre la mesa la idea de vender.

—¿Qué? ¿La granja? —pregunto con sorpresa. Creía que era algo inconcebible.

—Dijo que ya era suficiente, que nuestra familia se había roto la espalda durante mucho tiempo y que no pasaba nada por dejar que otra persona tomara las riendas.

—¿Y qué dijo tu padre?

—Estuvo en desacuerdo con ella. Pero, no sé, creo que el solo hecho de que mamá considerara vender la granja liberó algo en Jonas. Creo que de alguna manera le quitó un poco de presión. Ha estado de tan buen humor las últimas semanas… Tú y Bailey…

—Sobre todo Bailey.

—Ya estás otra vez con eso —murmura—. Te adora, Wren. Y le encantó tu idea de construir cabañas alrededor del lago. No deja de mirar tus bocetos en el teléfono.

Jonas preguntó si podía tomar fotos después de que Anders se los

mostrara.

—Tú y Bailey sois como ángeles caídos del cielo.

—Ohhh. —Me inclino y le golpeo afectuosamente el brazo.

Siento que se pone rígido y por un momento me desmoralizo. Daría cualquier cosa porque fuéramos más táctiles el uno con el otro. Pero entonces achica la brecha entre nosotros, y su brazo roza el mío mientras caminamos. Es casi aterrador lo dichosa que me siento al estar tan cerca de él.

—¿Cuántos años tiene tu padre? —pregunto, en un intento por mantener nuestra conversación casual para que no sienta la necesidad de distanciarse de mí otra vez.

—Cumple ochenta y dos en diciembre.

—¿Y tu madre?

—Setenta y seis.

—¿Tenía casi cuarenta años cuando tuvo a Jonas?

—Llevaban años intentando formar una familia. Jonas y yo, en realidad, teníamos un hermano mayor, Lars. Murió de bebé.

—Oh, ¡qué triste! —¿Será esta la tragedia familiar a la que se refirió Peggy?

—Fue por muerte súbita. Nadie podría haber hecho nada. Pero a mi madre le había costado mucho quedar embarazada de Lars y le pasó lo mismo con Jonas. Mamá dijo que se sorprendieron cuando aparecí yo, solo dos años después de él.

—¿Tienes fotos de Lars?

—Hay una en la sala de estar de la granja, y mamá tiene otras. Todavía visita su tumba a menudo. Está enterrado en el cementerio que hay más allá del lago.

—¿Tenéis un cementerio familiar?

—Sí, detrás de los arbustos, a la izquierda.

—¿Y todos tus antepasados están allí?

—Solo los que vivieron y murieron en la granja.

—Vaya, eso debe hacer aún más difícil pensar en desprenderse de ella.

La idea de los huesos de sus antepasados, ocultos en lo profundo de la tierra en su propiedad, debe atarlos a él y a su familia a este lugar

para siempre.

Por otra parte, eso seguiría siendo así aunque ya no fueran los dueños de la granja. Siempre tendrán historia aquí; la granja Fredrickson siempre será su legado familiar.

Llegamos a Wetherill y Anders asiente señalando hacia la casa.

—¿Cuál es tu habitación?

—La que tiene las dos buhardillas al final. —Señalo a la planta alta.

Es gracioso, realmente la siento como mi habitación. Nunca sentí mía la habitación de huéspedes de Bloomington, que acogió un millón de otros huéspedes y profesores universitarios que iban de visita y era muy estéril comparada con la habitación de Bailey, que se mantuvo exactamente como la había dejado, con todos sus juguetes de la infancia, incluyendo una casa de muñecas que yo codiciaba.

En Wetherill, nadie más que yo ha usado mi habitación. Sé que no siempre será así (no olvido que es una habitación de huéspedes), pero sospecho que siempre me sentiré como en casa aquí.

—A veces os veo a ti y a Jonas cuando estáis en el campo —le digo a Anders—. Me distrae del trabajo, lo cual es algo bueno.

—Lamento que no estés disfrutando mucho de tu trabajo en este momento.

—No pasa nada. —Me conmueve la preocupación en su voz—. Al menos puedo quedarme en Estados Unidos durante más tiempo. Y me he estado sintiendo más motivada los últimos días, así que está todo bien.

Señalo con la cabeza hacia el camino, para que siga avanzando.

—He dicho que iría contigo.

—¿No te has despejado de la borrachera todavía? —me dice con una pequeña sonrisa.

Todavía estamos de pie muy juntos y estoy absorbiendo el calor de su cuerpo y la sensación de la camisa suave que presiona contra mi brazo desnudo.

—En realidad estoy bien. —Le devuelvo la sonrisa. Dios, es encantador—. Pero no estoy lista para que termine la noche todavía. Se está demasiado bien aquí fuera.

Las estrellas son como puntos de luz en un terciopelo negro y el aire

está más fresco de lo que ha estado últimamente, pues la humedad va desapareciendo a medida que nos adentramos en el otoño. El pronóstico del tiempo dijo que tendríamos lluvia esta semana, pero ahora mismo no hay una sola nube en el cielo.

—¿Haces muchos dibujos para el trabajo? —me pregunta Anders, y con las botas va raspando la tierra del camino. Ya no nos tocamos, pero todavía siento la cercanía de su cuerpo.

—No, todo se hace digitalmente, aunque hacía bocetos de perspectivas en el estudio anterior.

En realidad, me pedían bastantes. A veces, a los clientes les costaba mucho visualizar el diseño final, así que se los bosquejaba en 3D y los coloreaba, pero lo hacía a mano alzada, así que parecía más una obra de arte que una visualización de un trabajo hecho por ordenador. A los clientes les encantaban, lo que, a su vez, hacía feliz a mi jefa, Marie. «Tienes un don para esto», recuerdo que decía. Es francesa y lleva unos treinta años en el Reino Unido, pero todavía tiene un fuerte acento.

«Nadie más puede hacerlos como tú». Me gustaba trabajar con Marie. Tenía sesenta largos, pero no evidenciaba ningún deseo de retirarse.

Se me ocurre una idea y me pregunto… Si todavía dirige el estudio, ¿estaría interesada en que le hiciera bocetos de perspectivas como trabajadora autónoma? Todo lo que necesitaría serían fotografías de los edificios y planos.

Mañana le escribiré un mensaje para preguntárselo, decido. Era la parte de mi trabajo que más me gustaba; eso y el diseño.

Cuando llegamos a la granja, un coche avanza por el camino de entrada y las luces casi nos ciegan.

—¿Quién es ese? —pregunta Anders, perplejo, mientras el coche se nos acerca.

Estira el brazo para retenerme y su calor se filtra directamente a través del algodón de mi camisa y penetra en mi piel.

—Es Heather —dice conmocionado mientras pasa y la veo. Tiene el largo pelo oscuro atado en una alta coleta y la cara toda fruncida de enfado.

—¿Qué carajo estás haciendo, Jonas? —murmura Anders decepcionado mientras vemos a Heather que avanza por el camino con dirección a la ciudad.

Es una pregunta que repite mucho más enfadado después de entrar con violencia en la cabaña.

Jonas está sentado en una tumbona junto al agua.

—¡Está casada, por el amor de Dios! —le grita Anders—. ¡Tiene tres hijos!

—Solo quería hablar conmigo —dice Jonas—. No ha pasado nada.

—*Todavía* —dice Anders remarcando esa palabra—. Te está clavando las garras como la última vez. ¡No te conviene! ¿Cuándo demonios vas a aceptarlo?

—Creo que es un poco fuerte que justamente tú me señales qué me conviene.

—No empieces —advierte Anders, y su voz suena extraña, incómoda.

—Dime, ¿qué estás haciendo tú? —pregunta Jonas, no con ira, sino con exasperación—. Han pasado casi cuatro años y medio. ¿Cuándo vas a empezar a vivir de nuevo?

—Estoy viviendo.

—¡A duras penas! Mira lo que tienes delante de ti. Joder, es que ni siquiera puedes verlo. No te permites verlo.

—No hagas esto — dice Anders, y me mira por encima del hombro antes de volver los ojos a su hermano, que todavía tiene el brazo extendido en mi dirección.

Mi corazón es un bombo que late en mis oídos.

—No puedo —dice Anders, negando con la cabeza—. Sabes que no puedo.

—Sí, puedes —responde Jonas con vehemencia mientras deja caer el brazo y se queda mirando fijamente a su hermano.

Y entonces Anders dice, en una voz tan baja que apenas puedo oírlo:

—No puedo, mierda, y lo sabes. —Lo siguiente que veo es que se aleja de su hermano, ofendido, y avanza hacia mí—. Lo siento, Wren —murmura. Evita mirarme a los ojos y se aleja.

No me da ninguna señal de que quiere que lo siga, así que me quedo

donde estoy y lo veo caminar de vuelta hacia la casa. El corazón me late tan fuerte que sacude mis cimientos.

—Wren. —Me doy la vuelta ante el sonido de la voz de Jonas—. Ven y siéntate conmigo un minuto.

Camino con paso inseguro hacia él.

Está claro que Jonas quiere decirme algo.

Capítulo treinta

—¿Quieres una cerveza? —pregunta Jonas.

Le digo que no.

—¿Seguro? Entremos —sugiere, cuando me ve dudar.

Lo sigo. Entramos a la cabaña y me siento frente a su pequeña mesa de madera. Los bordes son ásperos e inacabados y tengo la sensación de que la ha hecho él mismo.

Abre un par de latas y me pasa una antes de apartar una silla y dejarse caer pesadamente.

Me llevo la lata a los labios mientras él bebe de la suya. Casi me atraganto cuando dice:

—Le gustas.

Niego con la cabeza, tosiendo.

—No es verdad. No de ese modo.

—Le gustas, Wren. Exactamente de *ese* modo.

—Te equivocas.

—Y creo que es muy posible que a ti también te guste él.

—No importa si me gusta —respondo, negando frenética con la cabeza, aunque siento que mi estómago hace piruetas ante la idea de que sea verdad—. Sigue enamorado de Laurie. Me dijo que no va a dejarla ir. Me lo dijo, Jonas. Lo dejó muy claro.

—¿Quieres saber cómo sé que le gustas? —me pregunta.

Lo miro fijamente, con los nervios a flor de piel.

—¿Cómo?

—Porque todas las noches de la última semana, después de que te fueras, se ha puesto a ver vídeos de Laurie en el teléfono.

¿Era ella a quien oía reír a través de las paredes de su piso?

—¿Y por qué eso sería una señal de que le gusto? La echa de menos.

—¿Sabes qué? No creo que la eche de menos. Se siente culpable —dice—. Es la culpa la que lo une a ella, no la nostalgia o el amor o cualquier otra cosa.

—¿Por qué se sentiría culpable? No fue culpa suya, ¿no? ¿Lo fue? Quiero decir, el accidente…

—No, para nada. Ni siquiera estaba allí. —Jonas sacude la cabeza.

—No entiendo qué pasó. Dijo que fue un accidente en un *karting*, pero no lo entiendo. —Los karts son pequeños, ¿cómo podrían matar a una persona?

—Se le quedó la bufanda enganchada en el eje de las ruedas —explica Jonas, tragando con ruido—. No debería haberla llevado; de hecho, clausuraron el recinto por negligencia después de aquello. Pero hacía frío y estaba en la fiesta de cumpleaños de una amiga y pensó que, si se la metía dentro del abrigo junto con su pelo largo, no pasaría nada. Pero en algún momento le debió molestar el pelo, así que se lo soltó y la bufanda se salió también. Se desató y se enredó en el eje de la rueda, que siguió girando y la dejó sin oxígeno.

Me tapo la boca con la mano. ¿Se asfixió?

—Fue un accidente, un trágico accidente —continúa con voz ronca—. Creía que Anders lo estaba superando. Se mudó a principios de este año y por fin se quitó el anillo de boda, y pensé que con eso estaba, que era la señal. Y lo ha ayudado el hecho de pasar algún tiempo aquí, lejos de la ciudad y de la vida que solían compartir. Pero volvió tan feliz de Indy después de que estuvieras allí con él que… Se está enamorando de ti, Wren. Estoy seguro.

Anders ha dejado tan claro que no quiere nada más que una amistad que mi mente ha arrojado dudas cada vez que creía que sentía que volaba una chispa entre nosotros. Pero ahora, con las palabras de Jonas, esa chispa se ha convertido en llamarada.

—Sin embargo, sigue viendo esos malditos vídeos —sigue diciendo—. Borraría hasta el último de ellos si pudiera, pero sé que los volvería a conseguir en algún lado. Es como si no pudiera dejar de intentar que el recuerdo se mantenga vivo. Pero ella ya no está. Y él tiene que vivir.

—Quiere lo mismo para ti —me doy cuenta en voz alta—. Tienes

que dejar ir a Heather y tú también tienes que vivir.

Niega con la cabeza y sonríe con tristeza, con los ojos fijos en la mesa.

—Lo sé —murmura, pasándose la mano por la cara, y en su exhalación hay un tono de derrota.

—¿Qué ves en ella? —le pregunto, e intento concentrarme en Jonas un minuto. Esto es importante. Él es importante.

Baja la mano y se encoge de hombros.

—Ya no lo sé.

—Porque si me permites que lo diga… —levanta los ojos para mirarme—, creo que es un poco zorra.

Abre los ojos de par en par (vale, creo que me he pasado de la raya), echa la cabeza hacia atrás y se ríe mirando al techo.

Yo también me río. Recuerdo cuando entró al granero y fue tan grosera conmigo, mientras llevaba en brazos a su hijo somnoliento. Y entonces miro a Jonas al otro lado de la mesa, miro su pelo desgreñado color chocolate con leche y el corazón me da un vuelco.

—Su hijo pequeño. El pelo.

—No es mío, si es lo que estás pensando.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace más de cinco años que no nos acostamos.

—Entonces, ¿su hijo mayor? ¿Su hija?

Niega con la cabeza.

—Créeme. Los tiempos no cuadran. Solía desear que no fuera así. Solía desear que esos niños fueran míos con toda mi alma.

—¿Pero tú los has visto? —le pregunto, y no pretendía ser una broma, pero ahora no puedo quedarme seria.

—Quizás sí me salvé por poco —responde con una risita.

—Yo creo que sí. Y ahora no estoy hablando de sus hijos. Jonas… —digo suplicante, extiendo la mano sobre la mesa para cubrir la suya—, no te merece. Puedes estar con alguien mejor, muchísimo mejor. Pero tienes que abrir tu corazón a otras mujeres, darle una oportunidad a alguien más. Mientras tanto, deja que Heather duerma en la cama que se preparó para ella.

Se aclara la garganta.

—Lo pensaré —dice, y me lanza una mirada cargada de significado —. Ahora ve y haz entrar en razón a mi hermano.

***

Siento que se expande la llamarada en mi estómago mientras camino hacia la casa. Estoy muy nerviosa. La puerta lateral está abierta, pero llamo a Anders antes de entrar. La luz de la cocina está encendida, igual que la de la sala, pero no lo veo por ninguna parte. Entonces oigo pasos en la planta de arriba.

—¿Hola? —digo en voz alta.

El movimiento se detiene un momento y luego vuelve a empezar.

Camino hasta el pie de la escalera.

—¿Anders?

Aparece en la parte superior de la escalera, con un aspecto muy alterado, y entonces veo que lleva una bolsa colgada del hombro.

—¿Qué haces? —le pregunto sin aliento.

—Tengo que volver a Indy —responde con pesar, y deja caer la bolsa a sus pies. No baja las escaleras.

—¿Por qué?

—Tenemos carreras en la costa oeste este fin de semana y el siguiente. Mi jefe me quiere allí.

—¿Te vas? —le pregunto mientras se rasca la cabeza—. ¿Esta noche? ¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé.

El fuego de mi vientre se extingue con un jarro de agua helada.

—¿Podemos hablar de esto?

Niega con la cabeza.

—No hay nada de qué hablar. Tengo que recoger el resto de mis cosas.

—¿Cuándo te ha pedido tu jefe que volvieras al trabajo?

—Siempre ha esperado que estuviera allí para las dos últimas carreras de la temporada.

—Pero, ¿por qué te vas así tan de repente? Pensaba que íbamos a terminar con Bambi esta semana. —Es lo único normal que se me

ocurre.

—Lo siento. —Hay tensión en su voz.

—¿Y la noche de cine? ¿Vendrás? Es a finales de septiembre.

El dolor atraviesa sus rasgos y parece confundido mientras me mira fijamente. Inclina la cabeza antes de preguntarme:

—¿Tú estarás?

—Creo que sí. —Baja un poco los hombros—. No entiendo lo que está pasando —digo en voz baja.

—No está pasando nada —contesta, y suena tan atormentado que oigo el doble sentido de esas palabras.

No está pasando nada, ni puede pasar nada entre nosotros.

—Tengo que irme —dice, y lo siento muy lejos, muy inalcanzable. Él está arriba del todo en las escaleras y yo abajo, como huésped no invitada, y la escalera entre nosotros es como una barrera que no puedo cruzar.

Se me agrieta el corazón justo frente a él y está completamente roto cuando llego a Wetherill.

Capítulo treinta y uno

Estoy afuera, en el porche, sentada en la mecedora, y escucho la música que suena en mis oídos mientras miro los campos. El maíz se ha puesto dorado de punta a punta. Jonas dice que la cosecha es inminente. Ha contratado a un joven granjero llamado Zack para que lo ayude. Aún no hay señales de que sus padres vayan a regresar pronto, y ni una palabra de Anders.

Han pasado diez días desde que se fue y he estado muy triste. Yo apenas había reconocido cuán profundos eran mis sentimientos por él, pero ahora me siento casi como si hubiera pasado por otra ruptura.

Jonas vino a verme el lunes después de que Anders se fuera. Estaba preocupado pensando que tal vez había presionado mucho y demasiado pronto a su hermano. Yo no supe qué decir. Hasta dónde yo sé, podría estar equivocado sobre los sentimientos de Anders. Pero la semilla que plantó durante nuestra charla íntima en su cabaña ha echado raíces en mí y ha brotado algo que no puedo ignorar.

He estado escuchando canciones de amor no correspondido, lo cual es un poco melodramático de mi parte, pero ahora suena *Nicest Thing* de Kate Nash y la letra me llega.

—¡Hola, pajarito! —exclama papá consternado mientras asoma por la puerta principal—. ¿Qué te pasa?

Niego con la cabeza para que no se preocupe, pero él se sienta a mi lado y abre los brazos. Pongo los pies en el suelo y me apoyo contra la suave franela de su camisa, respiro su olor a jabón y detergente mientras me caen lágrimas por las mejillas.

—Te ayudaré a terminar el Airstream —murmura.

—No estoy triste por eso —le respondo.

—Lo sé —dice—. Pero te ayudaré de todos modos.

***

Al día siguiente, me acerco a la granja de los Fredrickson para preguntar si Jonas remolcará a Bambi hasta nuestra propiedad.

—¿No tenías que probar no sé qué con el agua primero? —me pregunta—. Vamos, hagámoslo ahora —añade antes de que pueda responder.

—¿Sabes algo de Anders? —le pregunto mientras entramos en el cobertizo.

—Lo llamé el jueves —responde—. Se queda en la costa oeste para la próxima carrera.

Es este fin de semana en Laguna Seca, cerca de Monterrey. Es la última carrera de la temporada. El fin de semana anterior estuvo en Portland, Oregon. Lo sé porque papá hizo lo de siempre: me llamó cuando Anders apareció en la pantalla. Y creo que se dio cuenta de su error cuando me vio la cara; mi padre ha sumado dos más dos, parece.

—¿Y tus padres? —pregunto—. ¿Alguna noticia de cuándo volverán?

—Justo a tiempo para la noche de cine —contesta irónico—. Papá ya está al tanto.

Suelto un grito ahogado.

—¿Qué ha dicho?

—No he hablado con él, pero imagino que es el escéptico de siempre. Mamá se enteró por una amiga de la ciudad que estaba con muchas ganas de venir y dice que no se lo perdería por nada del mundo.

—No intentarán arruinarlo, ¿no?

—No, nada nos va a detener. ¿Estará listo este bebé para la venta de palomitas y bebidas? —Acaricia el lateral de Bambi.

—Ese es el plan. ¿Las palomitas estarán listas a tiempo?

—Las cosecharé a principios de la semana que viene si hace buen tiempo. —Se le desdibuja la sonrisa—. Ojalá Anders pudiera estar aquí.

—¿Cuándo haremos el laberinto? Las calabazas también estarán listas a partir de la próxima semana. Ya estamos en septiembre y por

fin están cambiando de color, de verde a naranja.

—¿Ya has terminado el diseño? —Acepta mi cambio de tema.

—Sí.

—Es posible que meta la pata —me advierte.

—¿Qué tal si me siento en el tractor contigo y te voy dando indicaciones?

—Me parece perfecto. Por Dios, Wren… —dice de repente—. Por favor, no lo des por perdido.

Mi ánimo se derrumba.

—¿Y qué puedo hacer, Jonas?

—Ojalá lo supiera.

***

En el transcurso de la semana siguiente, papá y yo colocamos un vinilo gris monocromático con dibujos geométricos en el suelo del Airstream y contrachapado de abedul en su interior. Y, aunque me duele el corazón cada vez que pienso en Anders, disfruto mucho trabajando codo a codo con mi padre.

Cuando le pregunto a Jonas si me puede recomendar un electricista, viene él mismo a instalar las luces y a arreglar el cableado.

Después, nos dirigimos al maizal para cortar el laberinto y es mucho más divertido de lo que había previsto.

Le doy instrucciones.

—Cinco metros adelante, luego a la izquierda. No, ¡izquierda! ¡¡¡Izquierda, Jonas, izquierda!!!

Para un hombre con tantos talentos, es muy cómica la frecuencia con la que confunde la izquierda y la derecha. Si a eso sumamos el hecho de que sigo utilizando el sistema métrico en lugar de hablar de pies y yardas, damos tantos pasos en falso que no tenemos ni idea de si el laberinto va a cumplir su función.

Bailey y Casey vienen por la noche después de que lo hayamos cortado, y es genial ver lo afectuoso que es Jonas con Casey ahora que Heather no roba su atención. Bailey, Sheryl y yo nos emborrachamos un poco con el último cóctel de jarabe de ruibarbo, mientras papá,

Casey y Jonas toman unas cuantas cervezas de más. Los seis nos reímos a carcajadas mientras intentamos encontrar el camino a través el laberinto, y, aunque yo he diseñado esa maldita cosa y Jonas lo ha cortado, Bailey y Casey son los primeros en llegar al centro. Jonas y yo hemos colocado un montón de fardos de heno alrededor de un espantapájaros central, bastante mal hecho.

—¡Tu espantapájaros es un desastre! —grita Bailey a través del maizal.

—¡Pues arréglalo tú! —le grito.

—¡Estoy demasiado ocupada planeando noches de cine y bodas! ¡Mamá! ¡¡Mamá!! Tienes que hacer algo con este espantapájaros.

Jonas ha accedido a celebrar una boda en la granja el próximo mes. Bailey dijo que sería la prueba perfecta, ya que la pareja que se va a casar «tiene muy pocas expectativas».

Fueron sus palabras, no las mías, pero eso nos hizo reír a Jonas y a mí.

La novia está embarazada de tres meses y quiere casarse antes de que se le note demasiado la barriga para poder llevar el vestido de novia de su abuela.

Bailey sabía que se estaba arriesgando mucho al ofrecer el granero en lugar de convencer a la pareja de elegir el club de golf como lugar para la celebración, pero la pareja no hubiera podido pagar el paquete de boda que ella ofrece allí. Ha disfrutado mucho organizando una boda de última hora sin salirse del presupuesto y es reconfortante verla tan feliz.

Ojalá pudiera quedarme para ver los frutos de su trabajo, pero tengo que ir a la boda de Sabrina y Lance en octubre. Me perdí la despedida de soltera de Sabrina hace un par de semanas, a finales de agosto. No puedo perderme la boda también, aunque no me guste la idea de ir sola. Puede que ya no le guarde rencor a Scott, pero no será fácil verlo con su nueva novia en las nupcias de nuestros amigos en común.

***

Jonas y yo por fin llegamos a la mitad del laberinto y lo celebramos

chocando los cinco antes de sentarnos en un fardo de heno.

No me había dado cuenta antes, pero el enorme granero rojo está lleno de fardos de la cosecha de trigo de junio. Lo normal hubiera sido que Jonas los guardara durante un tiempo antes de venderlos como lecho para ganado, cuando el mercado ya no esté saturado de heno, pero quiere sacárselos de encima antes porque los ingresos de la noche de cine y la boda cubren con creces los costes de cualquier pérdida de ganancias. Guardará algunos para improvisar unos asientos.

—Quisiera que Anders estuviera aquí —me dice, mientras nos sentamos uno al lado del otro.

Sospecho que no será la última vez que oiga esta frase de su boca.

—Yo también —admito con reticencia.

—Llámalo —me ruega.

Suspiro.

—Su amigo Dean se ha puesto en contacto conmigo hace un rato.

Jonas me mira de reojo y frunce las cejas.

—¿Y qué te ha dicho? Conozco a Dean. Es arquitecto, ¿verdad?

Asiento.

—Nos conocimos en la fiesta de cumpleaños de Wilson. Después me siguió en Instagram y ahora me ha enviado un mensaje.

Estoy casi lista para presentar los dibujos de licitación y luego tendré que ponerme manos a la obra con el paquete de construcción, que es aún más detallado. Pero hace unos días le envié un correo electrónico a mi jefa anterior, Marie, y me contestó enseguida que estaría más que interesada en encargarme algunos proyectos que tiene en marcha.

Ello me motivó para actualizar mi Instagram con algunos de mis antiguos bocetos, y está claro que llamaron la atención de Dean.

—¿Vale, qué te ha dicho? —insiste Jonas.

—Ha surgido un puesto en su estudio y me ha preguntado si estaría interesada. —Jonas se vuelve para mirarme bien—. Es por una baja de maternidad, así que no es permanente, pero… No sé. Lo estoy pensando.

—¿Estás pensando en quedarte en Estados Unidos? —pregunta, con una sonrisa enorme dibujada en el rostro y, cuando asiento con la

cabeza, me levanta y me hace girar en el aire, lo que hace que mis pies le peguen al espantapájaros y lo tumben.

—Jonas, ¡para! —le ordeno y me río a carcajadas—. ¡Lo estás destrozando todo!

—¡Ay, sería genial! ¡Me encantaría que te quedaras en Estados Unidos! —exclama cuando por fin me deja en el suelo. Y me acuerdo de lo que dijo Anders de su hermano antes de irse: «Te adora, Wren».

Me pregunto cuán diferente habría sido este verano si Jonas y yo hubiéramos sentido algo más que afecto platónico el uno por el otro. Me alegro de que no haya sido así. Yo también lo adoro. Y estoy muy feliz de que sea mi amigo. Siento que siempre lo será. Lo echaré de menos si termino volviendo a casa para siempre, pero espero que nos pongamos al día cada vez que venga de visita.

—Tengo que volver al Reino Unido dentro de tres semanas para una boda, pero puede que vuelva más pronto que tarde. Dean me ha pedido que vaya a su estudio esta semana para charlar.

—Mándale un mensaje a Anders —me ruega—. Envíale un mensaje ahora mismo y dile que se encuentre contigo para tomar un café.

Tal vez sea porque estoy borracha y no tengo la lucidez para pensar en proteger mi corazón, pero eso es exactamente lo que hago.

Anders responde mientras buscamos la salida del laberinto. Hemos renunciado a seguir el recorrido y estamos cortando camino en línea recta a través del maíz porque estoy desesperada por hacer pis. Por suerte, los tallos están plantados con una distancia suficiente entre ellos para que los humanos tramposos como yo podamos abandonar cuando queramos.

«El jueves tengo que trabajar», dice Anders, y mi corazón se hunde hasta que sigo leyendo. «¿Te va bien cenar? Puedes quedarte en la habitación de huéspedes si quieres».

Al leer eso, mi estúpido corazón remonta el vuelo.

Capítulo treinta y dos

«Le he dejado una llave para ti a mi vecino del n.º 12. Volveré sobre las seis».

Cierro la puerta del piso de Anders detrás de mí. Se ve igual que la última vez (elegante, limpio y ordenado), pero lo noto diferente.

Mientras dejo mi bolso de viaje en la habitación de huéspedes, miro hacia la habitación de Anders y pego un salto cuando me doy cuenta de que la foto de Laurie ya no está en la mesita de noche. No sabía que la buscaba hasta que su ausencia fue lo primero que he notado.

¿Dónde está? ¿Qué significa esto? ¿Significa algo? ¿Nada? ¿Todo?

Me he sentido nerviosa todo el día, aunque el día en sí ha sido genial. Dean me ha enseñado algunos de los proyectos en los que ha estado trabajando e incluso me ha llevado a ver el increíble Pabellón de Visitantes del Museo de Arte de Indianápolis. Me siento motivada. Me encantaría trabajar con él, pero hay mucho que tener en cuenta. Me ha dicho que podía tomarme mi tiempo para pensarlo porque su empleada no cogerá la baja por maternidad hasta fin de año. No creo que tenga problemas para cubrir el puesto.

Anders llegará a casa cerca de las seis. Me he instalado en la barra americana con la botella de vino blanco que he comprado en la tienda de *delicatessen* que hay en la calle. A este paso, me habré convertido en una alcohólica para fin de mes. Mis nervios están destrozados.

—Hola —dice Anders, y su expresión es tan afectuosa como su saludo.

Parece cansado, y tal vez incluso un poco triste, pero sigue siendo desgarradoramente guapo.

—Hola —le contesto.

—¿Qué tal tu día?

—Bien. —Enderezo los hombros y le ofrezco la botella—. ¿Quieres beber algo?

—Claro. —Saca otro vaso del aparador y se sienta a mi lado en la barra.

No me abraza, ni yo esperaba que lo hiciera, pero la sola cercanía hace que todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se dirijan hacia él. Me cuesta actuar como si no hubiera pasado nada; aunque, técnicamente, no ha pasado nada. Él no tiene ni idea de lo destrozada que me dejó su partida, lo que es un pequeño alivio.

Le sirvo vino y se lo deslizo por la encimera.

—He visto que tu piloto ha quedado segundo en el campeonato —le digo, preguntándome si puedo lograr que las cosas vuelvan a ser como antes, ya que avanzar no es una opción—. Felicidades.

Choco mi vaso con el suyo mientras él lo levanta.

—Gracias —responde con una pequeña sonrisa.

—Apuesto a que habría ganado si no te hubieras tomado un tiempo libre —bromeo.

—No lo creo —dice, y su risa serena me calienta la sangre—. Aunque Ernie dice lo mismo.

Así se llama su piloto.

—¿Te llevas bien con él? —le pregunto, tratando de parecer tranquila, como si no me doliera todo el cuerpo de anhelo.

—Sí, me cae bien. Tiene que madurar un poco, pero es rápido. Ya llegará. ¿Has ido al Circle Centre?

Niego con la cabeza.

—No he venido para ir de compras. He ido a ver a Dean.

—¿Dean? —pregunta, perplejo—. ¿Mi amigo, Dean?

—Pensaba que él te lo habría comentado: se le va a liberar un puesto en su estudio y se preguntaba si yo podría estar interesada.

—¿En su estudio? ¿Aquí? ¿En Indy?

Asiento con la cabeza. No sé qué pensar de la expresión en su cara. Se le abren los ojos de par en par, se apartan de mí, y se clavan en la pared.

—¿Estás pensando en instalarte en Estados Unidos? —pregunta en un tono distante, con la mandíbula tensa.

—¿Por qué no? —¿Por qué parece tan nervioso?

—Creo que voy a darme una ducha. —Se baja del taburete y deja el vaso donde está—. ¿Tienes hambre? —me dice por encima del hombro, y noto que hace un esfuerzo por parecer normal.

—Un poco.

—Iré rápido. Salimos en diez minutos, ¿vale?

—Me parece bien.

Vamos caminando hasta el restaurante, un lugar alemán llamado Rathskeller, que está en el sótano de un teatro del siglo XIX a pocos minutos del piso de Anders, y me cuenta que es el restaurante en activo más antiguo de la ciudad. Tiene un pintoresco y elegante comedor con aire de antigua posada bávara, y un patio exterior donde a menudo tocan música en vivo.

Vamos a la parte del bar, donde un buen número de cabezas de alce nos miran desde las paredes y unos estandartes medievales cuelgan desde el alto techo de madera, y nuestro camarero nos conduce a una acogedora mesa para dos que está colocada junto a una pared revestida de piedra.

—Otro sitio estupendo al que me has traído —le digo con tono afectuoso.

—Aquí hay un camarero llamado Wayne que tiene una memoria increíble. Un amigo mío que se fue a vivir al extranjero regresó después de ocho años y Wayne le llevó la cerveza alemana que le gustaba, así como las patatas fritas que le encantaban, sin que él se lo pidiera.

—¡Qué insólito! —le digo y doy una mirada alrededor—. ¿Está aquí hoy?

—No, debe ser su noche libre. —Mira su carta, y yo hago lo mismo.

—Probablemente debería pedir una salchicha alemana o algo así, pero tengo que decir que me apetecen esas patatas fritas cargadas.

—Son buenísimas —responde—. Pide lo que te apetezca.

—¿Está bueno el *pretzel*?

—Sí, pidamos uno para empezar. Te encantará.

Desde el momento en que ha salido de su cuarto de baño, vistiendo la misma ropa que llevaba el día de la tormenta (una camisa a cuadros

negros, blancos y grises sobre una camiseta blanca y unos vaqueros negros), me ha costado apartar la mirada de él.

A él, en cambio, parece que le cuesta mirarme a los ojos.

Lo que daría por saber lo que le pasa por la cabeza.

Pedimos y el camarero se lleva las cartas.

—Bambi ya está terminado —le digo, intentando sonar relajada.

—¿En serio?

Asiento.

—Papá me ayudó. Y Jonas también. Vino y se encargó de todo lo eléctrico.

—¿Qué tal está?

—¿Jonas o Bambi?

Resopla.

—Hablaba de Bambi. —Se le frunce el ceño y aparecen esos dos surcos—. Pero ¿está bien Jonas?

No quería alejarse de su hermano tan apresuradamente. Así que ¿por qué lo hizo?

—Jonas está bien —le respondo.

Le hablo de la granja, de lo que ha pasado desde que se fue y de cómo avanzan los preparativos para la noche de cine. Se divierte cuando le cuento cómo hicimos el laberinto, pero al mismo tiempo parece triste por habérselo perdido.

—¿Por qué no vuelves a la granja el fin de semana? —le pregunto —. El laberinto se abre el sábado, las familias recogerán calabazas y todos se divertirán «al más puro estilo campestre» —añado con una sonrisa, imitando a Jonas—. Y deberías ver el espantapájaros que hizo Sheryl para el centro del laberinto. Es jodidamente aterrador.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe; cuando vuelve a mirarme, sus ojos bailan, iluminados desde dentro.

—Te fuiste tan de repente. —No puedo contener las palabras. Se serena y baja la mirada—. ¿Por qué, Anders? —le pregunto con delicadeza.

Al principio no contesta y no estoy segura de que vaya a hacerlo, pero entonces sus ojos se cruzan con los míos y su intensidad me deja sin aliento. El aire entre nosotros parece cargado, pero entonces

suspira y su expresión cambia a algo que he visto antes en alguna parte.

Me viene una oleada de *déjà vu*: así es como Scott miró a Nadine cuando se dio cuenta de que estaba enamorado de ella.

—Anders —susurro, deslizando la mano sobre la mesa hacia él.

Se queda inmóvil, mirándola, y luego me lanza una mirada torturada. Se me revuelve el estómago, pero cuando empiezo a retirarla, dice «A la mierda» y me toma la mano con la suya.

Se me pone la carne de gallina por todo el brazo, y llega hasta el cuello y a la espalda por el otro lado. Y no son mariposas las que revolotean dentro de mi estómago, son luciérnagas, y me han iluminado por dentro con un cálido resplandor mientras se arremolinan y vuelan a toda velocidad.

Me abruma la emoción desprotegida que le veo en los ojos, la cruda necesidad y el anhelo absoluto. Y siento que me abraza el amor… y también el alivio, porque no estoy sola.

Él también me quiere.

Pero entonces ve algo detrás de mí y su expresión se transforma en una de puro horror. Observo, confusa, cómo se endereza, se aprieta contra el respaldo de la silla y retira la mano, dejándome con las ganas.

Levanto la vista cuando una mujer llega a nuestra mesa. Tiene unos cincuenta largos, es rubia, atractiva y bien vestida, y tiene ojos de color azul claro. Los labios apretados dibujan una fina línea y está tensa por la angustia.

—¿Por eso no nos has visitado tanto últimamente? —le pregunta a Anders, levantando la barbilla hacia mí.

—Kelly… —empieza a decir él, negando con la cabeza.

—¡En la salud y en la enfermedad! —sisea ella y él retrocede visiblemente—. ¡Lo juraste, Anders!

Me mira fijamente y a mí me da escalofríos la ferocidad de esos ojos azules.

—Y a ti te parece bien, ¿no es cierto?

—Por favor, Kelly —suplica Anders—. No sabe nada.

—¿Qué es lo que no sé? —le pregunto.

—¡Que está casado! —grita Kelly con tono de incredulidad —¡Está casado! ¡Con mi hija, Laurie!

Un sudor frío me recorre la piel. Anders se ha puesto pálido.

—Creía que Laurie había muerto en un accidente de *karting*. —Mi voz suena como si no fuera la mía.

—No. Mi hija, su mujer —dice Kelly, señalando con la cabeza al hombre que tengo enfrente—, está muy viva.

Ella sacude la cabeza como acusándolo y sus ojos azules empiezan a humedecerse.

—Te llamaré mañana —le promete Anders con tono sereno mientras aparta su silla de la mesa y se levanta. Le pone la mano en el brazo, pero ella se la quita y a él se le tensa la mandíbula mientras saca la cartera y pone unos billetes sobre la mesa.

—Wren, tenemos que irnos —me dice.

Aparto mi silla y me levanto. Me tiemblan las piernas. ¿Qué coño está pasando?

—Me has decepcionado tanto —le dice Kelly a Anders cuando pasa a su lado.

Se estremece mientras me lleva hacia la salida del bar.

Capítulo treinta y tres

—¿Qué acaba de pasar? —le pregunto en cuanto salimos.

—Ya hablaremos cuando lleguemos a casa.

—¿Anders? ¿Laurie está viva? ¿Estás casado?

—Por favor, Wren, te lo explicaré en casa.

—¿Está en coma o algo así? ¿Anders?

—Por favor —me suplica, y me lanza una mirada tan desesperada que mis labios se sellan de golpe.

Es el viaje de cinco minutos más largo de mi vida. Los pensamientos y las preguntas se agolpan contra las paredes de mi cerebro, desesperados por ser escuchados. Aunque la temperatura es agradable, tengo escalofríos y Anders camina a mi lado, pálido y silencioso, con los hombros encorvados y las manos metidas en lo más profundo de los bolsillos.

Abre la puerta de su piso y señala con la cabeza, impasible, hacia el salón. Siento náuseas cuando me dirijo al sofá y me siento.

Anders aparta la mesita, coloca una silla en su lugar y se sienta frente a mí. Se inclina hacia delante, con los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas mientras me mira fijamente.

—Laurie está viva —me dice con firmeza, y creo que me muero un poco ahí mismo delante de él.

—¿Y sigues casado con ella?

—Sí.

—Me mentiste —susurro horrorizada mientras el dolor me atraviesa el corazón.

Sacude la cabeza con fervor.

—Dijiste que llevabas casado un año y medio.

—Antes del accidente.

—¡Pero hablabas de ella en pasado!

—Solo cuando era necesario, para no engañarte —responde.

—¡No me lo dijiste! Eso es mentir por omisión.

Inclina la cabeza y asiente una vez, aceptando la culpa.

—¿Lo sabe Jonas? —le digo, y percibo que he levantado la voz—. Claro que lo sabe —digo con amargura. Sus padres también.

—No me gusta hablar de ello, pero no es un secreto —responde—. Hay gente en el pueblo que también lo sabe, pero no es asunto de nadie más que mío… y de la familia de Laurie, por supuesto, pero ellos viven aquí en Indianápolis.

—¿Está en coma? —pregunto sin aliento, incapaz de deshacerme de este sentimiento de traición. Me he enamorado de un mentiroso.

—No. Está inconsciente y sin respuesta.

—No sé qué significa eso.

—Está en estado vegetativo permanente.

—Sigo sin comprenderlo.

—Está despierta, pero no sabe lo que ocurre a su alrededor.

—¿Está despierta? —pregunto y realmente siento que voy a vomitar —. ¿Dónde está?

—En casa con sus padres.

Traga saliva y se le llenan los ojos de lágrimas.

—Puede que Laurie esté viva, pero ya no está, Wren. Mi esposa ya no está. Su madre todavía tiene la esperanza de que ella pueda recuperar la conciencia, pero es extremadamente improbable.

—¿Es algo que podría suceder? ¿Podría volver a ti? —Esto es una pesadilla.

—No es imposible. Hay un caso de una mujer que recuperó la conciencia después de casi tres décadas, pero la posibilidad de recuperación suele ser inexistente.

—¿Cómo es ella? Quiero decir, ahora.

Toma aire antes de empezar a explicar.

—Parpadea si haces mucho ruido y aparta la mano si la aprietas demasiado. Tiene reflejos básicos como toser y tragar, pero no tiene respuestas significativas. No te escucha cuando le hablas, no te sigue con los ojos cuando caminas por la habitación y no muestra ningún

signo de emoción. No sabe quién eres o lo que puedes significar para ella.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Los médicos están seguros. Es desgarrador, pero es así.

Las lágrimas que han estado nadando en sus ojos se sueltan y le caen por las mejillas, y yo las miro como si estuviera soñando.

—Ella no querría vivir así —dice Anders—. Pero cuando los médicos hablaron al principio de retirarle el soporte vital, Kelly se volvió un poco loca. La decisión final era mía, como cónyuge de Laurie, y lo consideré, no solo por el bien de Laurie, sino también por el de sus padres. Estábamos todos en el limbo, incapaces de hacer el luto o de seguir adelante, pero no me atrevía a tomar la decisión. Kelly no lo habría permitido, en cualquier caso. Ella me habría llevado a juicio, sé que lo habría hecho. No estaba preparada para dejar ir a Laurie y yo tampoco lo estaba, así que cuando Kelly dijo que quería llevar a Laurie a casa y cuidarla, estuve de acuerdo. —Exhala otro largo y tembloroso suspiro antes de continuar—. Pero creo que cometí el error más terrible de mi vida.

—¿En qué sentido?

—Kelly renunció a su trabajo y puso toda su vida entre paréntesis para cuidar a Laurie, y eso es lo que hace cada día. Le da de comer, la baña, le cepilla los dientes, le vacía el catéter. Lo hace todo. Todo. Ir al bar alemán habrá sido una salida muy inusual para ella, y su marido, Brian, el padre de Laurie, debe haberse quedado en casa porque Kelly nunca dejaría a Laurie sola. Brian está de acuerdo con lo que quiere Kelly, pero está poniendo una enorme tensión en el matrimonio. Lo veo enfadado y amargado cada vez que voy a visitarlos. Laurie no sobreviviría sin los cuidados de Kelly, pero podría vivir durante años en ese estado. Décadas, incluso.

—¿Y crees que Laurie no querría eso?

—Sé que no.

—¿Podrías…? ¿Hay algo que…? ¿Podrías hacer algo al respecto?

Dice que quiere lo mejor para Laurie y para su familia, pero me odio a mí misma por preguntárselo.

Anders me mira fijamente y espero que en su rostro se adivine

repulsión y asco, pero en cambio lo que veo es arrepentimiento.

—Nunca podré liberarla si me enamoro de otra persona.

Y entonces me inunda la oscuridad, una ola fría de miseria y desesperación.

No tiene salida. Mostrar compasión por su mujer sería destruir a su madre, pero él podría haber estado dispuesto a tomar esa insoportable decisión en algún momento en el futuro si realmente creyera que era lo mejor para todos.

Pero si se enamora de otra mujer, si se permite amarme como sospecho que quiere hacerlo, nunca podrá retirar el soporte vital a su esposa porque sería considerado un acto egoísta, despreciable y asesino.

Todo el mundo diría que la habría matado para estar conmigo.

Se pasa la mano por la cara y se estremece, y no puedo hacer otra cosa más que quedarme ahí mirándolo atónita.

Capítulo treinta y cuatro

Doy vueltas en la cama toda la noche. Al final, tuve que dejar a Anders solo en el salón, estaba demasiado removida como para seguir hablando. Él lo aceptó y, creo, lo agradeció. Teníamos mucho que digerir, los dos.

«Puede que Laurie esté viva, pero ya no está, Wren. Mi esposa ya no está».

Así es como Jonas describió a Laurie también. Dijo que ya no estaba, no que se hubiera muerto. Que ya no estaba.

Hasta yo misma lo expresé así: «Casey me dijo que perdiste a tu esposa…».

Usar la palabra «murió» habría sonado insensible, pero… ¿y si lo hubiera dicho de otra manera? ¿Y si hubiera dicho «Casey me dijo que tu esposa murió hace unos años en un accidente de coche»? ¿Me habría corregido de la misma manera que corrigió el momento y las circunstancias?

¿Cómo voy a saberlo? ¿Cómo voy a saber si me habría hablado de ella o cuándo? ¿Pensó que volvería a Inglaterra sin saberlo? ¿Que me olvidaría de él? ¿Es eso lo que quería?

Cuando pienso en la cara que puso cuando escuchó que yo podría mudarme a Estados Unidos y aceptar el trabajo con Dean, pienso que tal vez sí era lo que quería.

Es mucho peor que Scott. Al menos Scott fue honesto conmigo. Scott nunca mintió, nunca tomó el camino fácil. Él tomaba decisiones difíciles, porque creía que eran las correctas.

Siento un repentino respeto por él y, de algún modo, eso hace que esta situación resulte peor.

Pensaba que Anders era honrado… Estaba dispuesto a renunciar a

su trabajo, un trabajo que ama, para hacer lo correcto por su familia, su hermano.

Y me doy cuenta de que lo es, *es* un hombre de honor.

Me duele la cabeza. Me duele el corazón. No sé qué estoy haciendo aquí todavía, pero la idea de levantarme e irme, de dejarlo… No creo que pueda hacerlo, todavía no.

***

Me despierto sobresaltada, desorientada. Debo haberme quedado dormida. Alguien llama a la puerta del piso, pero se detiene, y lo que pasó anoche me llega todo junto, como una inundación.

«¿Dónde está Anders?», me pregunto cuando vuelven a llamar.

Esta vez no dejan de tocar, así que salto de la cama y salgo de mi habitación con mi pijama de seda negra puesto.

En la mesita hay una nota con mi nombre. La levanto, miro hacia la habitación de Anders y veo que su cama está hecha y vacía.

«He tenido que ir al trabajo», dice la nota. «Por favor, llámame cuando te despiertes».

Cruzo la habitación apresurada, pensando que tal vez se ha olvidado la llave, y de repente tengo muchas ganas de verlo, muchas.

Pero cuando abro la puerta me encuentro a Kelly allí parada y casi me da un infarto.

—Anders está en el trabajo —le digo.

—Lo sé —responde—. Lo acabo de ver cuando salía. Es contigo con quien quiero hablar.

—¿Qué quiere? —pregunto, y no quería que sonara tan grosero como suena—. Pase —añado, en un intento por compensar mis modales.

—No —responde—. Quiero que tú vengas conmigo.

—¿Cómo dice?

—Quiero que vengas a conocer a Laurie.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Por qué?

—Porque quiero que conozcas a mi hija. Quiero que conozcas a la

mujer de Anders. Creo que es lo correcto. Y creo que es lo menos que puedes hacer, dadas las circunstancias.

Trago saliva y niego con la cabeza.

—Llama a Anders —me ordena—. Llámalo si es necesario. Pero sé que estará de acuerdo.

La miro incrédula.

—Llámalo —insiste—. Esperaré aquí.

Mi corazón se acelera cuando empujo la puerta y la dejo apenas entreabierta. Vuelvo a la habitación de huéspedes y tomo el teléfono. Lo miro un momento antes de marcar su número.

—Wren —contesta.

—Kelly está aquí —le digo.

—¿Qué? —parece alterado.

—Quiere que la acompañe a ver a Laurie.

No dice nada, pero oigo un ruido de fondo. Parece como si estuviera en el coche y yo en el altavoz.

—¿Anders? —pregunto.

—¿Tú qué quieres hacer? —me pregunta con tono sereno.

—¿Qué quieres decir con qué quiero hacer?

—¿Serviría de algo? —me pregunta—. ¿Conocerla, entender?

—¿Hablas en serio?

—Por favor, haz lo que creas conveniente —dice con un tono dolorido y resignado al mismo tiempo—. Lo que decidas me parecerá bien.

Maldigo y corto.

¿Puedo hacerlo? ¿Podría ayudar ver a Laurie? ¿Podría ayudarme a alejarme? ¿Quiero alejarme?

No sé la respuesta a ninguna de esas preguntas, pero de repente me veo quitándome el pijama y poniéndome la ropa.

Sigo a Kelly en el coche de papá, aliviada por tener una vía de escape si todo se vuelve demasiado pesado. Ella conduce hacia el norte por una urbanización arbolada cuyas calles están pobladas por casas de todos los tamaños y colores.

¿Cuántas veces hace Anders este viaje? ¿Una vez al mes? ¿A la semana? ¿Todos los días?

Veo un cartel que indica la salida hacia Broad Ripple y me pregunto cuán cerca vivirían él y Laurie de sus padres.

Parece como si el tiempo avanzara a cámara lenta, pero solo hemos estado conduciendo durante unos quince minutos cuando Kelly penetra en el camino de entrada de una casa blanca de tamaño mediano con ventanas negras, tejado de pizarra gris y columnas dóricas que recorren la parte delantera de un pequeño porche.

Mis nervios son como serpientes en mis entrañas, enroscándose y retorciéndose y haciendo nudos en mi interior. No puedo creer que esté haciendo esto y todavía no estoy muy segura de por qué lo estoy haciendo, pero estoy estirando la mano para mover la manija y salir, y enseguida estoy cerrando la puerta del coche detrás de mí.

¿Qué hay detrás de la brillante puerta negra de esta bonita casa? ¿Qué estoy a punto de ver que nunca podré olvidar? Tengo la sensación de que este momento se quedará conmigo para siempre, ya sea que Anders esté en mi vida o no.

Kelly abre la puerta y me conduce al pasillo de entrada. Tiene los labios apretados del disgusto y de la determinación. Pero luego se produce un cambio en ella y se ilumina su expresión cuando dice: «¡Estoy en casa, Laurie, cariño!».

Oigo movimiento en la habitación contigua al pasillo y mi corazón da un vuelco, pero entonces aparece un hombre mayor, que se ve agotado. Me ve y sus pobladas cejas casi llegan al nacimiento del pelo.

—Ha venido —dice en voz alta, mirándome boquiabierto.

—Brian, ella es… Wren, ¿verdad? —me pregunta Kelly sin rodeos.

Asiento y recuerdo que anoche oyó a Anders cuando pronunciaba mi nombre.

—Este es mi marido, Brian, el padre de Laurie —continúa, presentándolo—. Y esta (dice con un tono forzado y alegre mientras entra en la habitación contigua), ¡esta es Laurie! Hola, cariño —le oigo decir con calidez.

Mi corazón late tan fuerte que no me sorprendería si Brian pudiera oírlo.

Él me mira con fijeza, con la cara marcada por la tristeza, y señala con la cabeza hacia la habitación de al lado.

Pongo un pie delante del otro y atravieso la puerta arqueada hacia el salón. Es espacioso y está bien iluminado, con suelos de madera brillante, paredes blancas y arreglos de plantas frondosas. Pero eso es todo lo que puedo absorber. Mi atención se ha centrado en la rubia que está en la silla de ruedas.

Está de espaldas a mí, con la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha. La larga y frondosa melena que vi en las fotografías ha sido cortada a la altura de la mandíbula y cae lánguidamente sobre su delgado cuello. Las puntas del cabello parecen desiguales, irregulares, como si alguien hubiera hecho lo posible por escalarlas sin mucho éxito. Lleva una camiseta azul claro con manguitas cortas de encaje.

Kelly da la vuelta hasta el otro lado de la silla de ruedas y retira una delgada silla de madera de la mesa del comedor.

—¿Cómo estás, cariño?

Le habla a Laurie como si yo no estuviera.

No puedo dar ni un paso más hacia la habitación. Me quedo de pie, mirando cómo Kelly coge una crema de manos de la mesa y aprieta un poco el envase antes de acercarlo a la mano derecha de Laurie.

—Esta es tu crema de manos favorita, ¿no es cierto? —le pregunta a su hija mientras le pone la crema, antes de mirarme y dejar que la sonrisa se le escape de los labios—. Y escuchamos tus canciones favoritas y vemos tus programas de televisión favoritos, ¿verdad?

Aparta la mirada de mí para sonreírle a su hija.

—Estás ahí, ¿a que sí, Laurie? Vas a volver con nosotros, lo sé —murmura atormentada antes de volver a mirarme—. No te quedes ahí, ven a conocer a mi niña.

Trago saliva, más nerviosa de lo que nunca he estado en mi vida.

Es la esposa de Anders. Se casó con ella hace casi seis años y prometió amarla en la salud y en la enfermedad.

Hasta que la muerte los separara.

Cobro fuerzas, porque le debo esto a Laurie. Me he enamorado de su marido y lo siento mucho.

«Pero yo no lo sabía», le digo en silencio. «Nunca habría intentado quitártelo si hubiera sabido que estabas viva. Nunca me habría enamorado de él».

¿Estoy enamorada?

De pie, aquí, en casa de los padres de Laurie, en territorio enemigo y con una mujer que odia hasta mi sola presencia, la verdad es que tengo mis dudas.

¿Cómo podría estarlo?

¿Cómo podría perdonarlo por esto?

No quiero volver a pasar por algo así nunca más.

Solo tengo que aguantar los próximos minutos y luego podré irme.

Mientras me obligo a caminar alrededor de la silla, empiezo a ver, medio ocultas por una falda amarillo girasol, las piernas de Laurie. Kelly sigue masajeando las manos de su hija mientras le habla cariñosamente, como una madre devota. El aroma del perfume de Laurie se mezcla con el de la crema de manos y reconozco el aroma que probé en la tienda del pueblo. No me extraña que Anders reaccionara así al olerlo en mí. Kelly probablemente se lo aplica a las muñecas de su hija todos los días.

Con esfuerzo, dirijo la mirada hacia abajo, desde la parte superior de la cabeza de Laurie hasta su cara, la de la mujer que vi en una fotografía de boda sonriendo al hombre que yo había puesto en un pedestal. Me preparo para ver su hermoso rostro, el rostro que he visto en las fotos, un rostro iluminado con amor y alegría.

Pero no es eso lo que encuentro cuando mis ojos alcanzan por fin su objetivo.

Sus mejillas están demacradas y descoloridas, un poco caídas hacia el lado en que se ha inclinado su cabeza. Sus ojos azules están apagados y sin vida, mirando sin ver el regazo de su madre. Sus labios son delgados y pálidos, con las comisuras hacia abajo.

Estoy conmocionada y horrorizada, porque no se parece en nada a la mujer que he visto en las fotografías. De hecho, apenas si parece una persona. Hay un cuerpo humano sentado ante mí (carne, sangre y huesos), pero es como si el alma que existía en su interior hubiese desaparecido hace tiempo.

Ahora entiendo por qué Anders no puede dejar de ver sus vídeos: quiere recordarla de ese modo, como la mujer con la que se casó, la chica risueña y feliz de sus sueños; la persona con la que pensó que

pasaría el resto de su vida, con la que tendría hijos, con la que envejecería.

Y, mientras el hielo inunda mis venas, me pregunto cómo lo hace para venir aquí. ¿Cómo puede ver a su amada esposa así, día tras día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año? ¿Cómo puede soportar la idea de que todavía queden muchos años más de esta existencia? Y entiendo por qué debe haberse sentido mejor en la granja, con cuánta urgencia necesitaba alejarse de la ciudad y la aplastante presión que debe sentir para visitarla. Apuesto a que viene aquí siempre que puede. Porque ese es Anders; un hombre de honor, de deber.

Es posible que viniera aquí sintiéndose culpable porque su suegra había puesto su propia vida en pausa para cuidar a su hija. Que viniera sabiendo que su suegro estaba enfadado, tal vez incluso con él por no haber asumido la responsabilidad de cuidar de su esposa. Y seguro que vino cuando se sintió agobiado por la carga, por la angustia, por la desesperación. Sí, vino y no dejaría de hacerlo.

Nunca *dejará* de venir.

Nunca la abandonará.

Mientras veo cómo trata Kelly a su hija, con tanto amor y atento cuidado, se me rompe el corazón en un millón de pedazos.

Y se rompe por ella, por esta pobre mujer, la madre de Laurie. Lo siento muchísimo por ella. Es una situación espantosa y trágica, porque Anders tiene razón: Laurie ya no está. La han perdido. Y no creo que vuelva nunca.

Sin embargo, van a vivir así, todos, hasta que el cuerpo de Laurie se rinda y esta vez sí se vaya para siempre.

Pero en este momento, ella es la esposa de Anders y él está atado a ella.

Capítulo treinta y cinco

Estoy llorando tanto que tengo que detenerme a un margen de la calzada. Emito sollozos tan estremecedores y desgarradores que me sacuden todo el cuerpo. Pasa un rato antes de que pueda encontrar el camino de vuelta al piso de Anders sin representar un peligro para mí o para los demás.

Anders me ha estado llamando, pero estaba demasiado alterada para responder. Me pregunto si ha hablado con Kelly o Brian, si sabe que he visto a Laurie.

Mi cabeza me dice que regrese a su casa, recoja mis cosas y me vaya. Que lo deje en paz. Ya es hora de que me aparte de su vida para que no tenga que tomarse la molestia de expulsarme de nuevo. Pero no puedo alejarme hasta que le diga que lo entiendo. Se lo merece, merece mi comprensión.

Ahora lo entiendo.

Ya no lo culpo por no haberme contado lo de Laurie. Tiene todo el derecho del mundo a no querer hablar de ella. No es culpa suya que yo me haya enamorado. Durante mucho tiempo, ha intentado no darme ninguna razón para pensar que él también podría estar enamorado de mí.

Lo imagino esforzándose por mantener viva la memoria de su esposa mientras luchaba por mantener sus muros infranqueables y la idea me destruye. Ha debido de sentirse desgarrado.

Vuelvo a entrar en su piso y meto mis cosas en la maleta, pero luego lo saco todo de nuevo para poder ducharme y cepillarme los dientes. Apenas puedo pensar con claridad. Cuando estoy lista, vuelvo a recoger y voy a tumbarme al sofá. Me siento totalmente agotada y desesperadamente triste.

Debo de haberme dormido, porque me despierta un ligero roce en el brazo. Cuando abro los ojos, Anders está allí.

—¿Estás bien? —me pregunta en voz baja.

Tiene los ojos arrugados por el dolor. Está sufriendo profundamente y me duele verlo en ese estado. Me incorporo. Aún me hormiguea el brazo en el lugar en que me ha tocado.

—Lo siento —murmura, y retrocede unos pasos cuando me pongo de pie.

Lleva unos pantalones negros ajustados y un polo negro de manga corta con el logotipo de su equipo de carreras impreso en el bolsillo del pectoral.

—No —le digo, mientras me mira a la cara—. No hace falta que te disculpes.

Doy un paso hacia él y le rodeo la cintura con los brazos, y su respiración se entrecorta cuando recuesto mi cara contra su pecho. Enseguida, sus manos buscan mis caderas. Pasar del contacto de las manos, ayer, al de nuestros cuerpos enteros, hoy, es casi excesivo. Pero lo aprieto más y él, a su vez, me acerca con los brazos.

Estamos uno pegado al otro; nuestros pechos, estómagos, caderas y muslos están alineados, y mi corazón se ha inflado con tanta compasión y pena que creo que voy a estallar. Quiero envolverlo en mi amor, intentar quitarle parte de su dolor.

—Siento mucho lo que has pasado —le susurro. Sacude la cabeza y se separa un poco de mí—. Todo lo que has hecho por Laurie y sus padres, por tu hermano y tus padres… Eres un buen hombre —le digo —. Intentaste mantener la distancia conmigo y no has hecho nada malo.

Ha dejado de intentar alejarse de mí, pero no estamos tan juntos como antes.

—Tienes razón sobre Laurie —le digo—. Ya no está. Y siento mucho que la hayas perdido.

Su pecho se hincha mientras toma aire temblorosamente.

—Lo siento mucho —repito, mientras se me llenan los ojos de lágrimas—. No es culpa tuya que yo no pudiera evitar enamorarme de ti.

El aliento que inspira esta vez es agudo y espontáneo.

—Pero ya me voy, te dejo en paz. No quiero ser otro problema del que tengas que ocuparte.

Cuando voy a alejarme, jadea y se aferra a mí, y es un movimiento desesperado y angustioso. Y entonces su cuerpo empieza a temblar y es lo más doloroso que he oído nunca, el sonido de sus sollozos.

Después de eso, estoy perdida. Lo abrazo tan fuerte como puedo, pero no tengo fuerzas para contenerme y me uno a su llanto.

Ver a este hombre fuerte que ha aguantado tanto y durante tanto tiempo, por su familia, por la familia de Laurie, por mí… Verlo desmoronarse… Me destroza.

Finalmente, deja de llorar, aunque se le sigue sacudiendo el pecho con profundas respiraciones temblorosas. Sus brazos se aflojan alrededor de mi cintura, así que capto la indirecta y deslizo mis manos hasta sus estrechas caderas antes de dar un último paso atrás. Mira hacia el sofá, con los ojos enrojecidos, la nariz hinchada, las mejillas húmedas y el pelo rubio oscuro todo revuelto.

—Me vendría bien ese puto pañuelo ahora, por favor —le digo, y él suelta una pequeña carcajada y me mira a los ojos un momento, recordando que Jonas se enfadó con él porque no se atrevió a consolarme aquella vez.

Parece que fue hace una eternidad. Cuando la vida parecía mucho más pequeña que ahora.

Se da la vuelta y sube los escalones hasta su dormitorio. Abre la puerta del baño y le oigo sonarse la nariz antes de verlo aparecer con un puñado de pañuelos. Me pongo bien la ropa y vuelvo al sofá.

Viene y se sienta a mi lado.

Tal vez no debería, pero me acerco y subo las rodillas para que se apoyen de lado en su regazo. No se tensa, así que creo que está bien.

—¿Me enseñas un vídeo de ella? —le pregunto. Me mira sorprendido—. Me gustaría ver cómo era cuando estaba viva.

No ha sido un lapsus. Puede que no esté muerta, pero tampoco está viva.

—¿Estás segura? —pregunta con recelo.

—Sí.

Sin prisa, saca el teléfono del bolsillo y mira su colección de fotos. Desde mi posición a su lado, veo un álbum titulado «Laurie», y no me doy cuenta de que estoy aguantando la respiración hasta que pulsa «Play» y me pasa el teléfono.

La pantalla cobra vida y muestra a Laurie y Peggy en el salón de la granja. Hay globos multicolores colgados de las paredes revestidas de pino y tanto Laurie como Peggy sostienen copas de champán. El ruido de fondo es de gente hablando.

—Feliz cumpleaños, mamá —oigo decir a Anders desde fuera de la pantalla.

—Gracias, cariño —contesta Peggy alegremente, alzando su copa hacia él.

Laurie sonríe más allá de la cámara, a su marido, con sus alegres ojos azules. Entonces, de repente, ella le hace un gesto con la cabeza mientras da comienzo un coro de voces que cantan *Cumpleaños feliz*.

Anders desvía la cámara hacia Jonas, que trae una tarta llena de velas desde la cocina. La sala está llena de gente y tengo la sensación de que es un cumpleaños importante; los setenta de Peggy, tal vez, hace seis años. Todo el mundo se queda en silencio mientras Peggy se prepara para soplar las velas; entonces Laurie aparece de nuevo en el borde del encuadre y Anders ajusta su ángulo para que ella comparta el espacio de la pantalla con su madre. Peggy solo consigue soplar un tercio de las velas en su primer intento, y observo la cara de Laurie mientras ella, a su vez, mira a su suegra, riéndose mientras Peggy sopla y sopla y sopla.

—Oh, hazlo tú, Laurie —suelta con buen humor, dándose por vencida en su cuarto intento.

—¿Estás segura? —le pregunta Laurie riendo.

—Solo si no me robas el deseo —se burla Peggy.

—Es todo tuyo —responde Laurie con cariño antes de dar un paso adelante y soplar las últimas velas que quedan.

Todos aplauden, pero el aplauso de Jonas se oye más fuerte, porque todavía está sosteniendo el pastel a un lado de la toma.

La atención de Anders, sin embargo, se centra en su esposa.

Ella lo mira y la película termina, en un plano de su cara risueña.

Miro fijamente a la pantalla.

—Es tan hermosa, Anders. —Suelta un suspiro y me quita el teléfono—. Creo que me habría caído bien.

Asiente.

—Y tú también le habrías caído bien.

En realidad, no le hubiera caído bien si supiera lo que siento por su marido. Entiendo perfectamente por qué Kelly está tan furiosa, está defendiendo a su hija porque su pobre hija no puede defenderse sola.

Mi corazón se contrae y mi determinación se endurece. Necesito hacer lo correcto. Ya he causado demasiado dolor a la familia de Laurie… y a Anders también, que es lo último que quería hacer. No soy tan egoísta como para elegir hacer sus vidas aún más complicadas y perturbadoras.

—Oh —dice Anders de repente, levantándose bruscamente del sofá, y siento frío sin el contacto con el calor de su cuerpo—. No estaba seguro de si habías comido desde ayer.

Me mira por encima del hombro y yo niego con la cabeza.

—He pasado por el Rathskeller de camino a casa y te he comprado esas patatas fritas cargadas y *pretzels*.

Me quedo sentada, aturdida, mientras le oigo abrir y cerrar el microondas y el tintineo de platos, vasos y cubiertos. Y quiero quedarme, pero me duele todo el cuerpo porque acabo de enamorarme un poco más y, si no me voy ahora, no estoy segura de poder hacerlo nunca.

Me obligo a levantarme del sofá. Me obligo a entrar al dormitorio. Me obligo a recoger mis cosas. Y me obligo a atravesar el salón hasta la cocina, donde él me da la espalda, tirando las patatas fritas en un cuenco en la encimera. Y esto es mucho más difícil de lo que fue entrar en casa de Laurie y enfrentarme a su madre, a su padre, a ella. Esto es lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida.

—Anders —digo en voz baja.

Se da la vuelta, me ve allí de pie con mi bolso, y parece totalmente devastado.

—Por favor, no te vayas.

—Tengo que hacerlo —le respondo.

En sus ojos brillan nuevas lágrimas. Quizá piense que me voy porque es demasiado duro para mí, porque soy tan insegura que me siento amenazada por su bella esposa o que simplemente no puedo soportar estas terribles circunstancias. Probablemente él no tiene ni idea de que me voy porque no quiero ser otra carga para él.

En realidad no importa lo que él piense. Lo importante es que me vaya.

Empiezan a brotar lágrimas de sus ojos y mueve la cabeza implorante. Quiero alejarme, pero él se me acerca antes de que pueda mover los pies, me quita el bolso del hombro y lo tira al suelo. Me toma la cara con las manos y me mira fijamente a los ojos, angustiado, pidiéndome en silencio que no me vaya.

Levanto lentamente la mano y le rozo el pómulo con el pulgar. Su piel es tibia y su barba áspera. Miro fijamente sus ojos desconsolados.

—Está bien —susurro, parpadeando para soltar mis lágrimas—. Siempre seremos amigos, ¿no? ¿Quieres que sigamos siéndolo?

Traga saliva. Luego asiente, me suelta y baja la cabeza.

Me alejo, recojo mi bolso y salgo por la puerta.

Capítulo treinta y seis

Anoche soñé que estaba en el piso de Anders. Estaba sentada en su silla Eames en la terraza acristalada, y el calor y la luz se derramaban sobre mi cara desde las gigantescas ventanas estilo Crittall. Podía oír a Anders en la cocina, preparando la cena, y se me ocurrió con una descarga de alegría que yo vivía allí, que era nuestro piso, que él y yo estábamos juntos. Luego me miré la barriga y tenía un bulto y sentí un torrente de amor por el bebé que íbamos a tener juntos.

Me desperté sobresaltada y me quedé mirando la oscuridad, con el corazón desbocado mientras intentaba cerrar esa imagen de un futuro imposible. Pero ¿es realmente imposible? Me pregunto ahora, despierta. ¿Cuánto tiempo estaría dispuesta a esperarlo?

Siento una intensa añoranza por el niño de mi sueño. Estaba dispuesta a formar una familia con Scott. ¿Cuántos años podrían pasar, en teoría, con mi vida en suspenso? ¿Sería demasiado vieja para tener un bebé? ¿Cuánto estaría dispuesta a sacrificar, a arriesgarme a sacrificar, para estar con Anders? ¿No sería mejor para mí seguir adelante y superarlo, con la esperanza de que el verdadero amor de mi vida esté a la vuelta de la esquina?

Me duele el corazón si pienso que esa persona sea cualquiera que no sea él.

Estar aquí no ayuda. Sé que no puedo aceptar el trabajo que me ofreció Dean, no ahora. Cuando vuele de regreso a Inglaterra el próximo fin de semana, será para quedarme allí. La idea trae consigo una nueva ola de dolor, no porque finalmente me vaya a casa, sino por el hecho de irme. Hui del Reino Unido para poner distancia entre Scott y yo y ahora estoy huyendo de Estados Unidos para escapar de Anders.

Vayamos paso a paso, día a día. Lo más urgente ahora mismo es sobrevivir a la noche de cine al aire libre de hoy.

La última semana y media ha sido un torbellino de actividad. El laberinto abrió el fin de semana pasado y he estado ayudando a papá y Sheryl a darles la bienvenida a los clientes, sin abandonar mi propio trabajo, por supuesto. El sonido de las risas de los niños al tratar de encontrar el camino hacia el centro y luego la salida de nuevo ha sido una de las pocas cosas que ha puesto una sonrisa en mi cara.

Jonas ha estado en los campos con Zack, el peón que contrató para ayudarlo con la cosecha. Ha estado lloviendo a ratos, pero las pausas que le ha impuesto al clima le han dado tiempo para terminar de preparar el granero. Se ha sacado de encima todos los fardos de heno, menos cuarenta, y estamos esperando que el clima nos acompañe porque, idealmente, nos gustaría hacer la proyección al aire libre. Los fardos de heno funcionarán como sillas improvisadas para la gente que se olvide de traer las suyas. Pensamos colocarlos en un semicírculo esta tarde, mirando a la pantalla que traerá la empresa de cine móvil.

Bailey ha tenido un papel estelar organizándolo todo, estoy muy orgullosa de ella. Ella y yo vamos a servir palomitas y bebidas desde Bambi esta noche. Bailey ha alquilado máquinas para ello. El Airstream aún no está equipado con muebles o armarios, así que usaremos estantes y mesas independientes. Estará un poco abarrotado por dentro, pero me entusiasma mucho la idea de usar a Bambi por fin.

Jonas vendió una gran cantidad del maíz que había cosechado a una empresa de palomitas y llevó el resto a una fábrica donde lo empaquetaron y lo dejaron listo para la venta. Cumplió con los pedidos de las tiendas de Bloomington y otras más lejanas, y piensa vender lo que no usemos esta noche en las ferias de productores.

Ayer por la tarde, llegaron a casa Peggy y Patrik mientras Bailey y yo estábamos en la granja. Hemos estado ayudando a Jonas a barrer el granero y colgar luces, adentro y afuera.

Al ver a su padre, estoy bastante segura de que Jonas tomó aire y que todavía está conteniéndolo, pero Peggy estaba tan feliz de ver a su

hijo que le dio el abrazo más largo del mundo. Patrik fue más reservado y un poco arisco, pero no fue descortés. Bailey y yo los dejamos solos, pero los veremos hoy, por supuesto.

Hablé con Jonas después de volver de Indianápolis. No estaba lista para hablar, pero vino a buscarme, así que me obligué a salir de la casa y fuimos a dar un paseo hasta el río.

Quería saber qué había pasado y, cuando le conté que había conocido a Laurie, se le cayó la cara de vergüenza.

—Me habría gustado que alguno de los dos me lo hubiera dicho. —Traté de impedir que se reflejara amargura en mi tono.

Se disculpó, pero dijo que pensaba que no le correspondía a él decírmelo.

—Puede que sigan casados, pero, en realidad, no lo están —dijo.

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunté con incredulidad—. Están casados, no hay más que hablar.

—¿Y si se divorcia de ella? —preguntó, volviéndose para mirarme.

Yo palidecí.

—Nunca lo hará y lo sabes.

—Pero ¿y si lo hiciera? —Sus ojos recorrieron mi rostro.

—Basta, Jonas —le dije, enfadada—. A pesar de lo que has dicho, él todavía la ama, y nunca lastimaría a sus padres de esa manera.

Caminamos en silencio durante un rato, y luego preguntó:

—¿Qué aspecto tiene ahora?

—¿Por qué lo dices? ¿Cuándo fue la última vez que la viste? —respondí con curiosidad.

—Cuando estaba en el hospital. Mamá la visitaba mucho al principio, pero hace un par de años que no va.

—¿Por qué no? —No esperaba eso de su madre, ni de él.

—Cuando abrió los ojos y quedó claro que las luces estaban apagadas y no había nadie en casa, no le vi sentido.

—Eso parece un poco insensible —murmuré, pero me arrepentí enseguida cuando se enfadó y se puso a la defensiva.

—¡Está muerta, Wren! O como muerta, que es lo mismo —añadió bajando la voz—. Pero da igual, qué cojones, no es problema tuyo.

Entonces me alejé de él, gritándole por encima del hombro que no

quería que me siguiera.

No hemos vuelto a hablar de Laurie o de Anders desde entonces.

***

Bailey ya está en la granja y yo me dirigiré hacia allí en breve. La película no empezará hasta la puesta de sol, que es alrededor de las siete y media, pero vamos a recibir gente desde las cinco y media y ya son las tres y media.

Jonas piensa hacer hamburguesas a la parrilla, y la amiga de Bailey, Tyler, se las ha arreglado para que venga un bar móvil desde Bloomington. Trabaja en una empresa de eventos, que es donde conoció a Bailey cuando mi hermana estaba allí haciendo sus prácticas. Cuando Bailey la llamó, asustada porque el permiso para vender alcohol no había llegado a tiempo, Tyler movió algunos hilos. Vendrá esta noche. Será agradable conocerla por fin.

Es muy probable que venga Anders también, pero estoy tratando de no pensar en ello, porque me destrozará si no aparece.

***

Papá está terminando de decirle a una familia de cuatro dónde encontrar el laberinto y el huerto de calabazas cuando me asomo al granero para decir que me voy.

Le sonrío a la familia cuando sale.

—¡Diviértanse!

—Gracias —responden al unísono con un tono dulce.

Al menos la mayoría de la gente de por aquí tiene buenos modales.

—Me voy a la granja —le digo a papá—. Nos vemos allí más tarde.

—¡Mírate! —exclama, saliendo del mostrador y abriendo los brazos.

Llevo puesto el vestido de flores rojas y negras que Bailey me convenció de comprar cuando fuimos de compras a Bloomington, el que me aprieta en los lugares correctos y que se ensancha a la altura de las rodillas. También ha tenido que convencerme para que me lo

ponga esta noche. Sabe que los dos vestidos que me compré aún no han hecho su aparición, pero las noches empiezan a alargarse y se me acaban las oportunidades de ponérmelos.

—¿Me veo bien? —le pregunto insegura.

—Estás guapísima —responde papá.

No es que esté desesperada porque me digan que estoy bonita o guapa, o que me importe demasiado mi aspecto. Estoy bien como soy, de verdad. Pero, ay, esa forma en que lo ha dicho mi padre, como si me lo hubiera dicho toda la vida… La naturalidad hace que se me humedezcan los ojos. Porque no importa lo que piense el resto del mundo, pero todos los niños del mundo deberían escuchar que son guapos de boca de sus padres.

—No tardaremos —promete papá mientras me abraza—. ¡Estamos impacientes por ir!

Nos soltamos y empiezo a darme la vuelta, pero me detengo y me vuelvo para arrancarle una ramita del pelo.

Se ríe cuando se la enseño y yo sigo sonriendo cuando salgo del granero.

***

Intento prepararme para no ver el coche de Anders en la entrada, pero estoy tan nerviosa cuando salgo por el maizal que casi no registro el sonido de su risa. Y entonces lo veo más adelante, caminando codo con codo con una llamativa pelirroja hacia el granero.

No puedo verle la cara, pero el pelo ondulado le cae en cascada por la espalda y sus piernas se extienden durante kilómetros, y cuando Jonas aparece, el deleite en su rostro es visible desde aquí. ¿Quién es ella?

Quienquiera que sea, apuesto a que está exultante al estar flanqueada por estos dos hermanos. ¿Cómo podría no estarlo?

Mis celos son irracionales y lo sé, por supuesto, pero me hacen preguntarme cuántos avances habrá tenido que esquivar Anders. Debe estar muy cansado.

«Paso a paso, Wren». Es mi nuevo mantra.

Jonas me ve y levanta la mano. La pelirroja se da la vuelta para ver a quién está saludando, pero mi atención está centrada en Anders.

Me ha visto.

Y se le ha borrado la sonrisa.

Siento como si mi caja torácica se hubiera cerrado alrededor de mi corazón, apretándolo en un torno. Odio que le duela mirarme.

—¡Wren! —grita Bailey, distrayéndome. Corre hacia mí, con esos ojos grandes y redondos, y luego baja la velocidad de sus pasos a unos metros de distancia—. Estás matadora con ese vestido. —Se acerca para darme un abrazo—. ¿Estás bien? —me pregunta al oído.

Asiento contra su hombro. Sabe todo lo que pasó con Anders, y regañó a Casey por no estar más informado sobre Laurie, como si el pobre tuviera algún control sobre lo que sabía y lo que no sabía.

Me suelta y sonríe con empatía.

—Ven a conocer a Tyler —me insta, y enlaza su brazo con el mío.

—¿Es la pelirroja?

—Sí. ¿Has visto la cara de Jonas? No para de babear.

Me río.

—¿Está soltera?

—Sí. Y apuesto a que ella también estará interesada.

—¿Cómo no iba a estarlo?

Bailey me sonríe.

—Tú no lo estabas.

—Ya, pero estaba Anders —respondo encogiéndome de hombros.

—Yo tampoco.

—Ya, pero estaba Casey —le digo encogiéndome de hombros otra vez, porque cuanto más los veo juntos, más convencida estoy de que son perfectos el uno para el otro.

Bailey sonríe.

—Se está dejando crecer el bigote otra vez, ¿sabes? —me dice con indiferencia.

—¿En serio?

—Sí. Así que ahora todo está bien en el mundo.

Suelto una risita, aunque mi corazón sigue latiendo con fuerza mientras caminamos por el polvoriento corral hacia los demás.

Creo que es feliz, pero conozco a Bailey (al menos ahora, después de este verano) y no es el tipo de persona que deja que la vida le suceda. Agarrará la vida por los cuernos y hará lo que ella quiera; y si no está bien aquí, si ella y Jonas no siguen planeando los eventos que a ella le gusta organizar o si sigue aburrida de la vida en el club de golf… entonces hará otra cosa. Sé que lo hará. Ya sea aquí, en Bloomington o más lejos, y Casey moverá montañas para estar con ella. Él no será feliz a menos que ella lo sea, eso es un hecho. Así que estarán bien. De eso estoy segura.

—¡Tyler, esta es mi hermana! —exclama Bailey cuando nos acercamos.

—¡Hola! —responde Tyler, y avanza hasta medio camino para darme un abrazo—. He oído hablar mucho de ti.

Es impresionante, con ojos azules brillantes, la cara llena de pecas y una sonrisa que podría iluminar una habitación.

—Yo también. Me alegro mucho de conocerte. Muchas gracias por dejarnos quedar en tu casa el mes pasado.

—Tendrás que volver para que podamos salir juntas una noche —responde.

—Me encantaría.

Jonas se acerca y me levanta del suelo del abrazo que me da, me gruñe un saludo en el oído y me planta al lado de su hermano.

Sutil, Jonas, muy sutil.

Miro a Anders, y el corazón me da vueltas y vueltas y vueltas.

—Hola —dice en voz baja, con una pequeña sonrisa en los labios, dos arrugas entre sus cejas perfectas y sus ojos asombrosamente imperfectos posados en los míos.

—Hola —respondo, y lo que más deseo en el mundo es estirar la mano y alisar esas arrugas de una vez por todas.

«Sé fuerte», me recuerda la voz de mi cabeza. «Tienes que ser fuerte por él».

Pero entonces Anders da un paso adelante y me toma en sus brazos. Hago una inhalación profunda y apenas percibo el aroma a cítricos o el pecho duro presionando contra el mío antes de que me suelte. Se me revuelve el estómago y mi sonrisa vacila cuando me doy cuenta de

que me acaba de abrazar y yo estaba tan tensa que ni siquiera le he devuelto el abrazo.

—Bien, vamos, Wren —me dice Bailey, y sé que intenta rescatarme, porque no creo que pudiera ser más incómoda la situación—. ¿Puedes sacar el Airstream del cobertizo, Jonas? Tenemos que instalarnos.

—Yo lo saco —ofrece Anders.

—Bailey, ¿puedes decirme dónde quieres el bar móvil? —le pregunta Tyler.

—Mierda —murmura Bailey. Se detiene y se gira hacia mí—. ¿Todo bien?

—Sí, tranquila.

Anders y yo caminamos solos hacia el cobertizo para escapar de la incomodidad de la situación.

—¿Qué tal estás? —me pregunta.

—Bien —respondo, asintiendo—. ¿Y tú?

—Bien —dice, y su respuesta está claramente lejos de la verdad—. Siento que ese abrazo haya sido un poco raro —dice tras un momento de doloroso silencio—. Intentaba ser… —niega con la cabeza—. Amigable.

Su tono es irónico, autocrítico.

Me muerdo el labio y vuelvo a mirarlo. Sonríe y su mirada se posa en mis labios antes de apartarse.

—Bien, ¿dónde está esa pequeñina? A ver qué le has hecho.

—Ese pequeñín

—Ese pequeñín —me concede.

Pasa unos minutos revisando a Bambi, sonriendo mientras pasa los dedos sobre el contrachapado de abedul que papá y yo colocamos sobre las paredes interiores.

—Tiene muy buena pinta —dice, y enciende las luces de los años sesenta que compré en el almacén de antigüedades—. La rueda retráctil ¿funciona bien?

—Sí, muy bien.

—Tienes que acordarte siempre de guardarla antes de remolcarlo —me advierte.

Asiento con la cabeza. Ya me ha advertido de lo importante que es

eso.

—¿Cuándo vas a hacer tu viaje por Estados Unidos? —me pregunta mientras revisa la junta de la puerta trasera.

—No lo sé —respondo encogiéndome de hombros—. Quizá el verano que viene.

—¿Por qué no antes?

—Dudo que pueda volver antes.

Se queda paralizado.

—¿Adónde vas?

—Regreso al Reino Unido.

Me mira fijamente.

—¿Te vas?

Asiento con la cabeza.

—Dentro de una semana.

—¿Y te quedarás allí?

—Creo que tengo que hacerlo.

Capto su mirada devastada mientras aparta la vista.

—Ciérrala, por favor. ¡Ciérra*lo*! —se corrige mientras se aleja—. Yo voy a dar marcha atrás al tractor.

***

No vuelvo a hablar con Anders mientras lo preparamos todo, no más que unas palabras aquí y allá, al menos.

Peggy se acerca a saludar cuando Bailey y yo estamos poniendo en marcha las máquinas de bebidas y palomitas, y parece encantada con el logotipo que reza «Granja de la Familia Fredrickson» y que ha diseñado Jonas para los envases de las palomitas.

Bailey tiene que retirarse cuando llega la empresa del cine móvil, pero Peggy se queda un rato charlando conmigo de Wisconsin y de lo bien que lo han pasado. No me extrañaría nada que se planteasen retirarse allí.

Como el clima de la tarde es tan agradable, he abierto la puerta trasera y he puesto unas mesas fuera. Anders ha ayudado a Jonas a traer su parrilla de carbón desde el lago y los olores de la carne asada

colman el aire. Llega una banda local de *bluegrass* de cinco músicos y se instalan por aquí cerca; son amigos de Brett, el hermano de Casey. Bailey me habló de ellos: no esperan ni que les paguen, simplemente pensaron que sería una noche divertida y que les daría visibilidad. Incluso la música que tocan mientras se preparan contribuye al buen ambiente.

Cuando Bailey enciende las tiras de luces, salgo del Airstream para ver cómo se reflejan sobre el exterior plateado mientras el interior brilla cálidamente. No puedo evitar sonreír mientras lo observo todo.

Bailey tiene que volver a irse para organizar más cosas, así que me quedo sola un rato y, cuando empiezan a llegar clientes, se forma una cola fuera de Bambi.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta Anders, asomando la cabeza por la puerta.

—Por favor —respondo sin pensar. Estoy que me salgo de mí misma.

Trabajamos codo a codo, sirviendo palomitas, bebidas y caramelos.

—Tu madre está en su salsa —le digo una vez que lo tenemos todo bajo control.

Él la mira. Se ha ubicado al lado de Jonas, que está volteando hamburguesas mientras ella cobra y ofrece aderezos.

—Le encanta todo lo que tenga que ver con la cocina.

—Podría abrir un restaurante en Wisconsin.

—Ya me la imagino… —dice Anders sonriéndome de lado.

Me deja sin aliento cada vez que hace eso.

—¿Dónde está tu padre? —le pregunto, armándome de valor.

—Viene hacia aquí —responde con el ceño fruncido, señalando con la cabeza al otro lado del patio.

Su padre se dirige directamente hacia Jonas. Todavía cojea un poco, pero su lesión no lo frena. Anders está tenso a mi lado.

—Deja esto, hijo —le dice Patrik con brusquedad—. Deberías ir a recibir a la gente a medida que llega. Yo puedo encargarme de la parrilla.

Jonas se lo queda mirando, sin decir nada.

—Tiene razón —interviene Peggy, dándole un codazo a Jonas—. Tú

eres el anfitrión. Nosotros podemos arreglárnoslas solos aquí.

Patrik tiende la mano hacia la gran espátula plateada que sostiene Jonas. Este mira aturdido la mano de su padre y luego la espátula, antes de entregársela lentamente.

Patrik le da una palmada en la espalda antes de que se vaya.

—Ver para creer… —murmura Anders con asombro.

—¿Te refieres al hecho de que tu padre se haya ofrecido a ayudar o al hecho de que Jonas se haya apartado de la parrilla?

—A ambas cosas —responde con una sonrisa.

Tenemos un gran aluvión de pedidos antes de que empiece la película y luego Bailey viene a preguntarle a Anders si puede reubicar algunos fardos de heno para que las familias puedan sentarse juntas. Ella se queda para ayudarme y, cuando papá y Sheryl llegan al frente de la fila, los cuatro nos miramos y nos reímos.

—¿Puedes sacarnos una foto? —le pregunto a papá, entregándole mi teléfono.

Bailey y yo nos abrazamos y saludamos a la cámara. Papá saca una foto y yo suelto a Bailey, pero ella se gira y me besa en la mejilla.

—Te quiero, hermanita.

—Yo también te quiero —respondo cariñosamente.

—Ay, chicas… —dice Sheryl, con lágrimas en los ojos mientras nos sonríe—. Mira nuestras niñas —le dice a papá.

—Son increíbles —responde él con asombro, moviendo la cabeza.

—Hay otros clientes esperando, ¿sabéis? —suelta Bailey, pasándose disimuladamente la mano por los ojos—. Ya tendréis tiempo de poneros sentimentales más tarde.

Sheryl le sonríe con complicidad antes de llevarse a papá. Me inclino y le doy un beso en la mejilla a mi hermana.

***

Cuando los colores del cielo se oscurecen, las luces se apagan y empieza la película. Yo tomo asiento y absorbo el ambiente. Debe haber más de doscientas personas sentadas aquí afuera, bajo las estrellas, y la mayoría han traído sus propias sillas y mantas. El aire

huele a heno, palomitas y rocío fresco de la tarde, y, a pesar de mi melancolía subyacente, es imposible no sentir chispas de felicidad por lo bien que ha salido todo.

Peggy y Patrik están sentados con papá y Sheryl al fondo. Bailey y Casey están acurrucados el uno contra el otro por aquí cerca. Jonas y Tyler siguen de pie junto al bar móvil, prestándose más atención el uno al otro que a la película, por lo que parece. Y yo estoy pegada a Bambi, así estoy lista para abrir de nuevo cuando llegue el intermedio.

No estoy segura de dónde está Anders y no puedo evitar preocuparme. Supongo que está en algún lugar cerca de su hermano, pero estaré más tranquila cuando lo sepa.

Me olvidé por completo de traer una silla o una manta para mí, así que estoy sentada en un fardo de heno, y tiemblo un poco. La empresa de cine móvil ha traído auriculares, por lo que el audio de la película se reproduce directamente en los oídos de la gente en lugar de a todo volumen por medio de altavoces.

Me sobresalto cuando me ponen una manta sobre los hombros. Levanto la vista y veo a Anders. Viene a sentarse en el fardo de heno a mi lado.

No sabía que fuera posible amar tan plenamente y sentir un dolor tan profundo al mismo tiempo.

—Gracias —susurro.

Asiente con la cabeza, mirando al frente. Su rostro está iluminado por la luz de la gran pantalla y me doy cuenta de que no lleva auriculares.

—¿Dónde están tus auriculares? —le pregunto mientras me quito uno.

—Creo que se les han acabado —responde, encogiéndose de hombros—. No pasa nada. He visto esta película montones de veces.

—Yo también, pero *Todo en un día* nunca pasa de moda.

Le paso el auricular derecho. Me mira.

—¿Estás segura?

—Por supuesto.

Lo toma y nos sentamos uno al lado del otro, compartiendo el audio.

Deseo acurrucarme junto a él, como hace Bailey con Casey, como hace Sheryl con papá.

Me invade una sensación de soledad y me siento enferma de tristeza y confusión. A medida que avanza la película, apenas esbozo una sonrisa, y ni hablar de reírme a carcajadas.

Anders se mueve para ponerse más cómodo y apoya la mano justo detrás de mi espalda. Siento una línea recta de calor desde donde está su brazo estirado, aunque apenas me toca.

No puedo evitarlo y me apoyo en él. Un momento después, me rodea la cintura con la mano y me acerca a su lado. Mi corazón se contrae mientras apoyo la mejilla en su hombro, intensamente consciente de cada milímetro de piel donde estamos conectados.

Esto es lo más cerca que vamos a estar.

Es verdad lo que le dije a papá hace ya varias semanas, cuando me recogió en el aeropuerto: «No eliges de quien te enamoras».

Papá no eligió enamorarse de Sheryl.

Scott no eligió enamorarse de Nadine.

Yo no elegí enamorarme de Anders.

Pero puedo elegir lo que hago al respecto.

Llega el intermedio y siento el fantasma de un beso que alguien me da en la parte superior de mi cabeza. Cuando se encienden las tiras de luces y la gente empieza a levantarse, me quito apresuradamente mi auricular y se lo paso a Anders.

—Gracias por la manta. —La dejo sobre el fardo de heno.

—¿Quieres que te ayude?

—No, no hace falta.

Mientras me alejo de él en dirección a Bambi, no puedo evitar pensar en todas las veces que se alejó de mí sin siquiera mirar hacia atrás. Quiero ser así de fuerte, así de decidida, pero la curiosidad se apodera de mí y echo una mirada por encima del hombro.

Está sentado donde lo he dejado, con los codos apoyados en las rodillas, mirándome, y parece completamente destrozado.

Siento un sobresalto en todo el cuerpo cuando se cruzan nuestras miradas. Pero cuando llego al Airstream y vuelvo a mirar, ya se ha ido.

Y entonces se me ocurre preguntarme: «¿Acaba de darme un beso de despedida?».

Mis manos empiezan a temblar violentamente.

De repente, veo a Jonas caminando hacia mí, abriéndose paso entre la multitud.

—Esto es una mierda —dice enfadado cuando llega hasta mí, mirándome fijamente.

—¿Qué pasa?

—Bailey —dice por encima del hombro—. ¿Puedes reemplazar a Wren? Tengo que hablar con ella.

Me arrastra hasta la parte trasera del granero.

Capítulo treinta y siete

—¿Jonas? ¿Qué pasa?

—Como he dicho, esto es una mierda.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Tú lo quieres! —me grita tras soltarme y girándose hacia mí. Retrocedo—. Y él te quiere a ti.

Me doy cuenta de que no está enfadado, sino disgustado. Estos hermanos Fredrickson son difíciles de entender a veces.

—¿Y qué? —respondo levantando la voz—. ¿De qué le sirve a nadie?

—Si no estuvieras enamorada, entendería que no quisieras tener nada que ver con él. Tiene una vida complicada. Pero tú lo quieres. Te lo acabo de ver escrito en toda la cara.

—¡Pero su vida sí que es complicada, Jonas!

—Y eso es demasiado problema para ti, ¿verdad? —Exige una respuesta y puedo ver que está decepcionado conmigo.

—¡No es demasiado problema para mí! ¡Me preocupo por él! ¡Por los padres de Laurie! ¡Por lo mucho que les va a doler!

Duda un momento.

—¿Lo estás diciendo en serio? —pregunta—. ¿Te vas porque te importa demasiado, no porque te importe poco?

—¡Sí! —grito.

Sacude la cabeza con desesperación.

—Lo estás haciendo todo mal. Tienes que luchar por él, no alejarte.

—¿Qué sentido tiene? ¡Eso le hará más daño! Estará dividido entre Laurie y yo, entre los padres de Laurie y yo.

—¡Laurie ya no está! ¡Y no me digas que no lo sabes! Anders está vivo y aquí y tienes que convencerlo de que vale la pena luchar por él.

No digo que vaya a ser fácil. Pero alguien tiene que ir a la batalla por él, para alejarlo de los padres de Laurie. Se está ahogando, Wren. Lo están tirando para abajo. Este no es el momento de alejarse, este es el momento de luchar. Eres la única que puede hacerlo. Te juro que lo he intentado. Mi madre lo ha intentado. Todos hemos intentado convencerlo de que se divorcie de Laurie y viva su vida; o, si no quiere divorciarse de ella, que al menos viva como él quiere. Ha hecho sacrificios de sobra por ella y por sus padres a lo largo de los años. El año pasado, lo llamaron para un puesto importante en Ferrari, por el amor de Dios. ¡Y dijo que no! Renunció a la oportunidad de trabajar en la Fórmula 1 y viajar por el mundo porque se sentía demasiado culpable. Pero tiene que dejar de sentirse en deuda con Kelly y Brian. No tiene control sobre lo que hacen, ellos sabrán lo que hacen. A este paso, estará atrapado en esta media vida hasta que Laurie por fin pueda descansar, y no quiero ni pensar en qué estado llegará a aquel día. —Da un paso y me pone las manos sobre los hombros—. Pero tú puedes ayudarlo, Wren. Puedes darle algo por lo que luchar. Tú eres alguien por quien vale la pena luchar. Muéstrale que tú también estás dispuesta a luchar por él.

Me da vueltas la cabeza cuando Jonas me deja ahí parada detrás del granero. ¿Tiene razón? ¿En todo? Pensé que me estaba sacrificando al retirarme de la situación, pero me doy cuenta de que todo lo que he hecho es hacer que Anders se sienta aún más solo. Lo abandoné, lo abandoné cuando más me necesitaba. Y yo que creía que me sentía sola… ¿Cómo debe sentirse él?

El asunto es que Anders lucharía por cualquier otra persona. Lo que no hace es luchar por sí mismo.

Jonas tiene razón: tengo que ponerme de su lado.

La idea de ser la otra mujer, la persona de la que los padres de Laurie van a querer vengarse, me hace estremecer. Pero, tal vez, adoptando ese papel, pueda quitar algo de presión sobre su yerno.

Lo pensaré más tarde. Lo más importante ahora es encontrar a Anders.

Y Anders no aparece por ninguna parte.

Comienza la segunda mitad de la película y él no vuelve a nuestro

fardo de heno. De ninguna manera me quedaré quieta a esperarlo, así que saco mi teléfono y le mando un mensaje.

«¿Dónde has ido?».

No contesta y, al cabo de veinte minutos, tomo la decisión de ir a buscarlo a la granja. Me escabullo y pruebo la puerta lateral. Esperaba encontrarla cerrada (porque ¿qué clase de familia deja su casa abierta cuando hay unas doscientas personas dando vueltas por ahí?), pero resulta que es una familia confiada. La puerta no está cerrada con llave, así que me aventuro al interior, gritando el nombre de Anders. Reviso la cocina, la sala de estar, el comedor y el escritorio, y cuando no hay ni rastro de él, subo las escaleras hasta el primer piso. Grito su nombre de nuevo mientras camino por el pasillo, pero no oigo ningún movimiento detrás de ninguna de las puertas. No me atrevo a abrirlas, ya me siento bastante mal por haber entrado sin autorización.

Después, busco por todo el recinto, desde la cabaña de Jonas hasta cada fila de coches aparcados detrás del granero. La película termina y la gente empieza a recoger sus cosas y a caminar o conducir de vuelta a la ciudad. Me quedo parada en el camino y miro hacia los campos que se extienden en la oscuridad. Los tallos de maíz secos y crujientes se mecen con la brisa, susurrando.

Podría estar en cualquier parte.

Se acerca Jonas.

—Mañana será otro día.

—¿Y si vuelve a Indianápolis?

—No lo hará. Prometió desgranar maíz conmigo.

—¿Desgranar maíz?

—Estamos cosechando los campos, Wren —dice en tono burlón, como si ya me lo hubiera dicho cientos de veces—. Se dice así. Eso es lo que decimos: cortamos judías y desgranamos maíz.

—Cortar judías y desgranar maíz. Entendido.

Me sonríe.

—Te convertiremos en la mujer de un granjero.

—No si Tyler se me adelanta —le respondo.

Se le levantan las cejas y suelta una carcajada.

—Parecías muy cómodo en el bar.

—Es una chica agradable —responde encogiéndose de hombros.

Sonrío y vuelvo a echar un vistazo a los campos oscuros. Me pongo seria y me vuelvo hacia él.

—¿Puedes esconder las llaves de su coche, por si acaso?

—Las pondré debajo de mi almohada —responde.

—No estoy bromeando.

—Yo tampoco.

Jonas nos manda a Bailey y a mí con el resto de la familia, y nos dice que se ocupará de la limpieza por la mañana. No puede empezar a «desgranar maíz» hasta la tarde, cuando empiece a irse el sol y se haya evaporado el rocío; el nivel de humedad tiene que ser el correcto o se podría arruinar la cosecha.

Cierro a Bambi con llave y echo un último vistazo en busca de Anders, pero, donde quiera que esté, no quiere que lo encuentre.

***

Cuando me estoy quedando dormida, recibo un mensaje que me despierta de un salto.

«Lo siento, necesitaba un poco de aire fresco y luego me puse a hablar con mi madre».

«¿Aire fresco? Estábamos sentados al aire libre». Escribo con una sonrisa, muy aliviada de que haya contestado.

«Irónico, ¿verdad?».

«Espero que estés bien». Como no contesta, añado: «Jonas dice que mañana lo ayudarás con la cosecha. ¡¿Puedo ir a dar esa vuelta en tractor contigo?!».

Espero y espero su respuesta.

«Vale».

Me pregunto si podré volver a dormirme.

Capítulo treinta y ocho

Me pongo el otro vestido de flores que compré en Bloomington, el azul, amarillo y blanco con botones por toda la parte delantera. Hace un día espléndido, así que es el clima adecuado para que me lo ponga.

También es un día perfecto para desgranar maíz. Después de pasar casi tres meses viendo cómo los tallos pasaban de verde a dorado, me emociona ver lo que implica la cosecha. Apenas puedo creer que vaya a estar sentada junto a Anders durante horas en el espacio confinado de un tractor. Estoy impaciente.

En la mochila llevo algo para comer, agua y un abrigo en caso de que refresque más tarde. Cuando Jonas sale a cosechar los campos, a veces se queda hasta bien entrada la noche, y yo hoy quiero llegar hasta el final. Y lo digo en todos los sentidos.

A decir verdad, me carcome la ansiedad ante la idea de exponerme y que me rechace. Si Jonas no hubiera hablado con tanta claridad y pasión, no hubiese tenido coraje para luchar. Anders tiene razón, soy insegura. Pero es hora de que tome las riendas.

***

Encuentro a Anders con su madre y su hermano junto al primer granero. Los tres se giran para mirarme mientras me acerco y no podría sentirme más cohibida.

—Vaya, ¡qué guapa estás! —dice Peggy, radiante.

Creo que me ruborizo de pies a cabeza. Ni siquiera puedo mirar a Jonas, y mucho menos a Anders.

—¿Estás lista? —me pregunta Anders.

—Mmmm. —Lo miro y veo que sonríe, pero aparto los ojos otra

vez.

—Os he puesto un pícnic en la nevera, debajo de tu asiento —me dice Peggy.

—Vaya, gracias. Espera, ¿hay una nevera en el tractor?

—No vamos en el tractor, vamos en la cosechadora —dice Anders —. He pensado que sería más divertido.

Jonas le da un puñetazo en el brazo, sonriendo.

Cuando Anders se da la vuelta, capto la mirada de Jonas. He imaginado que le habría divertido mi incomodidad, pero su expresión es seria. Le hago un gesto con la cabeza. Él asiente y seguimos a Anders al cobertizo.

La cosechadora es gigantesca, de color verde militar con tapacubos de un amarillo brillante y ruedas más altas que yo. Y, acoplado a la parte delantera, está el cabezal para maíz: un dispositivo verde y ancho equipado con lo que parece una hilera de cohetes verdes.

Anders sube varios peldaños anchos de una escalera hasta la puerta, la abre de par en par, entra y se vuelve hacia mí.

—Ten cuidado —me advierte y me toma del antebrazo mientras subo lentamente.

Cierra la puerta y se sienta en el asiento del conductor. Me siento a su lado y me arde la piel donde me ha tocado.

Hay ventanillas en los cuatro lados de la cabina y son enormes. Es como una caja de cristal sobre ruedas.

Una vez, al principio de mi carrera, cometí el error de diseñar ventanas de pared a pared y de suelo a techo en un estudio londinense orientado al sur. Cuando más tarde me encontré con los propietarios, se quejaron de que era como vivir en un invernadero.

Por suerte, cuando la cosechadora se pone en marcha, se enciende el aire acondicionado.

Peggy y Jonas se apartan del camino y Anders se gira para mirar por la enorme ventanilla trasera. Se aferra al respaldo de mi asiento mientras hace retroceder la gigantesca máquina y sale del cobertizo.

No puedo evitar observarlo mientras se concentra en la maniobra. Lleva puesta una camiseta verde musgo que resalta el color de sus ojos y la torsión de su cuerpo ha provocado que se le estire el cuello, lo

que exhibe su piel lisa y suave y el contorno de su clavícula. Siento el calor de su brazo sobre mis hombros mientras mis ojos recorren sus músculos fibrosos. Ni siquiera intento dejar de mirarlo porque hoy me juego el corazón. Tengo todo y nada que perder… Y voy a dar lo mejor de mí.

Anders me mira a los ojos antes de seguir adelante.

—¿En qué piensas? —murmura.

—Te lo diré cuando estemos solos —le respondo.

Aparta sus ojos de los míos para mirar a su madre y a su hermano.

—Te llevaré al campo más lejano que encuentre.

Al oír su tono grave, se me forma un enjambre de mariposas en el estómago.

Avanzamos por el camino polvoriento y giramos a la derecha por la carretera iluminada por el sol. Un cielo azul esparce su bruma sobre nosotros y los campos dorados se extienden a nuestro alrededor. Al cabo de un rato, Anders se sale de la carretera, penetra en el borde cubierto de hierba y luego estamos avanzando sobre hectáreas y más hectáreas de maíz seco que se mece con la brisa, como las olas del océano.

Pulsa unos botones en una pantalla digital y avanzamos lentamente por el maizal. Los dientes verdes con forma de cohete se entierran en los tallos. Anders se da la vuelta para mirar por la ventanilla trasera y yo hago lo mismo. Para mi asombro, detrás de nosotros, en la cosechadora, van cayendo los granos de maíz, completamente pelados y sin paja.

—¿Vas a decirme en qué estabas pensando?

—Necesito entrar en calor —respondo.

Levanta una ceja y vuelve a mirar hacia delante, dirigiendo su atención a la pantalla digital.

—Bueno, tal y como están saliendo las cosas, tenemos unos doce minutos antes de que venga Jonas con el carro para los granos.

—¿Doce minutos? ¿Tan poco?

—*Sip*.

—¿Qué es el carro para los granos?

—Es un remolque arrastrado por el tractor. Voy a descargar este

lote en él y él lo llevará de vuelta a la granja para vaciarlo en el depósito de grano.

No es todo tan ruidoso como imaginaba. Solo se oye el zumbido del motor mientras nos movemos a un ritmo pausado, recogiendo los tallos de maíz y dejando atrás un campo aplanado de paja crujiente y triturada.

—Esto es algo adictivo —digo, mientras vuelvo a mirar atrás por encima del hombro.

—Apuesto a que no te sentirías así si estuvieras aquí a las dos de la mañana —bromea.

—¿Trabajáis hasta tan tarde?

—Cuando las condiciones son las adecuadas, podemos estar toda la noche. Pero, por supuesto, puedes volver a casa cuando quieras.

—Ni hablar. Si tú te quedas, yo también. Pero ¿no tienes que ir a trabajar mañana?

—Puedo llegar tarde.

Me vuelvo hacia él y apoyo el hombro en el respaldo cruzando las piernas. Me mira las rodillas, las zapatillas blancas en mis pies, y luego se gira para mirar hacia atrás.

—A veces creo que paso más tiempo mirando hacia atrás que hacia delante —dice.

—¿En más de un sentido?

Me mira a los ojos. Pasa un momento antes de que responda.

—Supongo que se podría decir que sí.

Estoy muy nerviosa mientras le devuelvo la mirada. Tengo tanto que decir y no sé por dónde empezar. Menos mal que vamos a estar aquí todo el día.

—¿Ya has entrado en calor? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

Entorna los ojos, desconcertado.

—¿Cómo estaban tus padres después de lo de anoche? —le pregunto.

Sonríe y vuelve a mirar hacia delante.

—Bien. Anoche estuve hasta tarde hablando con mamá y Jonas. Y hemos tenido otra larga charla esta mañana con papá.

—¿Sobre qué?

—Mamá y papá van a jubilarse. —Jadeo de alegría y él sonríe ante mi reacción—. Han decidido que ya es hora de pasarle las riendas a Jonas. Papá le ha dicho que estaba orgulloso de él, que hubiera querido tener esas agallas para intentar algo diferente.

—Vaya… Eso es increíble.

—Hasta mamá se ha sorprendido. —Se queda mirando un rato hacia delante y luego suspira en voz baja—. Anoche, nos dijo a Jonas y a mí algo que no sabíamos, que papá había sufrido depresión toda su vida. Dijo que, antes de que naciéramos, hubo un tiempo en que estaba muy preocupada por él. Cuando vio que Jonas se retraía y bebía más de la cuenta, y luego se dio cuenta que había estado ordenando la cabaña, se asustó porque eran cosas que mi padre también hacía. Por suerte, tenía una amiga terapeuta en aquellos años que tenía bastante idea sobre la depresión. Mamá no sabe lo que habría hecho sin ella.

Exhala pesadamente y yo me acerco y le aprieto la rodilla. Me mira la mano un momento antes de continuar.

—Papá ha llevado un gran peso sobre sus hombros durante muchos años, tratando de proteger a mamá, a Jonas y a mí, y no lo ha hecho de la manera correcta. Pero escuchar todo esto de mamá arrojó una luz diferente sobre todo. Jonas y yo sentimos mucha pena por él.

Lo suelto mientras busca una radio con un cable negro rizado y se la lleva a los labios.

—¿Puedes venir ahora?

—Voy para allá —contesta Jonas, con la voz crepitando en el aire.

—Estamos casi llenos —me dice.

—¿Ya?

—Sí.

—¿Qué te pareció Tyler? —pregunta Anders, dejando atrás la oscuridad del pasado de sus padres.

—Me pareció muy simpática. Creo que a Jonas le gustó.

—Le pidió su número.

—¿En serio? ¡Eso es genial! Pensaba que Heather aparecería de un momento a otro y le robaría su atención.

—Ella trató de comprar una entrada, solo una para ella, pero Jonas

le dijo que era mejor que se mantuviera alejada.

—¡No puede ser! ¿De verdad? —Asiente—. ¡¡Sí!! —doy un puñetazo al aire y él se ríe.

—No creo que Jonas vuelva a tomar ese camino.

—Espero que no.

***

Jonas no tarda en llegar con el carro para los granos, y avanza a nuestro lado mientras se extiende un gran brazo desde la cosechadora y descarga el maíz en su remolque. Jonas se coloca perfectamente en línea con nosotros y Anders no disminuye la velocidad. Hasta doblan al final del campo sin perder ningún grano.

—Dios, qué precisión —digo con asombro, mientras Jonas conduce de vuelta a la granja.

—¿Vas a contarme lo que te ronda por la cabeza en los próximos doce minutos? —me pregunta con una sonrisa juguetona que de repente se transforma en un ceño fruncido—. Algo anda mal —dice, mientras estudia la pantalla digital. Nos detenemos y apaga el motor —. Disculpa.

Pasa por encima de mí y me choca las rodillas con las piernas. Abre la puerta y baja por la escalera con la agilidad de alguien que lleva haciéndolo toda su vida.

Me asomo y observo con preocupación cómo abre un panel polvoriento en el lateral de la cosechadora.

—No te caigas —me dice.

—Me agarro fuerte —respondo, y me gusta que se preocupe lo suficiente como para recordármelo—. ¿Puedes ver cuál es el problema?

—Se ha cortado la correa de transmisión del cilindro desgranador —responde distraído.

Sube de nuevo a la cabina y toma la radio para informar a Jonas.

—Entiendo, espera —responde Jonas, resignado—. Miro si tenemos una de repuesto cuando termine de descargar, pero creo que tendré que pedir una nueva. Podría tardar un par de horas. ¿Quieres que os

envíe a mamá en el Gator para que os recoja?

Anders me mira, y me pide en silencio una respuesta. Digo que no con la cabeza.

—No, aquí estamos bien —dice por el auricular, con los ojos fijos en los míos.

—Vale —responde Jonas, y se hace un silencio.

Anders frunce el ceño ante la radio mientras la coloca en su lugar.

—¿Y bien? —murmura, antes de encogerse de hombros y volver a mirarme—. ¿Te apetece un pícnic junto al río?

Una ráfaga de nervios me sopla en el estómago.

Me bajo de la cosechadora y me quedo parada bajo el cálido sol, esperando a que Anders saque la comida y un par de latas de refrescos de la nevera. Me lanza una manta y me la echo al hombro.

El río está al pie de la colina, bordeado de frondosos árboles que están empezando a cambiar de color. En unas semanas estarán inundados de rojos, naranjas y amarillos. Ojalá pudiera estar aquí para verlos.

Caminamos por la parte del campo que ya hemos cosechado, pisando paja y algún que otro trozo de maíz amarillo que la cosechadora ha pasado por alto.

Cuando llegamos al río, Anders tiende la manta a la sombra de un árbol y me invita con la mano a sentarme. Una vez estoy instalada, se sienta conmigo, me pasa una lata y abre otra para él. Bebe un sorbo y saca unos sándwiches de una bolsa.

—Tenemos de pollo o de jamón y queso. ¿Cuál prefieres?

—Elige tú primero. No tengo mucha hambre.

—¿No?

—Estoy demasiado nerviosa para comer —admito.

Deja de hacer lo que está haciendo y me mira.

—¿Por qué estás nerviosa, Wren? —me pregunta al ver que me tiemblan las manos.

—Lo siento. Estoy hecha un desastre.

—¿Por qué dices esto?

—Porque tengo algo que decir y me da miedo decirlo.

—Suéltalo —me insta con suavidad.

Respiro hondo y me obligo a mirarlo a los ojos.

—Cuando te dejé en tu piso, fue porque pensé que si me quedaba os haría daño a ti y a los padres de Laurie. Pude ver lo destrozado y culpable que te sentías. Y sé que Kelly y Brian odiarían que te alejaras de Laurie, pero creo que, con el tiempo, podrían entenderlo.

Sacude la cabeza en rotundo desacuerdo y clava los ojos en el río.

¿Cómo demonios voy a poder llegar a él?

—Sé que no quieres herir a los padres de Laurie, pero no te casaste con ellos, Anders. No es a ellos a quienes les hiciste promesas. Su hija ya no está y es una tragedia terrible, pero no puedes renunciar a tu vida para hacerlos felices, porque, hagas lo que hagas, nunca vas a conseguirlo. Vivirán con dolor por el resto de sus vidas, pase lo que pase. Y eso no es culpa tuya. Ni es tu responsabilidad. Nada de lo que hagas aliviará su dolor. Te das cuenta de eso, ¿verdad? ¿Anders?

Espero hasta que me mira, con los ojos húmedos y esas dos malditas arrugas entre las cejas. Me acerco y me arrodillo directamente frente a él, con los latidos de mi corazón reverberando por todo mi cuerpo.

—Puedes seguir queriendo a Laurie en la salud y en la enfermedad el resto de tu vida —le digo con seriedad—. Pero ama su recuerdo —le imploro, con un nudo en la garganta.

Esta mañana he estado investigando sobre los estados vegetativos, así que sé un poco más acerca del estado de Laurie.

—Su cuerpo no siente nada. Ni dolor, ni sufrimiento. No hay nada que puedas hacer que la ayude o la lastime.

Me siento como si estuviera girando, como si fuera una cometa atrapada en un tornado. Creo que se da cuenta de lo angustiada que estoy, porque de repente me toma la mano. Mi piel se estremece cuando me toca, pero el contacto me da ánimos para seguir adelante.

—No quiero alejarme de ti —susurro, con los ojos llenos de lágrimas —. Laurie no está, pero yo sí, y te pido que te permitas quererme.

Las lágrimas resbalan por mis mejillas y lo siguiente que sé es que me las está apartando con las ásperas yemas de los dedos mientras caen.

—Yo ya te quiero, Wren —dice en voz baja e insistente, tomando mi cara con ambas manos—. He estado haciendo esfuerzos enormes,

durante mucho tiempo, para no enamorarme de ti. Pero es imposible.

Mi estómago era un Slinky apretado (uno de esos muelles de juguete que toman forma de puente), pero ahora empieza a bajar sin parar por una escalera imaginaria. Y aún no ha terminado.

—Sin embargo, no puedo dejarla. No me divorciaré de ella.

Sus palabras son como balas que me atraviesan las tripas. Y tengo que recordarme a mí misma que ya me esperaba algo así. Asiento con la cabeza.

—No te estoy pidiendo eso. Pero, por favor… ¿Podrías permitirte imaginar cómo podría ser, entre nosotros, si volviera a Estados Unidos después de la boda de mis amigos y aceptara la propuesta de Dean? ¿Si yo fuera la persona a la que encontraras al llegar a casa? No es que espere irme a vivir contigo, claro —murmuro—. Al menos, no de inmediato. —Me tapo la cara con la mano—. Dios, esto es muy embarazoso.

Sé que le estoy pidiendo mucho. Ha estado atrapado en esta vida durante tanto tiempo que no creo que pueda concebir cómo sería si no tuviera que vivir así.

Me rodea la muñeca con los dedos y suavemente aleja mi mano de mi cara.

—He imaginado esa vida —dice con los ojos llorosos—. Y me gustaría mucho que las cosas fueran diferentes.

Se me ocurre una idea, un último recurso.

—Dame el día de hoy —le pido—. Sé libre, solo un día. Le has dedicado años a Laurie y a sus padres, años. Yo te pido un solo día. Te pido, no, te ruego, que no pienses en ellos hoy. Deja a un lado tu culpa y tus responsabilidades durante un solo día y quédate aquí, conmigo. Me vuelvo a Inglaterra el sábado. No tienes que volver a verme después si no quieres. Pero, por favor, Anders, déjame el día hoy. Me lo debes. —Me detesto absolutamente por recurrir al chantaje emocional. No me debe nada, claro, pero hacer que sienta como si él también tuviera algún tipo de deber para conmigo podría ser la única manera de persuadirlo.

«Es por su propio bien», me recuerdo mientras las palabras de Jonas vuelven a perseguirme: «Se está ahogando, Wren».

Anders me estudia con la mandíbula tensa, y mi corazón empieza a llenarse de esperanza porque está claro que se lo está pensando.

Lo he presionado mucho, lo que no es propio de mí, pero no quiero irme sabiendo que podría haber luchado más. Prefiero vivir avergonzada que arrepentida.

—Hoy —repito—. Solos tú y yo. Aquí y ahora. Sin culpa, ni remordimientos. Solo franqueza y honestidad entre nosotros. Por favor.

Sigue mirándome, y por impulso, extiendo la mano y le paso el pulgar por el entrecejo.

—¿Qué haces? —me pregunta con una media sonrisa, un poco divertido a pesar de la intensidad de la situación.

—Quiero quitarte las arrugas de preocupación.

Me toma la mano y aprieta los labios contra mi muñeca. Se me contrae el estómago, se me entrecorta la respiración y abro los ojos de par en par.

—Hoy —susurra con decisión.

El corazón me da un vuelco.

Hoy.

Capítulo treinta y nueve

—¿Qué pensaste la primera vez que me viste?

Estamos tumbados boca arriba, con las manos entrelazadas, felices, mientras miramos los árboles. El aire que nos rodea está lleno del sonido de los pájaros y del agua que cae sobre las rocas del río cercano.

Siento un hormigueo en todo el cuerpo, la sangre saca chispas en las venas, pero mi corazón aún no se ha recuperado del estrés de la última media hora. No sé bien cuándo lo superaré, si es que alguna vez lo hago, pero he puesto mi malestar en una caja junto con la culpa de Anders. Ya veré más adelante que hago con esa emoción. Y él hará lo mismo con la suya. Será mucho peor para él, por supuesto.

—Pensé: «¿Quién es esa chica gótica emo tan *sexy* que baila al ritmo de Stevie Nicks en el bar?».

Giro la cabeza y me río con lo que acaba de decir.

—No pensaste eso.

—Sí —insiste y me sonríe—. Bueno, sin la parte «gótica emo».

Me pongo de lado, sin soltarle la mano. No puedo creer que le esté tomando la mano.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Qué pensaste de mí?

—Te vi de reojo cuando entraste en el bar y me di cuenta de que había algo diferente en ti. Tanto tú como Jonas llamabais la atención, y yo intentaba veros las caras. Conseguí ver a Jonas cuando os pusisteis a jugar al billar, pero tú seguías siendo esquivo. Hasta que te colocaste para hacer un tiro y tus ojos se encontraron con los míos y sentí como si el mundo entero se hubiera detenido. —Me sonríe y me ruborizo—. Lo siento, eso ha sonado muy cursi.

Se pone de lado y me suelta la mano para apoyar en ella la cabeza.

—Y luego nos conocimos y pensaste que yo era un imbécil —bromea, y se acerca para acomodarme un mechón de pelo detrás de la oreja. Me zumba la piel al contacto de las yemas de sus dedos.

—Eras un poco imbécil —le doy la razón, riendo—. Pero yo estaba borracha e insufrible, así que creo que estamos en paz.

—Estabas bastante borracha, sí —reconoce con una sonrisa—. Pero me gustaste.

Ahora estamos en una especie de universo paralelo. Se ha pasado todo el verano esquivándome y ahora por fin puedo mirar sus defectuosos ojos verdes sin interrupciones. Es indescriptible lo emocionante que resulta. Nunca me acostumbraré. Ningún espacio de tiempo será suficiente. Desearía poder decirle a Jonas que no venga nunca con esa pieza de repuesto para la cosechadora.

Una ráfaga de pánico me recuerda que no tenemos todo el tiempo del mundo. O, al menos, no lo tendremos si no puedo abrirme paso hasta él de una vez por todas.

—No sé cuándo me enamoré de ti —le digo.

Sus ojos se ablandan.

—Yo sé cuándo me di cuenta de que estaba perdido.

—Creo que vi el momento en tu cara —admito. Levanta una ceja, inquisitivo—. Fue en el bar alemán, ¿verdad?

—No, fue en la pista de bolos. Cuando hiciste un *strike*. Estabas muy contenta y luego me miraste… —Su sonrisa se desvanece y frunce el ceño.

—Pero te estremeciste y apartaste la mirada como si te doliera.

Asiente con la cabeza.

—Me dolía quererte.

Me acerco y aliso esas arrugas.

—Hoy no —murmuro—. No dejes que te duela hoy.

Nos miramos fijamente durante un largo momento y entonces él desliza su mano alrededor de mi cintura y lentamente me acerca a su cuerpo. La distancia entre nosotros se reduce a unos centímetros y todo parece quedarse muy quieto, yo me quedo muy quieta, hasta parece que se me frena el corazón un instante.

Su mirada se detiene en mi boca y todos mis sentidos se agudizan,

el aire a nuestro alrededor empieza a crujir. Cuando por fin sus labios se encuentran con los míos, siento una descarga eléctrica que me recorre de pies a cabeza.

El mundo se acelera de nuevo y me dejo llevar por las sensaciones. Me bajan temblores por el cuerpo cuando me acerca a sus caderas. Nuestro beso se intensifica y profundiza, las lenguas se entrelazan y chocan, y me late el corazón frenéticamente, y ya no queda razonamiento alguno en mi mente.

Entonces me levanta sobre él y nos sienta a los dos. Sus manos se deslizan a lo largo de la parte posterior de mis piernas desnudas y acomodan mis rodillas a ambos lados de sus caderas. Mis dedos patinan por sus hombros anchos y me inclino para presionar con mis labios el hueco en la base de su cuello. Se agita debajo de mí cuando mis dientes rozan su piel. La fricción entre nosotros es insoportable. Lo deseo como nunca he deseado a nadie ni a nada, y puedo sentirlo y es imposible negar que él también me desea.

Nuestros besos se vuelven hambrientos y desesperados y él me aferra, soltando un gruñido que vibra por todo mi cuerpo. Es lo más *sexy* que he oído nunca. Pero entonces aparta la boca y me jadea en el cuello. Mis escalofríos son incontrolables.

—Wren. Estoy perdiendo el control.

—Yo también. No pares, por favor. Te necesito.

No sé si algo de eso era inteligible, pero de repente ambos estamos en un frenesí. Mis dedos están en sus caderas, en su cinturón. Sus manos están bajo el dobladillo de mi vestido, bordeándolo hasta la parte superior de mis muslos. No me detiene cuando le desabrocho el cinturón ni yo lo detengo cuando tira de la endeble tela que nos separa. Me levanto rápidamente para librarme de la obstrucción y luego me hundo lentamente en él, y… Oh, es completamente abrumador.

Juro que tendré moretones en las caderas en los lugares en los que me clava los dedos, y querré tatuármelos para recordar este momento el resto de mi vida. Aunque no es que vaya a olvidarlo nunca.

Empezamos a movernos juntos y siento tanto y tan intensamente… Las luciérnagas de mi estómago se han multiplicado y estoy tan llena

de luz y amor que creo que voy a explotar. No puedo imaginar lo que es para él; han pasado cuatro años y medio.

—No me esperes —digo contra sus labios.

—Acaba conmigo —responde.

Y el calor se extiende por mi cuerpo, trayendo consigo intensas olas de placer y, cuando estallo, me sujeta fuerte y me mira fijamente a los ojos antes de que caigamos los dos.

***

Estoy segura de que, en cuanto Jonas nos ve, adivina lo que ha pasado. Tarda mucho en borrársele la sonrisa de la cara y eso solo ocurre cuando él y Anders están en plena concentración mecánica, sacando la pieza rota y sustituyéndola por una nueva correa de transmisión. Parece complicado desde donde estoy.

Ya casi es de noche cuando nos ponemos en marcha de nuevo. Los rayos bajos del sol proyectan una luz muy hermosa a través de los campos, haciéndolos parecer aún más dorados.

Anders estira la mano y la entrelaza con la mía, y mientras el sol se pone y aparecen las estrellas, y Jonas va y viene vaciando la cosechadora en su carro de grano, me enamoro más y más.

Hablamos de todo y de nada, escuchamos música y nos sentamos en un silencio agradable.

Y deseo desesperadamente esta vida. Una vida con él.

La idea de que él no la quiera me aterroriza. Pero sigo reprimiendo estos momentos de temor, viviendo el momento, como le he pedido a él que lo haga.

Cuando, a las tres de la mañana, Jonas finalmente nos dice que da por terminado el día de trabajo, Anders vuelve a la granja y guarda la cosechadora en el cobertizo.

—Te llevaré de vuelta en el Gator —dice.

—¿No en tu moto? —le respondo con una sonrisa.

—Es demasiado ruidosa. Despertaría a tu padre y a tu madrastra.

—¿Por eso la llevaste del manillar esa noche?

Asiente.

—Oh. —Ya me lo imaginaba—. De hecho, ¿podemos ir caminando?

—Como quieras.

Vamos despacio, cogidos del brazo, y, cuando llegamos a Wetherill, me besa profundamente y sin prisas bajo las estrellas en el umbral.

—No quiero que se termine esta noche —le susurro en los labios.

Mira más allá de mí, hacia la mecedora, y ladea la cabeza.

Se me acelera el corazón.

Nos quedamos sentados, abrazados, hasta que el cielo empieza a clarear y las estrellas se apagan.

—¿Te quedarás en Indy conmigo el viernes por la noche? —me pregunta, pasándome la mano por el pelo—. Te llevaré al aeropuerto el sábado por la mañana.

—Me encantaría —le respondo, y mi interior se inunda de calor y alegría al darme cuenta de lo que esto significa: no es el fin, es el principio. Me siento llena de felicidad y de esperanza en el futuro.

Mientras se aleja bajo un cielo inundado de rosas y morados como telón de fondo, me quedo en la escalera y espero. Como imaginaba, mira por encima de su hombro y me saluda con la mano antes de desaparecer de mi vista.

Sigo sonriendo mientras me meto en la cama y me sumerjo en un sueño profundo y tranquilo.

***

Al día siguiente, me despierto con un mensaje de texto que debió de haber enviado de camino a casa.

«Nos vemos el viernes. X».

«Me muero de ganas». Le respondo. «Ya te echo de menos».

No contesta.

Le doy un día antes de preguntar: «¿Estás bien?».

No responde.

Pruebo a llamarlo.

No contesta.

Y me asusto, me asusto mucho, me asusta que haya caído de vuelta a esa vida, a la vida que lo estaba ahogando; me asusta que los padres

de Laurie lo estén hundiendo de nuevo; me asusta que esté solo, sin nadie que luche por él. Me siento como si estuviera en el agua, tratando de salir por una orilla resbaladiza, sin dejar de caerme. Ya no estoy en tierra firme.

Sigo intentando hablar con él mientras hago las maletas. Lo llamo cuando Bailey, Casey y Jonas vienen a una cena de despedida el jueves por la noche y Jonas me dice que tampoco sabe nada de él.

Y entro en pánico y no sé qué hacer, pero lo veré mañana y espero que me diga que solo necesitaba unos días para despejarse.

Pero entonces llega un mensaje suyo.

«¿A qué hora vienes?».

«A las cinco, si te parece bien».

«Sí, volveré del trabajo más temprano».

«¿Te encuentras bien? ¿Dónde has estado? He estado preocupada».

Pasan dos horas más antes de que responda.

«Nos vemos mañana».

Papá me lleva en coche a Indianápolis y charla conmigo todo el camino, pero no puedo escapar de la horrible sensación de que algo va terriblemente mal. Ni siquiera he podido despedirme de Sheryl y darle las gracias por todo lo que ha hecho por mí sin sentir que iba a vomitar. Me ha hecho prometer que volvería pronto y le he dicho que lo intentaría, pero depende mucho de lo que pase cuando vea a Anders.

¿Me va a llevar a su piso solo para poder decirme cara a cara que se ha acabado?

En cuanto me asalta este pensamiento, intuyo que es verdad.

Mi corazón se acelera cuando papá se detiene frente a los *lofts* y me obligo a centrarme en él mientras saca mi equipaje del maletero.

—Ya puedo yo, papá —le digo con una sonrisa radiante. Trato de mantener la compostura y finjo que no pasa nada.

Y, aunque hemos progresado mucho este verano, todavía no me conoce lo suficiente como para saber cuándo estoy actuando.

Me toma en sus brazos y se me saltan las lágrimas al abrazarlo a él, mi padre.

—Te quiero —le digo al oído.

—Yo también te quiero, pajarito. Vuelve a casa en cuanto puedas.

Cuando ya ha sacado su coche del recinto, saco mi teléfono y llamo a Anders. No contesta.

Le mando un mensaje.

«Estoy en la puerta de tu piso».

«Te abro».

«No. Contesta al teléfono».

Lo llamo otra vez. Esta vez contesta.

—¿Wren? —pregunta confundido.

—¿Se ha acabado? —le pregunto—. Tú y yo. ¿Se ha acabado?

—Wren, entra —dice en voz baja.

—No, Anders. Dímelo ahora —le ordeno—. Quiero saber si ha terminado.

—Por favor, entra —me ruega.

—No puedes hacerlo, ¿verdad? No puedes estar conmigo si todavía estás casado con ella. Y no la dejarás, no te divorciarás de ella, no causarás dolor a sus padres, aunque esta vida te esté destrozando.

Se hace el silencio al otro lado de la línea.

Lo oigo suspirar y sé que lo he perdido.

—No puedo —dice—. Por favor, entra para que podamos hablar.

—No —le respondo con tristeza—. No. No hay nada más que decir.

Termino la llamada y arrastro la maleta hasta la calle, mirando a izquierda y derecha en busca de un taxi. Mi instinto ha entrado en acción y sé exactamente lo que tengo que hacer: iré directa al aeropuerto, a ver si puedo tomar un vuelo más temprano, y, si no es posible, me quedaré en la terminal hasta mañana.

Pero no quiero verle la cara, ni una vez más, nunca nunca más.

Un taxi se detiene y el conductor baja la ventanilla.

—Al aeropuerto, por favor.

Sale del coche, mete mi equipaje en el maletero, me siento atrás y me abrocho el cinturón. Miro el piso de Anders, preguntándome si viene hacia aquí, preguntándome si ha cambiado de opinión e intentará detenerme.

¿A quién quiero engañar? Sé que no lo hará. Y ahora ni siquiera quiero que lo haga.



«Se acabó», me digo mientras el taxi se aleja del bordillo.

Capítulo cuarenta

Es el día de la boda de Sabrina y Lance. He pasado la última semana en piloto automático, sin sentir nada. Ni siquiera puedo llorar.

Ayer, me encontré con mamá para comer. Ella sabía que yo estaba muy mal, pero todo lo que pude decirle fue que me había enamorado del hombre equivocado. Prometí contarle más en algún momento, pero yo misma no puedo encontrarle el sentido. Debo estar en *shock*.

Mamá quería saber con quién iba a ir a la boda de hoy y le dije que con nadie. Me preguntó si Scott iba a llevar a Nadine y le dije que suponía que sí, pero que no había hablado con él y no quería molestar a Sabrina preguntándoselo. Ni siquiera me importa.

Tampoco me importa cómo me veo, pero hago un esfuerzo por los novios, porque nadie quiere encontrarse con un espectro descolorido el día de su boda.

El negro me llama, pero opto por una tela de encaje azul marino. Es un vestido sin mangas que me llega justo por encima de las rodillas y se ciñe a mis curvas. Lo llevo con zapatos de tacón azul marino y el pelo suelto; me llega casi hasta los hombros y el sol lo ha aclarado.

Me siento sola en la iglesia, del lado de Sabrina. Scott está dos filas delante de mí, del lado de Lance. Nadine no está con él y no sé ni me importa qué significa eso. Estoy como anestesiada.

El único momento en que me quiebro es cuando Sabrina y Lance se dicen sus votos en el altar. Mi amiga está preciosa. Lleva su pelo oscuro trenzado sobre la cabeza. Viste un traje de novia blanco largo y ajustado al cuerpo y Lance también está muy guapo con su traje color carbón.

Estoy con ellos en este momento, pero cuando oigo «en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe», no puedo evitar pensar

en Anders.

Un día estuvo de pie en un altar y escuchó a un sacerdote decirles esas palabras a él y a su novia, pidiéndoles una promesa, un compromiso de por vida.

Y puedo imaginarme su cara al decir «Sí, quiero», mirando a Laurie con muchísimo amor. Apuesto a que ni siquiera sonrió. Apuesto a que estaba serio, dándole a la situación la importancia que tenía. Y tal vez ella le sonrió mientras lo decía, tal vez se le llenaron los ojos de lágrimas.

Pero da igual. Ya no me importa una mierda. Mis entrañas son de acero frío.

Ni siquiera sé si ha intentado llamarme porque bloqueé su número de camino al aeropuerto, y luego apagué mi teléfono como precaución extra. Quizá en el futuro me permita pensar en aquel día en la granja, cuando los moretones se hayan borrado, y no me refiero a los de mi piel. Pero ahora quiero borrar cualquier cosa relacionada con Anders de mi memoria.

Scott viene a buscarme después de la cena. Ya he tomado unas cuantas copas y me he ablandado lo suficiente para charlar con las amigas de Sabrina acerca de la universidad. Son un grupo encantador y lo estoy pasando bien. Realmente estaría disfrutando si no fuera por ese bastardo de Indianápolis.

Oh, Dios, no es un bastardo. No he querido decir eso. Le pedí un día; él me dio un día. Nunca dio menos de lo que prometió.

Estos pensamientos son peligrosos, así que trato de dejar de tenerlos.

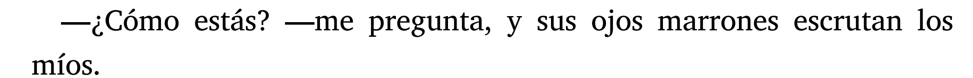
—Ey —dice Scott y me pone la mano en el hombro.

Lo miro, miro su cara abierta y sonriente, y pienso: «Qué hombre tan encantador eres, y tan poco complicado».

—Hola —respondo, mi voz se suaviza y me levanto para darle un abrazo.

Su abrazo me resulta extrañamente familiar y, a la vez, completamente extraño.

La chica que estaba sentada a mi lado se dirige a la barra con su amiga, así que Scott toma su asiento.


—¿Cómo estás? —me pregunta, y sus ojos marrones escrutan los míos.

—Bien, ¿y tú?

—Bien.

—Veo que te has cortado el pelo.

Sus rizos castaños están más cerca del cuero cabelludo que antes. Apenas son rizos.

Yo le cortaba el pelo de vez en cuando. Recuerdo una vez en que lo comparé con el color rico y oscuro de la turba, a lo que me respondió, bromeando: «¿Me estás llamando monstruo del pantano?».

—Tengo que decir que me gustaba más largo.

—Tuve que buscarme otro peluquero —me responde con una media risa incómoda.

—¡Ja! Te lo mereces. —No sé de dónde saco la fuerza para hacer chistes.

—Estás muy guapa —dice.

Me encojo de hombros.

—Es un vestido viejo. Tú tampoco estás mal.

Lleva un traje azul marino y una camisa blanca desabotonada en la parte superior. Antes llevaba corbata, también azul marino. Sin querer, combinamos.

—¿Has venido con alguien? —pregunta.

—*Nop*. —No le pregunto a él si está con alguien. Ya veo que no.

—¿Qué tal por Estados Unidos?

—Bien.

—¿Terminaste el Airstream?

—Sí.

—Esperaba que me enviaras más fotos.

—Lo siento, iba a hacerlo. —De verdad tenía esa intención—. ¿Quieres ver algunas ahora? —le ofrezco.

—Me encantaría.

Saco el teléfono.

***

No sé cómo ocurre, pero, dos horas después, estamos riendo y hablando como viejos amigos. Y lo estoy pasando bien, lo que me sorprende. Todavía no sé si está con Nadine o si se han separado, pero no importa. Yo ya no lo quiero, él ya no me quiere, y me siento en paz con su decisión de terminar nuestro compromiso. Quiero que sea feliz y, con suerte, algún día, yo también encontraré la felicidad con la persona adecuada.

—¿Dónde está Nadine esta noche? —pregunto para distraerme del recuerdo de Anders.

Por fin me gana la curiosidad.

—Está con sus padres en Norfolk.

—Ah. ¿Va todo bien? —Asiente con la cabeza y, lo admito, se me estruja un poco el corazón. Soy un ser humano—. ¿Por qué no ha venido esta noche?

—Pensé que sería mejor que viniera solo.

—Espero que no sea por mí —digo con brusquedad. No quiero su lástima. ¿Es eso lo que siente por mí?

—No, la verdad es que no. Quiero decir… Pensé que sería agradable verte, sin ella. Por los viejos tiempos. Estar aquí con Sabrina y Lance… No sé —murmura incómodo.

Eso fue muy amable de su parte. Pero yo ya sabía que era un buen hombre. Nadine tiene suerte.

—Me alegra que hayamos podido ponernos al día —le digo.

Me sonríe, me mira durante un largo rato, y luego su sonrisa desaparece.

—Siento mucho todo lo que ha pasado.

—No pasa nada. Scott, de verdad, no pasa nada.

Alargo la mano y le toco el antebrazo mientras sus ojos oscuros brillan bajo la luz tenue.

—Tenías razón. Sobre mí, sobre todo. He hecho mucho examen de conciencia en Estados Unidos, y no te di el respeto que merecías. Lo siento. —Lo he dejado atónito. Se encorva hacia adelante y se lleva la mano a la boca—. Y también siento haberte menospreciado. No era mi intención.

Se recupera y sacude la cabeza.

—Nunca lo hiciste directamente. Y no hay nada malo en saber lo que quieres en una pareja y esforzarte por conseguirlo. La vida es demasiado corta. Tienes que ser honesta contigo misma sobre el tipo de vida que quieres y el tipo de persona con la que te gustaría pasarla. Mientras seas amable con la gente que te rodea, que ya lo eres, deberías ser fiel a ti misma.

Estaba equivocada: todavía quiero a Scott, aunque de una manera diferente a como lo hacía antes. Una pequeña parte de mí siempre lo hará.

—Gracias —murmuro, acercándome y deslizando mi brazo alrededor de su cuello.

Apoyamos nuestras frentes en los hombros del otro durante un breve y tierno momento, antes de soltarnos.

—Me voy a casa —le digo, parpadeando mientras me salen algunas lágrimas.

—¿Estás bien? —me pregunta preocupado.

Asiento con la cabeza.

—Lo estaré. No te preocupes, no se trata de ti. Borra esa mirada de culpabilidad, por favor. No la soporto.

Se ríe de mí, yo le sonrío, luego recojo mis cosas y voy a despedirme de Sabrina y de Lance.

Mi mente se acelera mientras camino a casa, y todos los sentimientos que he estado reprimiendo durante la última semana están brotando de nuevo y amenazan con consumirme. Le di la bienvenida a la sensación de anestesia, esa horrible sensación de vacío. Y estoy realmente aterrorizada frente al dolor que puedo sentir ahora. Acelero el paso, desesperada por llegar a casa antes de que me engulla.

«Nunca me prometió más de lo que me dio. Es un hombre honrado».

Y yo sigo abrumadora, devastadora y demoledoramente enamorada de él.

Debería llamarlo. Debería decirle que lo perdono. Que no fue su culpa lo que pasó. Lo presioné demasiado. Sí, yo estaba haciendo lo que pensé que era mejor para él, pero él se culpará a sí mismo por cómo terminó.

¿Cómo fue para él volver a Indianápolis después de lo que habíamos hecho? La culpa debe haber sido insoportable. ¿Fue directamente a ver a Laurie? ¿Se lo confesó a sus padres? Me imagino a su madre perdiendo la cabeza, haciéndole sentir vergüenza. Debió sentirse tan lleno de arrepentimiento y de odio contra sí mismo…

Oh, Anders. ¿Cómo pude pensar que un buen día conmigo podría deshacer cuatro años y medio de represión? Es evidente que necesitaba más tiempo. Debería haber sido más paciente.

¿Se ha acabado? ¿Se ha acabado del todo y para siempre? ¿Podré volver a ser su amiga, al menos? ¿Ser alguien que lo apoye y lo ame, pase lo que pase?

Si soy sincera conmigo misma, no sé si puedo. Creo que no tengo fuerzas para ello. Y, al darme cuenta, me derrumbo.

Tengo que llegar a casa antes de volverme loca aquí mismo, en la acera. Me pregunto si estará sufriendo tanto como yo. Y me aterroriza que pueda estar sufriendo aún más.

Capítulo cuarenta y uno

Una semana antes
Anders

Avanzo por el camino de entrada de Kelly y Brian y me quedo sentado un rato antes de apagar el motor. La sensación de pesadez que tengo en el pecho es mucho mayor que de costumbre.

«No sé si podré hacerlo».

Ese pensamiento me ronda la cabeza.

Pero les he dicho que vendría hoy, así que aquí estoy.

Miro la casa, la casa en la que creció mi mujer, preguntándome cómo hacen sus padres para soportarlo. Hay recuerdos de Laurie impresos en cada pulgada de este lugar. Ella me dijo que su infancia fue solitaria a veces, sin hermanos, pero que sus padres la adoraban.

¿Con qué frecuencia se sentaba en esa sala de estar cuando era niña, para hacer un rompecabezas con su madre o para que su padre viera uno de sus espectáculos de marionetas? ¿Cuántas meriendas después de la escuela deben haber preparado en esa cocina? ¿En cuántas ocasiones habrán jugado a la pelota en ese patio?

Sus padres habrán pasado cientos de veces por delante de su habitación cuando era adolescente y la habrán visto hablando por teléfono con su mejor amiga, Katy, tumbada boca abajo en su cama con las piernas levantadas. En realidad, ella probablemente habría cerrado la puerta, pero habrán oído su voz, el sonido de su risa.

Me entristece mucho por ellos que todos sus recuerdos ya no sean puros e inmaculados. Porque ¿cómo pueden recordarla como era

cuando viven con ella como es ahora?

Salgo del coche antes de desmoronarme.

Cuando Kelly abre la puerta, el peso de mi interior se densifica. Solía mirarla y ver partes de Laurie en ella, y me gustaba imaginar la clase de mujer en la que podría convertirse mi esposa. Solía hacerme sentir optimista.

Ahora, verla me llena de temor.

—Hola —me dice con una sonrisa apenas esbozada, y me da un rápido abrazo—. ¿Cómo estás?

Aparta los ojos de mí casi tan pronto como me hace esta pregunta. Últimamente no quiere saber la respuesta, no ha querido ver mi cara mientras mentía y le decía que estaba bien.

Hoy no me atrevo a decirle que estoy bien.

No después de esta semana, cuando cada minuto me ha parecido una pesadilla.

No después de ayer, cuando Wren se subió a un taxi frente a mi piso y se fue al aeropuerto porque no podía soportar verme.

Y definitivamente no hoy, ahora que sé que se ha ido.

Pensar en su dolor me paraliza.

***

Todo era demasiado intenso cuando me fui el lunes por la mañana. No le dije a Wren que volvía directamente a Indy porque sabía que le preocuparía que me pusiera al volante después de estar despierto toda la noche, pero no estaba cansado.

He visto películas en las que la gente dice «Me siento muy vivo» y a mí siempre me había parecido una estupidez, pero esa mañana lo comprendí: era consciente de todo lo que me rodeaba.

Podía ver el sol reflejándose en las ventanas de la habitación de Wren, brillando como gemas, y la imaginé adentro, la imaginé quedándose dormida en cuanto su cabeza tocara la almohada y sentí un amor inmenso hacia ella.

Podía ver telarañas enredadas en la hierba al borde del camino, millones de hilos plateados entrecruzados, relucientes en el rocío.

Y me detuve a mirar hacia el granero a través de los campos que aún no se habían cosechado y que brillaban con el rojo intenso del amanecer. Me di un minuto para permitirme sentirlo todo. Me sentía feliz. Y hacía mucho tiempo que no me sentía feliz.

Le envié un mensaje a Wren, «Nos vemos el viernes», con un beso, ya preguntándome cómo iba a pasar la semana. Odiaba dejarla. Quería volverme, pero no lo hice. Y cuanto más me alejaba de ella, más pesado me sentía. Planeaba ir a mi piso a darme una ducha antes de ir a trabajar, pero empecé a sentirme raro y tembloroso. Pensé que tal vez era la falta de sueño o de comida, pero cuando entré y vi el espacio vacío junto a mi cama, donde debería haber estado la fotografía de Laurie, este pánico comenzó a subir dentro de mí. Fui al cajón y la saqué, y entonces tuve que sentarme porque la imagen de la cara sonriente de mi esposa me hizo sentir débil.

¿Cómo había podido guardarla?, ¿cómo había podido olvidar incluso que existía?, ¿cómo había podido disfrutar haciéndolo?

Sentí que el cielo se me venía encima, así que me metí en el coche y fui directamente a verla.

Brian ya se había ido a trabajar y, como un cobarde, me sentí aliviado por haber escapado de él, pero desde el momento en que vio mi cara de culpabilidad, Kelly sospechó que había cruzado una línea.

—¿Qué has hecho? —me preguntó.

—Lo siento —susurré.

Y entonces supo que la línea que había cruzado era reprensible.

—¿Cómo has podido? —Nunca olvidaré esa mirada en su cara mientras viva—. No te quiero aquí. Laurie no te quiere aquí —dijo—. Vete a casa y límpiate. Me das asco.

—Necesito verla. Por favor —le supliqué.

—Adiós, Anders.

Me cerró la puerta en las narices.

Y ahí sí que me volví loco.

Nunca había sentido tanta rabia, tanta furia. No estaba enfadado con ella, estaba enfadado conmigo mismo, pero casi tiro la puerta abajo. Uno de los vecinos salió a gritarme y otros debieron preguntarse qué demonios estaba pasando, pero no me importó una

mierda.

Kelly por fin me dejó entrar, aunque solo fuera para hacerme callar. Me gritó que me calmara y tenía la cara roja y llena de repulsión.

Brian ya había llevado a Laurie a su silla de ruedas, así que caí de rodillas frente a ella y sollocé. Y ella miró sin ver, sin sentir, mientras yo lo sentía todo.

Kelly entró en la habitación y trató de ponerme de pie, trató de sentarme en una silla, pero se dio por vencida al cabo de un minuto y se sentó ella misma.

Mientras me frotaba la espalda, pensé que tal vez me perdonaría, pero sabía que yo nunca me lo perdonaría.

He vuelto todas las noches de esta semana, con la excepción de anoche, para tratar de hacer las paces, de arreglar lo que hice. Cada vez que me acordaba de Wren, la echaba fuera de mi mente. Cada vez que me llamó o me escribió, tuve ganas de vomitar.

Con el paso de los días, me he ido distanciando cada vez más de ella. Quiero olvidar todo lo que hicimos, borrarlo, distanciarme de ella. El domingo parece irreal.

Ayer por la mañana, consideré llamarla para decirle que no viniera. Sin embargo, me pareció muy cobarde decírselo por teléfono y pensé que sería mejor hacerlo en persona, pero fue un error. No sé en qué estaba pensando.

Tampoco me perdonaré nunca lo que le he hecho a ella. Pero desecho ese pensamiento también, porque estoy aquí con Laurie. Y no debería estar pensando en Wren. Ni ahora, ni nunca.

—Anders —dice Brian al bajar las escaleras, con el rostro duro y sombrío; es su saludo habitual.

—Hola. —Me obligo a mirarlo a los ojos, pero no puedo evitar apartar antes la mirada.

Lo vi el miércoles, brevemente, pero se quedó en la cocina durante la mayor parte de mi visita. Imagino que Kelly le diría lo que hice y que también le doy asco a él.

—¿Te traigo un café? —me pregunta Kelly, y su tono es más suave de lo normal.

—Sí, por favor —respondo.

El ambiente está muy tenso, pero estoy tratando de forzarme a volver a nuestra rutina.

Camino hasta el salón y me siento frente a Laurie.

—Hola. —Le levanto la mano, y detesto lo hueca que suena mi voz—. Estás muy fría.

Siempre está fría. Pienso en Wren, en lo cálida que era, y cierro esa puerta de un golpe.

Aprieto la mano de Laurie, tratando de calentarla, y luego siento unas horribles ganas de apretársela suficientemente fuerte como para que ella la aparte de mí, solo para que pueda obtener algún tipo de respuesta humana. Por supuesto, no lo hago. Me siento cruel por pensar siquiera que podría. Pero a veces desearía que se esforzara más en demostrarme que todavía está con nosotros.

—Laurie —susurro, entrelazando mis dedos con los suyos.

Fría.

Me viene la imagen de cuando estábamos tumbados en la manta con Wren, con las manos entrelazadas, y el dolor es tan agudo que dejo de respirar.

Laurie tose y me sobresalta.

—¿Estás bien, cariño? —le pregunta Kelly, que entra con dos cafés, uno para mí y otro para ella. Le frota la espalda y veo cómo tose de nuevo.

Mis ojos se dirigen a los suyos, pero están vacíos, apagados, y tengo que apartar la mirada de nuevo.

Recuerdo a Wren mirándome a los ojos mientras la tenía encima de mí, la expresión de su cara mientras nos movíamos juntos, y se me pone la carne de gallina antes de que pueda bloquear el recuerdo. Me siento vivo de nuevo, solo unos segundos, y sigo intentando borrar el pensamiento, pero no puedo dejar de ver su cara. Así que me obligo a mirar a Laurie, a mi esposa, y quiero que ella también me mire, para que vea lo que he hecho.

«Está volviendo a Inglaterra. Le he hecho mucho daño. Lo siento tantísimo…».

¡Mírame, maldita sea!

Agacho la cabeza, y siento que me estoy volviendo loco porque

estoy tratando de entrar en el campo visual de Laurie, para que ella me mire a los ojos.

—¿Qué haces, Anders? —pregunta Kelly, con tono brusco.

—No lo sé —murmuro, sentándome y frotándome la cara con la mano.

—Entonces, ¿se ha ido? —Se refiere a Wren. Asiento con la cabeza y desvío la mirada hacia la pared.

—Sí. Se ha ido hoy.

—Bien.

Y no puedo evitarlo. Me doy la vuelta para mirar a Kelly y siento un odio tan intenso hacia ella que me asalta un terror mortal.

Ella no se da cuenta, está dando un sorbo a su café, pero antes de que pueda apartar la mirada, me mira a los ojos y retrocede visiblemente.

Me miro las manos y me invade la vergüenza, y la culpa se convierte en la emoción más dominante.

—¿La viste ayer? —pregunta Kelly, y yo deseo que deje de tocar ese tema, porque, honestamente, no sé cuánto más voy a ser capaz de soportar.

—No. No quiso verme.

—Le dijiste que lo vuestro se había terminado… ¿por teléfono? —Suena desaprobadora, y casi no puedo creer que pueda odiar a Wren y al mismo salga en su defensa.

Nadie debería odiar a Wren.

De repente, me doy cuenta de forma arrolladora de que, esta vez, la he alejado para siempre y que nunca volverá.

Ante ese pensamiento, la pena me traga entero.

Brian entra corriendo.

—¿Qué demonios está pasando?

—¡Anders! —grita Kelly—. ¡Anders! —Me sacude el brazo.

—¿Qué demonios le has dicho? —le pregunta Brian.

—No he dicho nada.

—¡Anders! Vamos, hijo. No pasa nada.

Los percibo solo de lejos.

Y todo el tiempo, Laurie está allí sentada, inmóvil, y mira fijamente

más allá de mí, al suelo.

***

Estoy en el sofá, acurrucado de lado, y no puedo dejar de llorar. Ellos están en la cocina, discutiendo, y quiero sentir pena por ellos, pena por haberles causado dolor, pero estoy demasiado triste.

—Ey, ya está —dice Brian, acercándose a mí.

Lo dice con mucha suavidad, con más suavidad de la que le he conocido en dos años, pero es embarazoso y empeora el dolor.

—Lo siento —murmuro.

—No te preocupes —responde Brian, dándome palmaditas en la espalda como si fuera un niño pequeño.

—¿Kelly está bien?

—Sí, está bien. —Por la forma en que lo dice, no creo que lo esté.

—Siento haberla alterado.

—Está bien —repite, pero sé que tengo que recomponerme, irme a casa, salir de su espacio.

Me siento como si tuviera cemento en las venas. Laurie está en su silla, de espaldas a mí.

—Toma. —Brian me da un pañuelo.

«Me vendría bien ese puto pañuelo ahora, por favor».

El recuerdo de Wren es como otro puñetazo en las tripas.

—Vamos, hijo —me dice Brian mientras me encorvo—. Vamos, hijo —. No sabe qué otra cosa decir, así que sigue diciendo lo mismo una y otra vez mientras lloro como un bebé en su sofá.

Tengo que disculparme veinte veces o más antes de poder entrar en mi coche y conducir a casa. Y quiero llamar a Wren, lo deseo tanto. Quiero ver si está bien, si ha llegado bien a casa, pero me doy cuenta de que probablemente todavía está en el aire.

Se me ocurre que podría llamarla y escuchar su voz en el buzón de voz, pero conociendo a Wren, es difícil que haya grabado uno. De todos modos, marco su número y tengo razón: es un mensaje estándar.

Lucho contra la parte racional de mi cerebro que me dice que la deje en paz, pero me detengo y escribo un mensaje de texto.

«Lo siento mucho. Espero que llegues bien a casa».

Es patético, pero pulso enviar de todos modos. La respuesta, «mensaje no entregado», me dice que aún está en tránsito. Eso significa que estuvo en el aeropuerto toda la noche, esperando su avión.

La idea me provoca una nueva oleada de tristeza.

Es eso o me ha bloqueado.

No sé qué es peor.

***

Kelly me llama el lunes por la noche, pero yo desvío su llamada y le digo que la veré mañana después del trabajo. Pero el martes no me atrevo a ir a ningún sitio que no sea mi casa, a la cama. El miércoles, ya me persigue.

«Iré esta noche», le digo.

«Nos gustaría hablar contigo», responde. «Ven, por favor».

Mi temor se multiplica.

Me está costando todas mis fuerzas ir al taller cada día, pero al menos el trabajo me distrae. He pasado la mayor parte de mi tiempo en mi oficina, trabajando en el diseño para el coche del próximo año y tratando de mantener las interacciones humanas al mínimo.

He tratado de enviar otro mensaje de texto a Wren, pero he recibido un nuevo «mensaje no entregado». Estoy bastante seguro de que me ha bloqueado y no la culpo, pero la idea me hace sentir como si estuviera de pie al borde de un precipicio colgando solo de un delgado hilo que me impide caer. Creo que me estoy volviendo un poco loco.

Ese sentimiento se intensifica en el camino de entrada a la casa de Kelly y Brian el miércoles por la noche. Se me eriza la piel, se me revuelven las tripas.

Kelly abre la puerta, con una compasión en el rostro que no quiero ni merezco. Al menos no me pregunta cómo estoy.

—Hola, Anders —dice Brian, en un tono que me sorprende.

Es raro que me salude con amabilidad.

Hace un gesto con la mano hacia el salón y yo sigo a Kelly, pero no

veo a Laurie en su silla de ruedas.

—¿Dónde está Laurie?

—No pasa nada, está arriba —me tranquiliza Brian, pero no antes de que el miedo se apodere de mi pecho.

—¿Está bien? —le pregunto mientras me lleva al sofá.

—Sí, solo que hemos decidido acostarla temprano.

Miro a Kelly mientras se sienta, pero parece estar evitando mi mirada. Brian la mira y luego me mira a mí.

—Queríamos hablarte de Wren —dice Brian.

—No, por favor —digo y niego con la cabeza—. No puedo hablar de ella.

No con vosotros. Con nadie.

—Está bien. —Él extiende la mano y me aprieta el hombro.

Kelly me mira entonces, con los labios apretados.

Niego con la cabeza, como una forma de rogarle en silencio que no empiece.

—Creemos que deberías divorciarte de Laurie —dice.

Me quedo paralizado y la miro atónito. Se le llenan los ojos de lágrimas y se me revuelven las tripas.

—Lo siento mucho —digo y apenas me oigo hablar—. Por favor, nunca volveré a serle infiel. Lo juro.

—Anders, para —dice Brian, y me corta en seco—. No se trata de eso.

Solo cuando me toca para que me quede quieto me doy cuenta de que me he estado balanceando.

—No queremos ver cómo desperdicias tu vida —continúa—. Eres un buen hombre. Has estado al lado de nuestra hija en las buenas y en las malas. Sabemos lo que has sacrificado por ella. Pero no éramos conscientes de cuánto dolor te estaba causando. Queremos que salgas y vivas. Queremos que dejes ir a Laurie.

Me encorvo y empiezo a temblar. El sofá se hunde a mi lado cuando Kelly se mueve para sentarse más cerca.

—Eres como un hijo para nosotros, Anders —dice ella—. Te queremos. Laurie ya ha perdido mucho. No queremos que tú también lo pierdas todo.

—No quiero divorciarme de ella —logro decir.

—Es lo que hay que hacer —responde Kelly con voz ronca—. Es mejor que empieces de cero.

Me aprieta la mano con fuerza y creo que está intentando disimular el hecho de que está temblando también, porque el dolor le está sacudiendo el cuerpo entero.

—Y mientras sigas casado con Laurie —añade vacilante—, tú tienes la última palabra sobre su cuidado —inhala entrecortadamente—. Y yo quiero recuperar a mi hija.

—Nunca te la quitaré —juro, mientras empieza a sollozar.

—Vamos. —Brian pasa junto a mí para frotar la espalda de su mujer —. Tenemos mucho de qué hablar —me dice con una mirada cargada de sentido.

—No voy a ingresarla en un asilo —llora Kelly.

—Lo sé, lo sé —la tranquiliza.

Pero tengo la sensación de que la discusión no ha terminado.

Me gustaría que ingresaran a Laurie en un asilo, que recuperaran un poco su vida. Entonces me imagino a Kelly de pie sola en esta casa, mirando el espacio vacío, preguntándose qué es lo que se le ha olvidado hacer, y no creo que lo haga nunca. No dejará que su hija salga de esta casa hasta que esté lista para irse en un ataúd.

Y empiezo a llorar tan fuerte que siento como si mi pecho se estuviera hundiendo. La imagen de Kelly y de todo el dolor que siente y cómo se las arregla para hablar con Laurie de la misma manera en que siempre lo ha hecho… Cómo todavía mantiene la esperanza de que Laurie vuelva con nosotros… Me mata presenciarlo.

A veces, me he imaginado a mamá en el lugar de Kelly y me he preguntado si ella seguiría esperando también, incluso cuando todos los demás se hubieran dado por vencidos, y la idea de su sufrimiento me ha mantenido despierto por la noche.

—Tienes que ir a buscar a Wren —dice Brian.

—No puedo —sollozo—. Se ha ido.

—Entonces tienes que recuperarla.

—No puedo.

—Puedes —dice Kelly con firmeza, apenas controlando el temblor

en su voz—. Estaba muy enfadada y decepcionada con vosotros al principio, pero he tenido tiempo para pensarlo. Wren vino aquí cuando no tenía por qué hacerlo y eso debe haber sido muy duro para ella. Es una buena persona. Puedo verlo. A pesar de todo, me cayó bien. Y a Laurie también le habría caído bien. Laurie querría que fueras tras ella.

—Laurie querría que fueras feliz —interviene Brian con voz ronca.

Busca un sobre en la mesa y me lo pasa.

—Pensamos que esto es lo menos que podíamos hacer. Queremos que sepas cuánto creemos en lo que decimos.

Abro el sobre con dedos temblorosos y saco un papel. Lo miro fijamente. Es un billete de avión para el viernes por la noche. Este viernes por la noche.

—Ve a buscarla —insiste Brian.

Resoplo y sacudo la cabeza, atónito.

—Nunca me perdonará.

—Sí, lo hará —dice Kelly con absoluta certeza—. Pero primero tienes que despedirte de Laurie.

Mientras subo las escaleras, comprendo, aturdido, que por eso la acostaron temprano: querían hablar conmigo sin que ella estuviera allí sentada. Y ahora quieren que tenga algo de privacidad mientras me despido.

Me quedo fuera de la habitación de la infancia de mi mujer durante un minuto, intentando serenarme, antes de entrar y cerrar la puerta detrás de mí.

Está tumbada en su cama, bajo el edredón de lunares amarillos que tenía cuando era niña, boca arriba, y ronca ligeramente. Su habitación sigue igual a como era entonces. Sus padres nunca tuvieron necesidad de redecorarla y a Laurie le gustaba venir y verla así, con todos los recuerdos que guardaba.

Así que sus libros siguen en las estanterías, las luces de hadas todavía decoran su cabecera y sus fotografías todavía están en la pared en un *collage* gigante, con su cara sonriendo en muchas de ellas.

Respiro entrecortadamente, incapaz de llevar suficiente aire a mis pulmones mientras voy a sentarme en su cama. El movimiento del

colchón cambia ligeramente su posición y deja de roncar. Le tomo la mano y miro su cara. Me alegro de que esté dormida porque es mejor que ver esa mirada vacía en sus ojos.

Sin pensarlo, me tumbo a su lado y apoyo la cabeza en el borde de su almohada, aún con su mano entre las mías. Entrelazo los dedos y veo como su pecho sube y baja, su corazón sigue latiendo aunque ya no sienta dolor, ni amor.

—Te quiero —susurro.

Y su corazón sigue latiendo.

***

Tardo casi dos días enteros en recomponerme, pero el viernes por la tarde siento que gran parte del peso se me ha quitado de encima. Ayer dije que estaba enfermo y, anoche, mamá apareció en mi piso. Kelly la había puesto al corriente y llegó cuando yo estaba en mi punto más bajo, cuando me sentía como si hubiera sido transportado en el tiempo a cuando los médicos nos comunicaron el primer diagnóstico de Laurie. Era como si la hubiera perdido otra vez.

Mamá se sentó a mi lado y me dijo que mi dolor era algo bueno, que me permitiría sanar. No la creí —mis sentimientos eran demasiado abrumadores—, pero tenía razón. Creo que necesitaba reconocer el dolor, dejarme sentirlo de verdad y luego darme permiso para desprenderme de él.

No me había dado cuenta del poder que han tenido Kelly y Brian sobre mí estos últimos años. Cuánto necesitaba que fueran ellos los que me liberaran. Eran las únicas personas que podían hacerlo, aparte de Laurie, y ella no tiene poder de decisión alguno.

No me despedí de ella. La veré de nuevo, y a sus padres también. Siempre serán parte de mi vida. Pero, de alguna manera, creo que estoy encontrando la manera de dejar ir a Laurie.

Y ahora voy a buscar a Wren.

He intentado llamarla, sentí que debía advertirle que estoy yendo, pero mis llamadas van directamente al buzón de voz y los mensajes de texto vuelven con el mismo cartel de «mensaje no entregado», así que

estoy noventa y nueve por ciento seguro de que me ha bloqueado.

Cuando llamo a Jonas para pedirle que me ayude a mandarle un mensaje, me dice que debería subirme al puto avión y decirle lo que siento cara a cara.

—Eso no funcionó muy bien la última vez.

—Es la única manera de convencerla de que lo dices en serio —insiste.

Pero necesito su dirección.

—Te la conseguiré. Bailey está muy enfadada contigo, así que no sé cómo lo haré, pero ya me las arreglaré. Tú solo… ve al aeropuerto. Ve a buscarla. Y buena suerte.

Me encuentro con otro obstáculo cuando mi vuelo se retrasa debido a un fallo técnico. Además, ha habido sobreventa de billetes, de modo que la terminal está llena de pasajeros descontentos, pero perderé mi conexión internacional si no llego a Chicago a tiempo, así que decido alquilar un coche y conducir.

Durante el viaje tengo tiempo para pensar en cómo voy a convencerla de que me dé otra oportunidad. Tiempo para pensar en cómo le demostraré que la quiero… tantísimo. Tiempo para pensar en cómo la convenceré de que nunca la apartaré de nuevo, de que estoy comprometido, con ella, para siempre.

Y pienso en Wren, en la primera vez que la vi bailando en el bar, en la forma en que más tarde me llamó la atención y me costó apartar la mirada, y mucho más resistirme a mirarla una y otra vez.

Pienso en la primera vez que hablamos, en cómo su acento inglés me hizo sentir extrañamente nervioso, y en lo divertida que era, toda borracha, mientras afirmaba que tenía un buen sentido de la orientación porque era arquitecta.

Pienso en sus chillidos de alegría al marcar un *strike* en los bolos. Pienso en su pequeña y reservada sonrisa mientras me miraba soldar las piezas del armazón de Bambi, y su mirada de concentración cuando nos sentamos en la mesa de la cocina y trabajó en los ángulos que necesitaríamos.

Me la imagino en el lago de la granja, con el sol brillando en el agua e iluminando sus grandes ojos color avellana. Y me permito recordar

aquel día perfecto de hace casi dos semanas que parece otra vida.

Ese día me da esperanza para el futuro, por el que no renunciaré a luchar.

Solo tengo que hacer que ella también lo vea, lo crea y lo sienta.

Conduzco directamente a Chicago y llego en menos de tres horas, dejo el coche de alquiler y corro al mostrador para hacer el *check-in*. No puedo creerlo cuando me revelan que este vuelo también va con retraso por un fallo técnico y, cuando la aerolínea toma la decisión de cancelarlo, entierro la cabeza entre las manos y trato decirme a mí mismo que estos obstáculos no son una señal; son simplemente un obstáculo más que saltar en mi camino para llegar a Wren.

Me las arreglo para tomar un vuelo el sábado por la mañana temprano y, mientras tanto, Jonas me da una dirección. Me recuerda —y no puedo creer que lo haya olvidado, pero mi cabeza es un desastre— que Wren está en una boda hoy.

Para cuando llego a Heathrow, recojo mi coche de alquiler y llego a Bury St Edmunds, son casi las once de la noche.

He estado en el Reino Unido un par de veces, una de vacaciones y otra por trabajo, y me encanta lo diferente que es todo aquí. Miro por el parabrisas las casas georgianas con hiedra creciendo en la fachada y los peculiares edificios medievales con paredes torcidas y vigas expuestas, antes de doblar en una calle flanqueada por casas adosadas de dos plantas.

Wren vive en la única casa con fachada blanca en una hilera de ladrillo gris. Tiene una pequeña ventana que sobresale y una puerta verde con una cesta colgante llena de flores. Es encantadora, pero no es lo que yo habría imaginado. No sé cómo ha acabado viviendo aquí, ni si le gusta tanto como yo quiero que le guste el lugar al que vuelva a casa por la noche, pero tengo muchas ganas de averiguarlo. Tengo muchas ganas de conocerla; conocerla de verdad, a todos los niveles. Quiero quedarme despierto hasta tarde hablando con ella toda la noche, tomarla de la mano mientras se pone el sol y brillan las estrellas, y seguir con ella cuando el mundo gire y el sol vuelva a salir. Y mientras estoy aquí, sentado en el umbral de su puerta y espero a que vuelva de la boda de sus amigos, ya no siento miedo.

Porque sé que eso es lo correcto. *Nosotros* somos lo correcto. Y ella es demasiado lista para pensar otra cosa.

Espero que me deje abrazarla. Espero que me deje compensarla por haberla lastimado. Espero que…

Y entonces la veo, caminando por la acera con tacones altísimos, la cabeza gacha, los brazos cruzados sobre el pecho y contoneando las caderas, y mi corazón se expande, aunque el resto de mí se queda inmóvil.

Me pongo de pie temblando. No quiero asustarla. Llega al portón del edificio antes de mirar hacia la puerta, y se me revuelve el estómago cuando veo la mirada de devastación en su cara una fracción de segundo antes de que casi salte del susto.

—Lo siento mucho —le digo, tendiéndole la mano.

Me disculpo por asustarla, no por todo lo otro que le he hecho. Eso me va a llevar mucho más trabajo.

Me mira fijamente. Varias emociones le cruzan la cara, una tras otra: vulnerabilidad, incredulidad, dolor… y luego su expresión se detiene en algo que reconozco: amor.

Me acerco a ella y la envuelvo en mis brazos. Su cuerpo es blando, cálido contra el mío, y la abrazo. Ella me aprieta con la misma intensidad. Es más fuerte de lo que parece.

Y me doy cuenta: no la he roto. No nos he roto. Esta es Wren. Wren no se rinde.

Y yo tampoco lo haré. No con ella. Nunca más.

Epílogo

«Esa expresión en su rostro…». Quiero besarlo, pero no puedo apartar los ojos. Es tan hermoso con las pupilas dilatadas, aquí, en las sombras, bajo estos árboles. El negro casi se traga el ámbar de sus ojos.

Esto es tan intenso. Me recuerda la primera vez que hicimos el amor, justo aquí, bajo estos mismos árboles, junto a este mismo río. Hojas nuevas, agua nueva, ningún atisbo de culpa o arrepentimiento.

Pero no todo es igual.

Me estrecha contra él y noto que está cerca. Así que asiento con la cabeza para hacerle saber que estoy con él y me mira a los ojos con mucha intensidad, viéndome, toda yo, mientras caemos juntos.

***

Después, se deja caer sobre su espalda, sosteniéndome sobre él, mientras las yemas de sus dedos recorren perezosamente la fina tela de mi vestido.

Estamos a mediados de junio y esta tarde hemos estado «ayudando» a Jonas a cosechar el primer trigo del invierno. Me he puesto este vestido expresamente tan pronto como he sabido que veníamos a este campo. Es el que tiene flores rojas y negras; es igual al que tiene flores azules, blancas y amarillas que usé el septiembre pasado, pero diferente.

Es evidente que él tenía las mismas intenciones que yo, porque ha traído la misma manta de pícnic.

Se ríe ligeramente, así que levanto la cabeza para mirarlo.

—Debería haberle dicho a Jonas que la correa de transmisión se

había roto otra vez. Eso nos habría dado más tiempo. No, quédate —murmura cuando empiezo a levantarme.

Me tira de nuevo hacia abajo y me atrapa la boca en un beso. Sus manos suben para agarrarme la cara mientras profundiza el contacto, lento y seguro.

—No empieces otra vez —le advierto sobre sus labios con una sonrisa, y me cuesta un gran esfuerzo apartarme—. Estará aquí en un minuto preguntándose por qué nos hemos detenido.

—Creo que adivinará que ahora no queremos su compañía.

Me da un tierno beso en el hombro.

—No me arriesgaré.

—Oiremos el tractor —protesta, mientras me pongo en pie a regañadientes.

—Qué no. —Empiezo a abrocharme los pequeños botones de la parte delantera del vestido. Los he desabrochado esta vez, hasta el fondo de mi caja torácica, y casi me devora.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y sonrío al recordarlo, aunque haya sido reciente.

—¿Adónde vas? —me dice mientras camino hacia el río.

—A bañarme —respondo con una sonrisa.

—¿Con el vestido puesto? —me pregunta sorprendido.

—Lo sujetaré y me meteré hasta la cintura. No me lo quitaré si Jonas está a punto de llegar.

—No, vamos, démonos un baño. Le diré que nos deje solos.

Miro por encima del hombro y veo a Anders sacándose la camiseta por encima de la cabeza y al mismo tiempo enviando un mensaje de texto.

Me río de él mientras camina desnudo hacia mí.

—Quítatelo —me ordena, señalándome el vestido con la barbilla.

—¡Me lo acabo de subir! —le contesto fingiendo indignación.

Y entonces sus labios están en mi cuello y sus dedos se ocupan de mis botones y mis rodillas tiemblan tanto que apenas puedo mantenerme erguida.

Por suerte, hoy hace un calor sofocante porque no estoy segura de que hubiera querido meterme en este río en otoño.

Solo llevo un año y medio viviendo aquí, pero a veces parece más tiempo. Otras veces, mis recuerdos son tan vívidos que es como si hubieran ocurrido ayer.

El día de hoy me trae recuerdos, buenos y malos. En la medida de lo posible, intento absorber los buenos y descartar los malos, e incluso Anders parece estar aquí, conmigo, viviendo el momento.

Pero no siempre es así. Cuando esas arrugas aparecen en su frente, hay momentos en los que quiero subirme a su regazo para frotarlas y hacerlas desaparecer, pero también sé que a veces necesita sentir el dolor. Y siempre sale de ello más fuerte, más en paz consigo mismo y con el mundo.

***

—Deberíamos irnos —murmuro después de la segunda vez.

Sueno adormecida, borracha.

—¿Estás bien? —me pregunta, el calor de su cuerpo me penetra en la espalda, sus cálidos brazos me rodean por detrás mientras estamos ahí parados en la orilla, y el sol se derrama sobre nosotros desde lo alto y hace brillar las rocas cercanas.

—Estoy bien. Mejor que bien. Te quiero.

—Yo también te quiero. Oh, no, no me digas… —exclama.

Su cuerpo se tensa y presta atención con los oídos, y entonces lo oigo: el tractor.

Me abalanzo tras él, chillando de risa mientras le grita una sarta de palabrotas a su hermano y me ayuda a vestirme antes de vestirse él.

—¿No podéis dejar esas cosas para la luna de miel? —nos grita Jonas cuando salimos de las sombras de los árboles.

Está apoyado en el volante del tractor, dando golpecitos con el pie, esperándonos.

Anders sacude la cabeza, poco impresionado.

Jonas se ríe.

—Entiendo que no quieras trabajar hoy, pero ¿puedes avisarme para que llame a Zack? No quiero perderme un día entero de cosecha antes del fin de semana.

—No te pongas así, lo tenemos todo bajo control —contesta Anders con severidad, tendiéndome la mano y dedicándome una de sus sonrisas de infarto mientras me apresuro a alcanzarlo.

Me río mientras caminamos juntos hacia la cosechadora.

Lo que estamos haciendo es una locura. Cualquier otra novia probablemente estaría corriendo estresada de un lado a otro en este momento, pero esa chica no tiene a Torbellino Bailey organizando su boda.

***

Esta mañana nos hemos despertado con la luz del sol entrando a raudales en la cabaña. Es donde nos quedamos cuando venimos de visita, ahora que Jonas está viviendo en la casa. Anders le preguntó si podíamos hacerle algunos cambios al lugar y Jonas no se opuso (no es del tipo sentimental), así que ampliamos las aberturas en la pared para crear un ventanal gigante que da al lago desde el dormitorio y pusimos un par de ventanas más pequeñas, a cierta altura, con vistas a los árboles.

Luego fuimos a comprar muebles modernos de mediados de siglo al Mercado Artes y Antigüedades de Midland. Nos divertimos mucho ese día.

Jonas sigue interesado en construir las cabañas sobre pilotes alrededor del lago, pero ha estado un poco preocupado últimamente. Imagino que se pondrá manos a la obra dentro de un año o dos y espero poder ayudarlo.

Venimos aquí casi todos los fines de semana, cuando Anders no está en una carrera. Lo he acompañado a alguna que otra, y papá también, pero por lo general me quedo descansando en casa en Indy o vengo aquí para pasar tiempo en familia. Papá y Sheryl todavía se refieren a la habitación de huéspedes como mi habitación. Y tienen otra, más pequeña, que usan si vienen amigos a visitarlos.

Me encanta el hecho de que todavía tenga un lugar en su casa, de que todavía me sienta tan bienvenida. Me quedaré allí más tarde, una vez que hayamos terminado con estos dos campos.

De todos modos, esta mañana, después de despertar con un día tan hermoso, hemos ido a la casa principal para desayunar con Jonas y Tyler y, tan pronto como Jonas ha mencionado que quería empezar con la cosecha hoy, Anders me ha mirado y ha levantado una ceja.

—Te ayudaremos —he propuesto en el acto.

Jonas, Tyler e incluso la pequeña Astrid me han mirado como si me hubiera vuelto loca, aunque probablemente me estoy imaginando la expresión de Astrid porque solo tiene ocho meses.

Es tan tierna… Es el bebé más tierno que haya visto en mi vida.

Me preocupaba que Anders y yo estuviéramos precipitando demasiado las cosas cuando nos fuimos a vivir juntos después de salir del Reino Unido, pero, más o menos al mismo tiempo, Jonas estaba dejando embarazada a Tyler.

Anders me contó que su hermano la llamó a la mañana siguiente de la noche de cine y le pidió que saliera con él. Ella aceptó y nunca miraron atrás.

Tanto Anders como Bailey me iban poniendo al tanto de lo rápido que iban las cosas entre ellos. A Bailey se lo contaban tanto Tyler como Jonas, y ella estaba tan encantada como yo al oír que se habían enamorado perdidamente.

Si el embarazo fue un accidente, fue un accidente feliz. Jonas le propuso matrimonio y Bailey se puso a organizar su segunda boda.

Nos agradeció a Anders y mí que le diéramos un poco más de tiempo para organizar las cosas.

***

Cuando llegué a casa esa noche de la boda de Sabrina y Lance y me encontré a Anders esperándome en mi puerta, apenas podía creer lo que veían mis ojos. Había estado luchando con muchas emociones camino a casa, pero acababa de decidir que iba a desbloquear su número de teléfono y que lo iba a llamar.

Sabía que habría intentado ponerse en contacto conmigo, que estaría preocupado, y quería tranquilizarlo. Quería decirle que lo entendía, que había sido demasiado para él y demasiado pronto, y que

si me hubiera pedido perdón, se lo habría concedido. Dios sabe que no necesitaba otro motivo para sentir culpa.

Pero yo también quería pedirle perdón. No debería haberlo presionado tanto y no debería haberlo abandonado.

Pensé que tal vez todavía podría ser alguien en quien él pudiera apoyarse, alguien que le quitara el peso de encima si necesitaba hablar. Sabía que no sería fácil, pero quería hacerlo. Mi último pensamiento mientras me acercaba a casa fue que tal vez sí podía esperarlo.

Así que cuando lo vi en mi puerta…

No sabía qué estaba pasando, por qué estaba allí, si había venido a buscarme o estaba de visita por trabajo. Pero cuando se me acercó y me susurró que me quería, cuando me pidió que por favor lo perdonara, cuando juró que se esforzaría por no volver a hacerme daño mientras viviera, sentí que había ocurrido algo de proporciones sísmicas.

Entramos y me contó todo lo que había pasado con Kelly y Brian, cómo le habían comprado el billete de avión y lo habían enviado hacia mí con su bendición. Y el alivio fue inmenso. Me sentí tan ligera cuando vi la expresión de paz en su rostro como no me había sentido jamás.

Hablamos y nos abrazamos hasta la madrugada del domingo, y luego lo llevé a desayunar a mi cafetería preferida, en el n.º 5 de Angel Hill. Nos sentamos en mi mesa habitual, junto a la ventana, en un banco de cuero marrón que perteneció a un carruaje antiguo, y mientras miraba con asombro la imponente y ornamentada puerta de la abadía, al otro lado de la calle, yo lo miré a él y sentí una pura alegría desenfrenada.

Por primera vez en más de seis meses, fui capaz de pasear por Bury St Edmunds sin sentir ningún dolor. Visitamos las ruinas de los jardines de la abadía y terminamos en el pequeño *pub* Nutshell del que les había hablado a él y a Wilson en la bolera. Anders estaba encantado con el tamaño diminuto del *pub* y con todas las curiosidades que contenía, y mientras tomaba una pinta de cerveza confesó que le encantaría pasar algún tiempo en el Reino Unido. Sentí

que intentaba decirme entonces, así de rápido, que podíamos hacer que lo nuestro funcionara, pasara lo que pasara, que si yo quería quedarme en Inglaterra o mudarme a Estados Unidos, o si cambiaba de opinión en algún momento, teníamos opciones.

Creo que algún día volveremos al Reino Unido. Allí Anders podría aceptar un trabajo en la Fórmula 1, aunque no fuera con Ferrari, el equipo que una vez lo quiso contratar. Ese equipo tiene su sede en Italia, pero, a fin de cuentas, ¿quién dice que no podríamos ir y pasar algún tiempo allí también? Hago bocetos de perspectivas como trabajadora autónoma además de tener un empleo a tiempo completo, así que podría trabajar desde cualquier sitio.

Me siento muy optimista sobre el futuro y, lo que es más importante para mí, Anders también es optimista.

Pero cuando estábamos decidiendo dónde vivir, le pregunté si todavía le gustaba Indy y disfrutaba trabajando con su equipo, cosa que sí, y si él estaría feliz si yo aceptara el trabajo con Dean, cosa que también. Así que eso fue lo que decidimos hacer.

Sabíamos que, para cuando yo terminara el trabajo en la escuela primaria y entregara mi renuncia a Graham, ya estaría cerca la Navidad, y que tendríamos que hacer las maletas y la mudanza, así que decidimos retrasar las cosas hasta Año Nuevo para poder pasar algún tiempo con mamá y su novio, Keith.

Anders regresó (ya que también había venido para el Día de Acción de Gracias a finales de noviembre, cuando le dieron permiso a todo su equipo) y fue perfecto. Lo vi estrechar lazos con mamá y luego los dos experimentamos juntos una Navidad británica antes de irnos a echar raíces en otro país.

Entrar en el piso de Anders en Indy con él fue uno de los momentos más felices de mi vida. Ha sido muy divertido conocer la ciudad y sus lugares favoritos, hacerme amiga de sus amigos y hacer algunos míos. Y adoro lo que hago. Sí, hay algunos aspectos negativos, como los tienen todos los trabajos, pero me siento mucho más motivada cuando voy a trabajar cada día, y Dean es el jefe más *cool* del mundo. Es más un amigo, en realidad. Y toqué el cielo con las manos cuando me dijo que me daba el puesto de forma permanente.

Scott se entristeció al enterarse de que me iba. Hemos mantenido el contacto, aunque esporádicamente. Él y Nadine nos enviaron una tarjeta de felicitación por la boda, con buenos deseos. Dudo que tarden mucho en casarse ellos también. Les está yendo muy bien. Todavía viven en Bury St Edmunds. Ahora son amigos de Sabrina y Lance y no me duele, no como me había imaginado. Me alegro de que sean felices.

Echo de menos Bury y sus viejos edificios retorcidos, las ruinas de cuento de hadas y los pintorescos *pubs* y cafés, pero vamos a volver el Día de Acción de Gracias, y entonces llevaré a Anders al mercado navideño, y sé que nunca estaremos lejos demasiado tiempo.

Mamá ha venido a vernos un par de veces también, y ella y Keith están aquí ahora, por supuesto.

***

Nos quedamos en el campo hasta el anochecer, cuando salen las luciérnagas, y luego damos una vuelta en moto hasta el lugar en el que nos conocimos. Nos tumbamos en la hierba y vemos cómo el sol se hunde en el horizonte y las luces verdes que se mueven sobre los campos se hacen más brillantes.

Al final, de mala gana, Anders me lleva de vuelta a Wetherill y me da un beso de buenas noches en la puerta.

Papá y Sheryl han invitado a mamá, a Keith, a Bailey y a Casey a cenar. Dijeron que mamá y Keith que podían quedarse en la habitación de huéspedes (intuyo que Sheryl quería suavizar las cosas por ese lado), pero ellos optaron por quedarse en un hotel de la ciudad. Cada uno conoce sus límites personales, lo que es capaz de soportar, y, para mamá, quedarse con papá y Sheryl habría sido demasiado.

Sintieron lo mismo Kelly y Brian, me imagino, cuando declinaron nuestra invitación a la boda. Kelly me llamó directamente para decirme que agradecía la invitación y que esperaba sinceramente que fuera el más feliz de los días, pero sentía que no sería apropiado que ellos vinieran. Ella y Brian no podían dejar a Laurie, para empezar,

pero también le preocupaba que su presencia pudiera quitarle brillo al día de Anders. Me sentí aliviada cuando me dijeron que no iban a venir, para ser honesta, pero agradecida con Kelly por haberme llamado y haberme explicado sus motivos.

Anders todavía va a verlos a ellos y a Laurie una vez al mes, más o menos, pero ya no le pesa tanto como antes. Lo he acompañado en algunas ocasiones cuando Kelly y Brian le han pedido que me llevara. Nunca es fácil, pero son amables conmigo y sé que eso ayuda a Anders a sentirse más en paz con la situación.

Al principio le preocupaba que me amargara el hecho de que fueran sus suegros quienes finalmente lo convencieran de divorciarse de Laurie, pero lo entendí. Él necesitaba que fueran ellos quienes lo liberaran de sus obligaciones. Un hombre tan honrado como Anders no puede liberarse de sus cadenas por sí mismo.

***

El sábado por la mañana, Bailey llega temprano para arreglarse conmigo. Está preciosa con su vestido de satén dorado mate y su pelo castaño recogido en un moño despeinado.

En cuanto a mi atuendo, es un diseño que alterna telas yuxtapuestas: seda y satén mate. Es arquitectónico y me encanta. Pensé que nunca me vestiría de blanco, o en este caso de color crema, pero cuando vi este vestido no pude imaginarme con otra prenda.

Aunque algunos viejos amigos han sido tan adorables como para cruzar el océano y venir a la boda, Bailey es mi única dama de honor. Recuerdo cuando solía referirme a ella como mi media hermana. No sé cuándo dejé de hacerlo, cuando simplemente se convirtió en mi hermana, pero ahora también es mi amiga. Mi mejor amiga. Y es la que quiero que tener a mi lado hoy.

Aparte de Anders, por supuesto. Jonas estará a su lado.

Los hermanos Fredrickson y las hermanas Elmont.

Bailey y Casey son muy felices, continúan viviendo en la ciudad, y Bailey sigue como empleada en el club de golf, aunque ahora a tiempo parcial. El resto del tiempo trabaja con Tyler para organizar eventos

en la granja. Han estado hablando acerca de crear su propia empresa, pero Tyler quiere que Astrid crezca un poco antes. Me encanta que ella y Jonas le pusieran un nombre sueco a su hija.

Jonas se pregunta si algún día la pequeña querrá hacerse cargo de la granja.

—¿Quién dice que tiene que ser el hermano mayor? —preguntó en voz alta hace unas semanas, cuando se había tomado unas cervezas.

Pase lo que pase, sé que estará bien. Le encanta lo que hace, pero si la agricultura no es el camino que eligen sus hijos, no forzará la situación.

Patrik y Peggy vienen esta noche desde Wisconsin, que es adonde se retiraron. Creo que ha sido bueno para ellos tomar un poco de distancia. No estoy segura de que Patrik se hubiese jubilado de verdad si siguiera viviendo aquí.

Les va bien. Patrik conducirá el tractor que nos llevará a la granja en un remolque cubierto que hemos contratado especialmente. Fue idea de Jonas, más como un chiste que otra cosa, pero me encantó la idea. Se ofreció a llevarnos él mismo, pero me pareció mejor que estuviera con Anders hoy. Y Anders me dijo que su padre tenía muchas ganas de volver a ponerse al volante.

***

Ya es la hora. Estoy nerviosa y no sé por qué. Nunca he estado tan segura de algo en mi vida. Creo que es porque va a haber mucha gente y nunca me ha gustado ser el centro de atención.

Me siento entre mamá y papá de camino a la granja y les tomo las manos mientras el viento caliente azota la funda de plástico del remolque. El clima es despiadado, pero podría ser peor. Al menos no es un tornado.

Me sudan las palmas de las manos. Me alegro de que nos casemos dentro del granero. El techo alto hace que nunca haga demasiado calor allí dentro.

Todo el mundo está callado durante el viaje, incluso Bailey. Me sonríe a mí y a su madre. Miro a Sheryl y le sonrío también. Lo

pasamos bien anoche, hasta mamá parecía bastante relajada. Sheryl la llevó afuera para mostrarle los huertos y creo que hicieron una especie de tregua.

Patrik se detiene fuera del granero y un par de rezagados se vuelven a mirar. Me pregunto dónde estará Anders. Ya en el altar, imagino.

Papá me ayuda a bajar del remolque y caminamos juntos hasta el granero, pero luego me suelta.

—Nos vemos dentro de un rato, pajarito —me dice, me da un beso en la mejilla y le sonríe a mamá.

Me giro y la tomo del brazo.

No podría caminar hacia el altar sin ella, no después de todo lo que ha hecho por mí. Prácticamente me ha criado ella sola. Pero tampoco quería caminar hacia el altar sin papá, así que él llevará a Bailey hasta la mitad y luego me esperará para acompañarme el resto del camino. Es poco convencional, pero me parece apropiado.

La banda comienza a tocar un número acústico suave, con guitarras y otras cuerdas. El cantante principal suena como Sufjan Stevens. Wilson nos puso en contacto con ellos, y él y su banda de *blues* tocarán más tarde.

Todo el mundo entra y nos deja a Bailey, a papá, a mamá y a mí solos.

Bailey me mira.

—Te quiero, hermanita.

—Yo también te quiero.

—Te desearía suerte, pero no la necesitas. Solo diviértete.

Asiento con la cabeza, luchando por controlar mis emociones.

Enlaza su brazo con el de papá y atraviesa las grandes puertas dobles.

Nos quedamos solas mamá y yo.

—Gracias por hacer esto —le digo, con los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias por pedírmelo. Estoy tan orgullosa de ti, Wren.

—No lo hagas, se me va a arruinar el maquillaje.

Se ríe.

—¿Estás lista?

—Absolutamente.

Soy consciente de que todas las cabezas se giran hacia mí, pero al único que veo es a Anders. Mi amor. Allí en el altar con su ajustado traje negro. Esperándome.

Hay tanta luz y amor y esperanza y felicidad en su expresión… Sé que verá las mismas emociones reflejadas en la mía.

Le sonrío y él me sonríe con dulzura, y suelto a mamá, me agarro de papá y voy hacia él.

No decimos los votos tradicionales. No mencionamos la muerte o la despedida. Simplemente prometemos amarnos y honrarnos y estar siempre para el otro, mientras nos necesite. Así es como lo expresamos. Y sé que Anders habrá pensado en Laurie cuando me ha dicho esas palabras, y que nunca tendré todo su corazón, no mientras el suyo siga latiendo. Ella siempre será parte de nuestra relación, de nuestro matrimonio, hasta el día en que ya no viva. Pero lo acepto. Amo a Anders y todo lo que viene con él. Quiero agarrarle de la mano en cada puente que tenga que cruzar y espero que nunca más se sienta solo.

***

Estamos en Phoenix, ocho días después, cuando recibimos la noticia. Mientras nos encontramos al pie de las Camelback Mountain, mirando por la puerta abierta de Bambi en el paisaje desértico, Anders acepta una llamada de Brian. Y tan pronto como contesta sé que Laurie se ha ido definitivamente.

—¿Podéis esperarnos? —pregunta Anders con voz ronca.

Cuando termina la llamada, lo abrazo mientras solloza. Por fin ha terminado.

Laurie ha muerto de un fallo orgánico, eso ha dicho Brian. ¿Hay una pequeña parte de mí llena de miedo que se pregunta si habrá muerto de un corazón roto? Mentiría si dijera que no. Pero, en el fondo, creo que Laurie estaba lista para irse, para ser liberada. Y ahora, con suerte, sus padres serán capaces de recuperar algo parecido a una vida.

Kelly nunca permitió que Laurie fuera a un asilo. La ha amado y

cuidado hasta su último suspiro. Espero que esto le dé algo de paz, que pueda vivir el resto de su vida sin remordimientos, sabiendo que ha hecho todo lo que pudo por su bebé.

Acortamos nuestra luna de miel para volver a casa para el funeral, pero estos días nos deparan muchos momentos de amor y alegría. Anders está afectado, pero no destrozado, e intuyo que también siente un gran alivio.

Estoy a su lado en el funeral, y le doy la mano mientras se despide de Laurie por última vez y luego volvemos a casa.

Volvemos a casa, a nuestro piso, y vemos brillar el sol a través de los grandes ventanales, y nos sentamos en nuestro sofá juntos, con las piernas entrelazadas hasta que Anders tiene hambre y se dirige a la cocina para prepararnos algo de comer.

Me levanto y entro en la terraza acristalada.

—¿Quieres una cerveza? —me dice Anders.

—No, mejor no.

Me mira extrañado. Es raro que rechace una bebida a esta hora de un viernes, y especialmente después del día que hemos tenido, pero no es este el momento de dar explicaciones.

Puede esperar hasta mañana para descubrir que nuestras vidas están a punto de cambiar para siempre. Por ahora, seguirá siendo mi pequeño secreto.

Me siento en la silla Eames, me pongo la mano en el vientre y miro al sol.

Agradecimientos

Nunca he empezado mis agradecimientos sin mencionar antes a mis lectores, y eso me parece ahora más importante que nunca. Mis lectores de siempre han tenido que esperar un año más este libro, ¡así que confío en que la espera haya valido la pena! Me ha encantado escribir esta historia, aunque me haya hecho llorar cada vez que la releía durante el proceso de edición. Anders, Wren, Jonas y Bailey vivirán en mi corazón durante mucho tiempo. Espero que hayan encontrado un lugar en el vuestro también, tanto si mis libros son nuevos para vosotros como si me habéis seguido durante años.

Si no conocíais mis libros, no dudéis en saludarme en Instagram / Facebook / Twitter / TikTok @PaigeToonAuthor. También podéis suscribiros para recibir mi boletín #TheHiddenPaige a través de www.paigetoon.com. A veces envío historias cortas y contenido exclusivo.

Por cierto, los aficionados a la IndyCar se preguntarán quién demonios es Luis Castro, el piloto de carreras que menciono en el capítulo diecisiete. No os estáis volviendo locos: es una referencia a un personaje que apareció en mi tercer libro, *Persiguiendo a Daisy*. A veces hago pequeños cruces en mis novelas, así que tal vez en un libro futuro aparezcan Wren, Anders, Bailey y Jonas.

Estoy en deuda con todo el equipo de Century / Cornerstone / Penguin Random House por inundar *Solo el amor puede doler así* (¡y a mí!) con tanto amor, cuidado y atención desde el principio, pero gracias en especial a Venetia Butterfield por confiar en mí en el verano de 2021 y por todas las palabras de aliento desde entonces, y a mi excelente editora Emily Griffin, ¡me encanta trabajar contigo! También (en orden alfabético porque todos son increíbles): Charlotte

Bush, Claire Bush, Briana Bywater, Monique Corless, Amelia Evans, Emma Grey Gelder, Rebecca Ikin, Laurie Ip Fung Chun, Rachel Kennedy, Roisin O'Shea, Richard Rowlands, Claire Simmonds, Selina Walker y Becca Wright. Gracias también a mi correctora Caroline Johnson.

Muchísimas gracias a mi increíble editora Tara Singh Carlson de GP Putnam's Sons / Penguin Random House, y también a Ashley Di Dio, Emily Mileham, Maija Baldauf, Claire Winecoff, Tiffany Estreicher, Hannah Dragone, Monica Cordova, Anthony Ramondo, Chandra Wohleber, Ashley McClay, Ashley Hewlett, Alexis Welby, Brennin Cummings, Samantha Bryant, Jazmin Miller y todos los demás de mi equipo de Estados Unidos. Me siento muy privilegiada de poder incluiros en los agradecimientos de este libro ¡y me ilusiona mucho poder trabajar con vosotros en el siguiente!

Me gustaría dar las gracias a todos mis editores extranjeros, pero en especial al equipo de S Fischer Verlage, que acercó mi primera novela, *Lucy en el cielo*, a los lectores alemanes y han estado conmigo desde entonces. Gracias especialmente a mi encantadora editora Lexa Rost.

Gracias a todos y cada uno de los *bookstagrammers*, *bookTokkers*, blogueros y lectores que alguna vez se ha tomado la molestia de escribir una reseña o mencionar alguna de mis novelas en sus publicaciones en las redes sociales. Sinceramente, me hace sonreír mucho verlas y no sé cómo agradeceros el apoyo que me habéis brindado.

Por su ayuda en mi investigación sobre la agricultura, estoy muy agradecida a Sam Clear y a su padre, James, por llevarme entre bastidores a su granja. y gracias a Sam por permitirme acosarlo después con un sinfín de preguntas. Gracias a Regan Herr, del Departamento de Agricultura de Indiana, y a Dennis Carnahan, que realmente ayudaron a darle vida a la agricultura de Indiana.

Para todo lo relacionado con el mundo de las carreras, gracias a Phil Zielinski, y también a mi padre Vern Schuppan, que no solo corrieron en IndyCar y la Indy 500 en los años setenta y ochenta, sino que también más tarde dirigieron un equipo de Indianápolis. Gran parte de este libro está inspirado en el tiempo que pasé tanto en Phoenix como

en Indianápolis con mi familia, así que gracias a mi madre, Jen, y a mi hermano, Kerrin, por esos recuerdos.

Muchísimas gracias a Susan y Dean Rains, especialmente a Susan por leer y ayudar a editar un primer borrador de este libro, pero también porque vosotros me mostrasteis muchos de los lugares sobre los que he escrito. Greg y yo tenemos muy buenos recuerdos de nuestra estancia allí con vosotros. Gracias también a Wendy Davis, Sequoia Davis, Chelsea Davis y Paul Ehrstein por su ayuda en la investigación sobre Bloomington.

Muchas gracias a Katherine Reid por sus dotes de correctora, y a todos los demás amigos que me han ayudado o escuchado parlotear sobre este libro en algún momento del proceso de escritura, especialmente a Lucy, Jane, Katherine S, Kim, Bex, Femke, Sarah, Chen, Mark, Georgie, Colette, Ali Harris, Dani Atkins y Zoë Folbigg. Gracias también a mis encantadores suegros, Ian y Helga Toon.

Gracias a mi marido, Greg, que ha estado conmigo durante cada paso de mi carrera como escritora y me ha ayudado de mil maneras, pero nunca tanto como en el último año. Sinceramente, no sé qué haría, ni dónde estaría, sin ti. Me siento muy afortunada de tenerte en mi vida. ¡Gracias también por toda tu ayuda en mi investigación sobre arquitectura! Ha resultado muy conveniente que tú mismo fueras arquitecto…

Por último, pero no por ello menos importante, gracias a mis hijos, Indy e Idha. Gracias por aguantarme cuando tengo que cumplir un plazo y por hacerme sonreír cada día. Os quiero xxx.

Índice

Título original: *Only Love Can Hurt Like This*
Traducción del inglés: Laura Estefanía
Maquetación: Estudio Olifant
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Obra publicada por primera vez en 2023 con el título Only Love Can Hurt Like This por Century, un sello de Cornerstone, editorial que forma parte del grupo Penguin Random House.

Edición revisada y adaptada

Primera edición: junio de 2024

Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

ISBN: 978-84-19873-49-1



Seguinos



VReuropa


WINK POPPY MIDNIGHT
April Genevieve Tucholke
VR YA

Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve
9788412214857
224 Páginas

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

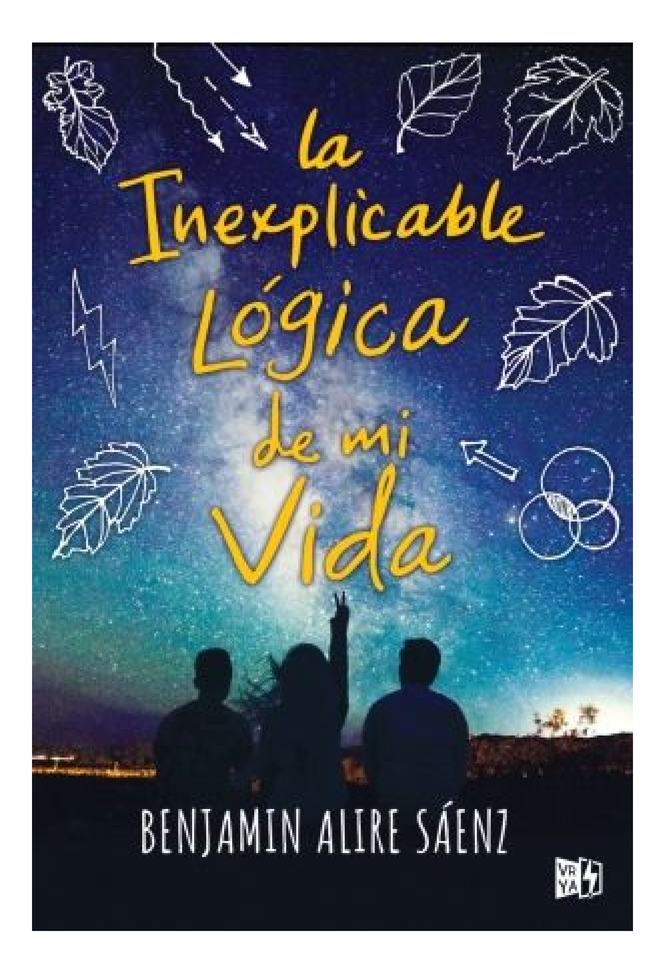
En todas las historias hay un MISTERIO.

Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.


la Inexplicable Lógica de mi Vida
BENJAMIN ALIRE SÁENZ
VR YA

La inexplicable lógica de mi vida

Sáinz, Benjamin Alire
9788412214840
456 Páginas

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Reyna Grande
La distancia entre nosotros
Memorias de una niña emigrante
VR YA

La distancia entre nosotros

Grande, Reyna
9788412214826
336 Páginas

Hay libros que nos transforman.

Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.

Este es uno de ellos.

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." ***The Washington Independent Review of Books***

"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly,*** reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***


Creo en una cosa llamada Amor
MAURENE GOO
VR YA

Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene
9788412095098
320 Páginas

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Dulce
como
Tú
KATE
CANTERBARY
VeRa

Dulce como tú

Canterbary, Kate
9788419873477
560 Páginas

Cuando la abuelastra de Shay Zucconi muere, le deja una granja de tulipanes… Pero antes deberá cumplir con dos condiciones: La primera es que Shay tiene que mudarse al pequeño pueblo de Friendship, en Rhode Island. La segunda, y más complicada, sobre todo porque su novio acaba de cancelar la boda, es que Shay debe casarse en el transcurso de un año. Casarse es lo último en lo que piensa Shay, pero está dispuesta a hacer lo que sea para salvar el único hogar de verdad que ha tenido. Noah Barden estuvo enamorado de Shay Zucconi en el instituto, pero nunca se animó a decírselo. Era demasiado tímido, demasiado torpe y muy poco interesante para invitar a salir a una chica tan guapa y popular. Pero ahora, una eternidad después, Noah hace de padre soltero de su sobrina y está ocupadísimo administrando el negocio familiar. Aquel antiguo amor ni se le pasa por la cabeza. Hasta que Shay regresa al pueblo y pone la vida de Noah patas arriba.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)